EL CASTILLO AMBULANTE
DIANA WYNNE JONES

En el país de Ingary, donde existen cosas como las botas de siete leguas o las capas de invisibilidad, que una bruja te maldiga no es algo inusual. Cuando la Bruja del Páramo convierte a Sophie Hatter en una anciana, la joven abandona la sombrerería familiar para pedir ayuda en el único lugar mágico que se le ocurre: el castillo ambulante que atemoriza a los habitantes de Market Chipping. Pues dentro no sólo se halla un demonio del fuego, sino también el perverso mago Howl, tan diestro en realizar hechizos como en robar los corazones de las damas más ingenuas.

Diana Wynne Jones

El castillo ambulante

Howl - 1

ePub r1.1
Titivillus 04.10.2022

Título original: *Howl's Moving Castle*
Diana Wynne Jones, 1986
Traducción: Irina C. Salabert
Ilustraciones: Lehanan Aida
Ilustración de portada: gokupo101

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

El castillo ambulante

Capítulo 1: En el que Sophie habla con los sombreros

Capítulo 2: En el que Sophie se ve forzada a ir en busca de fortuna

Capítulo 3: En el que Sophie se une a un castillo y un acuerdo

Capítulo 4: En el que Sophie descubre varias cosas extrañas

Capítulo 5: En el que hay demasiada limpieza

Capítulo 6: En el que Howl expresa sus sentimientos con cieno verde

Capítulo 7: En el que un espantapájaros impide que Sophie se marche del castillo

Capítulo 8: En el que Sophie se marcha del castillo en varias direcciones al mismo tiempo

Capítulo 9: En el que Michael tiene problemas con un hechizo

Capítulo 10: En el que Calcifer le promete a Sophie una pista

Capítulo 11: En el que Howl va a un país extranjero en busca de un hechizo

Capítulo 12: En el que Sophie pasa a ser la madre de Howl

Capítulo 13: En el que Sophie mancha la reputación de Howl

Capítulo 14: En el que un mago real pilla un resfriado

Capítulo 15: En el que Howl va disfrazado a un funeral

Capítulo 16: En el que hay un montón de brujería

Capítulo 17: En el que el castillo ambulante deambula hacia una nueva casa

Capítulo 18: En el que reaparecen el espantapájaros y la señorita Angorian

Capítulo 19: En el que Sophie expresa sus sentimientos con herbicida

Capítulo 20: En el que Sophie se topa con más dificultades al marcharse del castillo

Capítulo 21: En el que un contrato concluye ante testigos

Entrevista a Diana Wynne Jones

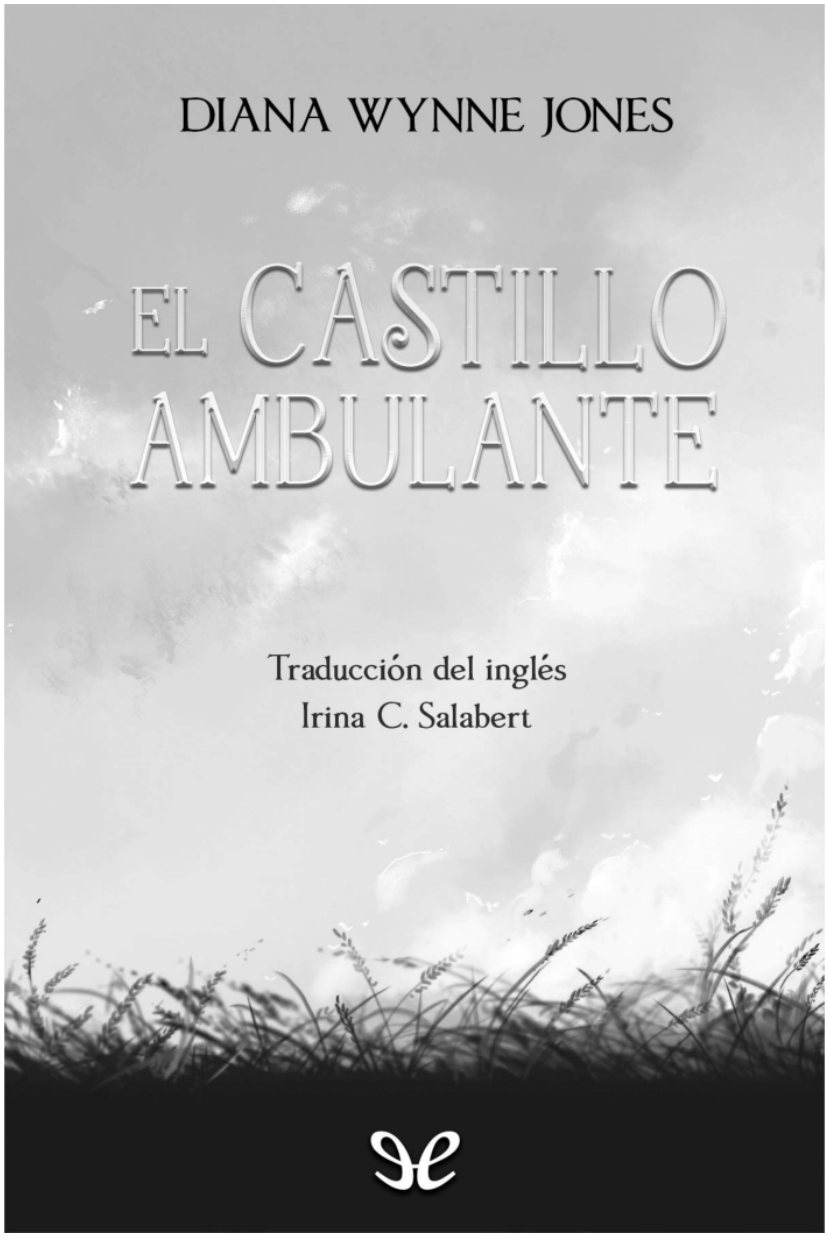
Acerca de la autora

Notas

DIANA WYNNE JONES

EL CASTILLO AMBULANTE

Traducción del inglés
Irina C. Salabert



Dedicado a Stephen.

La idea de este libro me la sugirió un
niño en un colegio que había ido a visitar, quien
me pidió que escribiera un libro titulado
El castillos ambulante.
Anoté su nombre y lo guardé en un lugar
tan seguro que no he sido capaz de encontrarlo.
Me gustaría darle las gracias.

Capítulo 1

En el que Sophie habla con los sombreros

En el país de Ingary, donde existen cosas como las botas de siete leguas o las capas de invisibilidad, ser el mayor de tres hermanos es bastante desafortunado. Todo el mundo sabe que serás el primero en fracasar, y de la peor manera, si los tres vais en busca de fortuna.

Sophie Hatter era la mayor de tres hermanas. Ni siquiera era la hija de un carpintero pobre, cosa que podría haberle concedido cierta posibilidad de éxito. Sus padres eran personas acomodadas y poseían una sombrerería femenina en la próspera ciudad de Market Chipping. Bien es verdad que su madre murió cuando Sophie tenía cuatro años y su hermana Lettie, uno, y su padre se casó con la dependienta más joven de la tienda, una chica rubia muy guapa que se llamaba Fanny. Poco después, Fanny dio a luz a la tercera hermana, Martha. Eso debería haber convertido a Sophie y Lettie en las hermanastras feas, pero en realidad las tres jóvenes embellecieron al crecer, aunque todo el mundo decía que Lettie era la más hermosa. Fanny trataba a las tres con el mismo cariño y no privilegiaba a Martha en modo alguno.

El señor Hatter estaba orgulloso de sus tres hijas y las envió al mejor colegio de la ciudad. Sophie era la más estudiosa: leía mucho, y pronto se dio cuenta de las pocas perspectivas que tenía de un futuro interesante. Eso le supuso una decepción, aunque siguió sintiéndose satisfecha al cuidar de sus hermanas y preparar a Martha para cuando le llegara el momento de ir a buscar fortuna. Como Fanny siempre estaba ocupada en la tienda, Sophie era quien se encargaba de cuidar a las pequeñas. Entre esas dos se producía una cantidad considerable de gritos y tirones de pelo. Lettie no se

resignaba en absoluto a ser la que, después de Sophie, estuviera destinada a tener menos éxito.

—¡No es justo! —gritaba—. ¿Por qué tiene Martha que llevarse lo mejor simplemente por ser la más joven? ¡Yo me casaré con un príncipe, para que os enteréis!

A lo que Martha siempre replicaba que ella sería asquerosamente rica sin necesidad de casarse con nadie.

Entonces Sophie tenía que separarlas y arreglarles la ropa. Era muy hábil con la aguja. Con el tiempo, pasó a coserles ella misma las prendas. A Lettie le hizo un vestido rosa oscuro, en la fiesta del primer día de mayo anterior al comienzo de esta historia, que Fanny dijo que parecía salido de la tienda más lujosa de Kingsbury.

Fue por esa época cuando todo el mundo volvió a hablar de la Bruja del Páramo. Se rumoreaba que había amenazado la vida de la hija del rey y que este había ordenado a su hechicero personal, el mago Suliman, que fuese al Páramo y se encargara de la bruja. Y, por lo visto, el mago Suliman no sólo había fallado al encargarse de la bruja: ella lo había matado.

Así que cuando, unos meses después, apareció en las colinas que se recortaban sobre Market Chipping un castillo negro y alargado, despidiendo nubes de humo negro por sus cuatro altas y estrechas torrecillas, a nadie le cupo duda de que la bruja había salido nuevamente del Páramo y estaba a punto de aterrorizar al país, tal como había hecho cincuenta años atrás. Desde luego, la gente se asustó mucho. Nadie salía solo, en especial de noche. Lo que más miedo daba era que el castillo no permanecía quieto en un sitio. A veces era una mancha negra y alta en los páramos del noroeste, a veces se alzaba sobre los peñascos al este y a veces descendía por la colina para situarse en el brezal, un poco más allá de la última granja al norte. Incluso a veces era posible ver cómo se movía, con las torres expulsando humo en bocanadas de un gris sucio. Durante un tiempo, todo el mundo se convenció de que el castillo no tardaría en bajar al valle, y el alcalde mencionó la posibilidad de pedir ayuda al rey.

Pero el castillo siguió deambulando por las colinas y se descubrió que no pertenecía a la bruja, sino al mago Howl. Y con el mago Howl ya tenían suficiente. Aunque no parecía desear salir de las colinas, se lo conocía por entretenerse coleccionando jovencitas

para absorberles el alma. Algunos decían que se comía su corazón. A Sophie, Lettie y Martha, al igual que a todas las demás chicas de Market Chipping, se les advertía que no salieran solas de casa, lo que les resultaba un gran fastidio. Se preguntaban para qué utilizaría el mago Howl todas las almas que recolectaba.

Sin embargo, pronto tuvieron otras preocupaciones, pues el señor Hatter murió de improviso justo cuando Sophie llegó a la edad suficiente para dejar el colegio. Entonces se demostró que el señor Hatter había estado verdaderamente demasiado orgulloso de sus hijas: las cuotas escolares que había ido pagando habían sumido la tienda en deudas considerables. Cuando terminó el funeral, Fanny tomó asiento en el salón de la casa colindante con la tienda y explicó la situación.

—Me temo que las tres deberéis abandonar el colegio —dijo—. He estado haciendo cuentas de todo tipo, y lo único que se me ocurre para seguir con el negocio y ocuparme de vosotras es colocaros de aprendizas en algún sitio prometedor. No sería práctico teneros a las tres en la tienda, no puedo permitírmelo. Por tanto, esto es lo que he decidido. Primero Lettie…

Lettie alzó la vista, resplandeciente de salud y belleza que ni siquiera la pena ni la ropa de luto podían ocultar.

—Quiero seguir aprendiendo —musitó.

—Y así será, cariño —respondió Fanny—. Lo he organizado para que seas aprendiza de Cesari, el pastelero de Market Square. Allí tienen fama de tratar a sus novicios como a reyes y reinas, y deberías ser muy feliz, además de aprender un oficio útil. La señora Cesari es una buena clienta y una buena amiga, y ha aceptado hacerte un hueco a modo de favor.

Lettie se rio de una forma que dejaba claro que no estaba contenta ni por asomo.

—Vaya, gracias —contestó—. ¿No es una suerte que me guste cocinar?

Fanny pareció aliviada. En ocasiones, Lettie podía llegar a ser desagradablemente tenaz.

—Y tú, Martha —continuó—, sé que eres demasiado joven para trabajar, así que he pensado en algo que te aporte un aprendizaje duradero y tranquilo, y que te siga siendo útil para lo que decidas hacer después. ¿Conoces a mi vieja amiga del colegio Annabel

Fairfax?

Martha, que era esbelta y rubia, fijó sus grandes ojos grises en Fanny con una tenacidad casi equiparable a la de Lettie.

—Te refieres a la que habla mucho —dijo—. ¿No es una bruja?

—Sí, con una casa bonita y clientes por todo el valle Folding —aseguró Fanny con vehemencia—. Es una buena mujer, Martha. Te enseñará todo lo que sabe y es muy probable que te presente a las personas distinguidas que conoce en Kingsbury. Estarás preparada para la vida cuando termine contigo.

—Es una señora agradable —concedió Martha—. De acuerdo.

Mientras escuchaba, Sophie sintió que Fanny lo había dispuesto todo tal y como debía ser. Lettie, al ser la segunda hija, nunca había sido probable que llegara muy lejos, por lo que Fanny la había colocado donde podría conocer a un aprendiz joven y guapo, y vivir feliz por siempre jamás. Martha, que estaba destinada a destacar y hacer fortuna, dispondría de hechizos y amigos ricos que la ayudarían. Y en cuento a ella misma, a Sophie no le cabía duda de lo que le aguardaba. No le sorprendió cuando Fanny dijo:

—Y en tu caso, Sophie, querida, creo que lo más apropiado y justo es que tomes las riendas de la sombrerería cuando me retire, dado que eres la mayor. En consecuencia, he decidido tomarte de aprendiza para que tengas la oportunidad de familiarizarte con el negocio. ¿Qué te parece?

Sophie, que no podía decir que lo único que sentía por el comercio de los sombreros era resignación, le dio las gracias con verdadera gratitud.

—Entonces, ¡todo resuelto! —exclamó Fanny.

Al día siguiente, Sophie ayudó a Martha a meter la ropa en una caja, y la mañana del día después todas contemplaron cómo se alejaba en el carruaje, donde se la veía pequeña y muy erguida y nerviosa. El camino hacia Upper Folding, donde vivía la señora Fairfax, se extendía por las colinas más allá del castillo ambulante de Howl y, comprensiblemente, Martha tenía miedo.

—Estará bien —dijo Lettie.

Luego rechazó su ayuda para hacer la maleta. Cuando el carruaje se perdió de vista, Lettie embutió todas sus pertenencias en la funda de una almohada y pagó seis peniques al chico de los recados del vecino para que cargara con ellas en una carretilla hasta

la tienda de Cesari en Market Square.

Al emprender la marcha tras la carretilla, su aspecto era mucho más alegre de lo que Sophie se esperaba. De hecho, parecía ir sacudiéndose el polvo de la sombrerería con cada paso que daba.

El chico de los recados trajo de vuelta una nota garabateada de Lettie en la que explicaba que ya había colocado sus cosas en el dormitorio de las chicas y que la tienda de Cesari parecía un sitio divertido. Una semana después, el cochero del carruaje vino con una carta de Martha en la que les informaba de que había llegado bien y la señora Fairfax era «un encanto y usa miel para todo. Tiene abejas». Eso fue todo lo que Sophie supo de sus hermanas por un tiempo, pues su aprendizaje comenzó el mismo día que Martha y Lettie se fueron.

Por supuesto, Sophie ya conocía bien el comercio de los sombreros. Desde niña había estado entrando y saliendo del amplio taller al otro lado del patio, donde los sombreros se humedecían y moldeaban, y se hacían flores, fruta y otros adornos encerados y de seda. Conocía a los trabajadores de allí. La mayor parte de ellos ya se hallaba ahí cuando su padre era un muchacho. Conocía a Bessie, la única dependienta que quedaba. Conocía a las clientas que compraban los sombreros y al hombre que conducía el carro en el que traían del campo sombreros de paja para darles forma con los moldes del taller. Conocía a los demás proveedores y sabía cómo se hacía el fieltro para los sombreros de invierno. No había mucho que Fanny pudiera enseñarle, excepto quizá la mejor forma de conseguir que una clienta comprara un sombrero.

—Guíalas hasta el sombrero adecuado, cariño —le recomendó Fanny—. Primero enséñales los que no les vayan a sentar bien para que vean la diferencia nada más ponerse el adecuado.

En realidad, Sophie no vendió muchos sombreros. Al cabo de un día, más o menos, prestando atención en el taller y otro día dando una vuelta con Fanny para visitar a los mercaderes de telas y seda, Fanny la puso a decorar sombreros. Sophie se sentaba en una pequeña alcoba de la trastienda y cosía rosas en los tocados y velos sobre el velvetón, alineándolos con seda y distribuyendo frutas enceradas y cintas por el exterior como dictaba la moda. Eso se le daba bien. Disfrutaba haciéndolo. Aun así, se sentía sola y un tanto aburrida. Los trabajadores del taller eran demasiado mayores para

que su compañía fuera divertida y, además, la trataban como a alguien distinto que algún día heredaría el negocio. Bessie también la trataba así. En cualquier caso, de lo único que hablaba Bessie era del granjero con el que se iba a casar la semana siguiente a la fiesta de mayo. Sophie envidiaba bastante a Fanny, que podía salir a comerciar con el mercader de seda siempre que le apetecía.

Lo más interesante eran las conversaciones de las clientas. Nadie puede comprar un sombrero sin cotillear. Sentada en su alcoba, Sophie cosía y se enteraba de que el alcalde nunca quería comer verduras y de que el castillo del mago Howl había vuelto a deambular por las colinas: en serio, ese hombre…, susurro, susurro, susurro. Las voces siempre bajaban cuando salía a colación el mago Howl, pero Sophie dedujo que había atrapado a una chica el mes pasado. «¡Barba Azul!», dijo uno de los susurros, y luego todos volvieron a convertirse en voces para afirmar que Jane Farrier iba muy ridícula con el peinado que llevaba. Esa sí que nunca atraería al mago Howl, por no hablar ya de un hombre respetable. Luego se produjo un susurro breve y temeroso sobre la Bruja del Páramo. Sophie empezaba a pensar que el mago Howl y la Bruja del Páramo deberían acabar juntos.

—Parecen hechos el uno para el otro. Alguien debería concertar el matrimonio —le dijo al sombrero que estaba cosiendo en ese momento.

Pero a finales de mes todos los cotilleos de la tienda giraron de repente en torno a Lettie. Al parecer, la tienda de Cesari estaba atestada de caballeros de la mañana a la noche, cada uno de ellos comprando grandes cantidades de pasteles y exigiendo que le atendiera Lettie. Para entonces ya acumulaba diez propuestas de matrimonio, cuyo rango iba desde el hijo del alcalde hasta el muchacho que barría la calle, y las había rechazado todas con el pretexto de que aún era demasiado joven para decidirse.

—A eso lo llamo yo ser sensata —le dijo Sophie al tocado que estaba adornando con seda plisada.

A Fanny le complació la noticia.

—¡Sabía que le iría bien! —exclamó con alegría. Entonces Sophie se percató de que a Fanny le alegraba que Lettie no siguiera allí.

—Lettie es inconveniente para la clientela —le dijo al tocado

mientras plisaba la seda color champiñón—. Sería capaz de conseguir que incluso un sombrerito pasado de moda como tú pareciera sofisticado. Algunas señoras ven a Lettie y pierden las esperanzas.

Con el paso de las semanas, Sophie se dedicó a hablar más y más con los sombreros. Tampoco es que hubiera casi nadie más con quien hablar. La mayor parte del día, Fanny estaba fuera comerciando o intentado atraer a la clientela y Bessie estaba ocupada atendiendo e informando a todo el mundo de sus planes nupciales. Sophie había adquirido la costumbre de colocar cada sombrero, nada más terminarlo, en su correspondiente perchero, donde se quedaba con pinta de ser una cabeza sin cuerpo, y hacía una pausa mientras le explicaba al sombrero cómo debería ser su cuerpo. También adulaba un poco a los sombreros, porque siempre se debe adular a los clientes.

—Tú tienes un encanto misterioso —le dijo a uno cubierto por un velo con algunos brillos. Y a otro ancho, de color crema y con rosas por la parte inferior del ala, le soltó—: ¡Tú vas a casarte por dinero! —Y a uno de paja, de color verde oruga y con una pluma rizada—: Tú eres tan joven como una hoja primaveral.

A los tocados rosas les decía que tenían un encanto de hoyuelos y a los sombreros elegantes, ribeteados de terciopelo, les decía que eran ingeniosos.

—Tienes un corazón de oro, y alguien de alto rango lo verá y se enamorará de ti —le dijo al tocado champiñón con partes plisadas, pues ese en concreto le daba pena. Parecía muy quisquilloso y corriente.

Jane Farrier entró en la tienda al día siguiente y lo compró. En efecto, llevaba un peinado un poco raro, pensó Sophie al echar un vistazo desde la alcoba, como si se lo hubiera enrollado en una fila de atizadores. Era una lástima que hubiese escogido ese tocado. Aunque últimamente todo el mundo parecía querer comprar sombreros. Tal vez se debiera a cómo lo promocionaba Fanny al charlar con la gente o tal vez a que se acercaba la primavera, pero no cabía duda de que el negocio se estaba recuperando.

—Creo que no debería haberme dado tanta prisa en mandar a Martha y Lettie lejos de aquí —empezó a decir a Fanny con cierta culpabilidad—. A este ritmo nos las hubiéramos apañado.

Había tanta clientela para cuando abril se aproximaba a la fiesta del primer día de mayo que Sophie tuvo que ponerse un modesto vestido gris e ir también a ayudar en la tienda. Pero tanta era la demanda que se esforzaba por adornar a conciencia los sombreros en los huecos que le quedaban entre las clientas, y al atardecer se los llevaba a la casa, en la puerta de al lado, donde trabajaba a la luz de una lámpara hasta bien entrada la noche para terminar los sombreros y poder venderlos al día siguiente. Los sombreros verde oruga, como el que llevaba la mujer del alcalde, estaban especialmente solicitados, así como los tocados rosas. Y un día, la semana anterior al primer día de mayo, vino alguien pidiendo uno color champiñón con partes plisadas como el que Jane Farrier llevaba cuando se fugó con el conde de Catterack.

Esa noche, mientras cosía, Sophie admitió para sí misma que su vida era bastante aburrida. En vez de hablar con los sombreros, se los fue probando uno a uno al terminarlos y se miró al espejo. Aquello fue un error. El modesto vestido gris no le sentaba bien, particularmente ahora que tenía los ojos enrojecidos de tanto coser; y, dado que su pelo era cobrizo, tampoco le favorecía el verde oruga ni el rosa. El champiñón plisado directamente le daba una apariencia aburrida.

—¡Como una solterona! —exclamó Sophie.

No es que quisiera fugarse con condes, como Jane Farrier, o que le atrajese mínimamente la idea de que media ciudad le propusiera matrimonio, como a Lettie. Pero quería hacer algo, aunque no estuviera segura de qué, un poco más interesante que adornar sombreros. Al día siguiente, pensó, haría tiempo para ir a hablar con Lettie.

Pero no fue. Ya fuera porque no encontraba el momento adecuado, porque no se veía con la energía suficiente, porque parecía haber una gran distancia hasta Market Square o porque se acordó de que sola estaría en peligro por el mago Howl, la cuestión es que cada día parecía costarle más ir a ver a su hermana. Aquello era muy extraño. Sophie siempre se había considerado casi tan tenaz como Lettie. Ahora estaba descubriendo que había cosas que sólo podía hacer cuando no le quedaba más remedio.

—¡Esto es absurdo! —dijo—. Market Square está a sólo dos calles de aquí. Si voy corriendo… —Y se juró que daría una vuelta

hasta la pastelería de Cesari cuando la sombrerería cerrase el uno de mayo.

Entretanto llegó un nuevo cotilleo a la tienda. Según se decía, el rey había discutido con su hermano, el príncipe Justin, y este se había ido al exilio. Nadie sabía el motivo de la disputa, pero el príncipe había pasado de incógnito por Market Chipping dos meses atrás y nadie se había dado cuenta. El conde de Catterack había ido a buscarle por orden del rey cuando se topó en su lugar con Jane Farrier. Sophie escuchó todo esto con tristeza. Al parecer, sí que pasaban cosas interesantes, sólo que siempre a los demás. Fuera como fuese, sería agradable ver a Lettie.

Llegó el uno de mayo. El regocijo se adueñó de las calles desde el amanecer. Fanny salió temprano, pero a Sophie antes le quedaban un par de sombreros que terminar. Mientras trabajaba se puso a cantar. Al fin y al cabo, Lettie también estaría trabajando: Cesari abría hasta medianoche los días festivos.

—Compraré uno de sus pasteles de crema —decidió—. Hace siglos que no los pruebo. —Contempló cómo la gente se apiñaba al otro lado de la ventana con toda clase de atuendos coloridos, algunos vendiendo artículos de recuerdo o caminando con zancos, y se sintió llena de entusiasmo.

Pero, cuando por fin se colocó un chal gris sobre su vestido gris y salió a la calle, ya no sintió entusiasmo. Sintió agobio. Había demasiada gente andando a toda prisa, riéndose y gritando, un exceso de bullicio y empujones. Sophie se sintió como si los últimos meses, al no haber hecho otra cosa que quedarse sentada y coser, la hubieran convertido en una anciana o en casi una inválida. Se cubrió más con el chal y avanzó lentamente pegada a las casas, tratando de evitar que la gente la pisoteara con sus mejores zapatos o le diera codazos con sus ondeantes mangas de seda. Cuando de algún lugar en lo alto llegó una súbita ráfaga de estallidos, Sophie pensó que se iba a desmayar. Levantó la vista y vio el castillo del mago Howl en la ladera de la colina que se alzaba justo sobre la ciudad, tan cerca que parecía haberse posado en las chimeneas. Sus cuatro torrecillas escupían llamas azules, acompañadas de bolas de fuego azul que explotaban en el cielo de un modo espantoso. Al mago Howl parecía ofenderle la fiesta, o quizás intentaba unirse a la celebración a su manera. Sophie estaba demasiado asustada como

para que le importara; de no ser porque se hallaba a medio camino de Cesari, se hubiera ido a casa. Así que echó a correr.

—¿Qué fue lo que me hizo pensar que quería una vida más interesante? —masculló mientras corría—. Me daría demasiado miedo. Esto me pasa por ser la mayor de tres hermanas.

Cuando llegó a Market Square, aquello estaba todavía peor, si es que eso era posible. La mayor parte de las posadas se concentraba en la plaza. Montones de jóvenes achispados iban pavoneándose de un lado a otro, ondeando sus capas de largas mangas, estampando en el suelo botas de hebillas que jamás hubieran soñado con ponerse en un día laborable, soltando piropos a voces y abordando a las chicas. Las chicas paseaban refinadamente de dos en dos, preparadas para que se les acercasen. Eso era perfectamente normal para la fiesta de mayo, pero a Sophie también le daba miedo. Y cuando un joven con un espléndido traje azul y plateado la divisó y decidió abordarla, Sophie se encogió contra la entrada de una tienda e intentó esconderse.

Él la miró sorprendido.

—No pasa nada, ratoncita gris —dijo, riéndose con aire compasivo—. Sólo quiero invitarla a beber algo. No se asuste tanto.

Su mirada de compasión le dio mucha vergüenza. Era un joven apuesto, con un rostro delgado de apariencia sofisticada, algo mayor…, bueno, de veintitantos años, y con el cabello rubio muy cuidado. Sus mangas ondeaban más que ninguna otra en la plaza, con los bordes festoneados y brocados de plata.

—Oh, no, gracias…, si me disculpa, señor —balbució Sophie—. Voy…, voy de camino a ver a mi hermana.

—Entonces vaya, por supuesto —se rio el adelantado joven—. ¿Quién soy yo para separar a una muchacha bonita de su hermana? ¿Le gustaría que la acompañase, ya que parece tan asustada?

Se ofreció por amabilidad, y eso hizo que Sophie se avergonzara más todavía.

—No. ¡No, gracias, señor! —soltó sin aliento, y salió huyendo.

Al pasar junto a él notó que iba perfumado. El aroma de los jacintos la siguió mientras corría. ¡Qué caballeroso!, pensó mientras se abría paso entre las mesas de la terraza de Cesari.

Las mesas estaban abarrotadas y el interior, tan lleno y ruidoso como la plaza. Sophie detectó a Lettie entre la fila de dependientas

tras el mostrador por el grupo de evidentes hijos de granjeros que, con los codos apoyados en él, le gritaban piropos. Lettie, más guapa que nunca y quizás un poco más delgada, metía los pasteles en las bolsas tan rápido como podía, cerrando hábilmente cada una con una pequeña trenza y devolviendo la mirada por debajo del codo con una sonrisa y una respuesta por cada bolsa que trenzaba. Se oían muchas risas. Sophie se abrió camino con dificultad hasta el mostrador.

Lettie la vio. Por un momento, pareció sobresaltarse. Luego abrió mucho los ojos, ensanchó la sonrisa y gritó:

—¡Sophie!

—¿Puedo hablar contigo? —chilló Sophie—. ¡En otro sitio! —añadió con cierta impotencia mientras un codo grande y bien vestido la apartaba a empujones del mostrador.

—¡Un momento! —gritó Lettie. Se volvió hacia la chica que tenía al lado y le susurró algo.

La joven asintió, esbozó una gran sonrisa y ocupó su lugar.

—Ahora os atenderé yo —anunció a la multitud—. ¿A quién le toca?

—¡Pero yo quiero hablar contigo, Lettie! —chilló uno de los hijos de granjeros.

—Habla con Carrie —replicó Lettie—. Yo quiero hablar con mi hermana.

Eso a nadie pareció importarle. Empujaron a Sophie a lo largo del mostrador hasta el final, donde Lettie mantenía sujeta una puerta abatible y le hacía señas, y le dijeron que no retuviera a Lettie todo el día. Cuando Sophie bordeó la puerta, Lettie le agarró de la muñeca y la arrastró a la trastienda, a una habitación rodeada de estantes y más estantes de madera, todos ellos cubiertos por hileras de pasteles. Lettie sacó dos taburetes.

—Siéntate —dijo. Examinó distraídamente el estante más cercano y le alargó a Sophie un pastel de crema—. Puede que necesites esto.

Sophie se desplomó en el taburete y aspiró el delicioso olor del pastel, sintiéndose al borde de las lágrimas.

—¡Oh, Lettie! —exclamó—. ¡Me alegro tanto de verte!

—Sí, y yo me alegro de que estés sentada —contestó Lettie—. Verás… No soy Lettie. Soy Martha.

Capítulo 2

En el que Sophie se ve forzada a ir en busca de fortuna

—¿Qué?

Sophie clavó la mirada en la chica del taburete frente a ella. Era idéntica a Lettie. Llevaba el segundo mejor vestido de Lettie, uno precioso de color azul que le quedaba de maravilla. Tenía el pelo oscuro y los ojos azules de Lettie.

—Soy Martha —dijo su hermana—. ¿A quién pillaste haciendo trizas su ropa interior de seda? Yo jamás se lo confesé a Lettie. ¿Y tú?

—No —respondió Sophie, estupefacta. Ahora notaba que era Martha: la cabeza de Lettie la inclinaba a la manera de Martha, y entrelazaba las manos en torno a las rodillas para juguetear con los pulgares, igual que Martha—. ¿Por qué?

—Me daba miedo que vinieras a verme —explicó Martha— porque sabía que tendría que contártelo. Ahora que lo he hecho, es un alivio. Prométeme que no se lo dirás a nadie. Sé que no lo harás si lo prometes: eres muy honrada.

—Lo prometo —musitó Sophie—. Pero ¿por qué? ¿Cómo?

—Lettie y yo lo preparamos todo —dijo Martha, jugueteando con los pulgares— porque Lettie quería aprender brujería y yo no. Lettie es lista y quiere un futuro en el que pueda sacar partido a su inteligencia… ¡Pero intenta explicarle eso a madre! Le tiene demasiada envidia a Lettie como para admitir siquiera que es lista.

Sophie no creía que Fanny fuera así, pero lo dejó pasar.

—¿Y qué hay de ti?

—Cómete el pastel —contestó Martha—, es bueno. Ah, sí, yo

también puedo ser lista. Sólo necesité dos semanas en casa de la señora Fairfax para encontrar el hechizo que estamos utilizando. Me levantaba por la noche y leía sus libros a escondidas, y fue fácil, en serio. Luego le pedí permiso para visitar a mi familia y me lo concedió. Es un encanto, se pensó que añoraba mi hogar. De manera que me vine con el hechizo y Lettie se marchó con la señora Fairfax haciéndose pasar por mí. Lo más difícil fue la primera semana, cuando no sabía todo lo que se suponía que debía saber. Fue horrible. Pero descubrí que yo a la gente le gustaba (a las personas les gustas, ya sabes, si también te gustan ellas) y eso hizo que todo fuera bien. Y la señora Fairfax todavía no ha echado a Lettie, así que supongo que se las habrá apañado.

Sophie masticó el pastel que ni estaba saboreando.

—Pero ¿a ti qué te impulsó a hacer esto?

Martha se balanceó en el taburete, con una sonrisa de oreja a oreja pintada en la cara de Lettie, y dio vueltas a los pulgares en un alegre remolino sonrosado.

—Yo quiero casarme y tener diez hijos.

—¡Aún no eres lo bastante mayor! —profirió Sophie.

—Aún no —convino Martha—. Pero está claro que tengo que empezar bastante pronto para hacer hueco a diez hijos. Y esto me da tiempo para esperar y ver si a la persona que quiero le gusto por ser como soy. El hechizo se desvanecerá gradualmente y mi verdadero aspecto se irá mostrando poco a poco, ¿sabes?

Sophie estaba tan atónita que se terminó el pastel sin fijarse en de qué era.

—¿Por qué diez hijos?

—Porque esos son los que quiero —dijo Martha.

—¡No tenía ni idea!

—Bueno, no tenía sentido que te incordiara con esto cuando estabas tan ocupada apoyando a madre en su idea de que yo debía hacer fortuna —aclaró Martha—. Tú pensabas que ella tenía buenas intenciones. Yo también, hasta que padre murió y vi que sólo estaba tratando de librarse de nosotras…, ¡colocando a Lettie donde no le quedaría otra que conocer a muchos hombres y casarse, y enviándome a mí tan lejos como pudo! Me enfadé tanto que pensé: ¿por qué no? Y hablé con Lettie, que estaba igual de enfadada, y lo resolvimos. Ahora nos va bien, aunque nos sentimos mal por ti. Eres

demasiado lista y buena para estar encerrada en esa tienda por el resto de tu vida. Lo hablamos, pero no se nos ocurría qué hacer.

—Yo estoy bien —objetó Sophie—. Sólo un poco aburrida.

—¿Bien? —exclamó Martha—. Sí, ¡has demostrado de sobra que estás bien no viniendo aquí durante meses y ahora apareciendo con un espantoso vestido gris y ese chal, con pinta de que hasta yo te doy miedo! ¿Qué es lo que madre te ha estado haciendo?

—Nada —dijo Sophie, incómoda—. Hemos estado bastante atareadas. No deberías hablar así de Fanny, Martha. Es tu madre.

—Sí, y me parezco lo suficiente a ella para entenderla —repuso Martha—. Por eso me envió tan lejos… o lo intentó. Madre sabe que no es necesario ser desagradable con una persona para aprovecharse de ella. Sabe lo responsable que eres. Sabe que se te ha metido en la cabeza que estás abocada al fracaso sólo por ser la mayor. Te controla a la perfección y ha conseguido que te mates a trabajar por ella. Apuesto a que no te paga.

—Todavía soy una aprendiza —protestó Sophie.

—Yo también, pero cobro un salario. Los Cesari saben que me lo merezco —dijo Martha—. Esa sombrerería se está haciendo de oro estos días, ¡y todo gracias a ti! Fuiste tú quien hizo ese sombrero verde que le da a la mujer del alcalde la apariencia de una colegiala deslumbrante, ¿verdad?

—El verde oruga. Lo adorné yo —asintió.

—Y también el tocado que llevaba Jane Farrier cuando conoció a ese noble —prosiguió Martha—. ¡Tienes un don con los sombreros y la ropa, y madre lo sabe! Sellaste tu destino cuando le hiciste a Lettie ese vestido el pasado uno de mayo. Ahora te dedicas a ganar dinero mientras ella se limita a pasear a sus anchas…

—Sale a hacer la compra —la interrumpió Sophie.

—¡La compra! —gritó Martha. Sus pulgares se arremolinaron—. En eso sólo tarda media mañana. La he visto, Sophie, y he oído lo que se comenta. ¡Va por ahí en un carruaje alquilado con la ropa que se ha comprado gracias al dinero que ganas, visitando todas las mansiones del valle! Dicen que va a comprarse esa casa tan grande por la parte baja de Vale End y a instalarse allí por todo lo alto. ¿Y eso dónde te deja a ti?

—Bueno, Fanny tiene derecho a gozar de la vida después del duro trabajo que le ha supuesto criarnos —dijo Sophie—. Supongo

que yo me quedaré con la tienda.

—¡Menudo destino! —exclamó Martha—. Escucha…

Pero, en ese momento, dos estantes corredizos sin pasteles se deslizaron a un lado al otro extremo de la estancia y un aprendiz asomó la cabeza por detrás.

—Me pareció haber oído tu voz, Lettie —comentó, sonriendo de la manera más simpática y coqueta posible—. La nueva hornada está lista. Avísales.

La cabeza, de pelo rizado y un tanto enharinado, volvió a desaparecer.

A Sophie le dio la impresión de ser un chico agradable. Deseó preguntarle a Martha si era ese el que le gustaba de verdad, pero no tuvo ocasión. Martha se levantó de un salto a toda velocidad, sin dejar de hablar:

—Necesito que las chicas vengan a llevar esto a la tienda —dijo —. Ayúdame con este extremo. —Tiró del estante más cercano y Sophie la ayudó a cargar con él por la puerta hasta la ruidosa y concurrida tienda—. Debes hacer algo con tu situación, Sophie —continuó Martha, casi sin aliento, mientras avanzaban—. Lettie insistió mucho en que no sabía qué sería de ti cuando no estuviéramos cerca para darte algo de amor propio. Tenía razón al estar preocupada.

Una vez en la tienda, la señora Cesari agarró el estante que llevaban con sus enormes brazos mientras gritaba instrucciones, y una fila de gente pasó a toda prisa junto a Martha para traer más. Sophie se despidió a voces y se deslizó entre el gentío. No le parecía bien quitarle más tiempo a Martha; además, quería estar a solas para pensar. Echó a correr en dirección a casa. Ahora había fuegos artificiales sobre el prado junto al río, donde se hallaba la feria, que competían con los estallidos azules del castillo de Howl. Al verlos, Sophie se sintió más impedida que nunca.

Durante la siguiente semana, pensó y pensó, y todo lo que logró fue sentirse más confundida e insatisfecha. Las cosas ya no parecían ser como creía antes. Lettie y Martha le habían sorprendido; llevaba años malinterpretándolas. Pero no daba crédito a que Fanny fuera la clase de mujer que aseguraba Martha.

Disponía de mucho tiempo para pensar, porque Bessie muy oportunamente se había marchado a casarse y Sophie pasaba casi

todo el rato sola en la tienda. Fanny se encontraba fuera muy a menudo, ya fuese para pasear a sus anchas o no, y en el comercio había poca actividad tras el primer día de mayo. Al cabo de tres días, Sophie reunió el valor para preguntarle a Fanny:

—¿No debería tener un salario?

—¡Por supuesto, cariño, con todo lo que haces! —contestó Fanny con calidez mientras se ponía un sombrero adornado con rosas ante el espejo de la tienda—. Lo vemos esta tarde, en cuanto termine de hacer las cuentas.

Acto seguido, salió y no regresó hasta que Sophie hubo cerrado la tienda y recogido los sombreros de ese día para adornarlos en casa.

Sophie al principio se sintió mal por haber hecho caso a Martha, pero, cuando Fanny no mencionó un salario ni esa tarde ni durante el resto de la semana, empezó a pensar que Martha tenía razón.

—Puede que sí esté aprovechándose de mí —le dijo a un sombrero al que estaba adornando con seda roja y un puñado de cerezas enceradas—, pero alguien tiene que hacer esto o no habrá más sombreros que vender. —Terminó con ese y empezó con uno más austero, blanco y negro y muy elegante, y entonces se le pasó por la cabeza otra cosa—: ¿E importa si no hay sombreros que vender? —Miró alrededor, a los sombreros que había allí reunidos, tanto en percheros como apilados en un montón, a la espera de que los adornase—. ¿De qué servís todos vosotros? —les preguntó—. Desde luego, a mí no me habéis hecho ningún bien.

Y ya estaba dispuesta a marcharse y emprender el camino en busca de fortuna cuando recordó que era la mayor y, por tanto, no tenía sentido. Cogió el sombrero de nuevo, suspirando.

Aún seguía insatisfecha y sola en la tienda a la mañana siguiente cuando una joven nada atractiva irrumpió, agitando bruscamente por las cintas un tocado champiñón con partes plisadas.

—¡Mira esto! —chilló—. Me dijiste que este era el mismo tocado que llevaba Jane Farrier cuando conoció al conde. Y mentiste: ¡a mí no me ha pasado nada en absoluto!

—No me sorprende —replicó Sophie, antes de poder contenerse—. Si es usted tan necia como para ponerse semejante tocado con esa cara, no sería lo bastante aguda para reconocer al mismísimo rey ni aunque viniera suplicándole, y eso suponiendo

que no se hubiera convertido en piedra nada más verla.

La clienta la fulminó con la mirada. Luego le arrojó el tocado y salió hecha una furia de la tienda. Sophie lo echó con delicadeza en la papelera, respirando entrecortadamente. La norma era: pierde los estribos, pierde un cliente, y acababa de demostrar que era cierta. Le preocupó darse cuenta de lo agradable que le había resultado.

No tuvo tiempo de recuperarse. En ese momento captó el sonido de ruedas y cascos de caballo, y un carruaje ensombreció la ventana. La campanilla de la puerta tintineó y dio paso a la clienta más majestuosa que había visto, con un mantón de marta cibelina cayéndole desde los codos y un tupido vestido negro en el que destellaban muchos diamantes. Lo primero en lo que se fijó Sophie fue en el sombrero que llevaba, uno con plumas de avestruz auténticas y teñidas para reflejar los rosas, verdes y azules que titilaban en los diamantes, aunque sin dejar de parecer negras. Era un sombrero caro. El rostro de la mujer era delicadamente hermoso y el pelo castaño le daba un aire juvenil, pero… Sophie posó la vista en el joven que iba detrás, de cara algo amorfa y pelo rojizo, bastante bien vestido, aunque pálido y obviamente disgustado. Él clavó la mirada en ella con una especie de pavor suplicante. Era a todas luces más joven que la mujer. Sophie estaba desconcertada.

—¿Señorita Hatter? —inquirió la dama con un tono musical pero autoritario.

—Sí —asintió Sophie. El chico parecía inmensamente disgustado. Tal vez la mujer fuera su madre.

—He oído que vende unos sombreros espléndidos. Enséñemelos.

Sophie no se fiaba de sí misma para contestar en su estado actual, así que fue a sacar los sombreros. Ninguno de ellos llegaba a la categoría de la recién llegada, pero notaba la mirada del joven siguiéndola y eso la incomodaba. Cuanto antes descubriera la mujer que esos sombreros no eran adecuados para ella, antes se marcharía esa extraña pareja. Decidió seguir el consejo de Fanny y comenzar por los menos apropiados.

Al instante, la mujer empezó a rechazar sombreros:

—Hoyuelos —espetó al tocado rosa—. Juventud —le soltó al verde oruga. Y al de los brillos y velos—: Un encanto misterioso. Vaya obviedad. ¿Qué más tiene?

Sophie sacó el sombrero elegante de color blanco y negro, que

era el único remotamente capaz de suscitarle interés.

La mujer lo contempló con desdén.

—Este no aporta nada a nadie. Señorita Hatter, está haciéndome perder el tiempo.

—Sólo porque usted ha entrado y querido ver sombreros —dijo Sophie—. Esta es una tienda pequeña en una ciudad pequeña, señora. ¿Por qué… —detrás de la dama, el joven ahogó un grito y le hizo un gesto como de advertencia— se ha tomado la molestia de entrar? —terminó, preguntándose qué estaba pasando ahí.

—Siempre me tomo la molestia cuando alguien pretende enfrentarse a la Bruja del Páramo —replicó la mujer—. He oído hablar de usted, señorita Hatter, y no me importa su rivalidad o su actitud. He venido a detenerla. Ya está. —Alargó la mano en un movimiento veloz hacia Sophie.

—¿Quiere decir que usted es la Bruja del Páramo? —balbució Sophie. Su voz parecía sonar de una manera distinta por el miedo y la perplejidad.

—Así es. Y que esto le enseñe a no inmiscuirse en los asuntos que me corresponden a mí.

—No creo que lo haya hecho. Debe de tratarse de un error —graznó Sophie. El chico ahora la estaba mirando con verdadero horror, aunque no entendía por qué.

—No hay ningún error, señorita Hatter —espetó la bruja—. Vamos, Gaston. —Se giró en dirección a la puerta. Mientras el joven se la abría con humildad, se volvió hacia Sophie—. Por cierto, no podrá contarle a nadie que se encuentra hechizada —dijo, y la puerta repicó como la campana de un funeral cuando salió.

Sophie se tocó la cara con las manos, preguntándose qué habría observado el chico con tanta fijeza. Palpó arrugas suaves, curtidas. Se miró las manos: también estaban arrugadas y enjutas, con grandes venas marcadas en el dorso y nudillos semejantes a bultos. Se aplastó la falda gris contra las piernas y bajó la mirada por dos tobillos huesudos y decrépitos con pies que hacían que sus zapatos parecieran llenos de protuberancias. Esas piernas eran las de alguien de unos noventa años y todo apuntaba a que eran reales.

Sophie se aproximó al espejo y descubrió que iba cojeando. La cara del reflejo estaba bastante serena, pues era lo que se esperaba ver: la cara demacrada de una anciana, consumida y morena,

enmarcada por cabellos blancos y ralos. Sus ojos, amarillentos y llorosos, la observaron con aire trágico.

—No te preocupes, viejecita —le dijo Sophie a la cara—. Se te ve bastante sana. Además, esto se parece mucho más a lo que eres.

Reflexionó sobre su situación con calma. Todo parecía haberse vuelto tranquilo y distante. Ni siquiera estaba demasiado enfadada con la Bruja del Páramo.

—Bueno, por supuesto que tendré que vérmelas con ella cuando surja la oportunidad —se dijo en voz alta—, pero entretanto, si Lettie y Martha pueden soportar ser la una la otra, yo puedo soportar ser así. Aunque no puedo quedarme aquí, a Fanny le daría un ataque. Veamos… Este vestido gris es bastante apropiado, pero necesitaré mi chal y algo de comida.

Renqueó hasta la puerta y colgó con minuciosidad el cartel de CERRADO. Las articulaciones le crujían al moverse, tenía que caminar encorvada y despacio. Pero le alivió comprobar que era una anciana bastante robusta. No se sentía débil ni enferma, sólo agarrotada. Cojeó hasta su chal y se envolvió con él la cabeza y los hombros, igual que las ancianas. Luego arrastró los pies al interior de la casa, donde recogió su bolso con unas cuantas monedas y un paquete de pan con queso. Salió, escondió cuidadosamente la llave en el sitio habitual y se fue renqueando calle abajo, sorprendida por lo tranquila que aún se sentía.

Por un momento, se preguntó si debería despedirse de Martha. Pero no le gustaba la idea de que su hermana no la reconociera. Lo mejor sería irse sin más. Sophie decidió que escribiría a ambas hermanas cuando llegara a dondequiera que estuviese yendo, y continuó arrastrando los pies por el prado donde había estado la feria, por el puente y por los senderos de más allá. Era un cálido día de primavera, y descubrió que ser una vieja no le impedía disfrutar de la vista y el aroma de las flores de espino en los setos, pese a que veía algo borroso. La espalda le empezó a doler. Caminaba con la suficiente robustez, pero necesitaba un bastón. Examinó los arbustos en busca de algún tipo de estaca suelta.

Evidentemente, sus ojos ya no eran los de antes. Creyó ver un palo a algo más de un kilómetro de allí, pero, cuando tiró de él, resultó ser el extremo inferior de un espantapájaros que alguien había arrojado a un seto. Sophie lo puso recto. Tenía un nabo

arrugado por rostro y descubrió que sentía hacia él cierta camaradería. En lugar de hacerlo pedazos y quedarse con el palo, lo clavó entre dos ramas del seto, de tal manera que se asomaba alegremente sobre las flores de espino, con las mangas andrajosas que cubrían sus brazos de madera ondeando sobre el arbusto.

—Listo —dijo, y su voz cascada le sorprendió tanto que se desternilló de risa con carcajadas similares a graznidos—. Ninguno de los dos estamos para muchos trotes, ¿eh, amigo mío? Quizá consigas volver a tu campo si te dejo donde la gente pueda verte. —Retomó la marcha sendero arriba, pero entonces se le ocurrió una idea y se dio la vuelta hacia el espantapájaros—. Ahora bien, si no estuviera condenada al fracaso por mi posición familiar, podrías volver a la vida y brindarme tu ayuda para hacer fortuna. Sea como sea, te deseo suerte.

Volvió a reírse mientras continuaba andando. Tal vez estuviera un poco loca, pero, en fin, las ancianas a menudo lo están.

Encontró un palo en torno a una hora más tarde, cuando se sentó en la ladera para descansar y tomarse el pan con queso. Se oían unos ruidos en el seto a su espalda: gritos ahogados, seguidos de tirones que sacudieron varios pétalos de las flores de espino. Sophie gateó sobre sus huesudas rodillas para echar un vistazo entre las hojas, las flores y las espinas, y descubrió dentro un perro flaco y gris. Estaba atrapado por una vara en la que de algún modo se había enredado la cuerda que le rodeaba el cuello. La vara se había quedado enganchada entre dos ramas del arbusto, por lo que el perro apenas podía moverse. Al ver cómo Sophie lo escudriñaba, movió los ojos frenéticamente.

De joven le habían dado miedo los perros. Incluso ahora, de anciana, le inquietaban las dos hileras de colmillos blancos que mostraban las mandíbulas abiertas del animal. Pero se dijo: «Dado mi estado actual, casi no merece la pena preocuparse», y tanteó su bolsa de la costura hasta dar con las tijeras. Luego se inclinó hacia el seto y comenzó a cortar la cuerda que le rodeaba el cuello.

El perro estaba furioso: retrocedió y empezó a gruñir. Pero Sophie siguió cortando con valentía.

—Te morirás de hambre o te estrangularás, amigo mío —le dijo con voz cascada—, a menos que me dejes soltarte. De hecho, creo que alguien ha intentado ya estrangularte. Tal vez a eso se deba tu

furia.

La cuerda estaba bastante apretada y la vara se había enganchado con saña en ella. Hicieron falta bastantes cortes hasta que la cuerda se partió y el perro pudo arrastrarse por debajo de la vara.

—¿Quieres algo de pan con queso? —le preguntó entonces Sophie.

Pero el perro le gruñó, se abrió camino a duras penas por el extremo opuesto del seto y se escabulló.

—¡Menuda gratitud! —exclamó, frotándose los brazos llenos de espinas—. Aunque me has dejado un regalo sin querer.

Tiró de la vara que lo había atrapado para sacarla del seto y descubrió que era un verdadero bastón, bien tallado y con la punta de hierro. Sophie terminó de comer y retomó la marcha. El sendero se volvió más y más empinado, y el bastón resultó serle de gran ayuda. Además, también era algo con lo que hablar. Al fin y al cabo, la gente mayor a menudo habla sola.

—Ya van dos encuentros —dijo—, y ni un ápice de gratitud mágica en ninguno. Aun así, tú eres un buen bastón; no me quejo. Pero no cabe duda de que me espera un tercer encuentro, ya sea mágico o no. De hecho, insisto en que se produzca. Me pregunto con qué será.

El tercer encuentro tuvo lugar al final de la tarde, cuando Sophie ya había avanzado bastante por las colinas. Un campesino bajó silbando por el sendero hacia ella. Un pastor, pensó Sophie, que volvía a casa tras ocuparse de sus ovejas. Era un joven agraciado de unos cuarenta años.

—¡Dios mío! —farfulló Sophie—. Esta mañana me hubiera parecido un viejo. ¡Hay que ver cómo cambian los puntos de vista!

Cuando el pastor la vio murmurando para sí misma, se apartó con cautela al otro lado del sendero y la llamó con gran cordialidad:

—¡Buenas tardes, madre! ¿Adónde se dirige?

—¿Madre? —repitió Sophie—. ¡Yo no soy su madre, joven!

—Es una forma de hablar —dijo el pastor, bordeando el extremo opuesto del sendero—. Sólo pretendía preguntárselo respetuosamente, al verla recorriendo las colinas al final del día. No llegará a Upper Folding antes de que anochezca, ¿eh?

Sophie no había tenido eso en cuenta. Se detuvo en el camino,

pensativa.

—La verdad es que da igual —dijo, a medias para sí misma—. Una no puede ser quisquillosa cuando va en busca de fortuna.

—¿No, eh, madre? —musitó el pastor. Ya había adelantado a Sophie al descender y parecía sentirse mejor por eso—. Entonces le deseo suerte, madre, siempre y cuando su fortuna no tenga nada que ver con hechizar el ganado de la gente.

Y se impulsó camino abajo a zancadas, casi a la carrera, aunque sin llegar a correr del todo.

Sophie lo miró fijamente, indignada.

—¡Me ha tomado por una bruja! —le dijo al bastón.

Por un momento se planteó asustar al pastor gritándole cosas desagradables, pero le pareció que sería un poco cruel y retomó el ascenso por la colina, murmurando para sí. Pronto, los arbustos dieron lugar a laderas desnudas y, más allá, a tierras altas llenas de brezos, con infinidad de pendientes cubiertas de hierba amarilla y ondulante. Sophie avanzaba sombría. A esas alturas ya le dolían los abultados y viejos pies, así como la espalda y las rodillas. Estaba demasiado cansada para murmurar y se concentró en avanzar, jadeante, hasta que el sol se encontró bastante bajo. Y de golpe le quedó claro que no podía dar ni un paso más.

Se dejó caer sobre una piedra junto al camino, preguntándose qué hacer a continuación.

—¡La única fortuna que me viene ahora a la cabeza es una silla cómoda! —soltó entrecortadamente.

La piedra resultó estar sobre una especie de promontorio que le dio unas vistas magníficas del recorrido que había seguido. La mayor parte del valle se extendía ante ella al sol de poniente, con todos sus campos y muros y setos, los meandros del río y las refinadas mansiones de los ricos, que resplandecían entre grupos de árboles hasta las montañas azules en la distancia. Justo debajo de ella se encontraba Market Chipping. Sophie alcanzaba a ver sus familiares calles. Allí estaban Market Square y la pastelería de Cesari. Podría haber tirado una piedra para que se colara por las chimeneas de la casa que lindaba con la sombrerería.

—¡Qué cerca sigue estando! —le dijo al bastón, consternada—. ¡Toda esta caminata para acabar encima de mi propio tejado!

A medida que el sol se iba poniendo, empezó a notarse el frío en

la piedra. Un viento desagradable soplaba con independencia de hacia dónde se girara para evitarlo. Ahora ya no parecía tan insignificante la perspectiva de pasar la noche a la intemperie en las colinas. Cada vez le daba más vueltas a la idea de una silla cómoda junto a la lumbre, y también a la de oscuridad y animales salvajes. No obstante, si regresaba a Market Chipping, se haría de madrugada antes de que llegase. Más le valdría emprender ya el camino. Suspiró y se levantó con un crujido. Aquello era horrible. Le dolía todo el cuerpo.

—¡Nunca me había dado cuenta de todo lo que tienen que soportar los ancianos! —exclamó sin resuello mientras subía fatigosamente por la colina—. Al menos no creo que vayan a comerme los lobos. Debo de estar demasiado seca y dura. Eso es un consuelo.

La noche avanzaba ya deprisa y los brezales de las tierras altas se veían de un azul grisáceo. El viento era más cortante. Los jadeos de Sophie y los crujidos de sus extremidades sonaban tan alto en sus oídos que tardó un rato en percatarse de que algunos de los chirridos y resoplidos no procedían de ella. Alzó la mirada, ya algo borrosa.

El castillo del mago Howl avanzaba con estrépito y dando tumbos hacia ella a través del brezal. Varias nubes de humo oscuro ascendían desde detrás de sus negras almenas. Parecía muy alto, estrecho, pesado y feo, y sin duda muy siniestro. Sophie se apoyó en el bastón y lo observó. No estaba especialmente asustada. Tenía curiosidad por cómo se movía. Pero lo que más acaparaba su mente era la certeza de que todo ese humo debía de significar que en algún sitio dentro de esas elevadas paredes negras había una chimenea grande.

—Bueno, ¿y por qué no? —le dijo al bastón—. No parece probable que el mago Howl vaya a querer mi alma para su colección. Sólo captura a las jovencitas.

Alzó el bastón y lo agitó imperiosamente ante el castillo.

—¡Detente! —gritó.

Obediente, el castillo paró con brusquedad entre chirridos y un gran estruendo a unos quince metros de ella colina arriba. Mientras cojeaba hacia él, Sophie se sintió bastante satisfecha.

Capítulo 3

En el que Sophie se une a un castillo y un acuerdo

En la pared frente a Sophie había un portón negro hacia el que se dirigió, renqueando con rapidez. El castillo era todavía más feo de cerca. Su altura era excesiva y resultaba bastante irregular. Por lo que distinguía en la creciente oscuridad, se había construido con enormes bloques negros como el carbón y, como el carbón, todos tenían formas y tamaños distintos. Al acercarse notó un aire frío proveniente de los bloques, pero eso no le asustó en absoluto. Lo único en lo que pensaba era en sillas y chimeneas, y alargó la mano ansiosamente hacia el portón.

Pero la mano no llegó a acercarse. Un muro invisible la detuvo a aproximadamente un metro. Irritada, Sophie lo pinchó con un dedo. Cuando eso no supuso ninguna diferencia, le clavó el bastón. El muro parecía recorrer toda la entrada, tan alto como podía alcanzar con su bastón y justo hasta los brezos que asomaban bajo el umbral.

—¡Ábrete! —insistió con un graznido.

El muro no cambió lo más mínimo.

—Muy bien —dijo Sophie—, encontraré tu puerta trasera.

Cojeó hasta la esquina a mano izquierda del castillo, dado que era la más cercana y estaba ligeramente cuesta abajo. Pero no pudo aproximarse: el muro invisible la detuvo de nuevo en cuanto llegó a la altura de la primera de las piedras irregulares. Ante esto, Sophie pronunció una palabra que había aprendido de Martha, una que en teoría ni las ancianas ni las jovencitas debían conocer, y ascendió con dificultad en dirección contraria a las agujas del reloj hasta la esquina derecha del castillo. Allí no había ninguna barrera. Dio la

vuelta a la esquina y fue renqueando con impaciencia hasta el segundo portón negro que destacaba en el centro de ese lado del castillo.

Pero sobre ese portón también había una barrera.

Sophie lo fulminó con la mirada.

—¡A eso lo llamo yo ser muy poco hospitalario! —espetó.

Las almenas soplaron hacia abajo varias nubes de humo negro que le hicieron toser. Ahora estaba enfadada. Era vieja, frágil, tenía frío y le dolía todo; se avecinaba la noche y lo único que hacía el castillo era quedarse quieto y echarle humo.

—¡Pienso hablar con Howl de esto! —amenazó, y salió disparada con fiereza hacia la siguiente esquina. Allí no había ninguna barrera; evidentemente, se debía rodear el castillo en dirección contraria a las agujas del reloj. No obstante, un poco en el lateral de la siguiente pared, había una tercera puerta. Esta era mucho más pequeña y estaba más desgastada.

—¡La puerta trasera, por fin!

El castillo volvió a moverse a medida que Sophie se acercaba a la puerta. El suelo tembló. La pared se estremeció y chirrió, y la puerta comenzó a desplazarse hacia el lado opuesto a ella.

—Oh, no, ¡ni hablar! —gritó Sophie. Echó a correr tras la puerta y la golpeó violentamente con el bastón—. ¡Ábrete!

La puerta se abrió de golpe hacia dentro mientras seguía deslizándose hacia un lado. Sophie, que no había dejado de cojear con gran intensidad, se las ingenió para subir un pie al umbral. Entonces dio un saltito, trepó a toda prisa y saltó otra vez mientras los enormes bloques negros que enmarcaban la puerta se sacudían y crujían a medida que el castillo iba ganando velocidad por la desnivelada ladera. No era de extrañar que el castillo tuviera una apariencia asimétrica. Lo increíble era que no se desintegrase ahí mismo.

—¡Qué manera tan estúpida de tratar un edificio! —dijo sin resuello a la vez que se lanzaba al interior. Tuvo que soltar el bastón y agarrarse a la puerta abierta para no salir despedida de nuevo.

Cuando empezó a recobrar el aliento, se dio cuenta de que había una persona de pie ante ella que también sujetaba la puerta. Medía una cabeza más que Sophie, pero saltaba a la vista que sólo era un

muchacho, apenas algo mayor que Martha. Y parecía estar intentando cerrarle la puerta en las narices y expulsarla de la habitación de vigas bajas, cálida e iluminada, que se extendía detrás de él, de vuelta a la noche.

—¡No cometas la imprudencia de cerrarme a mí la puerta, jovencito! —le advirtió.

—No pensaba hacerlo, pero está usted manteniéndola abierta —protestó él—. ¿Qué quiere?

Sophie miró lo que atisbaba más allá de él. De las vigas colgaba una serie de cosas probablemente relacionadas con la hechicería: ristras de cebollas, ramilletes de hierbas y manojos de extrañas raíces. También había otras definitivamente relacionadas con la hechicería, como libros encuadernados en piel, frascos torcidos y una sonriente calavera humana ya vieja y marrón. Al otro lado del joven había una chimenea en la que crepitaba un pequeño fuego. Era mucho más pequeño de lo que sugería el humo de fuera, pero aquella no dejaba de ser sólo una habitación trasera del castillo. Lo verdaderamente importante para Sophie era que el fuego había alcanzado ese estado de un rosa resplandeciente, con llamas azules bailando en los troncos, y junto a él, situada en la posición más cálida, había una silla baja con un cojín.

Sophie apartó al chico y se precipitó a la silla.

—¡Ah! ¡Mi fortuna! —exclamó, acomodándose en ella.

Aquello era una bendición. El fuego calentaba las zonas que le dolían y la silla sostenía su espalda, y supo que, si alguien quería echarla, tendría que recurrir a una magia extrema y violenta para lograrlo.

El muchacho cerró la puerta. Luego recogió el bastón y se lo dejó apoyado en la silla con amabilidad. En ese momento, Sophie reparó en que no percibía nada que indicara que el castillo estuviera desplazándose por la ladera: ni siquiera el rastro de un ruido sordo o el más leve temblor. ¡Qué raro!

—Dile al mago Howl —se dirigió al chico— que este castillo va a acabar hecho pedazos si continúa moviéndose mucho más.

—El castillo está encantado para mantenerse de una pieza —replicó él—. Pero me temo que Howl no se encuentra aquí en este momento.

Esa era una buena noticia para Sophie.

—¿Cuándo volverá? —preguntó, algo nerviosa.

—Lo más probable es que ya hasta mañana no venga —contestó él—. ¿Qué quiere? ¿Puedo ayudarla en su lugar? Soy Michael, el aprendiz de Howl.

Esa sí que era la mejor noticia posible.

—Me temo que sólo el mago puede ayudarme —dijo Sophie deprisa y con firmeza. Además, probablemente fuera cierto—. Esperaré aquí, si no te importa.

Era evidente que a Michael sí le importaba. Titubeó un momento ante ella con gesto de impotencia. Para dejarle claro que no tenía intención de permitir que la echara un mero aprendiz, Sophie cerró los ojos y fingió ir a quedarse dormida.

—Dile que me llamo Sophie —murmuró—. La vieja Sophie —añadió para mayor seguridad.

—Es posible que eso implique esperar toda la noche —dijo Michael.

Como eso era justo lo que ella quería, hizo como que no lo había oído. De hecho, prácticamente se sumió enseguida en un duermevela. Estaba tan cansada después de la caminata… Al cabo de un momento, Michael se rindió y retomó la tarea que estaba haciendo en la mesa de trabajo donde se hallaba la lámpara.

De manera que dispondría de un refugio para toda la noche, aun cuando se basara en pretextos un tanto falsos, pensó Sophie adormilada. Como Howl era muy malvado, tenía más que merecida esa molestia. Aunque pretendía estar bien lejos de allí para cuando el mago llegara y pusiera objeciones.

Soñolienta, miró a hurtadillas al aprendiz. Le sorprendía encontrarse allí con alguien tan amable y educado. A fin de cuentas, ella había entrado por la fuerza de un modo bastante grosero y Michael no se había quejado lo más mínimo. Tal vez Howl lo hubiera forzado a una abyecta servidumbre. Pero Michael no parecía servil. Era un muchacho alto y moreno con un rostro agradable y franco, y su vestimenta era de lo más respetable. Es más, si Sophie no lo hubiera visto en ese momento vertiendo cuidadosamente el fluido verde que contenía una botella torcida sobre la pólvora negra de una jarra curvada de cristal, lo habría tomado por el hijo de un próspero granjero. ¡Qué raro!

Aun así, las cosas tenían que ser raras en lo concerniente a los

magos, pensó. Y esa cocina, o taller, era muy acogedora y tranquila. De modo que se durmió en toda regla, roncando. No se despertó cuando de la mesa de trabajo surgieron un destello y un estallido ahogado, seguidos de una palabrota mascullada atropelladamente por Michael. No se despertó cuando Michael, mientras se chupaba los dedos quemados, dejó el hechizo a un lado para descansar y sacó pan y queso del armario. No se movió cuando Michael hizo caer el bastón con un estrépito al inclinarse sobre ella para colocar un leño en el fuego ni cuando Michael, al bajar la vista a la boca abierta de Sophie, comentó, dirigiéndose a la chimenea:

—Tiene todos los dientes. No será la Bruja del Páramo, ¿verdad?

—No la habría dejado entrar si lo fuera —replicó la chimenea.

Michael se encogió de hombros y recogió cortésmente el bastón de Sophie. Luego colocó otro leño en el fuego con la misma cortesía y se fue a la cama en algún lugar de la parte de arriba.

En mitad de la noche, a Sophie la despertaron los ronquidos de alguien. Se levantó de un salto y descubrió, irritada, que era ella quien había estado roncando. Tenía la sensación de que sólo había dado una o dos cabezaditas, pero Michael parecía haber desaparecido en esos segundos, llevándose la luz con él. Sin duda, esa era la clase de habilidad que el aprendiz de un mago dominaba en la primera semana. Y había dejado el fuego muy bajo. Ahora emitía unos molestos siseos y chasquidos. Una corriente fría le rozó la espalda y Sophie recordó que estaba en el castillo de un mago y también, con una precisión desagradable, que había una calavera humana en algún sitio sobre la mesa a su espalda.

Se estremeció y giró el cuello, rígido y viejo, pero detrás no vio más que oscuridad.

—Iluminemos esto un poco, ¿vale? —dijo con una vocecilla quebrada apenas más audible que el crepitar del fuego. Sophie se sorprendió: esperaba que hiciera eco por las bóvedas del castillo.

A su lado había una cesta con leña. Alargó un brazo lleno de crujidos y lanzó un leño al fuego, que roció la chimenea con una lluvia de chispas verdes y azules. Lanzó un segundo leño y volvió a sentarse, no sin antes echar un vistazo nervioso a su espalda, donde la luz de un púrpura azulado proveniente del fuego danzaba sobre la pulida superficie marrón de la calavera. La habitación era bastante pequeña. No había nadie allí aparte de Sophie y la

calavera.

—Al menos ella tiene ambos pies en la tumba y yo sólo uno —se consoló, y luego se giró hacia el fuego, que se había reavivado con llamas azules y verdes—. Debe de haber sal en esa madera —murmuró.

Se acomodó más, colocando sus huesudos pies sobre el guardafuego y la cabeza en una esquina de la silla, donde podía clavar la vista en las coloridas llamas, y empezó a sopesar qué debería hacer por la mañana. Pero le distrajo un poco el rostro que se imaginaba en las llamas.

—Un rostro azul y fino —murmuró—, muy alargado y fino, con una nariz azul y fina. Esas llamas verdes ondeantes de arriba son, desde luego, tu pelo. ¿Y si no me fuera antes de que Howl volviese? Los magos pueden deshacer hechizos, supongo. Y esas llamas moradas por la parte inferior forman la boca; tienes dientes feroces, amigo mío. Los dos mechones verdes llameantes de ahí son tus cejas… —Curiosamente, las dos únicas llamas naranjas que había en el fuego estaban debajo de las cejas verdes llameantes, justo como si fueran ojos, y en el centro de cada una destacaba un pequeño brillo morado que Sophie casi se imaginaba mirándola, como la pupila de un ojo—. Por otro lado —continuó, observando las llamas naranjas—, si el hechizo se deshiciera, él se comería mi corazón antes de que pudiera darme la vuelta.

—¿Y no quieres que se coma tu corazón? —le preguntó el fuego.

Porque sin duda era el fuego quien había hablado. Sophie vio cómo su boca morada se movía conforme llegaban las palabras. Su voz sonaba casi tan quebrada como la suya, llena de chisporroteos y los quejidos de la madera quemada.

—Naturalmente que no —dijo Sophie—. ¿Qué eres?

—Un demonio del fuego —contestó la boca morada. Reveló más quejidos que chisporroteos cuando añadió—: Estoy unido a esta chimenea por un contrato. No puedo moverme de este sitio. —Entonces la voz se avivó y chasqueó—: ¿Y qué eres tú? Veo que estás hechizada.

Eso sacó a Sophie de su ensueño.

—¡Lo ves! —exclamó—. ¿Puedes deshacerlo?

Se produjo un silencio con pequeños estallidos y el centelleo de las llamas mientras los ojos naranjas del rostro azul del demonio la

estudiaban de arriba abajo.

—Es un hechizo potente —dictaminó con detenimiento—. Diría que es de la Bruja del Páramo.

—Lo es.

—Pero parece más que eso —crepitó el demonio—. Detecto dos capas. Y, por descontado, no puedes hablar de ello con nadie a menos que ya esté al tanto. —La miró un instante más—. Tendré que estudiarlo.

—¿Cuánto tiempo llevará eso? —preguntó Sophie.

—Puede que bastante —respondió el demonio. Y agregó con un titileo suave, persuasivo—: ¿Qué te parecería hacer un trato conmigo? Anularé tu hechizo si accedes a anular el contrato que me ata.

Sophie miró con cautela el rostro delgado y azul. Al hacer la propuesta, su expresión se había vuelto inconfundiblemente astuta. Todo lo que había leído enfatizaba el peligro extremo que conllevaba hacer un trato con un demonio. Y no cabía duda de que este tenía un aire de lo más malvado, con esos grandes dientes morados.

—¿Estás seguro de que estás siendo honesto? —le preguntó.

—No del todo —admitió el demonio—. Pero ¿quieres quedarte así hasta que mueras? Ese hechizo te ha acortado la vida unos sesenta años, si es que yo puedo juzgar tales cosas.

Aquella era una idea desagradable en la que Sophie había procurado no pensar hasta ahora. El cambio que suponía era importante.

—El contrato que te ata es con el mago Howl, ¿verdad?

—Por supuesto —confirmó el demonio. Su voz adoptó un timbre algo quejumbroso—: Estoy unido a esta chimenea y no puedo separarme más que un metro. Se me ha forzado a realizar casi toda la magia de aquí. Tengo que ocuparme del mantenimiento del castillo, hacer que continúe deambulando y provocar todos los efectos especiales que atemorizan a la gente, así como cualquier otra cosa que Howl desee. Howl es bastante despiadado, ¿sabes?

A Sophie no le hacía falta que le dijera lo despiadado que era el mago. Por otro lado, el demonio era, con toda probabilidad, igual de malvado.

—¿Tú no obtienes nada a cambio? —le preguntó.

—No hubiera aceptado de no ser así —dijo el demonio, titilando con tristeza—. Pero tampoco lo habría hecho si hubiera sabido cómo sería. Se está aprovechando de mí.

A pesar de su cautela, Sophie sintió un arranque de compasión por el demonio. Se vio a sí misma haciendo sombreros para Fanny mientras Fanny se iba a pasear a sus anchas.

—De acuerdo —asintió—. ¿Cuáles son los términos del contrato? ¿Cómo lo anulo?

En el rostro azul del demonio se dibujó una sonrisa morada y ansiosa.

—¿Aceptas el trato?

—Si tú aceptas deshacer mi hechizo —dijo Sophie con la intrépida certidumbre de estar metiéndose en algo horrible.

—¡Trato hecho! —gritó el demonio, con el rostro alargado saltando alegremente en la chimenea—. ¡Anularé tu hechizo en el preciso instante en que anules mi contrato!

—Pues dime cómo anular tu contrato.

Los ojos naranjas chispearon y apartaron la vista de ella.

—No puedo. Una parte del contrato especifica que ni el mago Howl ni yo podemos decir cuál es la cláusula principal.

Sophie se percató de que la había engañado. Abrió la boca para decirle al demonio que en tal caso bien podía quedarse sentadito en la chimenea hasta el día del Juicio Final, pero él se dio cuenta.

—¡No te precipites! —crepitó—. Puedes descubrir qué es si observas y escuchas con atención. Te ruego que lo intentes. El contrato no es bueno para ninguno de los dos a largo plazo. Y yo mantengo mi palabra. ¡El hecho de que esté atrapado aquí demuestra que la mantengo! —Sus leños saltaron con vehemencia e inquietud.

Una vez más, a Sophie le embargó la compasión.

—Pero si debo observar y escuchar, eso significa que he de quedarme aquí, en el castillo de Howl —objetó.

—Sólo cerca de un mes —suplicó el demonio—. Recuerda, yo también tengo que estudiar tu hechizo.

—¿Y qué excusa puedo dar para eso?

—Ya se nos ocurrirá una. Howl es un negado para la mayoría de las cosas. De hecho —siseó el demonio con malicia—, la mitad del tiempo está demasiado inmerso en sí mismo para ver más allá de su

nariz. Podemos engañarle… siempre y cuando accedas a quedarte.

—Muy bien —dijo Sophie—, me quedaré. Ahora encuentra una excusa.

Se recolocó cómodamente en la silla mientras el demonio pensaba. Y pensaba en voz alta, en un pequeño murmullo titilante y lleno de chasquidos que a Sophie le recordó bastante a la forma en que había hablado con su bastón de camino allí, y llameaba con tanta alegría y ardor que se adormiló. Creyó oír al demonio haciendo unas cuantas sugerencias. Recordaba haber negado con la cabeza ante la idea de que fingiera ser la tía abuela lejana de Howl, y lo mismo ante una o dos todavía más disparatadas, aunque tampoco lo recordaba con mucha claridad. Al final, el demonio empezó a canturrear una cancioncilla suave y titilante. No estaba en ningún idioma que Sophie conociera —o eso pensaba hasta que captó la palabra «cazuela», repetida en varias ocasiones— e inducía somnolencia. Sophie se sumió en un sueño profundo con la leve sospecha de que se estaba dejando embrujar y engatusar, pero sin preocuparse demasiado al respecto. Pronto se libraría de su hechizo…

Capítulo 4

En el que Sophie descubre varias cosas extrañas

Cuando Sophie despertó, la luz del día la rodeaba. Como no recordaba haber visto ninguna ventana en el castillo, lo primero que se le ocurrió fue que se había quedado dormida adornando sombreros y había soñado con marcharse de casa. El fuego frente a ella había menguado hasta convertirse en carbones enrojecidos y cenizas blancas, lo que le convenció de que había soñado que allí había un demonio del fuego. Pero sus primeros movimientos le confirmaron que no todo era un sueño. Notaba crujidos intensos por todo el cuerpo.

—¡Ay! —exclamó—. ¡Me duele todo!

Su voz era un silbido débil y quebrado. Se llevó las manos huesudas a la cara y percibió las arrugas. En ese momento descubrió que llevaba todo el día anterior conmocionada por la impresión. Ahora sí estaba muy enfadada con la Bruja del Páramo por hacerle eso a ella; tremenda e inmensamente enfadada.

—¡Abordar tiendas y envejecer a la gente! —masculló—. Oh, ¡qué no le haré!

La cólera le hizo dar un brinco en un arranque de crujidos y chirridos e ir renqueando hacia la inesperada ventana. Estaba sobre la mesa de trabajo. Para su estupefacción, las vistas que mostraba eran las de una ciudad próxima a un muelle. Veía una calle sin pavimentar y en pendiente en la que se alineaban casas pequeñas y de aspecto humilde, y más allá de los tejados despuntaban mástiles. Más allá de los mástiles se atisbaba el mar, una imagen que no había visto en toda su vida.

—¿Dónde estoy? —le preguntó a la calavera sobre la mesa—. No espero que contestes, amigo mío —añadió a toda prisa al recordar

que ese castillo pertenecía a un mago, y se giró para echar una ojeada a la habitación.

Era bastante pequeña, con vigas negras y pesadas en el techo. A la luz del día se revelaba increíblemente sucia. Las losas del suelo estaban manchadas y grasientas, la ceniza se amontonaba en el guardafuego y de los travesaños colgaban telarañas polvorientas. También había una capa de polvo en la calavera. Sophie la limpió distraídamente mientras se asomaba al fregadero que había detrás de la mesa. Al ver la capa rosa y gris que lo recubría y la sustancia viscosa blanca que goteaba del grifo, se estremeció. Era obvio que a Howl no le preocupaba en qué miseria vivieran sus sirvientes.

Al resto del castillo debía de accederse por una de las cuatro portezuelas negras que había en la estancia. Sophie abrió la más cercana, en la pared opuesta a la mesa. Al otro lado había un baño grande. En cierto sentido, era un baño propio de un palacio, lleno de lujos como un aseo privado, una ducha, una inmensa bañera con patas similares a garras y espejos en cada una de las paredes. Sin embargo, estaba aún más sucio que la otra habitación. Sophie hizo una mueca ante el retrete, se encogió ante el color de la bañera, retrocedió ante la maleza que salía de la ducha y no tuvo ninguna dificultad en evitar ver su silueta marchita en los espejos porque el cristal estaba cubierto de manchas y surcos de sustancias indescriptibles. Las propias sustancias indescriptibles se concentraban en una repisa bastante grande del baño. Estaban en tarros, cajas, tubos y cientos de paquetes marrones ya destrozados y bolsas de papel. El tarro más grande tenía un nombre. Ponía POCIÓN SECANTE en letras torcidas. Sophie no estaba segura de si ahí debería ir una «p» o una «l». Cogió un paquete al azar. Encima habían garabateado PIEL, y lo devolvió a su sitio apresuradamente. En otro tarro se leía OJOS con los mismos garabatos. Un tubo anunciaba PARA EL DETERIORO.

—Parece que funciona —murmuró ella, volviendo la mirada al lavabo con un escalofrío.

Cuando giró un grifo verde azulado que tal vez antes fuera de metal, el agua corrió por el lavabo y limpió parte de la podredumbre. Sophie se enjuagó las manos y la cara sin tocar nada, pero no se atrevió a usar la POCIÓN SECANTE. Se secó con la falda y luego se encaminó a la siguiente puerta negra.

Al abrirse, esa dio paso a un tramo de escaleras de madera desvencijadas. Sophie oyó a alguien moverse por encima y volvió a cerrar a toda prisa. En cualquier caso, parecía conducir sólo a una especie de altillo. Cojeó hasta la siguiente puerta. Para entonces ya se estaba moviendo con bastante facilidad. Era una anciana robusta, como había descubierto el día anterior.

La tercera puerta daba a un pequeño patio trasero con altas paredes de ladrillo. Contenía un montón de leña y varios montículos desorganizados de chatarra: ruedas, cubos, chapas, cables, todo ello apilado casi hasta el punto más alto de las paredes. Sophie cerró también esa puerta, desconcertada porque no parecía corresponder al castillo. Ni siquiera sobresalía el resto del edificio por las paredes enladrilladas, sólo se veía el cielo. Lo único que se le ocurría era que esa parte diera al lateral en el que un muro invisible la había detenido la noche anterior.

Abrió la cuarta puerta y descubrió que sólo era un escobero, con dos capas de terciopelo elegantes pero polvorientas colgando de las escobas. Sophie volvió a cerrarla despacio. La única puerta que quedaba estaba en la pared de la ventana, y esa era por la que había entrado la noche pasada. Cojeó hasta ella y la abrió con cautela.

Por un momento permaneció quieta ante la vista de las colinas, que se alejaban con lentitud, y contemplando los brezos que se deslizaban bajo el umbral, sintiendo cómo el viento agitaba su cabello ralo y escuchando el estruendo y los chirridos de los bloques negros a medida que el castillo deambulaba. Entonces cerró la puerta y fue hacia la ventana. Y allí seguía la ciudad portuaria. No era un cuadro. Una mujer había abierto una puerta en el extremo opuesto y estaba echando a la calle el polvo que había barrido. Detrás de esa casa, una vela grisácea se alzaba brusca y rápidamente por un mástil, molestando a una bandada de gaviotas que revoloteaba sobre el agua espejeante.

—No lo entiendo —le murmuró a la calavera.

Después, como el fuego parecía haberse consumido casi por completo, fue a echarle un par de leños y barrió parte de la ceniza.

Unas llamas verdes, pequeñas y curvas treparon entre los leños y salieron disparadas hacia arriba para formar una cara azul con pelo de un verde llameante.

—Buenos días —crepitó el demonio de fuego—. No olvides que

tenemos un trato.

Así que nada de eso había sido un sueño. Sophie no era muy dada a los llantos, pero durante un rato se quedó sentada en la silla con la vista clavada en un demonio del fuego desdibujado y vidrioso, y no prestó atención a los ruidos que indicaban que Michael se había levantado hasta que se topó con él a su lado, con aire avergonzado y un tanto exasperado.

—Sigue usted aquí —dijo—. ¿Ocurre algo?

Sophie se sorbió la nariz.

—Soy una anciana —empezó. Pero sucedió justo lo que había dicho la Bruja del Páramo y lo que el demonio del fuego había deducido.

—Bueno, a todos nos pasa con el tiempo —replicó Michael con tono jovial—. ¿Le gustaría desayunar algo?

Sophie descubrió que, en efecto, era una anciana muy robusta: después del almuerzo del día anterior, que sólo consistió en pan con queso, estaba hambrienta.

—¡Sí! —dijo, y cuando Michael fue hacia el armario de la pared, se puso en pie de un salto y echó un vistazo sobre su hombro para ver qué había de comer.

—Me temo que sólo hay pan y queso —se excusó Michael con formalidad.

—¡Pero si ahí dentro hay una cesta llena de huevos! —protestó Sophie—. ¿Y eso de ahí no es beicon? ¿Qué me dices de una bebida caliente? ¿Dónde tenéis la tetera?

—No tenemos —explicó Michael—. Howl es el único que puede cocinar.

—Yo sé cocinar. Descuelga esa sartén y te enseño.

Se acercó para cogerla ella misma, pese a los intentos de Michael por detenerla.

—No lo entiende —dijo Michael—; se trata de Calcifer, el demonio del fuego. No agacha la cabeza para que cocine encima nadie que no sea Howl.

Sophie se dio la vuelta y miró al demonio del fuego. Este le devolvió el gesto, titilando con malicia.

—Me niego a que se aprovechen de mí —proclamó.

—¿Quieres decir —Sophie se volvió hacia Michael— que tienes que estar sin ni siquiera una bebida caliente a menos que Howl esté

aquí? —Michael asintió, avergonzado—. ¡Entonces, eres tú de quien se están aprovechando! —exclamó Sophie—. Dame eso. —Arrancó la sartén de los dedos de Michael, que seguían oponiendo resistencia, echó el beicon encima, metió un cucharón de madera cercano en la cesta de los huevos y marchó con todo ello hacia la chimenea.

—Ahora, Calcifer, dejémonos de tonterías. Agacha la cabeza.

—¡No puedes obligarme! —crepitó el demonio de fuego.

—¡Ah, sí que puedo! —graznó Sophie con la misma ferocidad que a menudo había detenido a sus hermanas en plena pelea—. Si no lo haces, te echaré agua. O agarraré las tenazas y te quitaré ambos leños —añadió mientras se arrodillaba entre crujidos junto a la lumbre. Allí le susurró—: O también puedo incumplir nuestro trato o contárselo a Howl, ¿no te parece?

—¡Oh, maldita sea! —espetó Calcifer—. ¿Por qué la dejaste entrar, Michael?

Malhumorado, inclinó el rostro azul hacia delante hasta que lo único que se veía de él era un anillo de llamas verdes y ensortijadas bailando sobre los leños.

—Gracias —dijo Sophie, y estampó la pesada sartén en el anillo verde para asegurarse de que Calcifer no se irguiera de pronto.

—Espero que se te queme el beicon —masculló Calcifer con la voz amortiguada por la sartén.

Sophie soltó las tiras de beicon en la sartén. Era bueno y estaba caliente, y cuando chisporroteó tuvo que envolverse la mano con la falda para sujetar el mango. La puerta se abrió, pero ella no se fijó por el chisporroteo.

—No seas tonto —le dijo a Calcifer—. Y quédate quieto porque quiero romper ahí los huevos.

—Oh, hola, Howl —musitó Michael con impotencia.

En cuanto oyó eso, Sophie se dio la vuelta y lo observó. El joven alto y vestido con un llamativo traje azul y plateado que acababa de entrar se detuvo justo cuando estaba dejando una guitarra en un rincón. Se apartó unos mechones rubios de los ojos, de un verde botella y aire curioso, y la miró fijamente. Su rostro alargado y angular denotaba perplejidad.

—¿Quién es usted? —dijo Howl—. ¿Dónde la he visto antes?

—Soy una absoluta desconocida —mintió Sophie con firmeza.

Después de todo, Howl sólo la había visto el tiempo suficiente para llamarla «ratoncita», así que era casi verdad.

Debería estar dándole las gracias a su buena estrella por lo afortunada que había sido al escapar en aquella ocasión, supuso, pero en realidad su principal pensamiento fue: «¡Dios mío! ¡El mago Howl, con todas sus maldades, es sólo un crío de veintitantos años!». Cómo cambiaba las cosas ser vieja, reflexionó mientras le daba la vuelta al beicon en la sartén. Y hubiera preferido morir antes que dejar que ese jovenzuelo vestido con tanta afectación se enterase de que ella era la chica de la que se compadeció en la fiesta de mayo. Los corazones y las almas no tenían nada que ver. Howl no iba a enterarse de eso.

—Dice que se llama Sophie —contestó Michael—. Vino anoche.

—¿Cómo ha conseguido que Calcifer se incline? —inquirió Howl.

—¡Me ha amenazado! —soltó Calcifer con una vocecilla lastimera ahogada por la sartén.

—No hay mucha gente capaz de hacer eso —dijo Howl, pensativo. Apoyó la guitarra en la pared de la esquina y fue hacia la lumbre. El olor de los jacintos se mezcló con el del beicon cuando apartó a Sophie con firmeza a un lado—. A Calcifer no le gusta que nadie que no sea yo cocine sobre él —comentó, arrodillándose y envolviéndose una mano con la ondeante manga para sujetar el mango de la sartén—. Acérqueme dos tiras más de beicon y seis huevos, por favor, y cuénteme por qué ha venido aquí.

Sophie miró la piedra preciosa azul que colgaba de la oreja de Howl y le acercó uno a uno los huevos.

—¿Que por qué he venido aquí, jovencito? —dijo. Era obvio después de lo que había visto en el castillo—. He venido porque soy la nueva señora de la limpieza, por supuesto.

—¿De veras? —Howl iba partiendo los huevos con una sola mano y echando las cáscaras a los leños, donde Calcifer parecía devorarlas entre gruñidos y gluglutéos—. ¿Y quién dice que lo sea?

—Yo lo digo —afirmó Sophie, y añadió con tono piadoso—: Puedo purificar la suciedad de este sitio aun cuando no pueda purificar tu maldad, joven.

—Howl no es malo —protestó Michael.

—Sí lo soy —le contradijo Howl—. Olvidas lo malo que soy en

la actualidad. —Apuntó con la barbilla a Sophie—. Si tan deseosa está de ayudar, buena mujer, saque algunos cuchillos y tenedores y haga sitio en la mesa.

Había unos taburetes altos bajo la mesa de trabajo. Michael estaba sacándolos para que tomaran asiento y echando a un lado todas las cosas que había encima para que cupieran los cuchillos y tenedores que había cogido de un cajón en uno de los laterales. Sophie fue a ayudarle. No es que hubiera esperado que Howl la recibiera dándole la bienvenida, claro, pero de momento no había aceptado dejar que se quedara más allá del desayuno. Como Michael no parecía necesitar ayuda, Sophie fue arrastrando los pies hasta su bastón, lo recogió despacio y lo colocó con descaro en el escobero. Cuando eso no atrajo la atención de Howl, dijo:

—Puedes ponerme a prueba durante un mes, si quieres.

—Los platos, Michael, por favor —fue todo lo que respondió Howl, y se incorporó aferrando la sartén humeante.

Calcifer se levantó de un salto con un rugido de alivio y resplandeció con una alta llamarada en la chimenea.

Sophie optó de nuevo por intentar que el mago se comprometiera a concretar algo:

—Si voy a estar limpiando esto durante el próximo mes, me gustaría saber dónde está el resto del castillo. Sólo he podido encontrar esta habitación y el baño.

Para su sorpresa, tanto Michael como el mago se rieron a carcajadas.

Hasta casi el final del desayuno no descubrió Sophie qué era lo que les había hecho gracia. No sólo era difícil persuadir a Howl de que se comprometiera a algo; parecía desagradarle contestar a cualquier tipo de pregunta. Sophie se dio por vencida con él y pasó a preguntarle a Michael en su lugar.

—Díselo —intervino Howl—. Así dejará de dar la lata.

—No hay más castillo que lo que ha visto y dos dormitorios sobre las escaleras —dijo Michael.

—¿Qué? —exclamó Sophie.

Howl y Michael volvieron a reírse.

—Howl y Calcifer crearon el castillo —aclaró Michael—, y Calcifer lo mantiene en marcha. El interior es sólo la antigua casa de Howl en Porthaven, la única parte real.

—¡Pero si Porthaven está a muchos kilómetros de aquí, cerca del mar! —dijo Sophie—. ¡Eso sí que es una vergüenza! ¿Qué pretendes recorriendo las colinas con este castillo grande y feo y matando de miedo a todos los habitantes de Market Chipping?

Howl se encogió de hombros.

—¡Pues sí que no tiene usted pelos en la lengua! He llegado a ese punto en mi carrera en que necesito impresionar a todo el mundo con mi poder y mi maldad. No puedo permitir que el rey tenga buena opinión de mí. Y el año pasado ofendí a alguien muy poderoso y necesito apartarme de su camino.

Parecía un método extraño de evitar a alguien, pero Sophie supuso que los estándares de normalidad de los magos eran diferentes a los de la gente normal. Y pronto descubrió que el castillo tenía otras peculiaridades: ya habían terminado de desayunar y Michael estaba apilando los platos en el viscoso fregadero cuando alguien llamó a la puerta con un ruido sonoro y hueco.

Calcifer llameó:

—¡La puerta de Kingsbury!

Howl, que iba de camino al baño, retrocedió hasta la puerta. Encima, en el dintel, había un tirador cuadrangular de madera con un leve brochazo de pintura en cada uno de sus cuatro lados. En ese momento se veía una mancha verde en el lado que apuntaba hacia abajo, pero Howl le dio la vuelta para que fuese la mancha roja la que señalara hacia abajo antes de abrir la puerta.

Fuera se hallaba una figura eminente con una peluca blanca y tiesa bajo un sombrero de ala ancha. Su vestimenta era escarlata, púrpura y dorada, y aferraba una pequeña vara decorada con lazos como una versión infantil de las que había en el baile de las cintas por la fiesta del primer día de mayo. El hombre hizo una reverencia. Una vaharada a clavo y flores de azahar se coló en la habitación.

—Su Majestad el rey le envía saludos y presenta el pago de dos mil pares de botas de siete leguas —dijo.

Sophie vislumbró a su espalda un carruaje aguardando en una calle llena de casas suntuosas cubiertas de molduras decorativas y, más allá, torres y chapiteles y cúpulas de un esplendor que antes sólo había entrevisto en su imaginación. Lamentó que el recién

llegado tardara tan poco en alargar una bolsa de seda grande y tintineante, y que Howl tardara tan poco en cogerla, devolver la reverencia y cerrar la puerta. Luego, Howl volvió a dar la vuelta al tirador cuadrado para que la mancha verde apuntara hacia abajo y se guardó la bolsa en el bolsillo. Sophie vio que Michael seguía la bolsa con una mirada apremiante y preocupada.

Howl se fue directo al baño y, una vez ahí, gritó:

—¡Necesito agua caliente, Calcifer!

Y desapareció durante un buen, buen rato.

Sophie no podía contener la curiosidad:

—¿Quién diablos era ese de la puerta? —le preguntó a Michael—. ¿O debería decir *dónde* diablos estaba?

—Esa puerta da a Kingsbury —contestó él—, donde vive el rey. Creo que ese hombre era el escribano del canciller. Y —se dirigió con inquietud a Calcifer— desearía que no le hubiera dado a Howl todo ese dinero.

—¿Va a dejar Howl que me quede? —dijo Sophie.

—Si lo hace, nunca conseguirá que se comprometa a concretar algo. Odia comprometerse.

Capítulo 5
En el que hay demasiada limpieza

Lo único que podía hacer, decidió Sophie, era demostrarle a Howl que era una excelente señora de la limpieza, un verdadero tesoro. Se ató un trapo viejo alrededor de su escaso pelo blanco, se arremangó los flacos y viejos brazos y se envolvió con un mantel gastado que sacó del escobero a modo de delantal. Era un alivio pensar que sólo había cuatro habitaciones que limpiar en vez de todo un castillo. Agarró un cubo y una escoba y se dispuso a trabajar.

—¿Qué está haciendo? —chillaron Michael y Calcifer al unísono, horrorizados.

—Limpiar —respondió Sophie con firmeza—. Este sitio es una vergüenza.

—No le hace falta —dijo Calcifer.

—¡Howl la echará a patadas! —murmuró Michael.

Pero Sophie los ignoró a ambos y empezó a levantar nubes de polvo.

En plena faena sonó otra serie de golpes en la puerta.

—¡La puerta de Porthaven! —anunció Calcifer, llameando, y soltó un estornudo fuerte y crepitante que lanzó chispas moradas entre las nubes de polvo.

Michael se levantó de la mesa de trabajo y fue a la entrada. Sophie echó un vistazo a través del polvo que estaba levantando y vio que esta vez Michael había girado el tirador cuadrado para que la mancha de pintura azul apuntase hacia abajo. Entonces abrió la puerta, que daba a la calle que se veía por la ventana.

Allí se hallaba una niña pequeña.

—Por favor, señor Fisher —dijo—, vengo a buscar el hechizo para mi madre.

—El de seguridad para el barco de tu padre, ¿verdad? —asintió Michael—. No tardaré.

Regresó a la mesa, donde calibró los polvos que había sacado de un frasco de un estante sobre un trozo de papel. Entretanto, la niña miraba a Sophie con la misma curiosidad con la que ella la miraba. Michael envolvió los polvos con el papel y volvió diciendo:

—Dile que lo esparza por todo el barco. Durará para la ida y la vuelta, aunque haya tormenta.

La niña cogió el papel y le dio una moneda.

—¿Ahora el hechicero tiene también a una bruja trabajando para él? —preguntó.

—No —respondió Michael.

—¿Te refieres a mí? —dijo Sophie—. Ah, sí, niña. Yo soy la bruja más habilidosa y más limpia de Ingary.

Michael cerró la puerta con exasperación.

—Ahora ese rumor circulará por todo Porthaven. Puede que a Howl no le haga gracia. —Giró el tirador para que el verde volviera a apuntar hacia abajo.

Sophie se rio un poco para sí misma sin el menor arrepentimiento. Probablemente estuviera dejando que la escoba con la que andaba le metiese ideas en la cabeza, pero tal vez Howl se dejaría persuadir de permitir que se quedara si todo el mundo creía que trabajaba para él. Era extraño. Cuando era una joven, Sophie se hubiera encogido de la vergüenza por la manera en que se estaba comportando. Ahora que era una anciana, no le preocupaba lo que hacía o decía. Aquello era un gran alivio.

Se inclinó con aire entrometido sobre Michael al verlo alzar una piedra en la chimenea y esconder debajo la moneda de la niña.

—¿Qué estás haciendo?

—Calcifer y yo intentamos tener una reserva de dinero —dijo Michael con cierta culpabilidad—. Si no lo hiciéramos, Howl se gastaría hasta el último penique.

—¡Irresponsable derrochador! —chisporroteó Calcifer—. Tardará menos en gastarse el dinero del rey que yo en quemar un leño. No tiene sentido.

Sophie vertió agua del fregadero para quitar el polvo, lo que

causó que Calcifer volviera a apartarse contra la chimenea. Luego volvió a barrer el suelo. Al hacerlo, fue acercándose a la puerta con el fin de echar un vistazo al tirador cuadrado que había encima. El cuarto lado, que todavía no había visto usar, tenía encima una mancha de pintura negra. Mientras se preguntaba adónde conduciría, Sophie empezó a barrer con vigor las telarañas de las vigas. Michael gimió lastimeramente y Calcifer estornudó de nuevo.

Justo en ese momento, Howl salió del baño envuelto en una nube de perfume vaporoso. Se lo veía fabulosamente acicalado. Hasta los brocados de plata y los bordados de su traje parecían más relucientes. Echó una ojeada y retrocedió deprisa al baño, protegiéndose la cabeza con una manga azul y plateada.

—¡Deténgase, mujer! —exclamó—. ¡Deje tranquilas a esas pobres arañas!

—¡Estas telarañas son una vergüenza! —declaró Sophie mientras las hacía caer a puñados.

—Entonces, bájelas y deje las arañas —dijo Howl.

Lo más probable era que sintiese una malvada simpatía por las arañas, pensó Sophie.

—Eso sólo servirá para que tejan más telarañas.

—Y para que maten moscas, algo muy útil —replicó él—. Mantenga quieta esa escoba mientras cruzo mi propio salón, por favor.

Sophie se apoyó en la escoba y observó a Howl atravesar la estancia y recoger la guitarra. Cuando puso la mano en el cerrojo de la puerta, dijo:

—Si la mancha roja lleva a Kingsbury y la azul lleva a Porthaven, ¿adónde conduce la mancha negra?

—¡Qué anciana más fisgona es usted! —soltó Howl—. Esa conduce a mi refugio privado y no voy a decirle dónde está. —Abrió la puerta, mostrando la amplia extensión de brezales en movimiento y las colinas.

—¿Cuándo volverás, Howl? —le preguntó Michael con cierto desconsuelo.

Howl fingió no haberlo oído.

—No debe matar ni una sola araña mientras yo esté fuera —le dijo a Sophie.

Y la puerta se cerró de golpe tras él.

Michael le echó a Calcifer una mirada significativa y suspiró. El demonio de fuego crepitó con una risa maliciosa.

Como nadie le había explicado adónde se iba Howl, Sophie concluyó que se dirigía a capturar jovencitas y reemprendió el trabajo con una energía más justiciera que nunca. No se atrevía a hacer daño a las arañas después de la advertencia de Howl, así que golpeó las vigas con la escoba, gritando:

—¡Fuera, arañas! ¡Fuera de mi camino!

Las arañas salieron correteando frenéticamente en todas las direcciones y las telarañas empezaron a caer a montones. Entonces, por supuesto, tuvo que barrer el suelo de nuevo. Acto seguido, se arrodilló y comenzó a frotarlo.

—¡Ojalá parase! —se quejó Michael, sentado en las escaleras fuera de su alcance.

Calcifer, encogido de miedo en la parte trasera de la chimenea, murmuró:

—¡Ojalá nunca hubiéramos hecho ese trato!

Sophie siguió frotando con energía.

—Estaréis mucho más contentos cuando todo se vea limpio y agradable —afirmó.

—¡Pero *ahora* estoy fatal! —protestó Michael.

Howl no regresó hasta muy entrada la noche. Para entonces, Sophie había barrido y frotado hasta tal punto que apenas se podía mover y estaba encorvada en la silla, con todo el cuerpo dolorido. Michael agarró a Howl por una de sus mangas ondeantes y lo arrastró hasta el baño, donde Sophie lo oyó soltar una queja tras otra en un murmullo vehemente. No tuvo dificultad en captar frases como «una vieja terrible» y «¡no hace ni caso!», y eso que Calcifer estaba rugiendo: «¡Howl, detenla! ¡Nos está matando!».

Pero todo lo que Howl dijo, cuando Michael lo soltó, fue:

—¿Ha matado usted alguna araña?

—¡Por supuesto que no! —espetó Sophie. Estaba irritada por el dolor—. Con sólo mirarme salen huyendo como alma que lleva el diablo. ¿Qué son? ¿Esas chicas cuyos corazones te has ido comiendo?

Howl se echó a reír.

—No, son simples arañas. —Y subió distraídamente por las escaleras.

Michael suspiró. Se metió en el escobero y rebuscó hasta dar con una vieja cama plegable, un colchón de paja y algunas alfombras que colocó en el hueco arqueado bajo la escalera.

—Será mejor que duerma aquí esta noche —le dijo.

—¿Eso significa que Howl va a dejar que me quede? —preguntó Sophie.

—¡No lo sé! —respondió Michael, irritado—. Howl nunca se compromete a nada. Yo pasé seis meses aquí antes de que pareciera darse cuenta de que vivía en este sitio y me nombrara su aprendiz. Es sólo que he pensado que una cama sería preferible a la silla.

—En ese caso, muchas gracias —le dijo Sophie, agradecida. La cama era, en efecto, más cómoda que la silla y, cuando Calcifer se quejó por la noche de que tenía hambre, le costó menos levantarse entre crujidos óseos para darle otro leño.

En los días siguientes, Sophie se dedicó a limpiar implacablemente por el castillo. Y se lo pasaba bien. Mientras se decía que estaba buscando pistas, limpió la ventana y el viscoso fregadero, e hizo que Michael recogiera todo lo que había sobre la mesa de trabajo y en las estanterías para poder frotar la superficie. Ella se encargó de vaciar las alacenas y descolgar todo de las vigas para limpiarlas también. La calavera, se dijo, empezaba a parecer tan sufriente como Michael. La había movido tantas veces… Entonces clavó una sábana vieja en las vigas más próximas a la chimenea y obligó a Calcifer a inclinarse mientras barría la chimenea. Calcifer odiaba hacer eso, y crepitó con una risa malvada cuando Sophie descubrió que el hollín se había esparcido por todo el cuarto y tenía que limpiarlo otra vez. Ese era su problema: era implacable, pero le faltaba método. Aunque su actitud implacable sí tenía cierto método: había calculado que no podía limpiar todo a fondo sin, tarde o temprano, darse de bruces con el botín de Howl donde guardara las almas de las chicas o sus corazones mordisqueados… o algo que esclareciese el contrato de Calcifer. La chimenea, al estar custodiada por Calcifer, le pareció un buen escondite. Sin embargo, dentro no había más que una gran cantidad de hollín, que almacenó en sacos en el patio. El patio era uno de los sitios que encabezaban su lista de posibles escondites.

Cada vez que Howl entraba, Michael y Calcifer se quejaban a voces de Sophie, pero Howl no parecía prestar atención. Tampoco

parecía advertir la limpieza. Y tampoco reparó en que la despensa pasó a estar muy bien provista de pasteles, mermelada y alguna que otra lechuga ocasional.

Porque, tal y como Michael había pronosticado, en Porthaven se había corrido la voz. La gente llamaba a la puerta para ver a Sophie. La llamaban «señora bruja» en Porthaven y «dama hechicera» en Kingsbury. Los rumores también habían llegado a la capital. Aunque la gente que iba a la puerta de Kingsbury estaba mejor vestida que la de Porthaven, a nadie en ninguno de los dos sitios le gustaba acudir a una figura tan poderosa sin un pretexto. De modo que Sophie siempre tenía que andar interrumpiendo sus faenas para asentir, sonreír y coger algún regalo, o para pedirle a Michael que le preparase un hechizo a alguien. Algunos de los regalos eran objetos bonitos: cuadros, collares de conchas y delantales muy útiles. Sophie los usaba a diario y colgó las conchas y los cuadros en las paredes de su refugio en el hueco de la escalera, que pronto pasó a resultar muy hogareño.

Sabía que echaría de menos aquello cuando Howl la despidiera y empezó a darle cada vez más miedo que lo hiciera. Era indudable que no podía seguir ignorándola eternamente.

Lo siguiente que limpió fue el baño. Eso le llevó días debido a todo el tiempo que pasaba Howl a diario dentro antes de marcharse. Tan pronto como salió, dejándolo lleno de vapor y hechizos de esencias, Sophie entró.

—¡Ahora veremos qué pasa con ese contrato! —murmuró a la bañera, aunque su principal objetivo era, por supuesto, la repisa de paquetes, tarros y tubos.

Se los fue llevando todos abajo, con la excusa de ir a frotar la repisa, y se pasó la mayor parte del día examinándolos para comprobar si los que tenían las etiquetas de PIEL, OJOS y PELO contenían, en efecto, partes de una joven. Pero, por lo que podía ver, sólo eran cremas, polvos y pinturas. Si antes habían sido chicas, lo único que se le ocurría era que Howl les hubiera aplicado el tubo de PARA EL DETERIORO y las hubiese dejado pudriéndose en el lavabo con tanta eficiencia que ya no se reconocía nada. Aunque esperaba que en los paquetes sólo hubiera cosméticos.

Devolvió las cosas a la repisa y frotó. Esa noche, mientras se sentaba dolorida en la silla, Calcifer refunfuñó que había dejado

seco un manantial de aguas termales por su culpa.

—¿Dónde están los manantiales? —preguntó Sophie. Últimamente sentía curiosidad por todo.

—La mayor parte, bajo las marismas de Porthaven —dijo Calcifer—. Pero si sigues así, tendré que sacar agua caliente del Páramo. ¿Cuándo vas a parar de limpiar y a descubrir cómo anular mi contrato?

—A su debido tiempo —repuso Sophie—. ¿Cómo voy a sonsacarle a Howl los términos si nunca está aquí? ¿Siempre sale tanto?

—Sólo cuando le interesa una mujer —contestó Calcifer.

Una vez que el baño quedó limpio y reluciente, Sophie restregó con fuerza las escaleras y el rellano. Después entró en el pequeño dormitorio de Michael. Él, que para entonces parecía haber pasado a aceptar a Sophie con amargura, como si se tratara de una especie de catástrofe natural, soltó un grito de consternación y se precipitó ruidosamente escaleras arriba al rescate de sus posesiones más preciadas. Estaban en una vieja caja oculta bajo la cama, pequeña y apolillada. Mientras se llevaba a toda prisa la caja con actitud protectora, Sophie captó de refilón un lazo azul con una rosa de azúcar sobre lo que aparentaban ser cartas.

—¡Así que Michael tiene novia! —se dijo al tiempo que abría de par en par la ventana, que también daba a la calle de Porthaven, y sacudía la ropa de cama sobre el alféizar para que se aireara. Teniendo en cuenta lo fisgona que se había vuelto en los últimos días, Sophie se sorprendió a sí misma al no preguntarle a Michael quién era esa chica y cómo la había mantenido a salvo de Howl.

En la habitación de Michael barrió tanta cantidad de polvo y porquería que casi ahogó a Calcifer cuando intentó quemarlo todo.

—¡Vas a acabar conmigo! ¡Eres tan cruel como Howl! —soltó Calcifer con voz ahogada. Sólo se veían su pelo verde y un fragmento azul de su alargada frente.

Michael metió la caja en el cajón de la mesa de trabajo y lo cerró con llave.

—¡Ojalá que Howl nos hiciera caso! —exclamó—. ¿Por qué está tardando tanto con esta chica?

Al día siguiente, Sophie se propuso empezar a limpiar el patio. Pero estaba lloviendo en Porthaven, con gotas que azotaban las

ventanas y repiqueteaban en la chimenea, lo que causaba que Calcifer siseara irritado. El patio también formaba parte de la casa de Porthaven, de manera que, cuando Sophie abrió la puerta, ahí fuera estaba diluviando. Cubriéndose la cabeza con el delantal, curioseó un poco entre lo que había y, antes de que se mojara demasiado, encontró un cubo de pintura de cal y una brocha grande. Se lo llevó al interior y se dispuso a trabajar en las paredes. En el escobero vio una vieja escalera de mano y consiguió encalar también el techo entre las vigas. Durante los dos días siguientes, llovió en Porthaven, aunque, cuando Howl abrió la puerta con la mancha verde apuntando abajo en el tirador y salió a las colinas, el tiempo allí era soleado y las grandes sombras que proyectaban las nubes pasaban velozmente sobre el brezal, más rápido de lo que el castillo podía moverse. Sophie terminó de encalar su pequeña alcoba, las escaleras, el rellano y la habitación de Michael.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Howl cuando regresó al tercer día—. Parece mucho más luminoso.

—Sophie —dijo Michael con tono funesto.

—Debería habérmelo figurado —comentó Howl antes de desaparecer en el baño.

—¡Se ha dado cuenta! —le susurró Michael a Calcifer—. ¡La chica debe de estar cediendo por fin!

Al día siguiente, aún seguía lloviznando en Porthaven. Sophie se ató un pañuelo a la cabeza, se arremangó y se ciñó el delantal. Cogió la escoba, el cubo y el jabón, y, nada más salir Howl por la puerta, se encaminó a su dormitorio para limpiarlo como un ángel vengador de la tercera edad.

Lo había dejado para lo último por temor a lo que pudiera encontrar. Ni siquiera se había atrevido a echar un vistazo. Y eso era absurdo, pensó al subir cojeando por las escaleras. Para entonces ya estaba claro que Calcifer realizaba toda la magia del castillo y Michael, las tareas cotidianas, mientras que Howl se dedicaba a pasear a sus anchas para capturar chicas y aprovecharse de los otros dos tal y como Fanny se había aprovechado de ella. Ahora lo único que sentía era desdén.

Llegó al rellano y se topó con Howl de pie en el umbral de su habitación. Estaba apoyado perezosamente sobre una mano, bloqueándole el paso por completo.

—No —dijo con bastante amabilidad—. La prefiero sucia, gracias.

Sophie lo miró boquiabierta.

—¿Por dónde has entrado? He visto cómo salías.

—Eso pretendía —replicó él—. Ha hecho lo que se le ha antojado con Calcifer y el pobre Michael. Era lógico presuponer que hoy invadiría mi cuarto. Y sea lo que sea lo que le haya dicho Calcifer, *soy* un mago, ¿sabe? ¿Acaso pensaba que no podía hacer magia?

Esto echó por tierra las teorías de Sophie. Aun así, hubiera preferido morir antes que admitirlo.

—Todo el mundo sabe que eres un mago, joven —dijo con severidad—. Pero eso no cambia el hecho de que tu castillo es el sitio más sucio en el que he estado.

Examinó la habitación más allá de la manga azul y plateada de Howl. La alfombra estaba rebosante de cosas diseminadas, como el nido de un pájaro. Vislumbró paredes descascarilladas y un estante lleno de libros, algunos de aspecto extraño. No se atisbaba ninguna pila de corazones mordisqueados, pero eso probablemente estuviera detrás o debajo de la enorme cama con dosel. Los cortinajes, de un blanco grisáceo por el polvo, le impedían ver adónde daba la ventana.

Howl movió la manga ante su cara.

—No, no. No sea fisgona.

—¡No soy fisgona! —protestó Sophie—. ¡Esa habitación…!

—Sí, es una fisgona —dijo Howl—. Es una anciana terriblemente fisgona, horriblemente mandona y espantosamente limpia. Contrólese. Nos está acosando a todos.

—Pero esto es una pocilga. ¡No puedo evitar lo que soy!

—Sí, sí puede —objetó Howl—. Y me gusta mi habitación tal y como está. Debe reconocer que tengo derecho a vivir en una pocilga si así lo deseo. Ahora vaya abajo y piense en otra cosa que hacer. Por favor. Odio discutir con la gente.

A Sophie no le quedó más remedio que apartarse con el cubo tintineando a su lado. Estaba un poco alterada y muy sorprendida de que Howl no la hubiera echado del castillo al instante. Pero, como no lo había hecho, se puso a reflexionar sobre lo próximo que convenía resolver con más urgencia. Abrió la puerta junto a las

escaleras, descubrió que la llovizna ya casi había parado y salió al patio, donde comenzó a organizar con energía las pilas de chatarra empapada.

Entonces sonó un ¡clash! metálico y Howl volvió a aparecer, tambaleándose levemente, en el centro de la gran lámina de hierro oxidado que Sophie iba a mover a continuación.

—Aquí tampoco —dijo—. Es usted un peligro, ¿eh? Deje tranquilo este patio. Sé justo dónde está cada cosa y no podré encontrar lo que necesito para mis hechizos de transporte si los ordena.

Eso debía de significar que allí, en alguna parte, había un montón de almas o una caja de corazones mordisqueados, pensó Sophie. Se sintió muy frustrada.

—¡Estoy aquí precisamente para ordenar! —le gritó.

—Entonces debe pensar en un nuevo sentido para su vida —contestó él. Por un momento, pareció que Howl también iba a perder los estribos. Sus pálidos y extraños ojos casi fulminaron a Sophie. Pero se recompuso y dijo—: Ahora vaya dentro, viejecita hiper-activa, y busque otra cosa con la que jugar antes de que me enfade. Odio enfadarme.

Sophie cruzó sus escuálidos brazos. No le gustaba nada que esos ojos más parecidos a canicas de cristal le lanzaran miradas fulminantes.

—¡Por supuesto que odias enfadarte! —respondió—. No te gusta nada que sea desagradable, ¿verdad? ¡Eres escurridizo como una anguila, eso es lo que eres! ¡Evitas cualquier cosa que no te gusta!

Howl forzó una especie de sonrisa.

—Bien —dijo—, ya conocemos los defectos del otro. Ahora vuelva dentro de la casa. Vamos. Vuelva. —Avanzó hacia Sophie, haciéndole gestos en dirección a la puerta. La manga del brazo que agitaba se enganchó en el filo del metal oxidado, se dio un tirón y se desgarró—. ¡Maldición! —exclamó Howl, sujetando el borde azul y plateado—. ¡Mire lo que me ha hecho hacer!

—Puedo remendarlo —se ofreció Sophie.

Howl le lanzó otra de esas miradas cristalinas.

—Ya está otra vez —masculló—. ¡Cómo debe de adorar la servidumbre! —Se puso la manga rota con cuidado entre los dedos de la mano derecha y la deslizó por ellos. En cuanto el tejido azul y

plateado se despegó de los dedos, ya no se lo veía con el menor roto —. Ya está —dijo—. ¿Lo entiende?

Sophie cojeó hacia el interior bastante escarmentada. Era evidente que los magos no necesitaban trabajar de un modo normal. Howl le había demostrado que sin duda era un mago a tener en cuenta.

—¿Por qué no me ha expulsado? —preguntó, en parte para sí misma y en parte a Michael.

—Ni idea —musitó el aprendiz—. Pero creo que se ha fiado de Calcifer. La mayor parte de la gente que viene no repara en él o se muere de miedo al verlo.

Capítulo 6

En el que Howl expresa sus sentimientos con cieno verde

Howl no salió ese día ni los siguientes. Sophie se sentó en silencio en la silla junto a la lumbre para apartarse de su camino y pensar. Se daba cuenta de que, por mucho que Howl se lo mereciera, había estado desahogándose con el castillo cuando con quien estaba realmente enfadada era con la Bruja del Páramo. Y le molestaba un poco la idea de encontrarse allí por una excusa falsa. Howl tal vez creyera que a Calcifer le agradaba, pero Sophie sabía que el demonio del fuego se había limitado a sacar partido a la oportunidad de hacer un trato con ella. Y más bien pensaba que lo había decepcionado.

Ese estado de ánimo no le duró, porque descubrió una pila de ropa de Michael que necesitaba arreglos. Sacó el dedal, las tijeras e hilo de su bolsa de la costura y se puso manos a la obra. Al atardecer ya estaba lo bastante alegre para tararear con Calcifer una cancioncilla incomprensible sobre cazuelas.

—¿Satisfecha con su trabajo? —le preguntó Howl con sarcasmo.

—Necesito más cosas que hacer —dijo Sophie.

—A mi traje viejo le vendría bien un arreglo, si necesita sentirse ocupada.

Eso parecía significar que Howl ya no estaba molesto. Sophie se sintió aliviada. Casi se había asustado esa mañana.

Estaba claro que Howl todavía no había atrapado a la chica tras la que andaba. Sophie escuchó cómo Michel le formulaba preguntas bastante obvias al respecto y cómo Howl evitaba contestarlas con destreza.

—Es escurridizo como una anguila —le murmuró a un par de

calcetines de Michael—. No puede afrontar su propia maldad. —Observó cómo Howl, impaciente, se esforzaba por mantenerse atareado para disimular su descontento. Eso era algo que ella entendía bastante bien.

En la mesa de trabajo, Howl trabajaba con mucha más firmeza y rapidez que Michael, mezclando hechizos de una forma experta pero descuidada. A juzgar por la expresión de Michael, la mayoría de ellos eran tanto inusuales como difíciles de realizar. Pero Howl solía dejar alguno a medias para irse corriendo a su habitación a resolver algún asunto oculto —y sin duda siniestro— que estaba teniendo lugar allí, y enseguida salía a toda prisa al patio para juguetear con un hechizo grande ahí fuera. En un momento dado, Sophie abrió una rendija de la puerta y se quedó estupefacta al ver al elegante mago arrodillarse en el barro, con las largas mangas atadas entre sí por detrás de su cuello para que no le estorbaran mientras él depositaba cuidadosamente un revoltijo de metal grasiento en una especie de armazón especial.

Ese hechizo era para el rey. Otro mensajero perfumado y con una vestimenta recargada se presentó con una carta y un discurso muy muy largo en el que se preguntaba si Howl tal vez podría dedicar un poco de su tiempo, sin duda valiosamente empleado en otras actividades, para disponer de su mente, tan poderosa como ingeniosa, en un pequeño problema experimentado por Su Majestad Real: a saber, cómo un ejército podría abrirse paso con sus pesados carros por un pantano y terrenos accidentados. Howl fue extraordinariamente educado y prolijo en detalles al responder. Dijo que no. Pero el mensajero habló durante más de media hora, tras lo cual ambos se hicieron una reverencia y Howl aceptó encargarse del hechizo.

—Esto es un tanto ominoso —le dijo Howl a Michael cuando el mensajero se marchó—. ¿Por qué tenía Suliman que perderse en el Páramo? El rey parece pensar que yo lo conseguiré en su lugar.

—Él no era tan ingenioso como tú, según se dice —comentó Michael.

—Soy demasiado paciente y demasiado cortés —se lamentó Howl con amargura—. Debería haberle cobrado todavía más.

Howl era igual de paciente y cortés con los clientes de Porthaven, pero, como Michael le señaló con inquietud, el problema

era que no les cobraba lo suficiente. Esto ocurrió después de que Howl pasara una hora escuchando las razones por las que la mujer de un marinero no le podía pagar aún un solo penique y luego le prometiera al capitán de un navío un hechizo de viento a cambio de apenas nada. Howl eludió el razonamiento de Michael dándole una lección de magia.

Sophie cosía botones en las camisas de Michael mientras los escuchaba repasar un hechizo.

—Ya sé que yo soy descuidado —decía Howl—, pero no es necesario que me imites. Primero léelo siempre entero, con detenimiento. Su forma debería decirte mucho: si se trata de un hechizo de realización, de indagación o un simple encantamiento, o si combina actos y palabras. Cuando hayas llegado a una conclusión, léelo otra vez y determina qué partes significan lo que dicen y qué partes son un acertijo. Ahora estás avanzando hacia los más poderosos. Descubrirás que cada hechizo de poder incluye como mínimo un error deliberado o un misterio para prevenir accidentes. Tu deber es detectarlos. Ahora prueba con este…

Al escuchar las respuestas titubeantes de Michael a las preguntas de Howl y al ver cómo Howl garabateaba comentarios en un papel con una extraña pluma de ganso de tinta inagotable, Sophie cayó en la cuenta de que ella también podía aprender mucho. Si Martha había descubierto el hechizo para intercambiarse con Lettie en casa de la señora Fairfax, ella debería conseguir hacer lo mismo aquí. Con un poco de suerte, quizá no hiciera falta depender de Calcifer.

Cuando Howl quedó satisfecho con el olvido absoluto de Michael sobre la —escasa— cantidad que cobraba a la gente de Porthaven, se lo llevó al patio para que lo ayudara con el hechizo del rey. Entonces Sophie se levantó trabajosamente y cojeó hasta la mesa de trabajo. El hechizo era bastante claro, pero los comentarios garabateados de Howl la superaron.

—¡Jamás había visto semejante escritura! —refunfuñó a la calavera—. ¿Escribe con una pluma o con un atizador? —Ojeó con impaciencia cada uno de los trozos de papel que había sobre la mesa y examinó los polvos y líquidos de los frascos torcidos—. Sí, admitámoslo, soy una fisgona. Y aquí tengo mi recompensa: puedo averiguar cómo curar la peste aviar y calmar la tos ferina, levantar viento y quitar vello de la cara. Si Martha hubiera descubierto todo

esto, aún seguiría en casa de la señora Fairfax.

A su vuelta del patio, Howl entró e inspeccionó todas las cosas que ella había tocado, o esa impresión le dio a Sophie. Pero también podía tratarse sólo de nervios. Después pareció no saber qué hacer consigo mismo. Por la noche, Sophie lo oyó deambular de un lado a otro y a la mañana siguiente sólo pasó media hora en el baño. Era como si no fuese capaz de contenerse mientras Michael se ponía su mejor traje de terciopelo color ciruela, listo para ir al palacio de Kingsbury, y los dos envolvían el voluminoso hechizo en papel dorado. Debía de ser sorprendentemente ligero para su tamaño, pues Michael lo cogió sin ninguna dificultad, rodeándolo con ambos brazos. Howl giró el tirador para que la mancha roja quedara sobre él y le abrió paso a la calle de casas pintadas.

—Lo están esperando —dijo a continuación—. No debería llevarte más que la mayor parte de la mañana. Diles que hasta un niño podría realizarlo. Enséñaselo. Y cuando regreses, te tendré preparado un hechizo de poder para que empieces a trabajar en él. Hasta luego.

Cerró la puerta y volvió a deambular por la estancia.

—Noto un hormigueo en los pies —anunció de pronto—. Me voy a pasear por las colinas. Dígale a Michael que lo que le prometí está en la mesa. Y aquí tiene algo con lo que mantenerse ocupada.

Un traje gris y escarlata, tan elegante como el azul y plateado, apareció de la nada y le cayó en el regazo. Entretanto, Howl recogió la guitarra de su rincón, dio la vuelta al tirador para bajar la mancha verde y salió al brezal, que se deslizaba a toda velocidad, sobre Market Chipping.

—¡Que nota un hormigueo en los pies! —rezongó Calcifer. En Porthaven había niebla baja y el demonio estaba alicaído entre los leños, moviéndose inquieto de un lado a otro para evitar el goteo de la chimenea—. ¿Cómo se cree que me siento yo, atrapado en un sitio así de húmedo?

—Entonces tendrás que darme al menos una pista sobre cómo anular el contrato —le dijo Sophie al tiempo que sacudía el traje gris y escarlata—. Madre mía, ¡vaya sí eres un traje distinguido, pese a que estés un poco desgastado! Hecho para atraer a las chicas, ¿eh?

—¡Ya te he dado una pista! —chisporroteó Calcifer.

—En ese caso, tendrás que volver a dármela, no la he captado —replicó Sophie, que extendió el traje y avanzó cojeando hasta la puerta.

—Si te doy una pista y te digo que es una pista, estaré revelándote información y no se me permite hacer eso —dijo Calcifer—. ¿Adónde vas?

—A hacer algo que no me atrevía a hacer hasta que esos dos estuviesen fuera.

Sophie giró el tirador cuadrado hasta que la mancha negra apuntó hacia abajo. Acto seguido, abrió la puerta.

En el exterior no había nada. No era negro ni gris ni blanco. No era espeso ni transparente. No se movía. No olía a nada ni se palpaba nada. Cuando Sophie alargó afuera un dedo muy cauteloso, no notó nada cálido ni frío. No se percibía nada. Era la nada más absoluta.

—¿Qué es esto? —le preguntó a Calcifer.

El demonio estaba tan interesado como ella. Su rostro azul se inclinaba en el borde de la chimenea para ver la puerta. Ya se había olvidado de la niebla.

—No lo sé —susurró—, yo me limito a mantenerlo. Todo lo que sé es que cae en el lado del castillo por el que nadie puede pasar. Da la sensación de estar bastante lejos.

—¡Da la sensación de estar más allá de la luna! —dijo Sophie.

Cerró la puerta y giró el tirador para que la mancha verde volviera a apuntar hacia abajo. Dudó un momento y luego empezó a subir renqueando por las escaleras.

—La ha cerrado —se adelantó Calcifer—. Me encargó que te lo dijera si intentabas husmear otra vez.

—Oh. ¿Qué es lo que tiene allí?

—No tengo ni idea —respondió Calcifer—. No sé nada de lo que hay arriba. ¡Si supieras lo frustrante que es! Ni siquiera puedo echar un vistazo fuera del castillo. Sólo lo suficiente para ver en qué dirección voy.

Sophie, sintiéndose igual de frustrada, se sentó y empezó a arreglar el traje gris y escarlata. Al cabo de un rato no demasiado largo volvió Michael.

—El rey me ha recibido de inmediato —afirmó—. Él… —Miró alrededor de la estancia. Sus ojos se detuvieron en el rincón vacío

donde solía estar la guitarra—. ¡Oh, no! ¡No otra vez la amiga! Pensé que se había enamorado de él y todo se había terminado hacía días. ¿Qué la retiene?

Calcifer siseó con malicia.

—Has interpretado mal las señales. Al despiadado de Howl esta dama le está resultando bastante dura de roer. Por eso decidió dejarla en paz durante unos días para ver si eso servía de algo. Eso es todo.

—¡Qué fastidio! —soltó Michael—. Fijo que esto nos trae problemas. ¡Y yo que esperaba que Howl casi hubiera recobrado la sensatez!

Sophie aplastó violentamente el traje contra sus rodillas.

—¡Pero bueno! —exclamó—. ¡Cómo podéis hablar así los dos sobre semejante crueldad! Supongo que no puedo culpar a Calcifer, puesto que es un malvado demonio. ¡Pero tú, Michael…!

—Yo no creo que sea malvado —protestó Calcifer.

—¡Pero es que yo no estoy tranquilo, si eso es lo que se piensa! —dijo Michael—. ¡Si supiera los problemas que hemos tenido por lo enamoradizo que es Howl! Nos las hemos visto con pleitos, pretendientes con espadas, madres con rodillos de amasar, y padres y tíos con garrotes. Y tías. Las tías son horribles: te atacan con los alfileres de sus sombreros. Pero lo peor de todo es cuando la chica averigua dónde vive Howl y viene llorando y con el ánimo por los suelos. Howl se escabulle por la puerta trasera y a Calcifer y a mí nos toca lidiar con todos ellos.

—Odio a las tristes —se quejó Calcifer—. Siempre me gotean con sus lágrimas. Prefiero que vengan enfadadas.

—Aclaremos algo —dijo Sophie, apretando los huesudos puños sobre el satén rojo—. ¿Qué es lo que Howl les hace a esas pobres muchachas? Había oído que se comía sus corazones y se llevaba sus almas.

Michael soltó una risa incómoda.

—Entonces, usted debe de venir de Market Chipping. Howl me envió allí para manchar su reputación cuando construimos el castillo. Yo…, eh…, bueno, dije esa clase de cosas. Es lo que normalmente dicen las tías. Sólo es verdad hasta cierto punto.

—Howl es muy voluble —intervino Calcifer—. Su interés dura hasta que la chica se enamora de él. Luego deja de preocuparse por

ella.

—Pero no descansa hasta conseguir que se enamore de él —aseguró Michael con vehemencia—. Es imposible razonar con él hasta que lo ha hecho. Siempre espero con ganas que llegue el momento de que la chica se deje engatusar por él. Entonces las cosas mejoran.

—Hasta que le siguen la pista —añadió Calcifer.

—Suponía que al menos sería lo bastante sensato para darles un nombre falso —dijo Sophie despectivamente. El desdén era para disimular el hecho de que se estaba sintiendo un poco tonta.

—Oh, siempre lo hace —asintió Michael—. Le encanta dar nombres falsos y disfrazarse. Lo hace incluso cuando no está cortejando a las chicas. ¿No se ha fijado en que es el hechicero Jenkin en Porthaven, el mago Pendragon en Kingsbury y el horrible Howl en el castillo?

Sophie no se había dado cuenta, lo que le hizo sentir todavía más tonta. Y sentirse tonta hizo que se sintiera molesta.

—Bueno, sigo pensando que es malvado andar por ahí haciendo infelices a esas pobres muchachas —dijo—. Es algo cruel y no sirve de nada.

—Él es así —comentó Calcifer.

Michael acercó un taburete de tres patas al fuego y tomó asiento mientras Sophie cosía, y empezó a contarle más sobre las conquistas de Howl y algunos de los problemas que habían surgido después. Entretanto, Sophie le decía cosas entre dientes al distinguido traje. Aún se sentía muy tonta.

—Así que tú te comías los corazones, ¿eh, traje? ¿Por qué las tías pintan la situación de un modo tan raro al hablar de sus sobrinas? Es posible que también a ellas les gustaras, mi buen traje. ¿Cómo te sentirías con una tía furiosa detrás de ti, eh?

Al tiempo que Michael le contaba la historia de una tía en particular que tenía en mente, a Sophie se le ocurrió que probablemente fuese mejor que los rumores sobre Howl hubieran llegado a Market Chipping con esas palabras. De lo contrario, no le costaba imaginarse a una chica tan tenaz como Lettie interesándose mucho por Howl y terminando muy desdichada.

Michael acababa de sugerir almorzar y Calcifer, como de costumbre, se había quejado cuando Howl abrió la puerta de par en

par y entró más descontento que nunca.

—¿Algo de comer? —le ofreció Sophie.

—No —dijo él—. Agua caliente en la bañera, Calcifer. —Permaneció malhumorado junto a la puerta del baño por un momento—. Sophie, ¿ha ordenado la repisa de hechizos de aquí dentro, por algún casual?

Sophie se sintió más tonta que nunca. Nada podría haberla llevado a admitir que había hurgado entre todos esos paquetes y tarros en busca de los restos de una chica.

—No he tocado nada —respondió con aire virtuoso mientras iba a coger la sartén.

—Espero que sea cierto —dijo Michael inquieto cuando Howl cerró con un portazo.

El sonido del agua corriendo y derramándose salió incesante del baño mientras Sophie freía la comida.

—Está usando mucha agua caliente —informó Calcifer bajo la sartén—. Creo que se está tiñendo el pelo. Espero que no trastearas con los hechizos capilares. Para tratarse de un hombre corriente con el pelo del color del barro, es terriblemente vanidoso con su apariencia.

—¡Oh, cállate! —le espetó Sophie—. ¡Lo dejé todo justo donde lo encontré!

Estaba tan enfadada que volcó la sartén con los huevos y el beicon sobre Calcifer. Este, por supuesto, se los comió con enorme entusiasmo, llameando con voracidad. Sophie frió más sobre las chisporroteantes llamas y luego comió con Michael. Ya estaban recogiendo y Calcifer relamiéndose los labios púrpuras con la lengua azul, cuando la puerta del baño se abrió de golpe y Howl salió disparado, aullando de desesperación.

—¡Mirad esto! —gritó—. ¡Mirad! ¿Qué le ha hecho este caos de mujer a mis hechizos?

Sophie y Michael se dieron la vuelta y lo miraron. Tenía el pelo húmedo, pero, aparte de eso, ninguno vio nada diferente.

—Si te refieres a mí… —empezó Sophie.

—¡Claro que me refiero a usted! ¡Mire! —chilló Howl. Se dejó caer en el taburete y se golpeó con el dedo la cabeza mojada—. Mire. Contemple. Inspecciónelo. ¡Mi pelo está arruinado! ¡Parezco una sartén de beicon y huevos!

Nerviosos, Michael y Sophie se inclinaron sobre la cabeza de Howl. El pelo parecía ser del mismo rubio hasta las raíces. La única diferencia podía ser un leve, muy leve matiz rojo. A Sophie le resultó agradable: le recordaba un poco al color del que debería ser su propio pelo.

—A mí me parece muy bonito —opinó.

—¡Bonito! —rugió Howl—. ¡Cómo no! Lo ha hecho usted a propósito. No ha podido quedarse quieta hasta que me ha destrozado a mí también. ¡Mírelo! ¡Es anaranjado! ¡Tendré que ocultarme hasta que crezca! —Extendió los brazos al frente con vehemencia—. ¡Desesperación! —gritó—. ¡Tormento! ¡Horror!

La estancia se volvió sombría. Unas formas enormes, borrosas y de aspecto humano se hincharon desde las cuatro esquinas y avanzaron hacia Sophie y Michael, aullando más a medida que se aproximaban. Los aullidos empezaron siendo gimoteos de horror, pasaron a ser carcajadas de desesperación y luego volvieron a convertirse en gritos de dolor y miedo. Sophie se tapó los oídos con las manos, pero los gritos presionaban a través de sus dedos, más y más alto todavía, más horribles con cada segundo que pasaba. Calcifer se encogió a toda prisa en la chimenea y titiló al esconderse bajo el leño más cercano. Michael agarró a Sophie del codo y la arrastró hasta la puerta. Luego giró el tirador hasta la mancha azul, abrió la puerta de una patada y los sacó a ambos a Porthaven tan rápido como pudo.

El ruido fuera era casi tan horrible como dentro. Por toda la calle se abrieron puertas y la gente salió corriendo con las manos cubriéndoles los oídos.

—¿Hacemos bien en dejarlo solo en ese estado? —preguntó Sophie con voz temblorosa.

—Sí —dijo Michael—. Si está convencido de que la culpa es de usted, entonces desde luego.

Recorrieron la ciudad con premura, perseguidos por los punzantes gritos. Una muchedumbre se había congregado junto a ellos. A pesar de que la niebla se había convertido en una llovizna constante, todo el mundo se dirigía al puerto o a la playa, donde el ruido parecía más soportable. La inmensidad gris del mar lo ahogaba un poco. La gente se apiñó empapada en corrillos, contemplando el horizonte de un blanco neblinoso y los cabos

goteantes de los barcos que atracaban mientras el ruido se transformaba en un sollozo descomunal y desgarrador. Sophie reparó en que aquella era la primera vez que veía el mar. Era una lástima que no estuviera disfrutando más de la experiencia.

Los sollozos se consumieron hasta volverse suspiros profundos y decaídos. Los presentes empezaron a retornar con prudencia a la ciudad. Algunos se acercaron tímidamente a Sophie.

—¿Le ocurre algo malo al pobre hechicero, señora bruja?

—Hoy está un poco triste —contestó Michael—. Vamos. Creo que ya podemos arriesgarnos a volver.

Mientras caminaban por el muelle de piedra, varios marineros los llamaron con inquietud desde los barcos atracados, deseosos de saber si el ruido podía interpretarse como tormentas o mala suerte.

—En absoluto —les aclaró Sophie—. Ya ha terminado todo.

Pero no era así. Volvieron a la casa del mago, que por fuera no era más que un pequeño edificio inclinado de aspecto tan corriente que Sophie no lo habría reconocido si no hubiera estado con Michael, y él abrió la puerta desgastada con bastante cautela. Dentro, Howl seguía sentado en el taburete. Su postura reflejaba un desaliento absoluto. Y estaba totalmente cubierto por un cieno espeso y verde.

La cantidad de cieno verde era espantosa, dramática, violenta… Había a raudales. Cubría a Howl por completo: la cabeza y los hombros los tenía envueltos en pegotes que se le acumulaban en las rodillas y las manos, y le resbalaban por las piernas en un pringue que goteaba del taburete en hebras pegajosas. Se extendía en charcos rezumantes y regueros por la mayor parte del suelo. Unos dedos largos de cieno se habían deslizado hacia la chimenea. Olía fatal.

—¡Salvadme! —gimoteó Calcifer con un susurro ronco. Se había reducido a dos llamitas que titilaban con desesperación—. ¡Esta cosa va a apagarme!

Sophie se remangó la falda y avanzó hacia Howl tan cerca como pudo (lo que no fue demasiado).

—¡Detenlo ya! —exclamó—. ¡Detenlo de inmediato! ¡Te estás comportando como un crío!

Howl no se movió ni respondió. Su rostro seguía con la mirada ausente bajo la capa de cieno, pálido, con aire trágico y los ojos

muy abiertos.

—¿Qué hacemos? ¿Está muerto? —preguntó Michael con nerviosismo junto a la puerta.

Michael era un bueno chico, pensó Sophie, pero un poco inútil en situaciones de crisis.

—No, claro que no —dijo—. ¡Y si no fuese por Calcifer, por mí podría pasarse el día hecho una anguila de gelatina! Abre la puerta del baño.

Mientras Michael trataba de abrirse paso entre el cieno hasta el baño, Sophie lanzó su delantal a la chimenea para evitar que el pringue se aproximara más a Calcifer y agarró la pala. Entonces empezó a recoger montones de ceniza y a volcarlos sobre los charcos más grandes de cieno, que sisearon violentamente. La habitación se llenó de vapor y de un hedor todavía más fuerte. Sophie se arremangó, se inclinó para agarrar bien las viscosas rodillas del mago y arrastró a Howl, taburete incluido, hacia el baño. Los pies le resbalaban y patinaban por el cieno, pero la propia masa viscosa ayudaba a que el taburete se deslizara. Michel fue a su lado y tiró de las mangas pringosas de Howl. Juntos lo llevaron con dificultad al baño. Allí, como Howl seguía reacio a moverse, lo empujaron al interior de la ducha.

—¡Agua caliente, Calcifer! —dijo Sophie entre jadeos y con expresión sombría—. Muy caliente.

Tardaron una hora en conseguir que el cieno se desprendiera de Howl. Michael tardó otra hora en persuadir a Howl de que se levantara del taburete y se pusiera ropa seca. Por fortuna, el traje gris y escarlata que Sophie le acababa de arreglar estaba en el respaldo de la silla, fuera del alcance del pringue. El azul y plateado estaba destrozado y Sophie le dijo a Michael que lo metiera en la bañera para ponerlo en remojo. Entretanto, sin dejar de hablar entre dientes y refunfuñar, fue a buscar más agua caliente. Giró el tirador hasta que el verde apuntara hacia abajo y pasó la escoba por todo el cieno hasta echarlo sobre los brezales. El castillo iba dejando un rastro de caracol, pero era una forma sencilla de librarse del pringue. Vivir en un castillo ambulante tenía ciertas ventajas, reflexionó Sophie mientras limpiaba el suelo. Se preguntó si los ruidos de Howl también habrían salido del castillo; en ese caso, compadecía a la gente de Market Chipping.

Para entonces, Sophie ya estaba cansada y molesta. Sabía que Howl había provocado el cieno verde en venganza contra ella, y no estaba para nada dispuesta a mostrarse comprensiva cuando Michael por fin sacó del baño a Howl, vestido de gris y escarlata, y lo sentó con ternura en la silla junto a la chimenea.

—¡Eso ha sido una absoluta estupidez! —chisporroteó Calcifer—. ¿Acaso pretendías deshacerte de la mayor parte de tu magia o algo así?

Howl no le hizo caso. Permaneció sentado con aspecto trágico y tembloroso.

—¡No consigo que hable! —susurró Michael, desconsolado.

—Es sólo una rabieta —dijo Sophie. Martha y Lettie también eran aficionadas a las rabietas, sabía cómo lidiar con ellas. Y eso que es un tanto arriesgado dar de azotes a un mago por haberse puesto histérico con su pelo.

De todas formas, la experiencia le decía que las rabietas a menudo no tienen que ver con lo que en apariencia las ha causado. Hizo que Calcifer se apartara para colocar un cazo de leche sobre los leños. Cuando se calentó, le plantó un tazón a Howl en las manos.

—Bébetelo —ordenó—. Y bien, ¿de qué iba todo este escándalo? ¿Es por la joven a la que sigues visitando?

Howl bebió unos sorbitos de leche con tristeza.

—Sí —asintió—. La dejé tranquila para comprobar si de esa manera me recordaba con cariño, pero no ha sido así. Ni siquiera estaba segura la anterior vez que la vi. Ahora me dice que hay otro.

Sonaba tan apesadumbrado que a Sophie le dio bastante pena. Ahora que se le había secado el pelo, como advirtió con culpabilidad, la verdad es que estaba casi rosa.

—Es la chica más hermosa que ha existido nunca por los alrededores —continuó, afligido—. La adoro, pero desprecia mi profunda devoción y se preocupa por otro. ¿Cómo puede tener a otro después de toda la atención que le he prestado? Por lo general se libran de los otros tan pronto como aparezco.

La compasión de Sophie se redujo de repente. En ese momento se le ocurrió que, si Howl podía cubrirse tan fácilmente de cieno verde, también podía teñirse el pelo del color apropiado con la misma facilidad.

—Entonces, ¿por qué no le das una poción amorosa a la chica y acabas ya con esto? —replicó.

—Oh, no —dijo Howl—. Eso va contra las reglas del juego. Estropearía toda la diversión.

La compasión de Sophie volvió a reducirse. Así que un juego, ¿eh?

—¿Es que nunca piensas en la pobre chica? —espetó.

Howl se terminó la leche y contempló la taza con una sonrisa afectuosa.

—Pienso en ella siempre —contestó—. La dulce, dulce Lettie Hatter.

La compasión de Sophie se esfumó por completo de golpe. Un cúmulo de ansiedad la reemplazó. «¡Oh, Martha! —pensó—. ¡Vaya si has estado ocupada! ¡De modo que no te referías a nadie de Cesari!».

Capítulo 7

En el que un espantapájaros impide que Sophie se marche del castillo

Lo único que evitó que Sophie emprendiera el camino hacia Market Chipping esa misma tarde fue un ataque especialmente fuerte de dolores y malestar. La llovizna de Porthaven se le había metido en los huesos. Ahora yacía en su cuartito, dolorida y preocupada por Martha. A lo mejor la situación no era tan mala, pensó. Sólo tenía que decirle a Martha que el pretendiente sobre el que no estaba segura no era otro que el mago Howl. Eso la espantaría. Y también le diría que la mejor forma de ahuyentar a Howl era anunciarle que se había enamorado de él, y luego tal vez amenazarle con tías.

Todavía notaba crujidos en los huesos cuando se levantó a la mañana siguiente.

—¡Maldita sea la Bruja del Páramo! —murmuró a su bastón mientras se levantaba, lista para salir.

Oía a Howl canturreando en el baño como si jamás hubiera tenido la menor rabieta. Fue de puntillas hasta la puerta tan rápido como pudo.

Por supuesto, Howl salió del baño antes de que la alcanzara. Sophie le echó una mirada agria. Estaba muy arreglado y elegante, y despedía un leve aroma a flor de manzano. La luz solar que se filtraba por la ventana iluminaba su traje gris y escarlata y le creaba un halo ligeramente rosado en torno al pelo.

—Creo que a mi pelo le favorece bastante este color —comentó.

—¿Ah, sí? —gruñó Sophie.

—Va a juego con este traje —dijo Howl—. Usted es bastante

hábil con la aguja, ¿verdad? De algún modo, le ha dado al traje un aspecto más estiloso.

—¡Bah! —masculló Sophie.

Howl se detuvo con la mano sobre el tirador de la puerta.

—¿Padece algún tipo de dolor? —le preguntó—. ¿O le ha molestado algo?

—¿Molestado? —repitió Sophie—. ¿Por qué iba a haberme molestado algo? Alguien se ha dedicado a llenar el castillo de una gelatina podrida, dejar sordos a los habitantes de Porthaven, reducir casi a cenizas a Calcifer por el susto y romper varios cientos de corazones. ¿Por qué debería molestarme eso?

Howl se echó a reír.

—Lo lamento —dijo, girando el tirador hasta el rojo—. El rey quiere verme hoy. Lo más probable es que malgaste el tiempo esperando en palacio hasta la tarde, pero cuando regrese puedo hacer algo con su reúma. No olvide decirle a Michael que le dejé un hechizo en la mesa. —Le dedicó una sonrisa deslumbrante a Sophie y dio un paso al exterior, entre los chapiteles de Kingsbury.

—¡Y te crees que con eso ya está arreglado! —refunfuñó ella mientras la puerta se cerraba. Pero la sonrisa la había ablandado—. Si esa sonrisa surte efecto conmigo, ¡entonces no es de extrañar que la pobre Martha no sepa lo que quiere! —murmuró.

—Necesito otro leño antes de que salgas —le recordó Calcifer.

Sophie fue cojeando a soltarle un leño en la chimenea y luego volvió a dirigirse a la puerta. Pero en ese momento Michael bajó a toda velocidad las escaleras y pescó los restos de una hogaza de pan mientras corría hacia la puerta.

—No le importa, ¿verdad? —le dijo con tono agitado—. Traeré una hogaza del día cuando vuelva. Hoy tengo que ocuparme de un asunto muy urgente, pero volveré por la tarde. Si el capitán de barco pregunta por su hechizo de viento, está en el extremo de la mesa con su etiqueta correspondiente. —Giró el tirador hacia el verde y salió de un salto a la ladera donde soplaba el viento, con la hogaza abrazada contra el estómago—. ¡Nos vemos! —gritó al tiempo que el castillo se desplazaba dificultosamente lejos de él y la puerta se cerraba de golpe.

—¡Maldita sea! —soltó Sophie—. Calcifer, ¿cómo se abre la puerta cuando no queda nadie dentro del castillo?

—Yo te abro a ti o a Michael. Howl lo hace por su cuenta —respondió el demonio.

Así que nadie se quedaría fuera sin acceso cuando Sophie saliera. No estaba segura de que fuese a volver, pero no tenía intención de decírselo a Calcifer. Dejó que transcurriera un rato para que Michael emprendiera el camino a dondequiera que estuviese yendo y volvió a aproximarse a la puerta. En esta ocasión, Calcifer la detuvo:

—Si vas a salir un buen rato, podrías dejar unos cuantos leños a mi alcance.

—¿Puedes cogerlos tú mismo? —preguntó Sophie, intrigada pese a su impaciencia.

Como respuesta, Calcifer extendió un brazo azul con forma de llama que se dividía en más llamas verdes similares a dedos al final. No era muy largo ni parecía fuerte.

—¿Lo ves? Casi llego al borde de la chimenea —dijo con orgullo.

Sophie amontonó varios leños enfrente para que Calcifer llegara como mínimo al de encima.

—No los quemes hasta que no los metas en la chimenea —le advirtió, y volvió a encaminarse hacia la entrada.

Esta vez, alguien llamó a la puerta antes de que llegara. Era uno de esos días, pensó Sophie. Debía de ser el capitán de barco. Alzó la mano para girar el tirador hacia la mancha azul.

—No, es la puerta del castillo —aclaró Calcifer—. Pero no estoy seguro…

Entonces, Michael debía de haber vuelto por algún motivo, se dijo Sophie mientras abría.

Una cara de nabo se balanceó ante ella. Captó cierto olor a moho. Recortado contra el inmenso cielo azul, un brazo andrajoso que terminaba en el muñón de un palo se mecía e intentaba agarrarla. Era un espantapájaros. Sólo se componía de palos y andrajos, pero estaba vivo y trataba de entrar.

—¡Calcifer! —gritó Sophie—. ¡Acelera el castillo!

Los bloques de piedra que rodeaban la entrada crujieron y rechinaron. De repente, las vistas verdes y terrosas a los brezales ganaron velocidad. El brazo del espantapájaros golpeó la puerta y luego fue arañando la pared del castillo a medida que este se alejaba. El otro brazo se giró y pareció intentar aferrarse a las

piedras. Intentaba entrar en el castillo a toda costa.

Sophie cerró de un portazo. ¡Eso —pensó— demostraba lo estúpido que era que una hija mayor pretendiera ir a buscar fortuna! Ese era el mismo espantapájaros que había clavado en el seto de camino al castillo. Le había dicho algo en broma. Ahora, como devuelto a una vida malvada por sus bromas, la había seguido hasta allí e intentaba agarrarle la cara. Echó a correr hacia la ventana para ver si todavía seguía esforzándose por entrar en el castillo.

Por supuesto, no vio más que un soleado día en Porthaven, con una docena de velas extendidas sobre una docena de mástiles más allá de los tejados de enfrente, por donde revoloteaba una bandada de gaviotas en un cielo azul.

—¡Ese es el inconveniente de estar en varios sitios a la vez! —le dijo a la calavera de la mesa.

Entonces, de improviso, descubrió la verdadera desventaja de ser una anciana: su corazón dio un vuelco y trastabilló un poco, y luego pareció intentar salírsele del pecho a base de golpes. Dolía. El cuerpo empezó a estremecérsele y las rodillas le temblaron. Creyó que se estaba muriendo. Lo único que pudo hacer fue llegar a la silla junto a la chimenea y sentarse, jadeante y apretándose el pecho con las manos.

—¿Hay algún problema? —preguntó Calcifer.

—Sí. Mi corazón. ¡Había un espantapájaros en la puerta! —dijo Sophie sin aliento.

—¿Qué tiene que ver un espantapájaros con tu corazón?

—Estaba intentando entrar, me ha dado un susto espantoso. Y mi corazón… ¡Pero tú no lo entenderías, jovenzuelo, eres un demonio! —soltó entre jadeos—. No tienes corazón.

—Sí que tengo —afirmó Calcifer, tan orgulloso como cuando le había enseñado el brazo—. Abajo, en la parte que brilla bajo los leños. Y no me llames jovenzuelo. ¡Soy un millón de años mayor que tú! ¿Puedo reducir ya la velocidad del castillo?

—Sólo si se ha ido el espantapájaros —contestó Sophie—. ¿Se ha ido?

—No lo sé. No es de carne y hueso, ¿sabes? Ya te dije que apenas veía el exterior.

Sophie se levantó y se arrastró hasta la puerta, sintiéndose

enferma. La abrió despacio y con cautela. Un torbellino de pendientes verdes, peñascos y cuestas violetas la mareó, pero se agarró al marco de la puerta y se inclinó hacia fuera para examinar el recorrido de la pared hasta los brezales que dejaban atrás. El espantapájaros se hallaba a unos cincuenta metros por detrás. Iba dando saltitos de una mata de brezos a otra con una especie de osadía siniestra, con los ondeantes brazos de palo en un ángulo apto para mantener el equilibrio a lo largo de la ladera. Mientras lo observaba, el castillo ganó algo más de distancia. El ritmo al que los seguía era lento pero constante. Sophie cerró la puerta.

—Aún está ahí —dijo—, nos sigue dando saltos. Ve más rápido.

—Pero eso desbarata todos mis cálculos —le explicó Calcifer—. Me había propuesto rodear las colinas y volver adonde Michael nos dejó a tiempo para recogerlo por la tarde.

—Entonces, ve el doble de rápido y rodea dos veces las colinas. ¡Lo que sea con tal de dejar atrás esa horrible cosa!

—¡Vaya lío! —rezongó Calcifer, aunque incrementó la velocidad.

Por primera vez, Sophie notaba cómo el castillo se movía rugiendo a su alrededor mientras ella se quedaba encorvada en la silla, preguntándose si se estaría muriendo. Aún no quería morir, no antes de que hubiera hablado con Martha.

Según avanzaba el día, todo empezó a sacudirse por la velocidad. Las botellas tintineaban. La calavera repiqueteaba en la mesa. Se oían cosas cayendo de la repisa del baño y estrellándose en la bañera, donde aún seguía en remojo el traje azul y plateado de Howl. Sophie empezó a encontrarse algo mejor. Volvió a arrastrarse hacia la puerta y se asomó, con el pelo agitado por el viento. El suelo pasaba por debajo como una centella. Las colinas parecían dar vueltas con lentitud conforme el castillo las atravesaba deprisa. Los chirridos y ruidos sordos casi la dejaron sorda, y por detrás soplaban ráfagas de humo. Pero para entonces el espantapájaros sólo era un puntito negro en una cuesta lejana. La siguiente vez que miró, había desaparecido por completo.

—Bien. Entonces, pararé para descansar —dijo Calcifer—. Eso ha costado bastante esfuerzo.

El estrépito se apagó. Las cosas dejaron de temblar. Calcifer se quedó dormido a la manera en que lo hace el fuego, menguando

contra los troncos hasta que se tornaron cilindros rosáceos bañados en cenizas blancas, con un leve toque de azul y verde en la parte inferior.

Sophie para entonces ya se sentía bastante vigorizada. Fue a la bañera, de cuyas aguas pegajosas pescó seis paquetes y una botella. Los paquetes estaban empapados. Como no se atrevía a dejarlos así después de lo del día anterior, los colocó en el suelo y, con mucho cuidado, esparció encima el producto etiquetado como POCIÓN SECANTE. Se secaron casi de inmediato. Eso era prometedor. Sophie vació la bañera y probó a aplicar la POCIÓN en el traje de Howl, que también se secó. Aún tenía manchas verdes y ahora era bastante más pequeño que antes, pero le animó descubrir que por lo menos podía arreglar algo.

Se sentía lo bastante animada para preparar la cena. Puso todo sobre la mesa en un montón que rodeaba la calavera por un extremo y empezó a picar cebollas.

—Al menos a ti no te lloran los ojos, amigo mío —le dijo a la calavera—. Considérate afortunado.

La puerta se abrió de golpe.

Sophie casi se cortó del susto, creída de que era otra vez el espantapájaros. Pero se trataba de Michael. Entró deprisa y lleno de júbilo. Soltó una hogaza, una empanada y una caja rosa y blanca con rayas sobre las cebollas. Luego agarró a Sophie por la escuálida cintura y empezó a bailar con ella por la habitación.

—¡Todo va bien! ¡Todo va bien! —chilló con alegría.

Sophie cojeaba y tropezaba para apartarse de las botas de Michael.

—¡Quieto, quieto! —soltó sin resuello y con la cabeza dándole vueltas, tratando de sujetar el cuchillo donde no fuera a cortar a ninguno de ellos—. ¿Qué es lo que va bien?

—¡Lettie me quiere! —gritó Michael, llevándola mientras bailaban casi hasta el baño y luego casi dentro de la chimenea—. ¡No ha visto nunca a Howl! ¡Era todo un malentendido! —Hizo que dieran una vuelta por el centro de la habitación.

—¡¿Podrías soltarme antes de que este cuchillo nos corte a alguno de los dos?! —graznó Sophie—. Y tal vez explicarte un poco.

—¡Yuuuju! —chilló Michael. La llevó en volandas hasta la silla y la soltó allí, donde ella se sentó sin aliento—. ¡Anoche deseé que le

hubiera teñido el pelo de color azul! —exclamó—. Ahora ya me da igual. Cuando Howl dijo «Lettie Hatter», incluso me planteé teñírselo yo mismo de azul. Ya ha visto cómo habla. Sabía que iba a dejar a la chica, igual que con todas las demás, tan pronto como consiguiera que se enamorase de él. Y cuando pensé que era mi Lettie… En fin, ya sabe que dijo que había otro, ¡y creía que ese era yo! Así que hoy bajé corriendo a Market Chipping. ¡Y todo iba bien! Howl debe de andar detrás de otra chica con el mismo nombre. Lettie ni siquiera lo ha visto jamás.

—Aclaremos algo —dijo Sophie, mareada—: estamos hablando de la misma Lettie Hatter que trabaja en la pastelería de Cesari, ¿verdad?

—¡Por supuesto que sí! —asintió Michael con júbilo—. La he amado desde que empezó a trabajar allí, y casi no me lo podía creer cuando me dijo que me amaba. Tiene cientos de admiradores. No me hubiera sorprendido que Howl fuese uno de ellos. ¡Estoy tan aliviado! Le he traído una tarta de Cesari para celebrarlo. ¿Dónde la he puesto? Ah, aquí está.

Le lanzó la caja rosa y blanca a Sophie. Unos trozos de cebolla le cayeron por el regazo.

—¿Cuántos años tienes, niño? —le preguntó Sophie.

—Cumplí quince en las últimas fiestas del primer día de mayo —contestó él—. Calcifer hizo que el castillo soltara fuegos artificiales. ¿Verdad, Calcifer? Oh, está dormido. Probablemente usted piense que soy demasiado joven para comprometerme… Todavía me quedan tres años de aprendizaje, y a Lettie le falta aún más tiempo… Pero nos hemos comprometido y no nos importa esperar.

Eso significaba que Michael era más o menos de la edad adecuada para Martha, pensó Sophie. Y a esas alturas ya sabía que era un muchacho bueno y fiable con una carrera de mago por delante. ¡Bendito fuera el corazón de Martha! Al recordar ese desconcertante primer día de mayo, cayó en la cuenta de que Michael estaba entre el grupo que hablaba a voces apoyado en el mostrador delante de Martha. Pero Howl estaba justo fuera, en Market Square.

—¿Estás seguro de que Lettie te ha dicho la verdad sobre Howl? —le dijo con inquietud.

—Totalmente —aseveró Michael—. Sé cuándo está mintiendo: deja de juguetear con los pulgares.

—¡Sí que lo hace! —exclamó Sophie, riéndose.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó él, sorprendido.

—Porque es mi herm…, eh…, la nieta de mi hermana —farfulló —, y de pequeña no siempre decía la verdad. Pero es bastante joven y…, eh…, bueno, supongo que ha cambiado al crecer. Ella…, eh…, puede que no tenga el mismo aspecto dentro de un año o así.

—Yo tampoco lo tendré —replicó Michael—. La gente de nuestra edad cambia constantemente. Eso no nos preocupará. Seguirá siendo Lettie.

Hasta cierto punto, pensó Sophie.

—Pero supón que estuviera diciendo la verdad —continuó, todavía inquieta—, ¿y si conociera a Howl por otro nombre falso?

—Descuide, ¡ya lo había pensado! —dijo Michael—. Le describí a Howl…, hay que reconocer que es bastante inconfundible…, y ella no lo había visto, ni a él ni su espantosa guitarra. Ni siquiera tuve que decirle que no sabe tocarla. No lo había visto nunca, y al decirlo jugueteó en todo momento con los pulgares.

—¡Qué alivio! —profirió Sophie, reclinándose con rigidez contra el respaldo.

Y sin duda era un alivio sobre Martha. Pero al mismo tiempo no era un alivio, porque estaba convencida de que la otra única Lettie Hatter del distrito era la verdadera. Si hubiera habido otra, alguien habría ido a la sombrerería con el cotilleo. Aquello sonaba a la tenaz de Lettie negándose a rendirse a Howl. Lo que le preocupaba era que Lettie le hubiera revelado a Howl su verdadero nombre. Tal vez no estuviera segura sobre él, pero le gustaba lo suficiente para confiarle un secreto de tanta importancia.

—¡No ponga esa cara tan preocupada! —se rio Michael, apoyándose en el respaldo de la silla—. Mire la tarta que le he traído.

Mientras ella abría la caja, se percató de que el aprendiz había pasado de considerarla una catástrofe natural a tenerle aprecio. Se sintió tan complacida y agradecida que decidió contarle toda la verdad sobre Lettie, Martha y ella misma. Era justo informarle de cómo era la familia de la que pretendía formar parte. Abrió la caja. La tarta de dentro era la más exquisita de Cesari, cubierta de nata,

cerezas y pequeñas virutas de chocolate.

—¡Oh! —exclamó Sophie.

En ese momento, el tirador sobre la puerta giró con un chasquido por su cuenta hacia la mancha roja y Howl entró.

—¡Qué tarta tan maravillosa! Mi favorita —comentó—. ¿Dónde la has comprado?

—Eh…, bueno…, me dejé caer por Cesari —dijo Michael con cierta vergüenza y timidez.

Sophie alzó la mirada a Howl. Siempre había algo capaz de interrumpirla cuando se disponía a decir que se encontraba hechizada. Hasta un mago, por lo visto.

—Parece que merece la pena el paseo —dijo Howl, inspeccionando la tarta—. He oído que Cesari es mejor que cualquiera de las pastelerías de Kingsbury. Qué estupidez por mi parte no haberme pasado nunca por el lugar. ¿Y eso que veo sobre la mesa es una empanada? —Se agachó para echarle un vistazo—. Una empanada en un lecho de cebollas crudas. Con una calavera humana de apariencia maltratada. —Cogió la calavera y le sacó un trozo de cebolla de la cuenca de un ojo—. Veo que Sophie ha estado ocupada de nuevo. ¿No podrías habérselo impedido, amigo mío?

La calavera castañeó los dientes en su dirección. Howl pareció sobresaltarse y la dejó donde estaba con bastante rapidez.

—¿Ocurre algo? —inquirió Michael, como si reconociese los síntomas.

—Así es —dijo Howl—. Tendré que buscarme a alguien para que manche mi reputación ante el rey.

—¿Ha surgido algún contratiempo con el hechizo del vagón?

—No, funcionó a la perfección. Ese es el problema —respondió Howl mientras jugueteaba nervioso con el trozo de cebolla que le envolvía un dedo—. El rey ahora pretende forzarme a hacer otra cosa. Calcifer, si no nos andamos con mucho cuidado, va a nombrarme mago real. —Calcifer no contestó. Howl recorrió la estancia hasta la chimenea, donde se dio cuenta de que estaba dormido—. Despiértalo, Michael. Necesito consultarle algo.

Michael le tiró dos leños a Calcifer y lo llamó. Sin embargo, no se produjo ningún cambio, más allá del fino hilo de humo que salió.

—¡Calcifer! —gritó Howl, pero eso tampoco obtuvo resultados. Entonces Howl intercambió una mirada perpleja con Michael y

cogió el atizador, algo que Sophie nunca le había visto hacer—. Lo siento, Calcifer —dijo, pinchando con la punta por debajo de los leños—. ¡Despiértate!

Una espesa nube de humo negro se levantó y luego se detuvo.

—Vete —gruñó Calcifer—. Estoy cansado.

Ante esto, Howl pareció completamente alarmado.

—¿Qué le pasa? ¡Nunca lo había visto así!

—Creo que ha sido el espantapájaros —intervino Sophie.

Howl se giró sobre los talones, aún en cuchillas, y fijó esos ojos parecidos a canicas en ella.

—¿Qué ha hecho ahora usted? —Mantuvo la vista en ella mientras Sophie se lo explicaba—. ¿Un espantapájaros? —dijo—. ¿Calcifer aceptó aumentar la velocidad del castillo por un *espantapájaros*? Querida Sophie, acláreme, por favor, cómo ha podido intimidar a un demonio del fuego para que se vuelva así de obediente. ¡Me encantaría saberlo!

—No le he intimidado —replicó Sophie—. Al ver que me asustaba, se compadeció de mí.

—Al ver que se asustaba, Calcifer se compadeció de ella —repitió Howl—. Mi buena Sophie, Calcifer nunca se compadece de nadie. Sea como sea, espero que le guste cenar cebollas crudas y empanada fría, porque casi ha apagado a Calcifer.

—También está la tarta —dijo Michael, conciliador.

La comida pareció mejorar el ánimo de Howl, aunque durante toda la cena no dejó de echar ojeadas inquietas a los leños de la chimenea, que seguían sin arder. La empanada fría también estaba buena y las cebollas se volvieron bastante sabrosas en cuanto Sophie las maceró en vinagre. La tarta era espléndida. Mientras se la comían, Michael se arriesgó a preguntarle a Howl qué quería el rey.

—Todavía nada concreto —dijo Howl con tono sombrío—. Pero me ha estado tanteando sobre su hermano, cosa que no augura nada bueno. Por lo visto, tuvieron una gran discusión antes de que el príncipe Justin se marchase echando chispas y ahora circulan las habladurías. Como es obvio, el rey quería que me presentase voluntario para buscar a su hermano. Y yo, como un necio, solté que no creía que el mago Suliman estuviera muerto, y eso empeoró las cosas.

—¿Por qué quieres escabullirte de la búsqueda del príncipe? —inquirió Sophie—. ¿Acaso no te ves capaz de encontrarlo?

—Maleducada además de abusona, ¿eh? —soltó Howl. Aún no la había perdonado por lo de Calcifer—. Si tanto le interesa, quiero evitarlo porque sé que puedo encontrarlo. Justin era muy amigo de Suliman y la disputa se produjo porque le dijo al rey que iba a buscarlo. No creía que el rey hubiera hecho bien mandándolo al Páramo, para empezar. Incluso usted debe saber que en el Páramo hay cierta dama que no es trigo limpio. El año pasado me juró que me quemaría vivo y me envió una maldición que sólo he logrado evitar porque tuve la sensatez de darle un nombre falso.

Sophie casi se sintió impresionada.

—¿Quieres decir que dejaste plantada a la Bruja del Páramo?

Howl se cortó otro trozo de tarta con expresión triste y honorable.

—Yo no lo expresaría así. Reconozco que durante un tiempo pensé que le tenía cariño. En cierta manera, es una mujer muy triste, muy impopular. Todos los hombres de Ingary le tienen un miedo de muerte. Usted ya debe de saber cómo es eso, querida Sophie.

Ella abrió la boca con absoluta indignación.

—¿Crees que deberíamos trasladar el castillo? —dijo Michael con rapidez—. Por eso lo creaste, ¿verdad?

—Eso depende de Calcifer. —Howl volvió a mirar por encima de su hombro los leños, que apenas despedían humo—. He de decir que, cuando me imagino al rey y a la bruja persiguiéndome, me entran unas ansias irrefrenables de plantar el castillo en un agradable y amenazador peñasco a miles de kilómetros de aquí.

Era evidente que Michael se arrepentía de haber hablado. Saltaba a la vista que estaba pensando que miles de kilómetros era una distancia enorme de Martha.

—Pero ¿qué va a ser de esa Lettie Hatter tuya si te mudas? —le preguntó Sophie.

—Diría que para entonces eso ya se habrá terminado —contestó Howl distraídamente—. Pero si se me ocurriera alguna forma de conseguir que el rey me dejase tranquilo… ¡Ah, ya sé! —Levantó el tenedor, con un pedazo de pastel con nata derretida en la punta, y señaló con él a Sophie—. Usted puede manchar mi reputación ante

el rey. Puede hacerse pasar por mi anciana madre y suplicar en nombre de su hijito de ojos azules. —Le dedicó la sonrisa que sin duda había hechizado a la Bruja del Páramo y posiblemente también a Lettie, disparándole con ella a lo largo del tenedor, a través de la nata, directo a los ojos de Sophie de un modo deslumbrante—. Si puede intimidar a Calcifer, el rey no debería suponerle el menor problema.

Sophie clavó la vista en él a través del deslumbramiento y no pronunció palabra. Había llegado el momento, decidió, de que *ella* se escabullera. Se marchaba. Lo sentía por el contrato de Calcifer, pero ya estaba hasta las narices de Howl. Primero el cieno verde, después le echaba miradas fulminantes por algo que Calcifer se había prestado a hacer ¡y ahora esto! Al día siguiente se marcharía a escondidas a Upper Folding y le contaría todo a Lettie.

Capítulo 8

En el que Sophie se marcha del castillo en varias direcciones al mismo tiempo

Para alivio de Sophie, Calcifer se inflamó de vivacidad y buen humor a la mañana siguiente. Si no estuviera tan harta de Howl, casi le hubiera conmovido lo mucho que el mago se alegró de ver al demonio.

—Ya pensaba que había acabado contigo, bola de gas —dijo Howl, arrodillado ante la chimenea y arrastrando las mangas por la ceniza.

—Sólo estaba cansado —contestó Calcifer—. El castillo ofreció cierta resistencia. Nunca lo había llevado tan rápido.

—Bueno, no permitas que te obligue a hacerlo de nuevo. —Se puso en pie, sacudiéndose con elegancia la ceniza de su traje gris y escarlata—. Ve empezando hoy con ese hechizo, Michael. Y si viene alguien de parte del rey, estaré fuera por un asunto urgente hasta mañana. Me voy a ver a Lettie, pero eso no es necesario que se lo digas. —Cogió la guitarra y abrió la puerta, con el verde orientado hacia abajo, dando a las grandes y encapotadas colinas.

El espantapájaros estaba allí otra vez. Cuando Howl abrió la puerta, se lanzó de costado contra él y hundió la cara de nabo en su pecho. La guitarra gruñó con un horrible tuanggg, Sophie soltó un chillido de terror y se aferró a la silla. Uno de los brazos de palo del espantapájaros asestaba arañazos con dificultad a su alrededor para intentar asir la puerta. A juzgar por cómo oponían resistencia los pies de Howl, era obvio que le estaba empujando con bastante fuerza. Era innegable que ese ser estaba decidido a entrar en el castillo.

La cara azul de Calcifer se asomó por el borde de la chimenea.

Michael se hallaba petrificado algo más allá.

—¡Es verdad que hay un espantapájaros! —exclamaron ambos.

—¿Ah, sí? ¡No me digáis! —replicó Howl sin aliento.

Presionó el marco de la puerta con un pie y empujó. El espantapájaros salió volando hacia atrás con torpeza y aterrizó con un leve crujido en un brezal a unos metros de distancia. Al instante se levantó de golpe y volvió al castillo dando saltitos. Howl dejó apoyada a toda prisa la guitarra en el umbral y bajó de un salto a su encuentro.

—No, no, amigo mío —le dijo con una mano extendida—. Vuelve al sitio del que procedes.

Caminó hacia él despacio, con la mano todavía extendida. El espantapájaros retrocedió un poco, dando saltitos con lentitud y cautela hacia atrás. Cuando Howl se detuvo, él hizo otro tanto, con su única pierna plantada en los brezos y los brazos andrajosos inclinados a un lado y a otro como haría una persona en pleno combate al buscar una oportunidad de ataque. Los andrajos que le ondeaban en los brazos parecían parodiar las mangas de Howl.

—¿Así que no piensas irte? —le dijo el mago. Y la cabeza de nabo se movió lentamente de un lado a otro. No—. Me temo que tienes que hacerlo —insistió Howl—. A Sophie le das miedo, y es imposible predecir lo que va a hacer cuando tiene miedo. Ahora que lo pienso, a mí también me das miedo.

Howl movió los brazos con dificultad, como si estuviera alzando una carga pesada, hasta que los tuvo levantados sobre la cabeza. Entonces gritó una palabra extraña, que ahogó parcialmente el repentino estallido de un trueno. Y el espantapájaros salió disparado. Iba retrocediendo por lo alto, con los andrajos ondeantes, los brazos dando vueltas en señal de protesta, arriba y lejos, y más y más allá, hasta que pasó a ser una mota elevándose por el cielo, luego un puntito esfumándose entre las nubes y después desapareció por completo.

Howl bajó los brazos y regresó al umbral, frotándose la cara con el dorso de la mano.

—Retiro mis duras palabras, Sophie —dijo sin resuello—. Ese ser era inquietante. Es posible que ayer se pasara todo el día intentando retrasar la marcha del castillo. Tiene una de las magias más potentes que he visto. ¿Qué diablos será…?, ¿quizá los restos de la

última persona para la que trabajó usted limpiando?

Sophie soltó una carcajada débil. El corazón volvía a importunarle.

Howl se dio cuenta de que le ocurría algo. Pasó al interior de un salto sobre la guitarra, la agarró por el codo y la sentó en la silla.

—¡Ahora repose!

Entonces ocurrió algo entre Howl y Calcifer. Sophie lo notó, pues Howl continuaba sosteniéndola y Calcifer aún seguía asomado por el borde de la chimenea. Fuera lo que fuese, su corazón volvió a portarse bien casi de inmediato. Howl miró a Calcifer, se encogió de hombros y se giró hacia Michael para darle un montón de instrucciones sobre cómo debía hacer que Sophie se quedara tranquila durante el resto del día. Después cogió la guitarra y se marchó por fin.

Sophie permaneció recostada en la silla y fingió sentirse el doble de mal de lo que se sentía. Tenía que dejar que Howl se perdiera de vista. Era un fastidio que él también fuese a Upper Folding, pero ella andaba tan despacio que llegaría cuando él ya estuviera de regreso. Lo importante era no coincidir con él por el camino. Echó miradas furtivas a Michael mientras desplegaba el hechizo y lo contemplaba rascándose la cabeza. Esperó hasta que sacó algunos libros grandes encuadernados en piel y empezó a tomar notas con frenesí y cierto abatimiento. Cuando lo vio debidamente concentrado, Sophie murmuró varias veces:

—¡Qué cargado está esto!

Michael no le prestó atención.

—Terriblemente cargado —insistió mientras se levantaba y arrastraba los pies hacia la puerta—. Aire fresco.

Abrió la puerta y bajó trepando. Calcifer, obediente, frenó en seco el castillo mientras tanto. Sophie aterrizó entre los brezos y echó un vistazo en derredor para recuperar sus pertenencias. El camino que recorría las colinas hasta Upper Folding era una línea arenosa que atravesaba el brezal cuesta abajo desde el castillo. Naturalmente, Calcifer no iba a causarle inconveniencias a Howl. Sophie se puso en marcha en esa dirección. Se sentía un poco triste. Iba a echar de menos a Michael y Calcifer.

Ya casi estaba en el camino cuando oyó unos gritos a su espalda. Michael bajaba por la ladera dando brincos detrás de ella, y el

castillo lo seguía zarandeándose y soltando una humareda inquieta por sus cuatro torrecillas.

—Pero ¿qué está haciendo? —exclamó Michael cuando la alcanzó. Por cómo la miraba, Sophie advirtió que pensaba que el espantapájaros le había hecho perder la cabeza.

—Estoy perfectamente —le dijo con indignación—. Es sólo que voy a ver a mi otra her…, nieta de mi hermana. También se llama Lettie Hatter. ¿Ahora lo entiendes?

—¿Dónde vive? —exigió saber Michael, como si creyese que no lo iba a saber.

—En Upper Folding.

—¡Pero eso está a más de quince kilómetros de aquí! Le prometí a Howl que le haría descansar. No puedo dejar que se vaya. Le dije que no la perdería de vista.

A Sophie eso no le hizo mucha gracia. Howl ahora la consideraba útil porque quería que fuese a ver al rey. Por supuesto que no quería que abandonara el castillo.

—¡Bah! —espetó.

—Además —dijo Michael, que empezaba a comprender la situación—, Howl también debe de haber ido a Upper Folding.

—Estoy bastante segura de que así es —asintió ella.

—Entonces le preocupa esa chica, al ser su sobrina nieta —musitó Michael, llegando por fin al quid de la cuestión—. ¡Ya veo! Pero no puedo dejar que se vaya.

—Voy a ir.

—Si Howl la ve allí, se pondrá furioso —continuó Michael, sopesando el asunto—. Como se lo prometí, se enfadará con ambos. Debería descansar. —Entonces, cuando Sophie ya casi estaba dispuesta a golpearle, soltó—: ¡Espere! ¡Hay un par de botas de siete leguas en el escobero!

Le cogió de la escuálida muñeca y tiró de ella colina arriba hasta el castillo, que permanecía a la espera. A Sophie no le quedó más remedio que dar unos pocos saltitos para no enredarse los pies con los brezos.

—¡Pero —dijo entre jadeos— siete leguas son treinta y cuatro kilómetros! ¡En dos zancadas acabaría a medio camino de Porthaven!

—No, cada paso son diecisiete kilómetros —respondió Michael

—. Esa es casi la distancia exacta que hay a Upper Folding. Si cada uno se pone una bota y vamos juntos, no la estaré perdiendo de vista y usted no estará haciendo nada agotador, y llegaremos antes de que lo haga Howl, así que ni siquiera sabrá que hemos ido. ¡Eso soluciona todos nuestros problemas!

Michael estaba tan satisfecho consigo mismo que Sophie no tuvo el valor de protestar. Se encogió de hombros y supuso que a Michael le vendría bien enterarse de lo de las dos Letties antes de que volvieran a cambiar de apariencia. Eso sería lo más honrado. Pero, cuando Michael sacó las botas del escobero, Sophie empezó a tener dudas. Hasta ese momento las había tomado por dos cubos de cuero que de algún modo habían perdido el asa y se habían aplastado un poco.

—Lo que debe hacer es meter el pie, zapato incluido —le explicó Michael mientras cargaba con los dos pesados trastos con forma de cubo hasta la puerta—. Estos son los prototipos de las botas que Howl hizo para el ejército del rey. Con las siguientes nos las apañamos para que fuesen algo más ligeras y tuviesen más forma de bota. —Tanto él como Sophie se sentaron en el umbral y cada uno se calzó una bota—. Colóquese en dirección a Upper Folding antes de pisar con la bota —le advirtió. Los dos se quedaron de pie sobre el zapato corriente y se giraron de cara a Upper Folding—. Ahora, pise.

¡Zas! El paisaje pasó a toda velocidad, tan rápido que sólo era una imagen borrosa, un borrón gris verdoso en la tierra y un borrón gris azulado en el cielo.

El viento por el trayecto le azotó el pelo y le estiró las arrugas del rostro hasta tal punto que pensó que llegaría con media cara tras las orejas.

La velocidad se detuvo tan de repente como había empezado. Ahora todo estaba en calma y soleado. Se hallaban cubiertos hasta las rodillas de ranúnculos en el centro de una aldea corriente de Upper Folding. Una vaca cercana los miraba fijamente. Más allá, varias casitas con el tejado de paja dormitaban bajo los árboles. Por desgracia, la bota con forma de cubo pesaba tanto que Sophie fue a parar allí tambaleándose.

—¡No apoye ese pie! —gritó Michael demasiado tarde.

Se produjo otro borrón vertiginoso con más ráfagas de viento.

Cuando paró, Sophie se topó justo en la parte inferior de Folding Valley, casi en la linde de Marsh Folding.

—¡Oh, maldita sea! —dijo, y dio un saltito cauto con el pie para intentarlo otra vez.

¡Zas! Un borrón. Y estaba de vuelta en el prado de Upper Folding, trastabillando hacia delante por el peso de la bota. Entrevió a Michael precipitándose hacia ella para atraparla…

¡Zas! Borrón.

—¡Ay, qué lata! —se quejó.

Volvía a estar en las colinas. La silueta torcida y negra del castillo se deslizaba con placidez no muy lejos de allí. Calcifer estaba entreteniéndose soplando anillos de humo por una torrecilla. Eso fue cuanto le dio tiempo a ver antes de que la bota se le enganchara en los brezos y diera otro traspié hacia delante.

¡Zas! ¡Zas! En esta ocasión, Sophie visitó uno detrás de otro Market Square, en Market Chipping, y el jardín delantero de una imponente mansión.

—¡Vaya! —gritó—. ¡Maldición! —Una palabra para cada lugar.

Y volvió a esfumarse con su propio impulso y, en cuestión de otro «¡zas!», acabó en el extremo del valle de un prado en algún lugar desconocido. Un gran toro rojo despegó el hocico anillado de la hierba y bajó los cuernos con aire pensativo.

—¡Ya me voy, querida bestia! —chilló Sophie, cojeando con desesperación para darse la vuelta.

¡Zas! De vuelta a la mansión. ¡Zas!, a Market Square. ¡Zas!, y allí estaba otra vez el castillo. Empezaba a pillarle el tranquillo. ¡Zas! De nuevo en Upper Folding…, pero ¿cómo se paraba? ¡Zas!

—¡Por todos los demonios! —gritó, una vez más en la linde de Marsh Folding.

En esta ocasión dio una vuelta cojeando con mucho cuidado y luego pisó con mucha meticulosidad. ¡Zas! Y, por fortuna, la bota aterrizó en una boñiga de vaca y ella se sentó de golpe. Michael echó a correr antes de que pudiera moverse y le sacó la bota de un tirón.

—¡Gracias! —soltó Sophie sin aliento—. ¡Parecía que no iba a parar nunca!

El corazón le latía con fuerza mientras cruzaban el campo en dirección a la casa de la señora Fairfax, pero sólo como lo hacen los

corazones cuando se ha hecho muchas cosas con bastante rapidez. Se sintió muy agradecida por lo que fuera que hubiesen hecho Howl y Calcifer.

—Bonito lugar —comentó Michael al tiempo que escondía las botas en los setos de la señora Fairfax.

Sophie estaba de acuerdo. La casa era la más grande de la aldea. Tenía un tejado de paja, paredes blancas entre vigas negras y, como recordaba de sus visitas cuando era niña, se accedía al porche por un jardín rebosante de flores y del zumbido de las abejas. Por encima del porche, una madreselva y una rosa trepadora blanca competían sobre cuál daba más trabajo a las abejas. En Upper Folding hacía una mañana espléndida y cálida de verano.

Fue la propia señora Fairfax quien abrió la puerta. Era de esas mujeres rollizas y agradables, con el pelo del color de la mantequilla recogido sobre la cabeza, que con sólo verlas te inspiran satisfacción con la vida. Sophie sintió un poquito de envidia de Lettie. La señora Fairfax pasó la mirada de ella a Michael. La última vez que se vieron fue hacía un año, cuando Sophie era una joven de diecisiete años, y no había motivo para que la reconociese ahora que era una anciana de noventa.

—Buenos días —los saludó cortésmente.

Sophie suspiró.

—Esta es la tía abuela de Lettie Hatter —explicó Michael—. La he traído para ver a Lettie.

—Ah, ¡ya decía yo que la cara me resultaba familiar! —exclamó la señora Fairfax—. Tienen un aire similar. Entren. Lettie está algo ocupada en estos momentos, pero pueden tomar unos bollitos y miel mientras esperan.

Abrió más la puerta. Al instante, un collie grande se abrió paso entre sus faldas, se coló entre Sophie y Michael y pasó corriendo por el parterre más próximo, del que se desprendieron flores a izquierda y derecha.

—¡Oh, deténganlo! —soltó la señora Fairfax con un grito ahogado, y salió disparada tras él—. ¡Ahora no quiero que esté fuera!

En el siguiente minuto tuvo lugar una persecución atolondrada en la que el perro corría de acá para allá, gimoteando con angustia, y la señora Fairfax y Sophie lo perseguían saltando sobre parterres y

obstruyéndose el camino la una a la otra, y Michael corría detrás de Sophie gritando: «¡Pare! ¡Va a ponerse mala!». Entonces el animal dobló a toda velocidad una esquina de la casa y Michael comprendió que para detener a Sophie tenía que detener al perro. Se lanzó a una carrera transversal por los parterres, dio la vuelta a la casa tras el collie y agarró entre los puños su espeso pelaje justo cuando ya llegaba al huerto trasero.

Sophie cojeó hasta allí y descubrió a Michael retrocediendo sin dejar de tirar del perro y haciéndole a ella unas muecas tan raras que al principio pensó que se había puesto enfermo. Pero sacudía la cabeza tan a menudo hacia el huerto que advirtió que sólo estaba intentando decirle algo. Asomó la cabeza por la esquina de la casa, esperando ver un enjambre de abejas.

Howl se encontraba allí con Lettie. Estaban en una arboleda de manzanos en flor y cubiertos de musgo, con una hilera de colmenas por detrás. Lettie se hallaba sentada en un banco de jardín blanco. Howl permanecía postrado ante ella, con una rodilla clavada en la hierba a sus pies, sujetando una de sus manos y con un aspecto noble y apasionado. Lettie le sonreía con ternura. Pero lo peor de todo, al menos para Sophie, era que la apariencia de Lettie no era en absoluto la de Martha. Esa belleza extrema era la suya propia. Llevaba un vestido con los mismos tonos de rosa y blanco que las flores del manzano sobre ellos. Los cabellos oscuros le caían por un hombro en bucles lustrosos y los ojos le brillaban, llenos de devoción por Howl.

Sophie volvió la cabeza a su lado de la esquina y miró con consternación a Michael, que sujetaba al gimoteante perro.

—Debe de haberse llevado un hechizo de velocidad —susurró él, igual de consternado.

La señora Fairfax los alcanzó, jadeante y tratando de recolocarse un mechón mantequilla que se le había escapado del recogido.

—¡Perro malo! —regañó al collie en un susurro feroz—. ¡Si vuelves a hacer algo así, te hechizaré! —El perro parpadeó y se encogió. Ella alzó un dedo con firmeza—. ¡Dentro de la casa! ¡Quédate dentro de la casa!

El collie se sacudió para librarse del agarre de Michael y se escabulló dando la vuelta a la casa.

—Muchísimas gracias —le dijo la señora Fairfax a Michael

mientras lo seguían—. No para de intentar morder a esa visita de Lettie. ¡Adentro! —gritó con severidad en el jardín delantero, pues el collie parecía estar planteándose dar la vuelta a la casa y llegar al huerto trasero por el otro lado.

El animal la miró afligido por encima del hombro y cruzó el porche a paso de tortuga hasta el interior.

—Puede que el perro tenga razón —respondió Sophie—. Señora Fairfax, ¿sabe quién es el visitante de Lettie?

La mujer soltó una risita.

—El mago Pendragon, o Howl, o comoquiera que se haga llamar —contestó—. Pero Lettie y yo no le hemos dicho que lo sabemos. Me hizo gracia la primera vez que vino, pretendiendo llamarse Sylvester Oak, porque advertí que se había olvidado de mí, si bien yo no lo había olvidado, pese a que en su época de estudiante llevara el pelo negro. —A esas alturas, la señora Fairfax tenía entrelazadas ambas manos por delante y estaba de pie muy erguida, dispuesta a pasarse el día hablando, como Sophie le había visto hacer con frecuencia—. Fue el último pupilo de mi antigua tutora, ¿saben?, antes de que ella se retirase. Cuando aún vivía, al señor Fairfax le gustaba que nos transportara a ambos a Kingsbury para ver algún espectáculo de vez en cuando. Si me lo tomo sin prisas, puedo apañármelas para transportar a dos personas. Y siempre que iba, aprovechaba para visitar a la anciana señora Pentstemmon. Le agrada que sus antiguos alumnos mantengan el contacto. En una ocasión nos presentó a un joven llamado Howl. Oh, estaba orgullosa de él. También instruyó al mago Suliman y, según dijo, Howl era el doble de bueno…

—Pero ¿es que no conoce la reputación de Howl? —la interrumpió Michael.

Meterse en la conversación de la señora Fairfax era como meterse en la curva de una comba. Tenías que escoger el momento exacto, pero, una vez que estabas dentro, estabas dentro. La señora Fairfax se volvió ligeramente hacia Michael.

—A mi juicio, la mayor parte son sólo habladurías —contestó. Michael abrió la boca para responder que no era así, pero seguía en la comba y la cuerda empezó a dar la vuelta—. Y le dije a Lettie: «Esta es tu gran oportunidad, cariño». Sabía que Howl podía enseñarle veinte veces más que yo…, porque no me molesta

decíroslo: Lettie es mucho más lista que yo y podría acabar en la misma liga que la Bruja del Páramo, sólo que en el buen sentido. Lettie es una buena chica y le tengo cariño. Si la señora Pentstemmon siguiera enseñando, mañana mismo la llevaría con ella. Pero ya no da clases. Así que dije: «Lettie, tienes al mago Howl cortejándote y no sería mala idea que tú misma te enamorases de él y le dejaras ser tu profesor. La pareja que formáis llegaría lejos». No creo que a Lettie le entusiasmara la idea en un inicio, pero últimamente se ha ablandado y hoy la cosa parece estar yendo de maravilla.

Al llegar a este punto, la señora Fairfax hizo una pausa para sonreír con benevolencia a Michael y Sophie aprovechó su turno para lanzarse a la comba:

—Pero otra persona me dijo que Lettie sentía afecto por alguien más.

—Lástima por él, mejor dicho —replicó la señora Fairfax. Bajó la voz—: Tiene una terrible desventaja —susurró, persuasiva— que implica pedirle demasiado a cualquier chica. Ya se lo dije a él. También a mí me da pena…

—¿Oh? —atinó a farfullar Sophie, perpleja.

—…, pero se trata de un hechizo tremendamente potente. Es muy triste —se explayó—. Tuve que decirle que alguien con mis habilidades jamás conseguiría deshacer un hechizo de la Bruja del Páramo. Howl tal vez podría, pero, por supuesto, a Howl no puede pedírselo, ¿verdad?

En ese momento, Michael, que no dejaba de echar miradas nerviosas a la esquina de la casa por si Howl daba la vuelta por ahí y los descubría, se las ingenió para pisar la cuerda y detener la comba diciendo:

—Creo que sería mejor que nos retirásemos ya.

—¿Están seguros de que no prefieren entrar a probar la miel? —preguntó la señora Fairfax—. La uso en casi todos mis hechizos, ¿saben?

Y retomó la perorata, ahora sobre las propiedades mágicas de la miel. Michael y Sophie fueron andando adrede por el camino en dirección a la verja con la señora Fairfax deambulando detrás, sin parar de hablar ni, al mismo tiempo, de enderezar con pena las plantas que el perro había aplastado. Sophie, entretanto, se

devanaba los sesos en busca de una forma de averiguar cómo sabía la señora Fairfax que Lettie era Lettie sin disgustar a Michael. En ese momento, la mujer hizo una pausa para recobrar el aliento mientras ponía recto un altramuz bastante grande.

Sophie dio el salto:

—Señora Fairfax, ¿no era mi sobrina Martha la que en teoría iba a venir con usted?

—¡Qué chicas más traviesas! —exclamó la señora Fairfax, sonriente, y sacudió la cabeza mientras se separaba del altramuz—. ¡Como si yo no fuera a reconocer uno de mis hechizos con base de miel! Pero, tal y como le dije aquella vez, «yo no acostumbro a quedarme con nadie contra su voluntad y siempre prefiero instruir a alguien que desea aprender. Lo único», le dije, «es que aquí no se toleran los engaños. O te quedas con tu verdadero aspecto o no te quedas». Y el resultado ha sido bastante venturoso, como pueden ver. ¿Está segura de que no quiere quedarse y preguntárselo usted misma?

—Creo que es mejor que nos vayamos —respondió Sophie.

—Tenemos que regresar ya —añadió Michael, y echó otra mirada nerviosa al huerto. Recogió las botas del seto y colgó una de la verja al otro lado para Sophie—. Y en esta ocasión voy a aferrarme a usted.

La señora Fairfax se asomó sobre la verja mientras Sophie introducía el pie en el zapato.

—Botas de siete leguas —observó—. Quién iba a decirlo, hacía años que no las veía. Muy útiles para alguien de su edad, señora…, eeh… No me vendría mal tener un par. Así que es de usted de quien ha heredado Lettie la magia, ¿verdad? Y no es que sea necesario que a uno le venga de familia, pero la mitad de las veces…

Michael agarró el brazo de Sophie y tiró. Las dos botas pisaron y el resto de la charla de la señora Fairfax se desvaneció en un «¡zas!» con una ráfaga de viento. Al segundo siguiente, Michael tuvo que hacer fuerza con los pies para no chocarse con el castillo. La puerta estaba abierta. Dentro, Calcifer rugía:

—¡La puerta de Porthaven! Alguien lleva aporreándola desde que os marchasteis.

Capítulo 9
En el que Michael tiene problemas con un hechizo

Quien se encontraba en la puerta era el capitán de barco, que por fin había venido a buscar su hechizo de viento y no estaba nada satisfecho por haber tenido que esperar.

—Si pierdo la marea, muchacho —le dijo a Michael—, tendré unas palabras con el hechicero sobre ti. No me gustan los chicos perezosos.

Michael, en opinión de Sophie, fue excesivamente cortés con él, pero ella se sentía demasiado abatida para intervenir. Cuando el capitán se marchó, Michael fue a la mesa de trabajo para fruncirle el ceño a su hechizo de nuevo y Sophie se sentó en silencio a remendarse las medias. Sólo tenía un par y sus huesudos pies le habían hecho unos buenos agujeros. Para entonces, el vestido gris ya estaba deshilachado y sucio, y se preguntó si se atrevería a cortar las partes menos manchadas del traje estropeado de Howl, el azul y plateado, para hacerse con ellas una nueva falda. Pero no se atrevía.

—Sophie —la llamó Michael, alzando la vista de su undécima hoja de notas—, ¿cuántas sobrinas tiene?

A Sophie le daba miedo que empezara a hacer preguntas.

—Cuando llegas a mi edad, jovencito —dijo—, pierdes la cuenta. Todas se parecen mucho. Esas dos Letties bien podrían ser gemelas, a mi juicio.

—Oh, no, la verdad es que no —repuso Michael, para su sorpresa—. La sobrina de Upper Folding no es tan guapa como mi Lettie. —Rompió la undécima hoja y se puso con la duodécima—. Me alegro de que Howl no haya conocido a mi Lettie. —Comenzó la

décimo tercera hoja y la rompió también—. Me entraron ganas de reír cuando la señora Fairfax dijo que conocía a Howl, ¿a usted no?

—No —contestó Sophie. Eso no había supuesto ninguna diferencia para los sentimientos de Lettie. Pensó en su rostro radiante y lleno de adoración bajo las flores del manzano—. Me imagino que no cabe la posibilidad —musitó con desesperanza— de que Howl esta vez se haya enamorado de verdad…

Calcifer soltó un resoplido que levantó chispas verdes por la chimenea.

—Temía que empezara a pensar eso —murmuró Michael—. Se estaría engañando a sí misma, igual que la señora Fairfax.

—¿Cómo lo sabes?

Calcifer y Michael intercambiaron una mirada.

—¿Se le olvidó esta mañana pasar como mínimo una hora en el baño? —preguntó Michael.

—Estuvo allí dos horas —respondió Calcifer—, hechizándose la cara. ¡Necio presumido!

—Ahí lo tiene, entonces —concluyó Michael—. El día que Howl se olvide de hacer eso será el día que crea que de verdad se ha enamorado, no antes.

Sophie pensó en Howl arrodillado en el huerto, con una pose que le favoreciera lo máximo posible, y supo que tenían razón. Se planteó ir al baño y tirar por el retrete todos los hechizos de belleza, pero no se atrevió. En su lugar, se levantó renqueando y fue a buscar el traje azul y plateado, que dedicó el resto del día a cortar en pequeños triángulos con la intención de hacerse una especie de falda de retales.

Michael le dio unos golpecitos amables en el hombro cuando fue a echar sobre Calcifer las diecisiete hojas de sus notas.

—Todo el mundo acaba superando las cosas, ya sabe —le dijo.

Para entonces ya era evidente que Michael estaba teniendo problemas con su hechizo. Había renunciado a las notas y pasado a juntar algo de hollín en la chimenea. Calcifer se asomó alrededor para observarlo con cierta perplejidad. Michael cogió una raíz mustia de uno de los saquitos que colgaban de las vigas y la puso en el hollín. Luego, tras mucha deliberación, giró el tirador hacia la mancha azul y desapareció durante veinte minutos en Porthaven. Volvió con una caracola grande en forma de espiral y la colocó con

la raíz y el hollín. Después rompió más hojas y hojas de papel y las puso ahí también. Colocó el montón delante de la calavera, se irguió y empezó a soplar, de manera que el hollín y los trozos de papel se arremolinaron sobre la mesa.

—¿Qué dirías que está haciendo? —le preguntó Calcifer a Sophie.

Michael dejó de soplar y empezó a triturarlo todo, el papel incluido, con una maja en un mortero; de vez en cuando, miraba expectante la calavera. Como no sucedía nada, probó con diversos ingredientes de otros saquitos y tarros.

—Me siento mal espiando a Howl —anunció mientras molía letalmente un tercer grupo de ingredientes en un bol—. Puede que sea voluble con las mujeres, pero conmigo ha sido muy amable. Me acogió cuando no era más que un huérfano indeseado que se había sentado en el umbral de su puerta de Porthaven.

—¿Cómo llegó a pasar eso? —inquirió Sophie mientras recortaba otro triángulo azul.

—Mi madre murió y mi padre se ahogó en una tormenta —explicó Michael—. Y nadie te quiere cerca cuando eso ocurre. Tuve que marcharme de nuestra casa porque no podía pagar el alquiler, e intenté vivir en la calle, pero la gente me echaba constantemente de los umbrales de sus puertas y de las barcas hasta que el único sitio al que se me ocurrió ir fue uno que a todo el mundo le daba demasiado miedo como para inmiscuirse. Entonces Howl acababa de empezar de un modo modesto como el hechicero Jenkin. La gente decía que en su casa había demonios, así que dormí en el umbral durante un par de noches hasta que Howl abrió la puerta una mañana para salir a comprar pan y me caí dentro. Como dijo que podía esperar en el interior mientras iba a comprar algo de comer, pasé. Y allí estaba Calcifer, y empecé a hablar con él porque nunca había conocido a un demonio.

—¿De qué hablasteis? —dijo Sophie, preguntándose si Calcifer le habría pedido también a Michael que anulara su contrato.

—Me contó sus problemas y me goteó con sus lágrimas. ¿A que sí? —intervino Calcifer—. No pareció ocurrírsele que yo también podía tener problemas.

—No creo que los tengas. Es sólo que refunfuñas un montón —replicó Michael—. Te portaste bastante bien conmigo esa

mañana, y creo que Howl se quedó impresionado. Pero ya sabe cómo es: no me dijo que pudiera quedarme. Sencillamente, no me dijo que me fuera. Así que empecé a esforzarme por ser útil cada vez que podía, como al ocuparme de vigilar el dinero para que no se lo gastara tan pronto como lo obtenía, etcétera.

El hechizo emitió una especie de «buf» y explotó con suavidad. Michael limpió el hollín de la calavera, suspirando, y probó con otros ingredientes. Sophie empezó a hacer un retal de triángulos azules por el suelo en torno a sus pies.

—Cometí muchos errores estúpidos cuando empecé —continuó Michael—. Howl siempre reaccionaba con mucha amabilidad. Pensaba que ya había superado esa etapa. Y creo que ayudo con el dinero. Howl se compra una ropa carísima. Dice que nadie contrata a un mago que no parezca capaz de ganar dinero en su negocio.

—Eso es sólo porque le gusta la ropa —comentó Calcifer. Sus ojos anaranjados contemplaron la tarea que estaba llevando a cabo Sophie con una mirada bastante maliciosa.

—Este traje se había estropeado —protestó ella.

—No sólo es la ropa —dijo Michael—. ¿Te acuerdas del invierno pasado, cuando no nos quedaba más que un tronco para ti y Howl salió a comprar la calavera y esa estúpida guitarra? Me enfadé mucho con él. Dijo que eran *favorecedoras*.

—¿Qué hicisteis con la leña? —preguntó Sophie.

—Howl le quitó un poco con un hechizo a alguien que le debía dinero —respondió Michael—. Al menos, dijo que así era, y yo sólo esperé que estuviera diciendo la verdad. Y nosotros comimos algas. Howl dice que son buenas para la salud.

—Sabrosas —murmuró Calcifer—. Secas y crujientes.

—Yo las odio —dijo Michael con la mirada perdida en la mezcla machacada de su bol—. No sé… Debería haber siete ingredientes, a menos que sean siete procesos, pero intentémoslo en un pentágono de todas formas. —Dejó el bol en el suelo y dibujó con tiza una estrella de cinco puntas alrededor.

Los polvos explotaron con tanta fuerza que algunos de los triángulos de Sophie salieron volando hacia la chimenea. Michel soltó una maldición y borró a toda prisa las marcas de tiza.

—Sophie —la llamó—, estoy bloqueado con este hechizo. Usted no podría ayudarme por algún casual, ¿verdad?

Igual que cuando uno le lleva los deberes a su abuelita, pensó ella mientras recogía triángulos y los ordenaba con paciencia.

—Echémosle un vistazo —dijo, cauta—. Ya sabes que no tengo ni idea de magia.

Michael le colocó con entusiasmo un trozo de papel algo brillante en la mano. Su aspecto era inusual, incluso para un hechizo. Tenía unas letras impresas en negrita, pero estaban algo grisáceas y desvaídas, y había borrones grises, como nubes de tormenta en receso, por todos los bordes.

—A ver qué opina —dijo Michael.

Sophie lo leyó:

Ve y atrapa una estrella fugaz,
obtén un niño de una raíz de mandrágora,
dime dónde están todos los años pasados
o quién rompió la pezuña del Diablo.
Enséñame a escuchar los cantos de las sirenas
o a apartar el aguijonazo de la envidia
y a descubrir
qué viento
impulsa una mente honesta.

Decide de qué trata esto,
escribe tú mismo una segunda estrofa.

A Sophie le desconcertó enormemente. No era como ninguno de los hechizos por los que había husmeado antes. Lo repasó dos veces sin que las explicaciones impacientes de Michael sirvieran de mucho mientras intentaba leer.

—¿Recuerda eso que dijo Howl sobre que los hechizos avanzados contienen un acertijo? Bueno, al principio decidí que cada verso debía de ser un acertijo. Usé el hollín con las chispas por la estrella fugaz y la caracola por el canto de las sirenas. Y pensé que yo podía contar como un niño, de modo que bajé la raíz de una mandrágora y apunté listas de años pasados por los almanaques, pero no estaba muy seguro de eso…, quizá sea ahí donde me equivoqué… ¿Y podría ser acedera lo que detiene el aguijonazo? Eso no se me había ocurrido antes… En cualquier caso, ¡esto no funciona!

—No me sorprende —dijo Sophie—. A mí me parece un conjunto de cosas imposibles de hacer.

Pero Michael no estaba por la labor de aceptar eso. Si las cosas fuesen imposibles, señaló con aire razonable, nadie sería capaz nunca de realizar el hechizo.

—Y —añadió— estoy tan avergonzado de haber espiado a Howl que quiero compensarlo resolviendo esto.

—Muy bien —dijo Sophie—, empecemos por lo de «Decide de qué trata esto». Eso debería agilizar las cosas si decidirlo forma parte del hechizo, sea como sea.

Pero Michael tampoco estaba por la labor de aceptar eso.

—No —objetó—. Es la clase de hechizo que se desentraña a sí mismo a la vez que lo haces tú. Eso es lo que significa el último verso. Al escribir la segunda mitad, aclarando qué significa el hechizo, se consigue que funcione. Los de esta clase son muy avanzados. Antes tenemos que descifrar el comienzo.

Sophie reorganizó sus triángulos azules en una pila.

—Preguntémosle a Calcifer —sugirió—. Calcifer, ¿quién…?

Pero esa era otra cosa que Michael no le dejó hacer:

—No, calle. Creo que Calcifer forma parte del hechizo. Fíjese en cómo dice «Dime» y «Enséñame». Al principio pensé que se refería a enseñárselo a la calavera, pero eso no funcionó, así que debe de ser Calcifer.

—¡Puedes hacerlo por tu cuenta, si piensas seguir rechazando todo lo que se me ocurre! —soltó Sophie—. Además, ¡Calcifer debe de saber quién le rompió la pezuña!

Calcifer se encendió un poco ante esto.

—Yo no tengo pies. Soy un demonio, no un diablo. —Dicho esto, se retiró bajo los leños, donde se lo oía removerse y, cada vez que Sophie y Michael debatían sobre el hechizo, murmurar—: ¡Menudo hatajo de tonterías!

Para entonces, a Sophie ya le había intrigado el hechizo. Guardó los triángulos azules, sacó papel y pluma, y empezó a tomar la misma cantidad de notas que antes había tomado Michael. Durante el resto del día, ambos se quedaron sentados con la mirada perdida, mordisqueando las plumas y lanzándose sugerencias el uno al otro.

Entre las hojas de Sophie se podían leer notas como esta:

¿El ajo sirve para mantener alejada la envidia? Podría

recortar un papel con forma de estrella y dejarlo caer. ¿Podríamos decírselo a Howl? A Howl le gustarían las sirenas más que a Calcifer. No creo que la mente de Howl sea honrada. ¿Lo es la de Calcifer? ¿Dónde están los años pasados, por cierto? ¿Significa que una de esas raíces secas debe dar frutos? ¿Plantarla? ¿Junto a una acedera? ¿En la caracola? Pezuñas hendidas, casi todas lo son menos las de los caballos. ¿Herrar a un caballo con un diente de ajo? ¿Viento? ¿Olor? ¿El viento de las botas de siete leguas? ¿Es Howl un diablo? ¿Pulgares hendidos en botas de siete leguas? ¿Sirenas con botas?

Mientras Sophie escribía esto, Michael preguntaba con la misma desesperación:

—¿Podría ser «viento» algún tipo de polea? ¿Un hombre honesto siendo ahorcado? Aunque eso es magia negra.

—Vamos a cenar —respondió Sophie.

Comieron pan con queso, todavía con las miradas ausentes. Al final, Sophie dijo:

—Michael, por el amor de Dios, dejemos de intentar hacer deducciones y pongámonos a hacer lo que dice. ¿Dónde es el mejor sitio para atrapar una estrella fugaz? ¿Por las colinas?

—Las marismas de Porthaven son más llanas —musitó él—. Pero ¿podemos? Las estrellas fugaces van extremadamente rápido.

—Y nosotros también con las botas de siete leguas —señaló Sophie.

Michael se levantó de un salto, lleno de alivio y emoción.

—¡Creo que tienes razón! —exclamó mientras rebuscaba hasta dar con las botas—. Vamos a intentarlo.

En esta ocasión, Sophie cogió con prudencia su bastón y su chal, ya que fuera había oscurecido bastante. Michael estaba girando el tirador hacia la mancha azul cuando dos cosas extrañas sucedieron. Sobre la mesa, los dientes de la calavera empezaron a castañear. Y Calcifer llameó a mucha altura por la chimenea.

—¡No quiero que os vayáis! —dijo.

—Volveremos pronto —le prometió Michael en tono tranquilizador.

Salieron a la calle de Porthaven. Hacía una noche clara y cálida; no obstante, tan pronto como llegaron al final de la calle, Michael

recordó que Sophie había estado mal esa misma mañana y empezó a preocuparse por el efecto del aire nocturno en su salud. Sophie le dijo que no fuera tonto y fue andando a zancadas con brío y valiéndose del bastón hasta que dejaron atrás las ventanas iluminadas y la noche se volvió vasta, húmeda y fresca. Las marismas olían a sal y a tierra. Por detrás, el mar relucía y susurraba. Sophie percibía, más que verlos, los kilómetros y kilómetros de terreno llano que se extendían ante ellos. Lo que sí veía eran las hebras de bruma azulada y el espejeo de las charcas, una y otra vez, hasta que se fundían en una línea pálida donde comenzaba el cielo. El cielo llenaba todos los demás espacios, todavía más inmenso. La Vía Láctea parecía una cinta de niebla nacida de las marismas a través de la que titilaban las estrellas.

Michael y Sophie se quedaron de pie, cada uno con una bota lista en el suelo ante ellos, a la espera de que una de las estrellas se moviese.

Al cabo de una hora, más o menos, Sophie tuvo que comenzar a fingir que no estaba tiritando por miedo a preocupar a Michael.

Media hora después, Michael dijo:

—Mayo no es la época más adecuada del año. Es mejor en agosto o noviembre.

Media hora después de eso, añadió con tono preocupado:

—¿Qué hacemos con la raíz de mandrágora?

—Encarguémonos de esta parte antes de preocuparnos por esa —musitó Sophie, apretando los dientes mientras hablaba para que no le castañearan.

Un rato después, Michael murmuró:

—Vete a casa, Sophie. Es mi hechizo, a fin de cuentas.

Sophie ya había abierto la boca para decir que esa era una muy buena idea cuando una de las estrellas se desprendió del firmamento y surcó el cielo con una estela blanca.

—¡Allí hay una! —gritó en su lugar.

Michael metió bruscamente el pie en la bota y desapareció. Sophie agarró con fuerza el bastón y se desvaneció un segundo después. ¡Zas! *Splash*. Había acabado en medio de las marismas, rodeada de bruma y vacío y los leves destellos de las charcas en todas las direcciones. Clavó el bastón en el suelo y se las apañó para mantener el equilibrio.

La bota de Michael era una mancha oscura a su lado. El propio Michael se había convertido en el chapoteo de una carrera acelerada por delante de ella.

Y allí estaba la estrella fugaz. Sophie la veía: una llamita blanca en descenso a unos cuantos metros de los movimientos indefinidos de Michael. La forma brillante bajaba ahora más despacio, y daba la impresión de que Michael iba a poder atraparla.

Sophie se sacó el pie de la bota con un tirón.

—¡Vamos, bastón! —graznó—. ¡Llévame allí!

Y salió cojeando con rapidez, dando saltitos entre las matas de hierba y trastabillando por las charcas, con los ojos fijos en la luz blanca.

Cuando lo alcanzó, Michael estaba acechando la estrella con pisadas sigilosas y los brazos extendidos para atraparla. Sophie vio su silueta recortada contra la luz. La estrella iba a la deriva a la altura de las manos de Michael, sólo un paso o así por delante, y había desviado la mirada hacia él con nerviosismo. «¡Qué raro!», pensó Sophie. Se componía de luz; había encendido un anillo blanco por la hierba, los juncos y las charcas negras que rodeaban a Michael, y aun así tenía dos ojos grandes e inquietos que echaban vistazos de soslayo al muchacho, y una cara pequeña y puntiaguda.

La llegada de Sophie la asustó. Bajó en picado de un modo errático y chilló con una voz aguda y crepitante:

—¿Qué pasa? ¿Qué queréis?

Sophie intentó decirle a Michael: «¡Para, está aterrada!», pero se había quedado sin aliento.

—Sólo quiero atraparte —explicó él—. No voy a hacerte daño.

—¡No! ¡No! —chisporroteó la estrella con desesperación—. ¡Eso está mal! ¡Ahora me toca morir!

—Pero yo podría salvarte si dejas que te atrape —le dijo Michael con amabilidad.

—¡No! —gritó la estrella—. ¡Preferiría morir!

Se lanzó lejos de los dedos de Michael. Él se precipitó tras ella, pero era demasiado rápida: se zambulló en la charca más próxima y, por un instante, las aguas negruzcas salieron despedidas hacia arriba con un resplandor blanco. Luego sonó un leve chisporroteo ahogado. Cuando Sophie llegó allí cojeando, Michael permanecía de pie, contemplando cómo se apagaba la última luz de un fragmento

redondo bajo el agua oscura.

—Eso ha sido triste —observó Sophie.

Michael suspiró.

—Sí. Casi ha sido como si mi corazón se hubiera ido con ella. Vámonos a casa. Estoy harto de este hechizo.

Tardaron veinte minutos en encontrar las botas. Para Sophie, fue un verdadero milagro que las encontraran.

—¿Sabe? —dijo Michael mientras caminaban con fatiga por las calles ensombrecidas de Porthaven—, sé que nunca seré capaz de realizar este hechizo. El nivel es demasiado avanzado para mí. Tendré que preguntarle a Howl. Odio rendirme, pero al menos podré hablar con él ahora que la otra Lettie Hatter se ha prendado de él.

Eso no mejoró para nada el humor de Sophie.

Capítulo 10

En el que Calcifer le promete a Sophie una pista

Howl había vuelto durante la ausencia de Sophie y Michael. Salió del baño mientras Sophie estaba friendo el desayuno sobre Calcifer y se sentó con elegancia en la silla, acicalado, resplandeciente y despidiendo cierto aroma a madreselva.

—Querida Sophie —le dijo—, usted siempre tan ocupada. Ayer trabajó pese a que yo se lo desaconsejara, ¿verdad? ¿Por qué ha convertido mi mejor traje en un puzle? Es sólo una pregunta amigable, ya sabe.

—El otro día lo llenaste de gelatina —replicó ella—. Estoy rehaciéndolo.

—Yo puedo encargarme de eso —contestó Howl—. Creí que se lo había demostrado. También puedo hacerle a usted un par de botas de siete leguas si me dice su talla. Unas prácticas y de cuero marrón, tal vez. Es increíble cómo se puede dar un paso de diecisiete kilómetros y apañárselas siempre para acabar en una boñiga de vaca.

—Puede que fuese de toro —comentó Sophie—. Seguro que también has encontrado barro de las marismas. Alguien de mi edad necesita hacer mucho ejercicio.

—En ese caso, estuvo todavía más ocupada de lo que suponía —dijo Howl—. Porque ayer, cuando casualmente aparté la vista por un segundo del encantador rostro de Lettie, juraría que vi su larga nariz asomándose por la esquina de la casa.

—La señora Fairfax es una amiga de la familia. ¿Cómo iba yo a saber que tú también estarías allí?

—Tiene un instinto especial, Sophie. Nada está a salvo de usted.

Si alguna vez me propusiera cortejar a una joven que viviese en un iceberg en medio del mar, tarde o temprano (y probablemente temprano) alzaría la mirada y la vería a usted descendiendo de lo alto en una escoba. De hecho, a estas alturas, me defraudaría no verla.

—¿Y vas a ir hoy al iceberg? —repuso Sophie—. A juzgar por la expresión de Lettie ayer, ¡ya no hay nada que te retenga allí!

—Eso no es justo, Sophie —protestó Howl. Sonaba profundamente herido. Sophie lo miró de reojo, suspicaz. Tras la piedra preciosa roja que le colgaba de la oreja, su perfil se veía triste y honorable—. Pasarán muchos años antes de que deje a Lettie —afirmó—. Y, por cierto, hoy voy a reunirme de nuevo con el rey. ¿Satisfecha, doña Nariz?

Sophie no tenía claro que se creyera una sola palabra de eso, si bien fue en efecto a Kingsbury, con el tirador en la mancha roja, adonde Howl partió después de desayunar y de deshacerse con un gesto de Michael, que trataba de plantearle consultas sobre el desconcertante hechizo. Como no tenía nada que hacer, Michael también se marchó. Dijo que para el caso podría pasarse por Cesari.

Sophie se quedó sola. Aún no se creía lo que Howl había dicho sobre Lettie, pero antes ya se había equivocado con él y, después de todo, la única prueba que tenía en contra de su conducta era la palabra de Michael y Calcifer. Recogió todos los pequeños triángulos azules de tela y, con cierta culpabilidad, empezó a coserlos de vuelta en la red de pesca plateada en que se habían convertido los restos del traje. Cuando alguien llamó a la puerta, se sobresaltó mucho, convencida de que se trataba otra vez del espantapájaros.

—La puerta de Porthaven —anunció Calcifer, esbozando el atisbo de una sonrisa morada.

Eso no debería causar problemas, entonces. Sophie se levantó con dificultad y abrió la puerta con la mancha azul apuntando hacia abajo. Fuera había un caballo de tiro. El joven de unos cincuenta años que lo llevaba preguntó si la señora bruja tenía algo para que dejasen de soltársele las herraduras todo el rato.

—Voy a ver —dijo Sophie. Fue arrastrando los pies a la chimenea—. ¿Qué hago? —susurró.

—Polvos amarillos, cuarto frasco del segundo estante —le

contestó Calcifer también entre susurros—. Esos hechizos se basan en la convicción. No te muestres indecisa cuando se lo des.

De manera que Sophie echó polvos amarillos en un trozo de papel, igual que había visto hacer a Michael, lo plegó con pulcritud y lo llevó a la puerta.

—Aquí tienes, hijo. Esto sujetará las herraduras mejor que cien clavos. ¿Me oyes, caballo? El año que viene no necesitarás herreros. Es un penique, gracias.

El día fue bastante ajetreado. Sophie interrumpía de vez en cuando la costura para, con ayuda de Calcifer, vender un hechizo para desatascar desagües, otro para conseguir que vinieran las cabras y algo para preparar buena cerveza. El único cliente que le causó cierta dificultad fue el que llamó con fuerza a la puerta de Kingsbury. Sophie abrió por la mancha roja y se topó con un muchacho no mucho mayor que Michael, vestido con opulencia y con la cara pálida y sudorosa, que se retorcía las manos en el umbral.

—¡Dama hechicera, por favor! —exclamó—. Tengo que librar un duelo mañana al alba. Deme algo que me asegure que ganaré. ¡Pagaré la cantidad que me pida!

Sophie miró por encima del hombro a Calcifer y este le indicó con una mueca que no tenían ninguna solución preparada para eso.

—Eso no sería nada justo —recriminó al chico con severidad—. Además, batirse en duelo está mal.

—Entonces, ¡deme algo que me conceda una oportunidad! —pidió él con desesperación.

Sophie lo miró. Era muy menudo y no cabía duda de que estaba muerto de miedo. Su expresión mostraba esa desesperanza que reflejan quienes siempre pierden en todo.

—Veré lo que puedo hacer.

Cojeó de vuelta a los estantes y escudriñó los tarros. El rojo etiquetado como CAYENA parecía el más apropiado. Echó un montoncito generoso en un trozo de papel y se situó junto a la calavera.

—Porque tú debes de saber más de esto que yo —le murmuró. El joven la observaba con inquietud apoyado en el quicio de la puerta. Sophie cogió un cuchillo e hizo lo que esperaba que pareciesen gestos místicos sobre el montón de pimienta—. Debe ser un

combate justo —murmuró—. Un combate justo. ¿Lo comprendes? —Arrugó el papel y lo llevó a la puerta—. Tira esto al aire cuando empiece el duelo —le dijo al muchacho menudo— y contarás con las mismas posibilidades que el otro hombre. Hecho eso, que ganes o pierdas depende de ti.

El joven estaba tan agradecido que intentó recompensarle con una moneda de oro. Sophie se negó a aceptarla, de modo que en su lugar le dio una de dos peniques y se marchó silbando con júbilo.

—Me siento como una farsante —se lamentó Sophie mientras guardaba el dinero bajo la piedra de la chimenea—. ¡Aunque me gustaría asistir a ese duelo!

—¡A mí también! —chisporroteó Calcifer—. ¿Cuándo vas a liberarme para que pueda salir a ver cosas como esa?

—Cuando tenga una mínima pista sobre el contrato —dijo ella.

—Puede que en un rato obtengas una —respondió el demonio.

Michael volvió con aire despreocupado a última hora de la tarde. Echó un vistazo inquieto alrededor para asegurarse de que Howl no había llegado antes y se dirigió a la mesa de trabajo, donde se puso a sacar cosas para que pareciese que había estado atareado; entretanto, canturreaba con alegría.

—Te envidio por ser capaz de recorrer a pie todo ese camino con tanta facilidad —comentó Sophie, que en ese momento cosía un triángulo azul en un galón plateado—. ¿Cómo estaba Ma…, mi sobrina?

Michael se apartó de buena gana de la mesa y se sentó en el taburete junto a la lumbre para detallarle el día que había tenido. Luego le preguntó a Sophie qué tal había ido el suyo. El resultado fue que, cuando Howl abrió la puerta de un empujón con el hombro, con los brazos cargados de paquetes, Michael ni siquiera parecía ocupado. Seguía en el taburete, retorciéndose de la risa por el hechizo del duelo.

Howl empujó la puerta con la espalda para cerrarla y se quedó allí apoyado con actitud trágica.

—¡Míralos! —exclamó—. La ruina ante mis ojos. Me mato a trabajar todo el día por ellos… ¡y ninguno, ni siquiera Calcifer, se toma la molestia de decir «hola»!

Michael saltó del asiento con culpabilidad y Calcifer replicó:

—Yo *nunca* digo «hola».

—¿Ocurre algo? —preguntó Sophie.

—Eso está mejor —asintió Howl—. Por lo menos algunos fingís prestarme atención. Qué amable por su parte preguntar, Sophie. Sí, ocurre algo: el rey me ha pedido oficialmente que busque a su hermano…, con una indirecta bastante clara de que también convendría que destruyese a la Bruja del Páramo, ¡y vosotros os dedicáis a sentaros ahí y reír!

Para entonces ya era evidente que Howl estaba de un humor apto para producir cieno verde de un momento a otro. Sophie apartó a toda prisa lo que estaba cosiendo.

—Voy a preparar tostadas con mantequilla —dijo.

—¿Eso es todo lo que se le ocurre ante semejante tragedia? —soltó Howl—. ¡Preparar tostadas! No, no se levante. Me he arrastrado hasta aquí cargado de cosas para usted, así que lo menos que puede hacer es aparentar interés. Tenga. —Dejó caer un montón de paquetes en el regazo de Sophie y le tendió uno a Michael.

Perpleja, ella empezó a desenvolver cosas: varios pares de medias de seda; dos paquetes de enaguas de hilo de lino de la mejor calidad con volantes, puntilla y bordados de satén; unas botas de ante gris paloma con la caña elástica; un chal de encaje y un vestido de muaré gris con encajes a juego con el chal. Sophie examinó cada una de las prendas con ojo profesional y se quedó sin aliento: ya sólo el encaje valía una fortuna. Acarició el vestido, maravillada.

Michael desempaquetó un espléndido traje de terciopelo.

—¡Debes de haberte gastado hasta la última moneda que había en la bolsa de seda! —dijo sin agradecérselo—. Esto no me hace falta. Tú eres el que necesita un traje nuevo.

Howl enganchó la bota en los restos del traje azul y plateado y los levantó con tristeza. Sophie se había esforzado mucho, pero seguían siendo más agujero que traje.

—Qué desinteresado soy —comentó—. Pero no puedo enviaros a Sophie y a ti en andrajos ante el rey para que manchéis mi reputación. El rey pensaría que no cuido como es debido de mi anciana madre. ¿Y bien, Sophie? ¿Son las botas de la talla adecuada?

Sophie alzó la vista del tejido que seguía acariciando con fascinación.

—¿Te estás comportando con amabilidad —preguntó— o con cobardía? Muchas gracias y no, no lo haré.

—¡Qué ingratitud! —exclamó Howl, alargando los brazos—. ¡Volvamos a bañarnos en cieno verde! Y después me veré obligado a trasladar el castillo a miles de kilómetros de aquí, ¡y nunca más veré a mi encantadora Lettie!

Michael miró a Sophie de un modo suplicante y ella frunció el ceño. Veía con claridad que la felicidad de sus dos hermanas dependía de que aceptara reunirse con el rey. Eso aparte de la reserva de cieno verde.

—Aún no me has pedido que haga nada —repuso—. Sólo has anunciado que voy a hacerlo.

Howl sonrió.

—Y va a hacerlo, ¿no es así?

—Está bien —aceptó ella—. ¿Cuándo quieres que vaya?

—Mañana por la tarde. Michael puede hacerse pasar por su lacayo. El rey os espera.

Howl se sentó en el taburete y procedió a explicar con mucha precisión y seriedad lo que Sophie debía decir. Ya no quedaba ni rastro de ese humor predispuesto al cieno verde, advirtió ella, ahora que la jugada le había salido bien. Le daban ganas de abofetearle.

—Quiero que represente el papel de una manera muy sutil —aclaró Howl— para que el rey siga encargándome tareas como los hechizos de transporte, pero sin encomendarme nada como lo de buscar a su hermano. Debe contarle que he provocado la ira de la Bruja del Páramo y darle a entender lo buen hijo que soy, pero hágalo de tal modo que interprete que en realidad soy bastante inútil.

El mago se explicaba con todo lujo de detalles. Sophie juntó las manos en torno a los paquetes y trató de asimilar lo que oía, aunque no podía evitar pensar: «¡Si yo fuera el rey, no comprendería una sola palabra de lo que esta anciana quiere decir!».

Michael, mientras tanto, rondaba a Howl a la altura de su codo para intentar hacerle preguntas sobre el desconcertante hechizo. Howl no dejaba de pensar en otros datos sutiles que podía contarle al rey e ignoraba a su aprendiz.

—Ahora no, Michael. Y se me ha ocurrido, Sophie, que tal vez

usted desee algo de práctica para que el palacio no le abrume. No queremos que se encuentre indispuesta en mitad de la audiencia. Todavía no, Michael. Así que he hablado con mi antigua tutora, la señora Pentstemmon, para que vaya a hacerle una visita. Es una anciana muy distinguida. En algunos aspectos, es más distinguida que el rey, por lo que ya se habrá acostumbrado a esa clase de cosas cuando le toque ir a palacio.

Para entonces, Sophie ya estaba deseando no haber aceptado nunca y se sintió más que aliviada cuando Howl por fin se giró hacia Michael.

—Bien, Michael, ha llegado tu turno. ¿Qué pasa?

El muchacho agitó el brillante papel gris y le relató con una precipitación insatisfecha lo imposible que le parecía llevarlo a cabo.

A Howl se lo vio algo asombrado de oír eso, pero cogió el papel.

—Bueno, ¿cuál es el problema? —dijo, desplegándolo. Lo miró fijamente. Una de sus cejas se arqueó.

—Traté de interpretarlo como un acertijo y de hacer justo lo que dice —explicó Michael—. Pero Sophie y yo no pudimos atrapar la estrella fugaz…

—¡Por todos los dioses! —exclamó Howl. Empezó a reírse y se mordió el labio para contenerse—. Pero, Michael, este no es el hechizo que te dejé. ¿Dónde lo encontraste?

—En la mesa, en ese montón de cosas que Sophie apiló alrededor de la calavera. Era el único hechizo nuevo que había, de manera que pensé…

Howl se levantó de un salto y revolvió los objetos que había sobre la mesa.

—Sophie ataca de nuevo —murmuró. Las cosas se deslizaban a izquierda y derecha según iba buscando—. ¡Debería haberlo imaginado! No, el hechizo correcto no está aquí. —Tamborileó con los dedos en la cabeza marrón y reluciente de la calavera—. ¿Es cosa tuya, amigo? Tengo la sensación de que vienes de allí. Estoy seguro de que ese es el caso de la guitarra. Eh… Sophie, querida…

—¿Qué?

—Sophie, viejecilla entrometida, imprudente y revoltosa —dijo Howl—, ¿tengo razón al pensar que giró el tirador para que la mancha negra apuntara hacia abajo y asomó por ahí su larga nariz?

—Sólo el dedo —replicó ella con dignidad.

—Pero abrió la puerta —insistió él—, y lo que Michael cree que es un hechizo debe de haberse colado por ahí. ¿No se os ocurrió a ninguno de los dos que su apariencia no es como la de los hechizos normales?

—Los hechizos a menudo tienen una apariencia peculiar —contestó Michael—. ¿Qué es en realidad?

Howl soltó un resoplido al reírse.

—Decide de qué trata esto. ¡Escribe una segunda estrofa! ¡Oh, Dios! —exclamó, y se precipitó hacia la escalera—. ¡Os lo enseñaré! —gritó mientras subía a zancadas por los peldaños.

—Creo que anoche perdimos el tiempo correteando por las marismas —se lamentó Sophie, y Michael asintió con tristeza. Estaba claro que se sentía como un idiota—. Fue culpa mía. Abrí la puerta.

—¿Qué había fuera? —preguntó Michael con gran interés.

Pero Howl bajó a toda prisa en ese momento.

—Por lo visto, no tengo ese libro —dijo. Ahora parecía molesto—. Michael, ¿de verdad te he oído decir que salisteis e intentasteis atrapar una estrella fugaz?

—Sí, pero estaba muerta de miedo y se ahogó al caerse en una charca —musitó Michael.

—¡Menos mal! —exclamó Howl.

—Fue muy triste —dijo Sophie.

—Triste, ¿eh? —repitió el mago, todavía más molesto—. Fue idea de usted, ¿verdad? ¡Cómo no! ¡Ya me la imagino cojeando por las marismas, animándole! Deje que le diga que eso es lo más estúpido que Michael ha hecho en toda su vida. ¡Habría sido mucho más que triste si hubiera conseguido atraparla! Y usted…

Calcifer titiló soñoliento en la chimenea.

—¿A qué viene todo este alboroto? —inquirió—. Tú mismo atrapaste una, ¿no?

—¡Sí, y yo…! —empezó Howl, desviando hacia el demonio la mirada fulminante de esos ojos parecidos a canicas. Pero se recompuso y, en su lugar, se giró hacia su aprendiz—. Michael, prométeme que nunca volverás a intentar atrapar una.

—Lo prometo —accedió él de buen grado—. Pero ¿qué es ese texto, si no es un hechizo?

Howl miró el papel gris que sostenía en la mano.

—Se lo conoce como «canción»… y supongo que eso es lo que es. Pero no está completa y no recuerdo el resto. —Se irguió y se quedó pensativo, como si se le hubiera ocurrido una idea, una que sin duda le preocupaba—. Creo que la siguiente estrofa era importante. Será mejor que lo lleve de vuelta y vea… —Se dirigió a la puerta y giró el tirador hasta la mancha negra. Luego hizo una pausa. Miró a Michael y a Sophie, que naturalmente estaban con la vista clavada en el tirador—. Vale —dijo—. Sé que Sophie se colará de algún modo si la dejo atrás, y eso no sería justo para Michael. Venid ambos conmigo, así no os perderé de vista.

Abrió la puerta a la nada y se adentró en ella. Michael tropezó con el taburete al apresurarse a seguirlo. Sophie soltó todos los paquetes a izquierda y derecha de la chimenea cuando se puso en pie de un salto.

—¡No dejes que les caiga ninguna chispa! —le pidió atropelladamente a Calcifer.

—Si me prometes contarme lo que hay ahí fuera —dijo el demonio—. Por cierto, ya has obtenido la pista.

—¿Ah, sí? —farfulló Sophie. Pero tenía demasiada prisa como para prestarle atención.

Capítulo 11

En el que Howl va a un país extranjero en busca de un hechizo

Resultó que la nada no tenía más que un par de centímetros de espesor. Más allá de ella, en una tarde gris y algo lluviosa, un camino de cemento se extendía hasta la cerca de un jardín. Howl y Michael esperaban junto a la entrada. Más allá había otro camino llano y sólido flanqueado por casas. Sophie miró atrás, tiritando bastante por la llovizna, y descubrió que el castillo se había convertido en una casa de ladrillos amarillos con grandes ventanas. Al igual que todas las demás, era cuadrangular y nueva, con una puerta delantera de cristal ondulado. No parecía haber nadie cerca. Eso podía deberse a la llovizna, pero a ella le dio la sensación de que más bien era porque, pese a haber tantas casas, esa zona se hallaba en algún punto próximo a las afueras de una ciudad.

—Cuando haya terminado de husmear… —la llamó Howl. Sus ropajes grises y escarlatas estaban rociados de gotas. Sostenía un manojo de llaves extrañas, la mayoría lisas y amarillas, como a juego con las casas. En cuanto Sophie se acercó, dijo—: Necesitamos vestirnos de un modo acorde a este sitio.

Su ropa entonces se volvió borrosa, como si la llovizna que los envolvía se hubiera transformado en niebla. Cuando recobró la nitidez, seguía siendo escarlata y gris, pero había cambiado de forma. Las mangas ondeantes habían desaparecido y el traje entero era más holgado. Parecía desgastado y andrajoso.

La chaqueta de Michael se había convertido en algo acolchado a la altura de la cintura. Alzó un pie, calzado en una zapatilla de lona, y fijó la vista en la ajustada tela azul que revestía sus piernas.

—Casi no puedo doblar la rodilla —protestó.

—Ya te acostumbrarás —dijo Howl—. Vamos, Sophie.

Para sorpresa de ella, Howl se dirigió de vuelta al sendero que atravesaba el jardín hacia la casa amarilla. La espalda de su holgada chaqueta, por lo que ahora veía, revelaba unas palabras misteriosas: «RUGBY GALÉS». Michael lo siguió con una especie de contoneo rígido a causa de lo que le cubría las piernas.

Sophie bajó la mirada a su cuerpo y vio que ahora las escuálidas piernas se le veían el doble sobre los abultados zapatos. Por lo demás, apenas había cambiado.

Howl abrió la puerta acristalada con una de sus llaves. Junto a ella colgaba de unas cadenas un cartel de madera. «RIVENDELL», leyó Sophie mientras Howl la empujaba al interior de un vestíbulo ordenado y reluciente. Parecía haber gente en la casa, pues del otro lado de la puerta más próxima llegaban unas voces sonoras. Cuando Howl la abrió, Sophie se dio cuenta de que las voces provenían de unas imágenes mágicas de colores que se movían en la parte delantera de una gran caja cuadrada.

—¡Howell! —exclamó una mujer que se hallaba sentada haciendo punto.

Dejó lo que estaba tejiendo con apariencia algo molesta, pero, antes de que pudiera levantarse, una niña que hasta ese momento había estado observando muy seria la imagen mágica, con la barbilla apoyada en las manos, se levantó de un salto y se lanzó hacia Howl.

—¡Tío Howell! —chilló, y saltó sobre él a medio camino para envolverle con las piernas.

—¡Mari! —gritó Howl en respuesta—. ¿Cómo estás, cielo? ¿Has sido una niña buena?

A continuación, la niña y él se enzarzaron en una conversación acelerada y ruidosa en otro idioma. Sophie notó que eran muy especiales el uno para el otro. Se preguntó por el idioma; sonaba igual que la cancioncilla sobre cazuelas que había canturreado Calcifer, pero era difícil saberlo con certeza. Mientras parloteaban en otro idioma, Howl se las apañó para colar algún comentario, como si fuera un ventrílocuo:

—Estas son mi sobrina, Mari, y mi hermana, Megan Parry. Megan, estos son Michael Fisher y Sophie…, eh…

—Hatter —dijo Sophie.

Megan les estrechó la mano a ambos con reserva y desaprobación. Era mayor que Howl, pero se le parecía bastante, con el mismo rostro oval y angular, aunque sus ojos eran azules y rebosaban preocupación, y su pelo era más oscuro.

—¡Silencio, Mari! —soltó con un tono que cortó por completo la charla en el otro idioma—. Howell, ¿vas a quedarte mucho?

—Sólo vengo a pasarme un momento —dijo él al tiempo que bajaba a Mari al suelo.

—Gareth todavía no ha llegado —respondió Megan con aire intencionado.

—¡Qué pena! No podemos quedarnos —contestó Howl, esbozando una sonrisa cálida y falsa—. Sólo pensaba presentaros a mis amigos. Y quiero preguntarte algo que puede sonar un poco absurdo: ¿ha perdido Neil, por algún casual, un fragmento de sus deberes de Lengua últimamente?

—¡Qué curioso que digas eso! —exclamó Megan—. ¡No dejó de buscarlo por todas partes el martes! Tiene una nueva profesora de Lengua, ¿sabes?, y es muy estricta, no se limita a fijarse sólo en la ortografía. Les ha metido el miedo en el cuerpo para que entreguen los trabajos a tiempo. ¡Eso no le viene nada mal al diablillo de Neil, con lo holgazán que es! En fin, que el jueves estuvo buscando hasta debajo de las piedras y lo único que encontró fue un papel extraño y antiguo con un texto…

—Ah —murmuró Howl—. ¿Qué hizo con ese texto?

—Le dije que se lo diera a la señorita Angorian. Así podría demostrarle que por una vez lo había intentado.

—¿Y lo hizo?

—No lo sé. Es mejor que se lo preguntes a Neil. Está arriba, en la sala de estar, con esa máquina suya —explicó Megan—. Pero no le sacarás nada en claro.

—Vamos —les dijo Howl a Michael y Sophie, que estaban mirando fijamente la brillante estancia marrón y naranja que los rodeaba.

Cogió la mano de Mari y los condujo a todos fuera, escaleras arriba. Incluso los peldaños estaban cubiertos por una alfombra, una rosa y verde. En consecuencia, la procesión encabezada por Howl apenas hizo ruido al enfilar el pasaje rosa y verde hasta la planta superior, al interior de una habitación con una alfombra azul

y amarilla. Aun así, Sophie no estaba segura de que los dos chicos que permanecían inclinados sobre varias cajas mágicas en una mesa grande junto a la ventana hubieran alzado la vista ni aunque hubiese entrado un ejército con una orquesta. La caja mágica principal tenía un cristal por la parte delantera como la de abajo, pero parecía mostrar más textos y diagramas que imágenes. Todas las cajas brotaban de unos tallos blancos, largos y flexibles cuyas raíces aparentaban estar en la pared de un lado de la habitación.

—¡Neil! —lo llamó Howl.

—No interrumpas —dijo uno de los muchachos— o perderá la vida.

Al ver que era cuestión de vida o muerte, Sophie y Michael retrocedieron hacia la puerta. Pero Howl, nada perturbado por la idea de matar a su sobrino, fue a zancadas hasta la pared y levantó las cajas tirando de las raíces. La imagen de la caja se desvaneció. Ambos críos soltaron palabras que Sophie pensaba que ni Martha conocería. El segundo chico se dio la vuelta, gritando:

—¡Mari! ¡Te vas a enterar!

—Esta vez no he sido yo. ¡En serio! —chilló ella.

Neil se giró del todo y miró acusadoramente a Howl.

—¿Qué tal, Neil? —dijo Howl con amabilidad.

—¿Quién es? —inquirió el otro chico.

—El inútil de mi tío —respondió Neil. Frunció el ceño al recién llegado. Era moreno, de cejas espesas y una mirada fulminante que imponía—. ¿Qué quieres? Vuelve a enchufarlo.

—¡Así lo reciben a uno en los valles! —soltó Howl—. Lo conectaré cuando te haya hecho una pregunta y me hayas contestado.

Neil suspiró.

—Tío Howell, estoy en mitad de un juego de ordenador.

—¿Uno nuevo? —preguntó Howl.

Los dos chicos parecieron descontentos.

—No, es el que me dieron por Navidad —explicó Neil—. Ya deberías saber cómo son con eso de malgastar tiempo y dinero en cosas inútiles. No van a regalarme otro hasta mi cumpleaños.

—Pues entonces es bien fácil —afirmó Howl—: no te importará parar si ya lo has terminado y te sobornaré con uno nuevo…

—¿De verdad? —dijeron ambos, y Neil añadió—: ¿Puedes hacer

que sea uno de esos que no tiene nadie más?

—Sí. Pero primero echa un vistazo a esto y dime qué es —contestó Howl, y le tendió a Neil el brillante papel gris.

Ambos chicos lo miraron.

—Es un poema —dictaminó Neil con el tono en que la mayor parte de la gente diría: «Es una rata muerta».

—Es el que la señorita Angorian nos puso de deberes la semana pasada —añadió su amigo—. Recuerdo «viento» y «con aletas». Va de submarinos.

Mientras Sophie y Michael asumían asombrados esta nueva teoría, preguntándose cómo era posible que la hubieran pasado por alto, Neil exclamó:

—¡Eh! Son los deberes que perdí hace días. ¿Dónde los has encontrado? ¿Ese texto raro que apareció era tuyo? La señorita Angorian dijo que era interesante, por suerte para mí, y se lo llevó a casa.

—Gracias —dijo Howl—. ¿Dónde vive?

—En ese piso encima de la tetería de la señora Phillips. Cardiff Road —le informó Neil—. ¿Cuándo vas a darme el nuevo disco?

—Cuando te acuerdes de cómo sigue el resto del poema —replicó Howl.

—¡No es justo! —protestó Neil—. Ahora ni siquiera recuerdo lo que ponía. ¡Eso es jugar con los sentimientos de una persona…! —Se detuvo cuando Howl se echó a reír, se metió la mano en un bolsillo holgado y le alargó un paquete liso—. ¡Gracias! —dijo entonces con devoción, y sin más se dio la vuelta hacia sus cajas mágicas.

Howl replantó el montón de raíces en la pared, sonriendo, e indicó con un gesto a Michael y Sophie que lo siguiesen fuera. Ambos críos se sumieron en un frenesí de actividad misteriosa, que Mari por alguna razón pasó a contemplar con el pulgar en la boca.

Howl se precipitó hacia las escaleras rosas y verdes, pero Michael y Sophie se quedaron absortos junto a la puerta de la habitación, preguntándose de qué iba todo aquello. Dentro, Neil leía en voz alta:

—Estás en un castillo encantado con cuatro puertas. Cada una da a dimensiones diferentes. En la Dimensión Uno, el castillo es ambulante y puede ir a parar a una situación peligrosa en cualquier

momento…

Sophie se planteó lo familiar que le resultaba eso al ir cojeando hacia las escaleras. Allí se topó con Michael a medio bajar con aspecto avergonzado. Howl estaba al pie de las escaleras discutiendo con su hermana.

—¿Cómo que has vendido todos mis libros? —oyó decir a Howl —. Necesitaba uno en particular. No eran tuyos, no podías venderlos.

—¡Deja de interrumpirme! —masculló Megan en voz baja, feroz—. ¡Escúchame! Ya te he dicho que esto no es un almacén para tus pertenencias. ¡Eres una vergüenza para mí y Gareth, ganduleando por ahí con esa ropa en lugar de comprarte un traje apropiado para parecer respetable por una vez en tu vida, juntándote con gentuza y vagos, trayéndotelos a esta casa! ¿Estás intentando rebajarme a tu nivel? Has recibido toda esa educación y ni siquiera consigues un trabajo decente, sólo vas por ahí holgazaneando, malgastando todo ese tiempo en la universidad, malgastando todos los sacrificios que otros han hecho por ti, malgastando tu dinero…

Megan hubiera sido una buena adversaria de la señora Fairfax. Su voz seguía y seguía. Sophie empezó a comprender que Howl hubiera adquirido el hábito de escabullirse de las cosas. Megan era la clase de persona que te daba ganas de retirarte sigilosamente por la puerta más próxima. Lamentablemente, Howl estaba arrinconado contra las escaleras y tanto Michael como Sophie se hallaban apretujados detrás de él.

—… sin haber trabajado un solo día como Dios manda, sin haber conseguido nunca un trabajo del que pudiera sentirme orgullosa, avergonzándonos a Gareth y a mí, presentándote aquí y malcriando a Mari —continuó Megan, implacable.

Sophie empujó a Michael a un lado y bajó a zancadas por las escaleras, adoptando el aire más señorial que pudo.

—Vamos, Howl —lo llamó con solemnidad—, debemos irnos ya. El tiempo que pasamos aquí es dinero que se va y es probable que tus criados estén vendiendo la vajilla de oro. Ha sido un *gran* placer conocerla —le dijo a Megan cuando llegó al pie de las escaleras—, pero debemos darnos prisa. Howl es un hombre muy ocupado.

Megan tragó saliva y estudió a Sophie. Ella asintió

majestuosamente con la cabeza y empujó a Howl hacia la puerta principal acristalada. La cara de Michael estaba de un rojo intenso, como advirtió Sophie cuando Howl se giró hacia Megan para preguntarle:

—¿Mi antiguo coche sigue en el cobertizo o también lo has vendido?

—Tú tienes el único juego de llaves —respondió Megan con tono adusto.

Esa pareció ser toda la despedida. La puerta principal se cerró de golpe y Howl los condujo a un edificio blanco cuadrangular al final del camino liso y negro. Howl no pronunció una sola palabra sobre Megan. En cambio, al abrir el portón del edificio, dijo:

—Supongo que la feroz profesora de Lengua tendrá un ejemplar de ese libro.

Sophie deseó poder ir a olvidar lo que pasó a continuación. Viajaron en un carruaje sin caballos que iba a una velocidad terrorífica, despedía un olor fuerte y rugía y se sacudía al pasar como un rayo por algunos de los caminos más empinados que había visto, tan empinados que se preguntó por qué las casas que los bordeaban no se resbalaban una tras otra hasta el final. Cerró los ojos con fuerza, se aferró a uno de los trozos que se habían desgarrado de los asientos y se limitó a esperar que todo acabara pronto.

Por suerte, así fue. Llegaron a un camino más liso con casas apiñadas a ambos lados, ante un ventanal con una cortina blanca y un cartel que decía: «TÉ CERRADO». Sin embargo, pese a este aviso inhóspito, cuando Howl presionó un botón en una pequeña puerta al lado de la ventana, la señorita Angorian les abrió.

Todos fijaron la vista en ella. Para ser una profesora feroz, la señorita Angorian era sorprendentemente joven, delgada y atractiva. Una melena de un negro azulado enmarcaba su rostro oliváceo con forma de corazón y sus enormes ojos oscuros. Lo único en ella que sugería ferocidad era la forma directa e inteligente en que esos enormes ojos los miraron y parecieron evaluarlos.

—Deje que adivine: diría que usted es Howell Jenkins —le dijo a Howl. Tenía una voz queda y melodiosa que, al mismo tiempo, sonaba bastante divertida y segura de sí misma.

Por un instante, Howl se quedó desconcertado. Luego su sonrisa

se ensanchó. Y eso, pensó Sophie, significaba el adiós a los agradables sueños de Lettie y la señora Fairfax, pues la señorita Angorian era justo el tipo de mujer de la que alguien como Howl podría enamorarse al instante. Y no sólo Howl: Michael también la miraba con admiración. Y aunque todas las casas de alrededor se hallaban en apariencia desiertas, a Sophie no le cabía duda de que estaban llenas de gente que conocía tanto a Howl como a la señorita Angorian y los observaba con interés para ver qué pasaría. Notaba sus ojos invisibles puestos en ellos. Market Chipping también era así.

—Y usted debe de ser la señorita Angorian —contestó Howl—. Lamento importunarla, pero la semana pasada cometí un error estúpido y me llevé los deberes de Lengua de mi sobrino en lugar de un documento mío bastante importante. Tengo entendido que Neil se lo dio como prueba de que no estaba eludiendo sus tareas.

Sophie estaba segura de que los ojos invisibles de todas las casas los contemplaron y los cuellos invisibles se estiraron cuando Howl, Michael y ella entraron en tropel por la puerta de la señorita Angorian y subieron un tramo de escaleras hasta una diminuta y austera sala de estar.

—¿No quiere sentarse? —le ofreció con consideración la profesora a Sophie.

Aún seguía temblando por el carruaje sin caballos. Tomó asiento de buen grado en una de las dos sillas. No era muy cómoda. El salón de la señorita Angorian no estaba diseñado para la comodidad, sino para el estudio. Aunque contaba con muchas cosas extrañas, Sophie lo entendió al ver las paredes llenas de libros y las pilas de papeles sobre la mesa, y las carpetas amontonadas en el suelo. Sentada, se fijó en cómo Michael miraba con timidez y Howl recurría a su encanto:

—¿Cómo sabe quién soy? —le preguntó, seductor.

—Parece haber causado bastantes habladurías en este pueblo —respondió la señorita Angorian, que estaba ocupada revolviendo papeles en la mesa.

—¿Y qué le han dicho esas habladurías? —Howl se inclinó lánguidamente al extremo de la mesa e intentó captar la atención de la señorita Angorian.

—Que desaparece y reaparece de un modo bastante

impredecible, para empezar.

—¿Y qué más? —Howl siguió los movimientos de la señorita Angorian con una mirada que le confirmó a Sophie que la única oportunidad que tenía Lettie era que la señorita Angorian se enamorase al instante de Howl.

Pero la señorita Angorian no era esa clase de mujer.

—Muchas cosas —contestó—, y muy pocas favorables. —Provocó que Michael se ruborizara cuando lo miró a él y luego a Sophie, como dando a entender que esas cosas no eran aptas para sus oídos. Le tendió a Howl un papel amarillento de bordes ondulados—. Aquí está —dijo con severidad—. ¿Sabe lo que es?

—Por supuesto —asintió Howl.

—Entonces dígamelo, por favor.

Howl cogió el papel. Se produjo cierta refriega cuando trató de llevarse la mano de la señorita Angorian con él. La señorita Angorian ganó la refriega y se colocó ambas manos tras la espalda. Howl esbozó una sonrisa arrebatadora y le pasó el papel a Michael.

—Díselo tú —le ordenó.

El rostro sonrojado de Michael se iluminó cuando lo miró.

—¡Es el hechizo! Oh, este sí puedo hacerlo… Es de engrandecimiento, ¿verdad?

—Como suponía —dijo la señorita Angorian en tono acusador—. Me gustaría saber qué estaban haciendo con semejante cosa.

—Señorita Angorian —contestó Howl—, si ha oído todas esas cosas sobre mí, ya debe de saber que escribí mi tesis doctoral sobre encantamientos y hechizos. ¡Por su expresión se diría que sospecha que trabaje con magia negra! Se lo aseguro, no he realizado ninguna clase de hechizo en toda mi vida. —Sophie no pudo contener un resoplido de risa al oír esa mentira tan descarada—. De todo corazón —añadió mientras le fruncía el ceño a Sophie, irritado — le prometo que este hechizo sólo tiene como propósito el estudio. Es muy antiguo e inusual. Por eso quería recuperarlo.

—Bien, ya lo ha recuperado —replicó la señorita Angorian con brío—. Antes de que se vaya, ¿le importaría devolverme mi hoja de deberes? Las fotocopias salen caras.

Howl sacó de buena gana el papel gris y lo sostuvo fuera de su alcance.

—Este poema —comentó— me ha estado rondando la cabeza. Es

una tontería, ¡en serio!, pero no recuerdo cómo sigue. Es de Walter Raleigh, ¿verdad?

La señorita Angorian le echó una mirada fulminante.

—Desde luego que no. Es de John Donne y es muy conocido. Aquí tengo el libro en el que figura, por si quiere refrescarse la memoria.

—Por favor —dijo Howl, y, por cómo siguió con los ojos a la profesora mientras iba hacia una de las paredes llenas de libros, Sophie se percató de que ese era el verdadero motivo de que el mago hubiera ido al extraño país donde vivía su familia.

Pero Howl no tenía el menor inconveniente en matar dos pájaros de un tiro.

—Señorita Angorian —la llamó, suplicante, mientras observaba la figura de la mujer al estirarse para coger el libro—, ¿le interesaría salir a cenar conmigo esta noche?

La profesora se dio la vuelta con un libro voluminoso en la mano y una expresión todavía más severa.

—No —respondió—. Señor Jenkins, no sé qué rumores le han llegado sobre mí, pero debe de haber oído que sigo comprometida con Ben Sullivan…

—Nunca he oído hablar de él —la atajó Howl.

—Mi prometido —dijo ella—. Desapareció hace unos años. Bien, ¿desea que le lea el poema en voz alta?

—Sí, hágalo —asintió Howl, nada arrepentido—. Tiene usted una voz encantadora.

—Entonces empezaré por la segunda estrofa, dado que ya tiene en la mano la primera.

Leía muy bien, no sólo melodiosamente, sino de un modo que lograba que el ritmo de la segunda estrofa concordase con el de la primera, cosa que en opinión de Sophie no sucedía en el poema:

Si tienes el don de las visiones extrañas,
cosas invisibles a la vista,
cabalga diez mil días con sus noches
hasta que la vejez nieve tus cabellos.
Cuando regreses, me contarás
todos los extraños prodigios que presenciaste,
y has de jurar
que en ninguna parte

vive una mujer fiel y hermosa.

Si encuentras…

Howl se había puesto espantosamente pálido. Sophie se fijó en que tenía la cara manchada de sudor.

—Gracias —dijo—. Pare ahí. No la molestaré con el resto. Incluso la mujer buena resulta ser infiel en la última estrofa, ¿no es así? Ahora me acuerdo. Qué tonto. John Donne, por supuesto. —La señorita Angorian bajó el libro y clavó la vista en él. Howl forzó una sonrisa—. Debemos retirarnos ya. ¿Seguro que no cambiará de idea sobre la cena?

—No —contestó ella—. ¿Se encuentra bien, señor Jenkins?

—De maravilla —afirmó Howl, y empujó a Michael y Sophie afuera, escaleras abajo hasta el horrible carruaje sin caballos. Los observadores invisibles de las casas debieron de pensar que la señorita Angorian los estaba persiguiendo con un sable, a juzgar por la velocidad con la que Howl los metió ahí y partió.

—¿Qué ocurre? —preguntó Michael mientras el carruaje rugía y chirriaba al retornar cuesta arriba y Sophie se aferraba desesperada a partes del asiento.

Howl fingió no haberlo oído, así que Michael esperó hasta que dejaron el carruaje en el cobertizo para volver a preguntar.

—Oh, nada —dijo Howl a la ligera, guiándolos de vuelta hasta la casa amarilla llamada Rivendell—. Es sólo que la Bruja del Páramo me ha alcanzado con su maldición. Tenía que pasar tarde o temprano. —Parecía estar calculando algo o haciendo sumas en la cabeza al tiempo que abría la puerta del jardín—. Diez mil —lo oyó murmurar Sophie—. Eso caerá más o menos en el solsticio de verano.

—¿Qué es lo que va a caer en el solsticio de verano? —inquirió Sophie.

—El momento en que cumpla diez mil días de edad —explicó Howl—. Y ese, doña Nariz —dijo, pasando al jardín de Rivendell—, será el día en que deba volver con la Bruja del Páramo.

Sophie y Michael se detuvieron en el camino con la mirada fija en la espalda de Howl, misteriosamente etiquetada como RUGBY GALÉS.

—Si no me acerco a las sirenas —lo oyeron musitar— y no toco

ninguna raíz de mandrágora…

—¿Tenemos que volver a entrar en esa casa? —gritó Michael, y a la vez Sophie chilló:

—¿Qué hará la Bruja del Páramo?

—Tiemblo sólo de pensarlo —contestó Howl—. No es necesario que vuelvas a entrar, Michael.

Abrió la puerta de cristal ondulado. Dentro se hallaba la habitación del castillo. Las llamas soñolientas de Calcifer teñían las paredes de tonos verdes y azules a la luz del crepúsculo. Howl se recogió las mangas ondeantes y le dio un leño al demonio.

—Me ha alcanzado, viejo y azulado amigo —le dijo.

—Lo sé —respondió Calcifer—. He notado cómo llegaba.

Capítulo 12

En el que Sophie pasa a ser la madre de Howl

Ahora que la bruja lo había alcanzado con su maldición, Sophie no veía qué sentido tenía manchar la reputación de Howl ante el rey. Sin embargo, Howl dijo que era más importante que nunca.

—Necesitaré todo lo que tengo para huir de la bruja —insistió—. No puedo estar con el rey persiguiéndome también.

De manera que al día siguiente Sophie se puso su ropa nueva por la tarde y se sentó encontrándose bien, aunque un tanto rígida, a la espera de que Michael se preparase y Howl terminara en el baño. Mientras aguardaba, le contó a Calcifer cómo era el extraño país en que vivía la familia de Howl. Eso la distrajo del rey.

A Calcifer le interesó mucho.

—Sabía que venía del extranjero —dijo—, pero esto suena más a otro mundo. Qué astuto por parte de la Bruja del Páramo enviar la maldición desde allí. Muy astuto, sí. Admiro esa magia, lo de usar algo que ya existía y convertirlo en una maldición. El caso es que me lo planteé cuando Michael y tú lo leísteis el otro día. El necio de Howl le contó demasiadas cosas de sí mismo.

Sophie miró el delgado rostro azul de Calcifer. No le sorprendía que el demonio admirase la maldición, no más de lo que le sorprendía oírlo llamar necio a Howl. Siempre estaba insultando al mago. Lo que nunca conseguía averiguar era si Calcifer odiaba de verdad a Howl. Su apariencia era tan malvada, de todas formas, que costaba llegar a una conclusión.

Calcifer desvió sus ojos naranjas hasta Sophie.

—Yo también tengo miedo —admitió—. Sufriré con Howl si la bruja lo atrapa. Si no anulas el contrato antes de que lo haga, ya no podré ayudarte.

Antes de que Sophie pudiera preguntarle nada más, Howl salió del baño más elegante que nunca, perfumando la estancia de olor a rosas y llamando a voces a Michael, que bajó ruidosamente por las escaleras con su traje nuevo de terciopelo azul. Sophie se puso en pie y recogió su fiel bastón. Era hora de irse.

—¡Se la ve extraordinariamente rica y majestuosa! —la alabó Michael.

—Me deja en buen lugar —asintió Howl—, excepto por ese horrible bastón viejo.

—Algunas personas —replicó Sophie— sólo están pendientes de sí mismas. Este bastón viene conmigo, lo necesito como apoyo moral.

Howl alzó la vista al techo, pero no discutió.

Emprendieron una marcha majestuosa por las calles de Kingsbury. Sophie, por supuesto, miró hacia atrás para ver cómo era allí el castillo. Descubrió una portalada grande, abovedada, que enmarcaba una pequeña puerta negra. El resto del castillo parecía ser una pared lisa y enyesada que se extendía entre dos casas de piedra labrada.

—Antes de que pregunte —dijo Howl—, no es más que un establo abandonado. Por aquí.

Recorrieron las calles, cuyo aspecto era tan elegante como cualquiera de los viandantes. Y no es que hubiera mucha gente alrededor. Kingsbury se hallaba muy al sur y ese día hacía un calor sofocante. El empedrado del suelo brillaba. Sophie descubrió otra desventaja de ser anciana: te mareabas con el calor. Los edificios ornamentados parecían temblar ante sus ojos. Eso le molestaba porque quería ver el lugar, pero no distinguía más que una vaga impresión de cúpulas doradas y casas altas.

—Por cierto —comentó Howl—, la señora Pentstemmon la va a llamar señora Pendragon. Así se me conoce aquí.

—¿Con qué propósito?

—Con el de ir de incógnito. Pendragon es un apellido bonito, mucho mejor que Jenkins.

—Yo me las apaño bastante bien con un apellido normal —dijo Sophie mientras giraban a una calle estrecha y, por fortuna, fresca.

—No todos podemos ser Sombrereros Locos [1] —replicó Howl.

La casa de la señora Pentstemmon era elegante y muy alta,

situada al final de la callejuela. Tenía naranjos en macetas a ambos lados de la puerta frontal. Dicha puerta la abrió un mayordomo anciano con un traje de terciopelo negro, que los llevó a un vestíbulo maravillosamente fresco con un suelo de damero blanco y negro de mármol, donde Michael trató de limpiarse discretamente el sudor de la cara. Howl, que nunca parecía tener calor, se puso a hablar con el mayordomo como si fueran viejos amigos y bromeó con él.

El hombre los dejó con un joven paje vestido de terciopelo rojo. Sophie, mientras el muchacho los guiaba con aire ceremonioso por las relucientes escaleras, empezó a entender por qué esa era una buena forma de practicar antes de reunirse con el rey. Ya se sentía como si estuviera en un palacio. Cuando el chico los escoltó hasta un salón sombreado, se dijo que ni siquiera un palacio podía ser así de distinguido. En la sala todo era azul, dorado y blanco, y pequeño y refinado. La señora Pentstemmon era lo más refinado de todo. Era alta y delgada, y estaba sentada con la espalda muy recta en una silla tapizada de azul y dorado, con una mano envuelta en un mitón calado en tonos dorados y apoyada rígidamente en un bastón con la empuñadura de oro. Su atuendo era de color oro viejo, con un estilo muy rígido y anticuado, y lo completaba un tocado también de oro viejo que no dejaba de evocar una corona, atado con un gran lazo oro viejo bajo una cara adusta y aquilina. Era la mujer más refinada y temible que Sophie había visto en toda su vida.

—Ah, mi querido Howell —lo saludó, alargando un mitón dorado.

Howl se arrodilló y besó el mitón, como sin duda se esperaba de él. Lo hizo con suma elegancia, pero por detrás el gesto se estropeó bastante al vérsele agitar con furia la otra mano hacia Michael, a su espalda. Michael, con cierto retraso, cayó en la cuenta de que a él le correspondía quedarse de pie junto a la puerta, al lado del paje. Al instante retrocedió allí, más que complacido de poner distancia entre la señora Pentstemmon y él.

—Señora Pentstemmon, permita que le presente a mi anciana madre —dijo Howl, haciendo una floritura con la mano hacia Sophie. Como Sophie se sentía exactamente igual que Michael, también tuvo que agitarla en su dirección.

—Encantada. Es un placer —contestó la señora Pentstemmon, y

alargó el mitón dorado hacia ella.

Sophie no estaba segura de si la señora Pentstemmon pretendía que besara el mitón, pero no se atrevió a intentarlo. En su lugar, puso una mano encima. La mano de debajo parecía una garra vieja y fría. Después de tocarla, le sorprendió que la anciana estuviera viva.

—Disculpe que no me levante, señora Pendragon —dijo—; mi salud no es buena. Hace tres años me obligó a retirarme de la enseñanza. Les ruego que se sienten.

Sin dejar de procurar contener el temblor por los nervios, Sophie se sentó con solemnidad en la silla tapizada frente a la señora Pentstemmon, apoyándose en el bastón con lo que esperaba que fuese una postura igual de elegante.

Howl se dejó caer con gracilidad en la silla de al lado. Parecía sentirse muy cómodo, y Sophie lo envidió.

—Tengo ochenta y seis años —anunció la señora Pentstemmon—. ¿Cuántos tiene usted, mi querida señora Pendragon?

—Noventa —dijo Sophie, pues fue el primer número que le vino a la cabeza.

—¿Tantos? —se asombró la señora Pentstemmon, y su tonó dejó traslucir un ligera y majestuosa envidia—. Qué afortunada es de poder moverse todavía con tanta agilidad.

—Ah, sí, tiene tantísima agilidad —intervino Howl— que a veces no hay quien la detenga.

La señora Pentstemmon le echó una mirada que a Sophie le dejó claro que había sido una profesora como mínimo igual de feroz que la señorita Angorian.

—Estoy hablando con tu madre —repuso—. Seguro que está tan orgullosa de ti como yo. Las dos somos ancianas que han contribuido a formarte. Tú eres, por así decirlo, nuestra creación conjunta.

—Entonces, ¿cree que nada de mi forma de ser se debe a mí mismo? —le preguntó Howl—. ¿Quizás unos toquecitos aquí y allá de mi propia cosecha?

—Unos pocos, y no todos de mi agrado —replicó la señora Pentstemmon—. Pero no querrás quedarte aquí sentado para oír cómo hablamos de ti. Ve abajo y siéntate en la terraza con tu paje,

donde Hunch os llevará una bebida fría. Vamos.

De no haber estado tan nerviosa, Sophie se hubiera echado a reír por la expresión de Howl. Era obvio que no se esperaba que pasara eso. Pero se levantó, con sólo un pequeño encogimiento de hombros, le hizo una ligera mueca de advertencia a Sophie y empujó a Michael fuera de la sala para que saliese por delante de él. La señora Pentstemmon giró levemente su rígido cuerpo para contemplar cómo se marchaban. Luego asintió al paje, que también se escabulló de la estancia. Entonces se volvió hacia Sophie, y ella se sintió más nerviosa que nunca.

—Lo prefiero con el pelo negro —afirmó la anciana—. Ese chico va por mal camino.

—¿Quién? ¿Michael? —soltó Sophie, perpleja.

—No, el sirviente no —dijo la señora Pentstemmon—. No creo que él sea lo bastante listo para preocuparme. Me refiero a Howl, señora Pendragon.

—Oh —murmuró Sophie, preguntándose por qué había dicho entonces «va». Desde luego, hacía mucho tiempo que Howl había llegado al final del mal camino.

—Por ejemplo, su apariencia —continuó la señora Pentstemmon, tajante—. Fíjese en su ropa.

—Sí, siempre es muy cuidadoso con su apariencia —convino Sophie, y se preguntó por qué lo estaba expresando con tanta moderación.

—Y siempre ha sido así. Yo también cuido mi apariencia y no hay nada malo en ello —observó la anciana—. Pero ¿qué necesidad tiene de ir andando por ahí con un traje encantado? Es un hechizo de atracción deslumbrante destinado a las damas…, uno muy logrado, lo admito, y apenas perceptible incluso para mi ojo experto, dado que parece haberlo zurcido en las costuras… Lo vuelve casi irresistible para las mujeres. Esto representa una inclinación a la magia negra que sin duda le habrá causado una preocupación maternal, señora Pendragon.

Sophie pensó con inquietud en el traje gris y escarlata. Había zurcido las costuras sin notar que ahí hubiera nada en particular. Pero la señora Pentstemmon era la experta en magia, mientras que ella sólo era la experta en ropa.

La anciana colocó ambos mitones dorados sobre el bastón e

inclinó su rígido cuerpo para fijar sus ojos cualificados y penetrantes en ella. Sophie se sintió más y más nerviosa e inquieta.

—Mi vida ya casi se ha acabado —anunció la señora Pentstemmon—. Hace tiempo que noto cómo se acercan los pasos sigilosos de la muerte.

—Oh, estoy segura de que no es así —dijo Sophie, tratando de sonar reconfortante. Y era difícil sonar del modo que fuera con la señora Pentstemmon escrutándola de esa manera.

—Le aseguro que así es —aseveró la anciana—. Por eso estaba impaciente por verla, señora Pendragon. Verá, Howell ha sido mi último pupilo y, de lejos, el mejor. Estaba a punto de retirarme cuando vino a buscarme desde el extranjero. Yo pensaba que mi trabajo había concluido tras formar a Benjamin Sullivan (que probablemente le suene más como mago Suliman, ¡que en paz descanse!) y conseguirle el puesto de mago real. Curiosamente, él procedía de la misma tierra que Howell. Entonces vino Howell y me bastó un vistazo para captar que tenía el doble de imaginación y el doble de habilidades y, aunque admito que mostraba algunos defectos de carácter, supe que sería una buena influencia. *Buena*, señora Pendragon. Pero ¿en qué se ha convertido?

—¿En qué, sí? —añadió Sophie.

—Le ha pasado algo —dijo la señora Pentstemmon, todavía atravesándola con la mirada—. Y estoy decidida a enmendarlo antes de morirme.

—¿Qué cree que le ha pasado? —le preguntó Sophie con incomodidad.

—Debo confiar en que usted me lo cuente. Mi impresión es que se ha vuelto igual que la Bruja del Páramo. Dicen que no siempre fue malvada…, aunque esto sólo lo sé de oídas porque es mayor que cualquiera de nosotras y se conserva joven mediante su magia. Howell goza de dotes equiparables a las de ella. Es como si los que poseen habilidades tan grandes no pudieran resistirse al peligro de acariciar una destreza adicional, que tiene como resultado un error fatal y desata un lento declive hacia el mal. ¿Tiene idea, por algún casual, de qué podría tratarse?

La voz de Calcifer resonó en su mente: «El contrato no es bueno para ninguno de los dos a largo plazo». Sintió algo de frío, pese al aire caliente que entraba por las ventanas de la elegante sala a la

sombra.

—Sí. Ha firmado una especie de contrato con su demonio del fuego.

Las manos de la señora Pentstemmon temblaron un poco sobre su bastón.

—Eso tiene que ser. Debe anular ese contrato, señora Pendragon.

—Ojalá supiera cómo —murmuró Sophie.

—Seguro que su instinto maternal y sus propias habilidades mágicas le indican cómo hacerlo —insistió la anciana—. He estado observándola, señora Pendragon, aunque puede que no se haya dado cuenta…

—Oh, me he dado cuenta, señora Pentstemmon.

—… y me gusta su don. Da vida a las cosas, como el bastón que lleva, al que evidentemente ha hablado hasta el punto de que se ha transformado en lo que los profanos denominarían una varita mágica. Creo que no le costará mucho anular ese contrato.

—Sí, pero necesito saber cuáles son los términos —objetó Sophie —. ¿Le ha dicho Howl que soy una bruja?, porque si lo ha hecho…

—No. No hay por qué actuar con reserva. Puede confiar en mi experiencia para saber estas cosas —dijo la señora Pentstemmon. Luego, para alivio de Sophie, cerró los ojos. Fue como si una luz intensa se hubiera apagado—. No sé nada, ni deseo saberlo, de contratos como ese —musitó. El bastón se tambaleó de nuevo como si estuviera estremeciéndose. La boca se le estiró en una línea, dándole el aspecto de haber mordido por sorpresa un grano de pimienta—. Pero ahora entiendo lo que le ha ocurrido a la Bruja del Páramo. Firmó un contrato con un demonio del fuego y, con el paso de los años, el demonio se ha apoderado de ella. Los demonios no entienden la diferencia entre el bien y el mal. Pero se los puede persuadir para que sellen un acuerdo, siempre y cuando los humanos les ofrezcan algo valioso, algo que sólo los humanos poseen. Esto prolonga la vida tanto del humano como del demonio, y el humano adquiere los poderes mágicos del demonio para combinarlos con los suyos. —La señora Pentstemmon volvió a abrir los ojos—. Esto es todo lo que puedo decir sobre el asunto —concluyó—, más allá de aconsejarle que averigüe lo que obtuvo el demonio. Ahora debo despedirme de usted. Tengo que descansar un

rato.

Y como por arte de magia, lo que probablemente fuera, la puerta se abrió y el paje se apresuró a sacar a Sophie de la sala. Ella se alegró mucho de hacerlo. Para entonces ya estaba muy avergonzada. Volvió la vista a la figura rígida y recta de la anciana mientras la puerta se cerraba y se preguntó si la señora Pentstemmon le habría hecho sentirse así de mal si de verdad hubiera sido la anciana madre de Howl. Prefería creer que sí.

—¡Me quito el sombrero ante Howl por aguantarla de profesora más de un día! —murmuró para sí misma.

—¿Señora? —le preguntó el joven paje, creído de que hablaba con él.

—Decía que baje más despacio o no podré seguirle el ritmo —contestó Sophie. Las rodillas le temblaban—. Los jóvenes siempre con prisas.

El paje la condujo despacio y con consideración por las relucientes escaleras. A mitad de camino, Sophie se había recobrado de la personalidad de la señora Pentstemmon lo suficiente como para pensar en algunos de sus comentarios. Había dicho que Sophie era una bruja. Curiosamente, eso no le costó aceptarlo. Eso explicaba la popularidad de ciertos sombreros, pensó. Explicaba lo de Jane Farrier y el conde Comosellamara. También era posible que explicase la envidia de la Bruja del Páramo. Era como si Sophie siempre lo hubiera sabido, pero al mismo tiempo hubiese pensado que no era apropiado tener habilidades mágicas cuando era la mayor de tres hermanas. Lettie había sido siempre mucho más adecuada para esas cosas.

Entonces pensó en el traje gris y escarlata y casi se cayó por las escaleras por la consternación. Había sido ella quien lo hechizó. «¡Hecho para atraer a las chicas!», le había dicho. Y por supuesto que lo había hecho. Había encantado a Lettie ese día en el huerto. El día anterior, aunque con disimulo, seguro que también había surtido cierto efecto en la señorita Angorian.

«¡Dios mío! —pensó—. ¡He duplicado la cantidad de corazones que va a romper! ¡Tengo que quitarle ese traje como sea!».

Howl, con ese mismo traje, la esperaba con Michael en el fresco vestíbulo blanco y negro. Michael le dio al mago un codazo preocupado cuando Sophie bajó despacio por las escaleras tras el

paje.

Howl pareció entristecerse.

—Se la ve algo cansada —dijo—. Creo que es mejor que nos saltemos la visita al rey. Iré yo y me encargaré de manchar mi reputación cuando presente sus excusas. Puedo decir que se ha puesto enferma por mis malas artes. A juzgar por su aspecto, bien podría ser cierto.

Desde luego, Sophie no deseaba ver al rey. Pero pensó en lo que Calcifer había dicho. Si el rey encargaba a Howl que fuese al Páramo y la bruja lo atrapaba, su única posibilidad de volver a ser joven desaparecería con él.

Sacudió la cabeza.

—Después de la señora Pentstemmon, el rey de Ingary no parecerá más que una persona corriente.

Capítulo 13

En el que Sophie mancha la reputación de Howl

Cuando llegaron al palacio, era innegable que Sophie volvía a estar mareada. Su infinidad de cúpulas doradas la deslumbró. A la entrada principal se accedía por un enorme tramo de escaleras con un soldado vestido de escarlata haciendo la guardia cada seis peldaños. «Los pobrecillos deben de estar al borde del desmayo con este calor», pensó mientras empezaba a subir jadeante y aturdida.

En la cima de las escaleras se extendían arcadas, salones, corredores, vestíbulos, uno detrás de otro. Sophie perdió la cuenta de cuántos había. En cada arcada, una persona con una indumentaria espléndida y guantes blancos —todavía sorprendentemente blancos pese al calor— les preguntaba el motivo de su visita y los dirigía a la siguiente figura en la siguiente arcada.

—¡La señora Pendragon viene a visitar al rey! —se repetían los ecos de cada una de las voces por las arcadas.

Hacia la mitad de camino, a Howl lo separaron cortésmente y le dijeron que esperase. A Michael y Sophie continuaron pasándolos de una persona a otra. Luego los llevaron escaleras arriba, a partir de lo cual la ropa de las figuras espléndidas sustituyó el rojo por el azul, y volvieron a pasárselos hasta que llegaron a una antecámara con paneles de madera de diversas tonalidades. Allí desviaron también a Michael y le pidieron que esperase. A Sophie, que para entonces no estaba demasiado segura de que todo eso no fuera un sueño extravagante, la guiaron con premura a través de unas enormes puertas dobles, y en esta ocasión la voz resonante dijo:

—Su majestad, la señora Pendragon ha venido a verlo.

Y allí se hallaba el rey, no sentado en un trono, sino en un sillón

cuadrado con sólo una pequeña hoja dorada encima, hacia el centro de una sala grande, y vestido con mucha más modestia que quienes esperaban para reunirse con él. Estaba solo, como una persona corriente. Sí, se sentaba con una pierna extendida hacia fuera de una manera un tanto regia, y tenía una magnificencia algo rolliza e imprecisa, pero a Sophie le pareció bastante joven y un poquito demasiado orgulloso de ser rey. Con ese rostro ella se hubiera esperado que mostrase más inseguridad.

—Bien —dijo—, ¿sobre qué quiere hablarme la madre del mago Howl?

Y de pronto Sophie se sintió abrumada por el hecho de que estaba de pie ante el rey. Era, pensó mareada, como si el hombre allí sentado y la enormidad que constituía la corona fuesen dos elementos diferentes que por casualidad ocupaban el mismo sillón. Y descubrió que se le habían olvidado todas las cosas cuidadosas y sutiles que Howl le había insistido en que argumentara. Pero tenía que decir algo.

—Me ha enviado para que le informe de que no va a buscar a su hermano —soltó—, su majestad.

Miró al rey. El rey le devolvió la mirada. Aquello era un desastre.

—¿Está segura? —preguntó él—. El mago parecía bastante dispuesto cuando hablé con él.

Lo único que le quedaba en la cabeza era que había ido allí para manchar la reputación de Howl, de manera que contestó:

—Mintió. No quería molestarle. Es escurridizo como una anguila, si sabe a lo que me refiero, su majestad.

—Y espera escabullirse de buscar a mi hermano Justin —dijo el rey—. Ya veo. ¿Quiere sentarse, dado que veo que no es usted joven, y explicarme los motivos del mago?

Había otro sillón sencillo a bastante distancia del rey. Sophie fue hacia él y se sentó entre crujidos óseos con las manos apoyadas en el bastón igual que había hecho la señora Pentstemmon, esperando que eso le hiciera sentirse mejor. Pero seguía teniendo la mente en un blanco absoluto por el miedo escénico. Todo lo que se le ocurrió decir fue:

—Sólo un cobarde enviaría a su anciana madre para que suplicara en su lugar. Ya con eso puede hacerse una idea de cómo

es, su majestad.

—Es una decisión inusual —asintió con seriedad el rey—. Pero le dije que le recompensaría con creces si accedía.

—Ah, no le importa el dinero —dijo Sophie—. Pero, verá, tiene un miedo espantoso a la Bruja del Páramo. Le lanzó una maldición y acaba de alcanzarle.

—Entonces tiene toda la razón al estar asustado —respondió el rey con un leve estremecimiento—. Pero cuénteme más, por favor, sobre el mago.

«¿Más sobre Howl? —pensó Sophie con desesperación—. ¡Tengo que manchar su reputación!». Su mente seguía estando tan en blanco que por un segundo le pareció que Howl no tenía ningún defecto. ¡Qué estupidez!

—Bueno, es caprichoso, descuidado, egoísta y un histérico —dijo —. La mitad del tiempo creo que no le preocupa lo que le pase a nadie mientras él esté bien…, pero luego descubro lo gentil que ha sido con alguien. Luego creo que es amable sólo cuando le conviene… y entonces descubro que cobra menos a la gente pobre. No sé, su majestad. Es un lío.

—Mi impresión de Howl —contestó el rey— era la de un pícaro escurridizo y sin principios con un pico de oro y mucha astucia. ¿Está de acuerdo?

—¡Qué bien lo ha expresado! —exclamó Sophie con entusiasmo—. Aunque se le ha olvidado lo vanidoso que es y…

Miró suspicaz al rey, separado por metros de alfombra. Parecía sorprendentemente dispuesto a ayudarla a manchar la reputación de Howl.

El monarca estaba sonriendo. Era la clase de sonrisa algo indecisa que le pegaba a la persona que era, más que al rey que debía ser.

—Gracias, señora Pendragon —dijo—. Su franqueza me ha quitado un peso de encima. El mago accedió a buscar a mi hermano tan rápido que pensé que había escogido al hombre equivocado. Temí que fuera alguien o bien incapaz de resistirse a fanfarronear, o bien capaz de hacer cualquier cosa por dinero. Pero usted me acaba de demostrar que es justo el hombre que necesito.

—¡Oh, maldita sea! —chilló Sophie—. ¡Me envió para que le dijese que no lo era!

—Y eso ha hecho. —El rey acercó un poco su sillón al de Sophie—. Deje que ahora sea igual de franco: señora Pendragon, necesito que mi hermano vuelva a toda costa. No es sólo por el afecto que le tengo y porque lamento la disputa que mantuvimos. Ni siquiera es porque ciertas personas estén murmurando que yo mismo me deshice de él…, cosa que cualquiera que nos conozca sabe que es un despropósito. No, señora Pendragon, la cuestión es que mi hermano Justin es un general brillante y, con High Norland y Strangia a punto de declararnos la guerra, no puedo prescindir de él. La bruja también me ha amenazado a mí, ¿sabe? Ahora que todos los informes apuntan a que Justin fue al Páramo, estoy convencido de que lo que la Bruja pretendía era que me las viese sin él cuando más lo necesitara. Creo que se llevó al mago Suliman como cebo para atraer a Justin. Por tanto, necesito a un mago bastante astuto y sin escrúpulos para traerlo de vuelta.

—Howl se limitará a huir —le advirtió Sophie.

—No —dijo el rey—, no creo que lo haga. Que la enviara a usted aquí me induce a pensarlo. Lo hizo para manifestarme que era demasiado cobarde para preocuparse por lo que yo opinara de él, ¿no es así, señora Pendragon?

Sophie asintió. Ojalá se acordara de todas las observaciones sutiles de Howl. Aunque ella no las entendiera, el rey sí lo hubiera hecho.

—Así no es como se comporta un hombre vanidoso —afirmó el rey—. Pero nadie haría algo así más que como último recurso, lo que me demuestra que el mago Howl hará lo que deseo si le dejo claro que su último recurso ha fracasado.

—Creo que es posible que esté…, eh…, interpretando indicios sutiles que no existen, su majestad.

—Yo no lo creo. —El rey sonrió. Sus rasgos faciales, un tanto vagos, se habían endurecido. Estaba seguro de que tenía razón—. Dígale al mago Howl, señora Pendragon, que a partir de ahora lo nombro mago real con el mandato real de que encuentre al príncipe Justin, vivo o muerto, antes de que termine el año. Ahora tiene permiso para retirarse.

Alargó la mano a Sophie tal como había hecho la señora Pentstemmon, pero con un gesto algo menos regio. Ella se levantó, preguntándose si debería besarla. Pero, como lo que más bien le

apetecía era alzar el bastón y asestarle con él en la cabeza, estrechó la mano del rey e hizo una pequeña reverencia con dificultad. Pareció ser lo correcto, pues el rey le dirigió una sonrisa amigable mientras salía cojeando por las puertas dobles.

—¡Maldición! —murmuró para sí misma. No sólo había conseguido justo lo que Howl quería evitar, sino que ahora Howl trasladaría el castillo a miles de kilómetros de allí. Lettie, Martha y Michael serían desgraciados, y no cabía duda de que el lote también incluiría torrentes de cieno verde—. Esto pasa por ser la hermana mayor —rezongó al empujar las pesadas puertas—. ¡Es imposible tener éxito!

Y había otra cosa que había salido mal. Entre el enfado y la decepción, Sophie se las había apañado para salir por unas puertas dobles que no eran las correctas. Esta antecámara tenía espejos en todas las paredes. En ellos vio su pequeña figura, encorvada y renqueante, con el refinado vestido gris, y a muchas personas con la indumentaria azul de la corte, algunos con ropajes tan elegantes como los de Howl, pero no a Michael. Por supuesto, Michael estaba esperando en la antecámara con paneles de centenares de maderas distintas.

—¡Oh, maldita sea! —refunfuñó Sophie.

Uno de los cortesanos se apresuró a alcanzarla y se inclinó.

—¡Dama hechicera! ¿Puedo ayudarla en algo?

Era un joven menudo con los ojos bastante enrojecidos. Sophie lo miró fijamente.

—¡Oh, gracias al cielo! —exclamó—. ¡Así que el hechizo funcionó!

—Así es —confirmó el pequeño cortesano con cierto arrepentimiento—. Lo desarmé mientras estaba estornudando y ahora me ha demandado. ¡Pero lo importante —una sonrisa feliz se abrió paso por su rostro— es que mi querida Jane ha vuelto conmigo! Ahora ¿qué puedo hacer por usted? Me siento responsable de su suerte.

—No estoy segura de que no sea al revés —murmuró Sophie—. ¿No será usted, por algún casual, el conde de Catterack?

—A su servicio —dijo el pequeño cortesano con una reverencia.

«¡Jane Farrier debe de sacarle una cabeza! —pensó Sophie—. Es todo por mi culpa».

—Sí, puede ayudarme en algo —le contestó, y le explicó lo de Michael.

El conde de Catterack le aseguró que buscarían a Michael y lo llevarían a su encuentro en la entrada. Eso no era ningún problema. La acompañó hasta un sirviente enguantado y se la pasó con muchas inclinaciones y sonrisas. Ese se la pasó a otro sirviente, luego a otro, igual que antes, y al final Sophie descendió con dificultad las escaleras custodiadas por guardias.

Michael no estaba allí. Howl tampoco, aunque eso no le alivió demasiado. ¡Debería haberlo imaginado! Al conde de Catterack nunca le salía nada bien, y ella era igual. Lo más probable era que fuese cuestión de suerte que hubiese conseguido encontrar la salida. Para entonces estaba tan cansada, con tanto calor y desánimo que decidió no esperar a Michael. Lo único que quería era sentarse junto a la chimenea y contarle a Calcifer el desastre que había provocado.

Bajó cojeando por la majestuosa escalera. Atravesó cojeando una majestuosa avenida. Caminó pesadamente por otra, donde los capiteles, las torres y los tejados de oro dieron vueltas a su alrededor en una abundancia vertiginosa. Y entonces se dio cuenta de que la situación era peor de lo que creía: se había perdido. No tenía la menor idea de cómo hallar el establo falso donde estaba la entrada al castillo. Tomó al azar otra hermosa calle, pero esa tampoco la reconocía.

A esas alturas ya ni siquiera sabía cómo volver al palacio. Intentó preguntar a la gente con la que se cruzaba. La mayoría dejaba traslucir tanto calor y cansancio como ella.

—¿El mago Pendragon? —decían—. ¿Quién es ese?

Sophie siguió cojeando sin esperanza. Ya estaba a punto de rendirse y sentarse en el umbral de la puerta más próxima para descansar, cuando pasó al final de la callejuela donde se encontraba la casa de la señora Pentstemmon. «¡Ah! —pensó—. Puedo ir allí y preguntar al mayordomo. A él y Howl se los veía llevarse tan bien que debe de saber dónde vive Howl». De manera que dobló la calle.

Por ella iba en su dirección la Bruja del Páramo.

Sería difícil precisar cómo reconoció Sophie a la bruja. Su cara era distinta. Su pelo, en lugar de bucles castaños peinados con esmero, era una mata de rizos rojizos que le caían casi hasta la cintura, y vestía con gasas vaporosas en tonos caoba y amarillo

pálido. Se la veía preciosa y muy tranquila. Sophie la reconoció de inmediato. Casi se paró, pero se contuvo.

«No tiene por qué acordarse de mí —pensó—. Debo de ser sólo una de los cientos de personas a los que habrá encantado». Y dio un paso al frente con osadía, golpeando los adoquines con el bastón mientras se recordaba, por si surgían problemas, que la señora Pentstemmon había dicho que ese mismo bastón se había convertido en un objeto poderoso.

Eso fue otro error. La bruja se acercó vaporosa por la calle, sonriente y dando vueltas a una sombrilla, seguida de dos jóvenes pajes de aspecto malhumorado con trajes naranjas de terciopelo. Cuando llegó a su altura, se detuvo y un aroma a vino dulce le inundó la nariz a Sophie.

—¡Vaya, pero si es la señorita Hatter! —exclamó, y se echó a reír—. Nunca olvido una cara, ¡en especial si la he hecho yo misma! ¿Qué hace aquí, y vestida con tanta elegancia? Si está pensando en acudir a la señora Pentstemmon, puede ahorrarse la molestia. La viejecita ha muerto.

—¿Que ha muerto? —soltó Sophie. Tuvo el absurdo impulso de añadir: «¡Pero si estaba viva hace una hora!», pero lo reprimió, porque la muerte es así: la gente está viva hasta que muere.

—Sí. Ha muerto —confirmó la bruja—. Se negó a decirme dónde estaba alguien a quien deseo encontrar. Dijo: «¡Por encima de mi cadáver!», y le tomé la palabra.

«¡Está buscando a Howl! —pensó Sophie—. ¿Y ahora qué hago?». De no haber estado acalorada y exhausta, casi le hubiera dado demasiado miedo pensar, pues una bruja capaz de matar a la señora Pentstemmon no tendría ninguna dificultad en acabar con ella, con o sin bastón. Y si por un momento sospechaba que Sophie sabía dónde se hallaba Howl, ese podría ser su fin. Tal vez fuera bueno que no se acordase de dónde estaba la entrada al castillo.

—No sé quién es la persona a la que ha matado —dijo—, pero eso la convierte en una despiadada asesina.

Aun así, la bruja pareció sospechar:

—Creí que había dicho que iba a acudir a la señora Pentstemmon.

—No, ha sido usted quien ha dicho eso. No tengo por qué conocer a su víctima para llamarla despiadada por matarla.

—Entonces, ¿adónde iba? —inquirió la bruja.

Sophie sintió la tentación de espetarle que se metiera en sus asuntos. Sin embargo, eso la metería en un lío. Así que contestó lo único que se le ocurrió:

—Voy a ver al rey.

La bruja se echó a reír con incredulidad.

—Pero ¿el rey accederá a verla?

—Sí, por supuesto —declaró Sophie, temblorosa por el miedo y la ira—. Tengo una cita. Voy a… solicitarle que mejore las condiciones de los sombrereros. He seguido adelante, como ve, incluso después de lo que usted me hizo.

—En ese caso, está yendo en la dirección equivocada —dijo la bruja—. El palacio queda a su espalda.

—Oh, ¿de veras? —respondió Sophie. No tuvo ni que fingir sorpresa—. Entonces debo de haber caminado en círculos. Desde que me dejó así, no me oriento tan bien.

La bruja se rio a carcajadas y no pareció creerse ni una palabra.

—Pues venga conmigo —propuso— y le indicaré el camino al palacio.

A Sophie no le quedó más remedio que darse la vuelta e ir a zancadas junto a la bruja, con los dos pajes prosiguiendo su caminata tras ellas de mal humor. La rabia y la desesperación la invadieron. Miró a la mujer, que caminaba vaporosa a su lado, y recordó lo que había dicho la señora Pentstemmon sobre que en realidad era una anciana. «¡No es justo!», pensó, pero no había nada que pudiera hacer al respecto.

—¿Por qué me ha hecho ser así? —exigió saber mientras ascendían por una calle espléndida con una fuente en la parte superior.

—Estaba impidiéndome obtener cierta información que necesitaba. Al final la obtuve, por supuesto.

A Sophie aquello la dejó perpleja. Estaba preguntándose si serviría de algo que dijese que debía de tratarse de un error cuando la bruja añadió:

—Aunque supongo que no tiene ni idea de que lo estaba haciendo. —Y se echó a reír como si eso fuera lo más gracioso de todo—. ¿Ha oído hablar de una tierra llamada Gales?

—No —respondió Sophie—. ¿Está bajo el mar? **[2]**

A la bruja eso le hizo todavía más gracia.

—De momento, no. Es de donde procede el mago Howl. Conoce al mago Howl, ¿verdad?

—Sólo de oídas —mintió Sophie—. Se alimenta de chicas. Es tan malvado como usted. —Pero al decirlo le entraron escalofríos, y no parecía deberse a la fuente junto a la que estaban pasando en ese instante.

—Allí está. Ahí tiene el palacio —anunció la bruja—. ¿Está segura de que va a apañárselas bien con todas esas escaleras?

—No demasiado, gracias a usted —dijo Sophie—. Devuélvame la juventud y las subiré corriendo, incluso con este calor.

—Eso no sería ni la mitad de divertido —replicó la bruja—. Vamos, arriba. Y si convence al rey para que se reúna con usted, recuérdele que fue su abuelo quien me envió al Páramo y le guardo rencor por ello.

Sophie miró desesperada el largo tramo de escaleras que subía ante ella. Al menos allí no había nadie más que los soldados. Con la suerte que estaba teniendo ese día, no le hubiera sorprendido cruzarse con Michael y Howl bajando. Como era obvio que la bruja iba a quedarse allí para asegurarse de que subía, no le quedó más remedio que empezar el ascenso. Subió cojeando junto a los sudorosos soldados, recorrió todo el camino de vuelta hasta la entrada del palacio mientras su odio por la bruja aumentaba con cada paso. Al llegar a la cima se dio la vuelta, jadeante. La bruja seguía allí: una silueta rojiza y vaporosa en la parte inferior, con dos pequeñas figuras naranjas junto a ella, a la espera de ver cómo la echaban a patadas del palacio.

—¡Maldita sea! —masculló Sophie. Avanzó con dificultad hasta los guardias de la entrada. Su mala suerte se mantenía: no había ni rastro de Michael ni de Howl en las proximidades. Se vio obligada a decir a los guardias—: He olvidado contarle algo al rey.

La recordaban. Dejaron que pasara al interior, donde la recibió alguien con guantes blancos. Y antes de que Sophie hubiera podido idear algo, los engranajes del palacio volvieron a ponerse en funcionamiento y la fueron pasando de una persona a otra, exactamente igual que la primera vez, hasta que llegó ante las mismas puertas dobles y la misma persona vestida de azul anunció:

—La señora Pendragon ha venido a verlo de nuevo, su majestad.

Era como una pesadilla, pensó Sophie mientras entraba en la misma sala amplia de antes. No parecía tener más alternativa que manchar otra vez la reputación de Howl. El problema era que, después de todo lo que había ocurrido, sumado al miedo escénico, tenía la mente más en blanco que nunca.

En esta ocasión, el rey se hallaba de pie ante un escritorio grande en una esquina, desplazando banderitas en un mapa con bastante inquietud. Alzó la vista y dijo con amabilidad:

—Me informan de que se le ha olvidado añadir algo.

—Sí —asintió ella—. Howl dice que sólo irá en busca del príncipe Justin si le promete a cambio la mano de su hija en matrimonio.

«¿De dónde me ha venido semejante ocurrencia? —pensó—. ¡Nos va a ejecutar a los dos!».

El rey la miró preocupado.

—Señora Pendragon, debe usted saber que eso está fuera de discusión —dijo—. Ya veo que lo sugiere porque está muy preocupada por su hijo, pero no puede llevarlo siempre pegado a sus faldas, ¿sabe?, y la decisión está tomada. Por favor, venga y siéntese en esta silla. Parece cansada.

Sophie fue tambaleándose hacia la silla baja que le indicaba el rey y se derrumbó en ella, preguntándose cuándo llegarían los guardias para arrestarla.

El rey echó un leve vistazo en derredor.

—Mi hija estaba aquí hace nada —comentó. Para su sorpresa, se inclinó hacia abajo y miró bajo la mesa—. Valeria —la llamó—, Vallie, sal. Por aquí, buena chica.

Sonaron unos roces. Un segundo después, la princesa Valeria logró salir de debajo del escritorio y se quedó sentada con una sonrisa benevolente. Tenía cuatro dientes, aunque no la edad necesaria para que le hubiera crecido una melena. Todo lo que se veía sobre sus orejas era unos cuantos mechones ralos y blancos. Cuando descubrió a Sophie, sonrió todavía más y alargó la mano que acababa de estar chupándose para agarrarle el vestido. El vestido reaccionó con una mancha húmeda que se extendió mientras la princesa tiraba de él para ponerse de pie. Con la mirada fija en Sophie, Valeria le hizo un comentario amistoso en lo que sin duda era un idioma particular.

—Oh —balbució Sophie, sintiéndose muy estúpida.
—Sé cómo se siente uno al tener hijos, señora Pendragon.

Capítulo 14

En el que un mago real pilla un resfriado

Uno de los carruajes del rey, tirado por cuatro caballos, llevó de vuelta a Sophie a la entrada del castillo de Kingsbury. En él iban también el cochero, un mozo de cuadra y un criado. Un sargento y seis soldados de caballería lo custodiaban. El motivo era la princesa Valeria: se había subido al regazo de Sophie. Durante el camino cuesta abajo, que el carruaje hizo repiqueteando, su vestido aún mostraba las húmedas marcas de la aprobación real de Valeria. Sophie sonrió un poco. Tal vez después de todo Martha tuviera razón al querer niños, pensó, aunque la idea de diez Valerias le parecía algo excesiva. Mientras la niña se revolvía sobre ella, recordó haber oído que la bruja había amenazado a la princesa de algún modo y se descubrió diciéndole:

—La bruja no te hará daño. ¡No se lo permitiré!

El rey no había mencionado nada de eso. Aunque había ordenado un carruaje real para Sophie.

El cochero detuvo la marcha con gran estrépito ante el falso establo. Michael salió disparado por la puerta y se interpuso entre Sophie y el criado, que estaba ayudándola a bajar.

—¿Adónde había ido? —exclamó—. ¡He estado preocupadísimo! Y Howl está horriblemente disgustado…

—De eso estoy segura —dijo Sophie con aprensión.

—Porque la señora Pentstemmon ha muerto —continuó Michael.

Howl también salió a la puerta. Se lo veía pálido y abatido. Llevaba en la mano un pergamino del que colgaban sellos reales de color azul y rojo, que Sophie observó con culpabilidad. Howl le dio al sargento una moneda de oro y no pronunció palabra hasta que el cochero y los soldados de caballería se hubieron alejado

repiqueteando. Entonces musitó:

—He contado cuatro caballos y diez hombres sólo para librarse de una anciana. ¿Qué es lo que le ha hecho al rey?

Sophie los siguió al interior, que esperaba encontrarse cubierto de cieno verde. Pero no había nada, y Calcifer llameaba en la chimenea con su amplia sonrisa morada.

—Creo que el rey se hartó de verme aparecer para manchar tu reputación. Fui dos veces —comentó—. Todo salió mal. Y me crucé con la bruja cuando venía de matar a la señora Pentstemmon. ¡Vaya día!

Mientras Sophie les relataba parte de lo que había pasado, Howl se inclinó sobre la repisa con el pergamino oscilando como si se planteara alimentar con él a Calcifer.

—Contemplad al nuevo mago real —dijo—. Mi reputación está muy negra. —Entonces se echó a reír, para sorpresa de Sophie y Michael—. ¿Y qué le habrá hecho esta mujer al conde de Catterack? ¡Nunca debería haber dejado que se acercara al rey!

—¡Pero manché tu reputación! —protestó Sophie.

—Lo sé. Fue un error de cálculo mío —respondió él—. Bueno, ¿cómo voy al funeral de la pobre señora Pentstemmon sin que la bruja lo sepa? ¿Alguna idea, Calcifer?

Era evidente que Howl estaba mucho más disgustado por su antigua tutora que por cualquier otra cosa.

El que estaba preocupado por la bruja era Michael. A la mañana siguiente admitió que había tenido pesadillas toda la noche. Soñó con ella llegando por todas las puertas del castillo a la vez.

—¿Dónde está Howl? —preguntó, inquieto.

Howl había salido muy temprano, dejando el baño lleno del habitual vapor perfumado. No se había llevado la guitarra y en el tirador la mancha verde apuntaba hacia abajo. Ni siquiera Calcifer sabía más del asunto.

—No abráis la puerta a nadie —advirtió el demonio—. La bruja conoce todas las entradas, excepto la de Porthaven.

Eso alarmó tanto a Michael que fue a buscar al patio algunos tablones y los colocó cruzados sobre la puerta. Acto seguido, se fue a trabajar por fin en el hechizo que les había devuelto la señorita Angorian.

Media hora después, el tirador giró con brusquedad a la mancha

negra. La puerta empezó a vibrar y Michael se agarró a Sophie.

—No tenga miedo —le dijo, tembloroso—. La mantendré a salvo.

La puerta siguió vibrando con fuerza durante un rato. Luego paró. Michael acababa de soltar a Sophie con gran alivio cuando se produjo una violenta explosión. Los tablones cayeron ruidosamente al suelo. Calcifer se hundió en la parte inferior de la chimenea y Michael se lanzó al escobero, lo que dejó a Sophie sola cuando la puerta se abrió de golpe y Howl entró hecho una exhalación.

—¡Esto es un tanto excesivo, Sophie! —soltó—. Yo vivo aquí.

Estaba empapado. El traje gris y escarlata se había vuelto negro y marrón. Las mangas y las puntas del pelo goteaban agua.

Sophie miró el tirador, donde seguía la mancha negra. «La señorita Angorian», pensó. Y había ido a verla con el traje encantado.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

Howl estornudó.

—Bajo la lluvia. No es asunto suyo —dijo con voz ronca—. ¿Para qué eran esos tablones?

—Los puse yo —intervino Michael, y salió con cuidado del escobero—. La bruja…

—Debes de pensar que no conozco mi oficio —replicó Howl con irritabilidad—. Tengo puestos tantos hechizos de desorientación que la mayor parte de la gente no nos encontraría jamás. Incluso creo que la bruja tardaría tres días. Calcifer, necesito una bebida caliente.

Calcifer estaba trepando por los troncos, pero, cuando Howl se aproximó a la chimenea, se hundió de nuevo.

—¡No te acerques a mí! ¡Estás mojado! —siseó.

—Sophie —la llamó Howl con tono suplicante.

Ella se cruzó de brazos sin piedad.

—¿Qué pasa con Lettie? —inquirió.

—Estoy empapado —se quejó Howl—. Debería beber algo caliente.

—Y yo he dicho: ¿qué pasa con Lettie Hatter?

—¡Olvídelo entonces, demonios! —masculló él. Se sacudió y el agua cayó formando un círculo bien definido en el suelo. Howl salió de él con el pelo brillante y seco, y el traje otra vez gris y escarlata,

ya ni siquiera húmedo, y fue a buscar la cazuela—. El mundo está lleno de mujeres con el corazón de piedra, Michael. Puedo nombrar tres sin pararme a pensar.

—¿Y una de ellas es la señorita Angorian? —preguntó Sophie.

Howl no contestó. Durante el resto de la mañana la ignoró abiertamente y se dedicó a hablar con Michael y Calcifer sobre cómo desplazar el castillo. Iba a huir, justo como ella le había advertido al rey, pensó Sophie mientras permanecía sentada zurciendo más triángulos azules y plateados. Sabía que debía quitarle el traje gris y escarlata lo antes posible.

—No creo que necesitemos trasladar la entrada de Porthaven —dijo Howl. Se conjuró un pañuelo de la nada y se sonó la nariz con tanto ruido que Calcifer titiló por la inquietud—. Pero quiero el castillo ambulante bien lejos de cualquier sitio donde haya estado antes y que se cierre la entrada de Kingsbury.

Alguien llamó en ese momento a la puerta. Sophie se fijó en que Howl daba un bote y miraba alrededor, tan nervioso como Michael. Ninguno de los dos abrió. «¡Cobarde!», pensó con desdén, y se preguntó por qué se habría tomado tantas molestias por el mago el día anterior.

—¡Debí de haber perdido el juicio! —le murmuró al traje azul y plateado.

—¿Qué pasa con la entrada negra? —quiso saber Michael cuando la persona que llamaba pareció haberse marchado.

—Esa se queda —dijo Howl, y se conjuró otro pañuelo con una especie de floritura resuelta.

«¡Cómo no! —pensó Sophie—. La señorita Angorian está al otro lado. ¡Pobre Lettie!».

Hacia la mitad de la mañana, Howl estaba conjurando pañuelos en rondas de dos y de tres. Por lo que pudo ver Sophie, eran sólo cuadrados de papel flexible. No paraba de estornudar. La voz se le había enronquecido, y pronto pasó a conjurar media docena. Las cenizas de todos los que había usado se apilaban en torno a Calcifer.

—Oh, ¡por qué será que siempre que voy a Gales vuelvo con un resfriado! —gruñó Howl, y se conjuró otro montón de pañuelos.

Sophie soltó un bufido.

—¿Ha dicho usted algo? —graznó el mago.

—No, pero estaba pensando que los que huyen por sistema se merecen todos los resfriados que pillen —contestó ella—. Esos a los que el rey encomienda una tarea y en vez de hacerla se van a cortejar a alguien bajo la lluvia no pueden culparse más que a sí mismos.

—No sabe todo lo que hago, doña Moralista —dijo él—. ¿Quiere que en otra ocasión le apunte una lista antes de que salga? He estado buscando al príncipe Justin. Cortejar no es lo único a lo que me dedico cuando salgo.

—¿Cuándo lo has buscado? —insistió Sophie.

—Ah, ¡cómo se le levantan las orejas y se le mueve esa larga nariz! —graznó Howl—. Lo busqué cuando desapareció, por supuesto. Tenía curiosidad por saber qué hacía aquí arriba el príncipe Justin cuando todo el mundo sabía que Suliman había ido al Páramo. Creo que alguien debió de haberle vendido un conjuro de búsqueda falso, porque fue directo a Folding Valley para comprarle otro a la señora Fairfax. Y eso lo trajo de vuelta aquí, como es natural, donde hizo un alto en el castillo y Michael le vendió otro hechizo de búsqueda y uno de camuflaje…

Michael se tapó la boca con la mano.

—¿Ese hombre del uniforme verde era el príncipe Justin?

—Sí, pero no lo mencioné antes —explicó Howl— porque el rey podría haberte achacado la insensatez de no venderle otro falso. Obré con conciencia. Conciencia. Fíjese en la palabra, doña Nariz. Con conciencia. —Conjuró otro montón de pañuelos y echó una mirada fulminante a Sophie con los ojos enrojecidos y llorosos. Luego se levantó—. Me encuentro mal —anunció—. Me voy a la cama, donde puede que me muera. —Ascendió tambaleante y con aire lastimero por las escaleras—. Enterradme junto a la señora Pentstemmon —soltó con un graznido al terminar de subir para acostarse.

Sophie se puso a coser con más empeño que nunca. Esa era su oportunidad para quitarle a Howl el traje gris y escarlata antes de que dañara más el corazón de la señorita Angorian…, a menos, claro, que el mago se acostara vestido, cosa que tampoco le extrañaría nada. Y resultaba que Howl había estado buscando al príncipe Justin cuando fue a Upper Folding y conoció a Lettie. «¡Pobre Lettie!», pensó mientras daba diminutas puntadas enérgicas

alrededor de su quincuagésimo séptimo triángulo azul. Ya sólo le quedaban unos cuarenta.

Al poco rato se oyó la voz de Howl gritando débilmente:

—¡Que alguien me ayude! ¡Estoy muriéndome del desamparo aquí arriba!

Sophie soltó un bufido. Al instante, Michael dejó de trabajar en su nuevo hechizo y subió y bajó corriendo las escaleras. Entonces se produjo bastante trajín. En el rato que tardó Sophie en coser otros diez triángulos azules, Michael subió a todo correr las escaleras con limón y miel, con un libro, con jarabe para la tos, con una cuchara para el jarabe y luego con gotas nasales, grageas para la garganta, líquido para hacer gárgaras, pluma, papel, tres libros más y una infusión de corteza de sauce. Entretanto no dejaban de llamar a la puerta, lo que provocaba que Sophie diera respingos, sobresaltada, y que Calcifer titilara con inquietud. Al no abrir nadie, alguna gente seguía golpeando la puerta durante cerca de cinco minutos, convencida —y con razón— de que se la estaba ignorando.

A esas alturas, Sophie estaba empezando a preocuparse por el traje azul y plateado. Cada vez era más pequeño. Uno no puede coser tal cantidad de triángulos sin acortar en el proceso una buena cantidad de tela en las costuras.

—Michael —lo llamó cuando el muchacho volvió a bajar corriendo las escaleras porque a Howl le apetecía comer un bocadillo de beicon—. Michael, ¿hay alguna forma de aumentar de tamaño las prendas pequeñas?

—Ah, sí —asintió él—. Ese es justo el propósito de mi nuevo hechizo…, cuando tenga un hueco para ocuparme de él. Quiere seis tiras de beicon en el bocadillo. ¿Podría pedírselo a Calcifer?

Sophie y Calcifer intercambiaron una mirada que hablaba por sí sola.

—No creo que se esté muriendo —dijo el demonio.

—Te daré las cortezas si inclinas la cabeza —propuso Sophie, y dejó a un lado la costura. Era más fácil sobornar a Calcifer que amenazarle.

De almuerzo tomaron bocadillos de beicon, aunque Michael tuvo que echar a correr escaleras arriba cuando llevaba el suyo por la mitad. Bajó con la noticia de que Howl quería que fuese ya a Market Chipping con el fin de comprar algunas cosas que necesitaba

para desplazar el castillo.

—Pero la bruja… ¿Será seguro? —preguntó Sophie.

Michael se lamió la grasa de los dedos y se sumergió en el escobero. Salió con una de las polvorientas capas de terciopelo cayéndole de los hombros. Bueno, la persona que salió con la capa era un hombre fornido de barba roja. Se chupó los dedos y dijo con la voz de Michael:

—Howl cree que así estaré lo bastante a salvo. Es un hechizo tanto de desorientación como de camuflaje. Me pregunto si Lettie me reconocerá.

El tipo abrió la puerta por la mancha verde y salió de un salto a las colinas, que se movían despacio.

Todo se sumió en la calma. Calcifer se puso cómodo y empezó a crepitar. Howl claramente se había dado cuenta de que Sophie no iba a seguirle la corriente yendo de un lado a otro, pues arriba se había hecho el silencio. Sophie se levantó y fue cojeando con cautela hasta el escobero; esa era su oportunidad para ir a ver a Lettie. Para entonces ya debía de sentirse muy abatida. Estaba convencida de que Howl no se había pasado por allí desde aquel día en el huerto. Tal vez sirviera de algo que Sophie le dijese que sus sentimientos se debían a un traje encantado. Fuera como fuese, le debía una explicación.

Las botas de siete leguas no se hallaban en el escobero. Al principio Sophie no pudo creérselo y lo sacó todo. Pero no había nada más que cubos corrientes, escobas y la otra capa de terciopelo.

—¡Maldito sea ese hombre! —exclamó. Era obvio que Howl se había asegurado de que no volviera a seguirlo a ningún otro sitio.

Estaba recolocando todo en el armario cuando alguien llamó a la puerta. Sophie, como de costumbre, dio un respingo y esperó que la persona se fuese. Pero aquella parecía más decidida que la mayoría. Fuera quien fuese, siguió llamando… o quizás estampándose contra la puerta, dado que se parecía más a un bam, bam, bam rítmico que a un golpeteo normal. Al cabo de cinco minutos, seguía sonando.

Sophie miró los destellos verdes e inquietos de Calcifer, lo único que quedaba de él a la vista.

—¿Es la bruja?

—No —dijo el demonio con la voz amortiguada por los leños—. Es la puerta del castillo. Alguien debe de ir a nuestro lado a toda

velocidad. Vamos bastante deprisa.

—¿Es el espantapájaros? —preguntó Sophie, y el pecho se le estremeció con sólo pensarlo.

—Es de carne y hueso —contestó Calcifer. Su cara azul se elevó por la chimenea con expresión desconcertada—. No estoy seguro de qué es, sólo sé que desea entrar a toda costa. No creo que albergue malas intenciones.

Como el bam, bam no paraba, dándole a Sophie una irritante sensación de apremio, decidió abrir la puerta y ponerle fin. Además, tenía curiosidad por lo que era. Aún llevaba en la mano la segunda capa de terciopelo por haberla sacado del armario, así que se la echó sobre los hombros y se dirigió a la puerta. Calcifer clavó la mirada en ella. Entonces, por primera vez desde que lo conocía, agachó la cabeza voluntariamente. De debajo de las llamas verdes ondeantes salieron grandes carcajadas. Mientras se preguntaba en qué la habría convertido la capa, abrió la puerta.

Un galgo grande y larguirucho salió de la ladera con un salto entre los bloques negros del castillo y aterrizó en medio de sala. Sophie soltó la capa y retrocedió a toda prisa. Los perros siempre la habían puesto nerviosa y los galgos no ofrecían una visión muy tranquilizadora. Ese se colocó entre la puerta y ella y la escrutó. Sophie desvió la vista con añoranza a los peñascos y los brezos que se veían a tumbos, y se preguntó si serviría de algo llamar a voces a Howl.

El perro arqueó su ya de por sí arqueado lomo y se las apañó para levantarse sobre sus delgadas patas traseras. Eso lo volvió casi tan alto como Sophie. Extendió con rigidez las patas delanteras y se lanzó hacia arriba otra vez. Luego, cuando ella ya había abierto la boca para llamar a gritos a Howl, la criatura hizo lo que sin duda era un enorme esfuerzo y se alzó adoptando la forma de un joven con un arrugado traje marrón. Tenía el pelo de un rojo anaranjado y un rostro pálido de expresión infeliz.

—¡Vengo de Upper Folding! —dijo entre jadeos el hombre-perro —. Quiero a Lettie… Lettie me envió… Lettie llora y muy triste…, me envió con usted…, me dijo que me quedara… —Empezó a doblarse y a encogerse antes de que hubiera terminado de hablar. Soltó un aullido canino de desesperación y fastidio—. ¡No diga al mago! —gimoteó, y menguó hasta ser sólo una mata de rizos

pelirrojos que se convirtió de nuevo en un perro. Uno diferente. En esta ocasión parecía ser un setter rojo.

Agitó la cola bordeada de flecos y le dirigió una mirada llena de seriedad con unos ojos tiernos y alicaídos.

—Oh, cielos —exclamó Sophie al tiempo que cerraba la puerta—. Tú sí que tienes problemas, amigo mío. Ese collie eras tú, ¿verdad? Ahora entiendo a qué se refería la señora Fairfax. ¡Esa bruja quiere matarnos a todos, vaya que sí! Pero ¿por qué te ha enviado aquí Lettie? Si no quieres que se lo diga al mago Howl…

El perro soltó un gruñido leve al oír el nombre. Pero también meneó la cola y la miró suplicante.

—De acuerdo, no se lo diré —le prometió Sophie, y el perro pareció tranquilizarse. Fue trotando a la chimenea, donde echó un vistazo cauteloso a Calcifer y se tumbó junto al guardafuego en un pequeño ovillo rojizo—. Calcifer, ¿qué opinas?

—Este perro es un humano encantado —declaró innecesariamente el demonio.

—Lo sé, pero ¿puedes revertir el hechizo?

Suponía que Lettie debía de haber oído, al igual que mucha otra gente, que Howl tenía una bruja a su cargo. Y lo que ahora le parecía más importante era devolver al perro su forma humana y enviarlo de vuelta a Upper Folding antes de que Howl se levantara y lo descubriese allí.

—No. Para eso necesitaría estar vinculado a Howl —dijo Calcifer.

—Entonces lo intentaré yo. —¡Pobre Lettie! Howl le rompía el corazón ¡y su otro pretendiente era un perro la mayor parte del tiempo! Sophie puso la mano en la cabeza suave y redondeada del perro—. Vuelve a ser el hombre que deberías —le ordenó.

Lo repitió varias veces, pero su único efecto pareció inducirle al perro un sueño profundo. Roncaba y se agitaba un poco contra sus piernas.

Al mismo tiempo, de arriba empezó a llegar cierta cantidad de quejidos y gruñidos. Sophie siguió murmurando al perro y los ignoró. A continuación sonó una tos fuerte y cavernosa, que se consumió en otro quejido. Eso Sophie también lo ignoró. A la tos le siguieron unos estornudos ensordecedores, cada uno acompañado de temblores en la ventana y en todas las puertas. Esos fueron más

difíciles de ignorar, pero también lo consiguió. Al sonarse la nariz, moooc-moooooooc, fue como si se pusiera a tocar el fagot en un túnel. La tos volvió a empezar, ahora combinada con los quejidos. Los estornudos se mezclaron con los quejidos y la tos, y los sonidos se elevaron en un *crescendo* en el que Howl parecía ser capaz de toser, gruñir, sonarse la nariz, estornudar y soltar quejidos suaves al mismo tiempo. Las puertas vibraron, las vigas del techo se agitaron y uno de los leños de Calcifer salió rodando de la chimenea.

—¡Vale, vale, ya capto el mensaje! —chilló Sophie tras devolver el leño a su sitio—. Lo siguiente será el cieno verde. Calcifer, asegúrate de que el perro se quede donde está. —Y subió las escaleras, murmurando en voz alta—: ¡En serio, estos magos…! ¡Parece que nadie haya tenido nunca un resfriado! Bueno, ¿qué pasa? —preguntó cuando iba cojeando de la puerta del dormitorio a la alfombra sucia.

—Me muero de aburrimiento —proclamó Howl con tono lastimero—. O tal vez sencillamente me muero.

Yacía recostado sobre unas almohadas sucias de color gris, con bastante mal aspecto y cubierto por lo que podría haber sido una colcha de retales, salvo por el hecho de que era de un único color más el polvo. Por encima, las arañas que tanto parecían agradarle daban vueltas afanosas en el dosel.

Sophie le tocó la frente.

—Tienes un poco de fiebre —admitió.

—Estoy delirando —contestó él—. Noto puntitos moviéndose ante mis ojos.

—Eso son arañas —replicó Sophie—. ¿Por qué no puedes curarte con un hechizo?

—Porque no hay cura para los resfriados —dijo Howl con pesar—. Todo me da vueltas en la cabeza… o quizá sea mi cabeza lo que da vueltas a todo. No dejo de pensar en los términos de la maldición de la bruja. No me había dado cuenta de que podía exponerme de esa manera. No es bueno exponerse, pese a que las cosas que han resultado ser ciertas de momento son sólo responsabilidad mía.

Sophie recordó la desconcertante estrofa.

—¿Qué cosas? ¿Dime dónde están todos los años pasados?

—Oh, eso lo sé —respondió Howl—. Los míos y los de cualquier

otra persona. Están todos allí, justo donde siempre han estado. Podría ir a mi propio bautizo y desempeñar el papel del hada malvada[3] si quisiera. Tal vez lo hiciera y ese sea el problema. No, sólo hay tres cosas que espero ver: las sirenas, la raíz de mandrágora y el viento que impulsa una mente honesta. Y si se me ha encanecido el pelo, supongo, pero no voy a quitarme el hechizo para comprobarlo. Sólo quedan unas tres semanas para se hagan realidad, y la bruja me atrapará en cuanto eso suceda. Pero la reunión del Club de Rugby se celebra en el solsticio de verano, así que al menos eso no me lo perderé. Lo demás pasó hace mucho tiempo.

—¿Te refieres a la estrella fugaz y no a ser capaz nunca de encontrar una mujer fiel y hermosa? —inquirió Sophie—. No me sorprende, teniendo en cuenta tu forma de proceder. La señora Pentstemmon me dijo que ibas por el mal camino. Tenía razón, ¿verdad?

—Debo ir a su funeral aunque muera en el intento —musitó Howl con tristeza—. La señora Pentstemmon siempre me tuvo en demasiada consideración. La cegué con mi encanto.

De los ojos le salió algo de agua. Sophie no tenía ni idea de si de verdad estaba llorando o si sólo era el resfriado, pero se fijó en que estaba volviendo a escabullirse.

—Estaba hablando de cómo abandonas a las chicas tan pronto como consigues que se enamoren de ti —insistió—. ¿Por qué lo haces?

Howl señaló el dosel de la cama con una mano temblorosa.

—Por eso me encantan las arañas. «Si al principio no lo logras, inténtalo, inténtalo, inténtalo otra vez». Yo no paro de intentarlo —dijo con gran tristeza—. Pero yo mismo me lo busqué al cerrar un trato hace años, y ahora sé que jamás seré capaz de amar a nadie como es debido.

Definitivamente, el agua de los ojos de Howl ahora eran lágrimas. Sophie se preocupó.

—Vamos, no llores…

Fuera sonó el golpeteo de unas patas. Sophie miró en derredor y se topó con el hombre-perro colándose por la puerta en un semicírculo preciso. Estiró el brazo y le sujetó aferrándolo por el pelaje rojo, convencida de que había ido a morder al mago. Sin

embargo, todo lo que el perro hizo fue apoyarse contra sus piernas, de manera que a ella no le quedó otra que retroceder a trompicones contra la pared desconchada.

—¿Qué es esto? —preguntó Howl.

—Mi nuevo perro —dijo Sophie, agarrada al pelo ensortijado del animal.

Ahora que estaba contra la pared, veía lo que había al otro lado de la ventana del dormitorio. Debería haber dado al patio, pero en vez de eso mostraba un jardín cuadrangular bien cuidado con un columpio infantil metálico en el centro. La puesta de sol encendía de azul y rojo las gotas de lluvia que seguían en el columpio. Sophie se irguió y contempló cómo la sobrina de Howl, Mari, se acercaba corriendo por la hierba húmeda. La hermana de Howl, Megan, la seguía. Era evidente que estaba gritando a la niña que no se sentara en el columpio mojado, pero no parecía filtrarse ningún sonido.

—¿Ese es el sitio llamado Gales?

Howl se echó a reír y golpeó la colcha. El polvo se elevó como si fuera humo.

—¡Maldito perro! —graznó—. ¡Aposté conmigo mismo a que conseguiría evitar que vinieras a husmear por la ventana durante toda tu estancia!

—¿Ah, sí? —Sophie soltó al perro con la esperanza de que mordiera la mano de Howl. Pero este se limitó a seguir apoyado en ella, ahora empujándola contra la puerta—. Así que todo ese escándalo no era más que un juego, ¿eh? ¡Debería haberlo sabido!

Howl se reclinó contra las almohadas grises con apariencia ultrajada y herida.

—En ocasiones —dijo en tono acusador— suenas igual que Megan.

—En ocasiones —espetó Sophie mientras espantaba al perro para que saliera del cuarto antes que ella— entiendo que Megan se haya vuelto así.

Y con un portazo se apartó de las arañas, el polvo y el jardín.

Capítulo 15

En el que Howl va disfrazado a un funeral

El hombre-perro se acurrucó pesadamente a los pies de Sophie cuando retomó la costura. A lo mejor esperaba que el hechizo se deshiciera si se quedaba cerca de ella. Cuando un hombre corpulento y de barba roja irrumpió en la sala cargado con una caja llena de cosas y se quitó la capa para convertirse en Michael, todavía cargado con una caja llena de cosas, el animal se levantó y meneó la cola. Luego dejó que Michael le diera palmaditas y le rascara las orejas.

—Espero que se quede —comentó Michael—. Siempre he querido tener un perro.

Howl oyó la voz de su aprendiz y bajó por las escaleras envuelto en la colcha marrón de retales. Sophie dejó de coser y agarró con cautela al perro, pero este también fue cortés con él: no objetó cuando Howl sacó una mano de la colcha y le dio palmaditas.

—¿Y bien? —graznó el mago, y dispersó nubes de polvo al conjurarse más pañuelos.

—Lo tengo todo —dijo Michael—. Y estamos de suerte, Howl: hay una tienda vacía a la venta en Market Chipping. Antes era una sombrerería. ¿Crees que podríamos trasladar ahí el castillo?

Howl se sentó en un taburete alto, como un senador romano con su túnica, y sopesó la cuestión.

—Depende de cuánto cueste —contestó—. Me tienta bastante la posibilidad de instalar ahí la tienda de Porthaven. No será sencillo, porque supone mover a Calcifer. Porthaven es donde en realidad se encuentra. ¿Tú qué dices, Calcifer?

—Moverme será una operación muy delicada —objetó el demonio. Había palidecido varios tonos ante la mera idea—. Creo

que deberíais dejarme donde estoy.

«Así que Fanny va a vender la tienda», pensó Sophie mientras los otros tres seguían hablando del traslado. ¡Y hasta ahí llegaba la conciencia que Howl afirmaba tener! Pero lo que más ocupaba su mente era el enigmático comportamiento del perro. Pese a que le había dicho muchas veces que no podía quitarle el hechizo, no parecía querer irse. Tampoco pretendía morder a Howl, y dejó que Michael lo llevara a correr por las marismas de Porthaven esa noche y a la mañana siguiente. Su propósito aparentaba ser pasar a formar parte de la casa.

—Pues si yo fuera tú, estaría en Upper Folding asegurándome de conseguir a Lettie por despecho —le dijo Sophie.

Howl se pasó todo el día siguiente entrando y saliendo de la cama. Cuando estaba acostado, Michael tenía que subir y bajar las escaleras a toda velocidad. Cuando se levantaba, Michael tenía que salir corriendo para medir el castillo con él y clavar soportes de metal en cada esquina.

Entremedias, Howl no dejaba de aparecer, envuelto en su túnica y en nubes de polvo, para formular preguntas y anunciar cosas, la mayor parte destinadas a Sophie.

—Sophie, dado que tú encalaste sobre todas las marcas que hicimos cuando creamos el castillo, ¿crees que podrías indicarme dónde estaban las marcas de la habitación de Michael?

—No —respondió ella mientras cosía su septuagésimo triángulo—, no puedo.

Howl estornudó con tristeza y se retiró. Al poco volvió a emerger.

—Sophie, si nos quedáramos con esa sombrerería, ¿qué venderíamos?

Ella entonces descubrió que había tenido suficiente con esos sombreros para toda una eternidad.

—Sombreros no —contestó—. Puedes comprar la tienda, pero no el negocio.

—Concentra tu diabólica mente en este asunto —replicó Howl —. O incluso piensa, si sabes cómo hacerlo. —Y retornó escaleras arriba.

Cinco minutos después, bajó de nuevo.

—Sophie, ¿tienes alguna preferencia sobre las otras entradas?

¿Dónde te gustaría que viviésemos?

Su mente evocó al instante la casa de la señora Fairfax.

—Me gustaría una casa bonita con muchas flores —dijo.

—Ya veo —graznó Howl, y se marchó una vez más.

En su siguiente aparición iba vestido. Esa era la tercera vez aquel día y Sophie no le concedió importancia hasta que lo vio ponerse la capa de terciopelo que había usado Michael y transformarse en un hombre pálido con accesos de tos, una barba rojiza y un largo pañuelo rojo pegado a la nariz. En ese momento se dio cuenta de que Howl iba a salir.

—Vas a empeorarte el resfriado —le advirtió.

—Me moriré y todos vosotros os arrepentiréis —dijo el hombre de barba rojiza, y salió por la puerta con el tirador puesto en la mancha verde.

Durante la hora siguiente, Michael tuvo tiempo para trabajar en el hechizo y Sophie llegó al octogésimo cuarto triángulo azul. Entonces el hombre de barba rojiza regresó. Se quitó la capa de terciopelo y volvió a ser Howl, tosiendo más que antes y, si es que eso era posible, con más autocompasión que nunca.

—He comprado la tienda —le anunció a Michael—. Tiene un cobertizo muy útil en la parte posterior y una casa al lado, y lo he comprado todo. Aunque no estoy seguro de con qué voy a pagarlo.

—¿Qué tal con el dinero que conseguirás si encuentras al príncipe Justin? —sugirió Michael.

—Olvidas —graznó Howl— que el principal objetivo de esta operación es *no* buscar al príncipe Justin. Vamos a desaparecer.

Y volvió a subir las escaleras para meterse en la cama, donde pronto empezó a agitar las vigas con sus estornudos para llamar su atención. Michael tuvo que dejar el hechizo y precipitarse escaleras arriba. Sophie podría haber ido, pero el hombre-perro se interpuso en su camino cuando lo intentó. Esa era otra muestra de su extraña conducta: no le gustaba que hiciera nada por Howl, cosa que a ella le parecía bastante razonable. Empezó a coser su octogésimo quinto triángulo.

Michael bajó muy jovial y retomó su trabajo con el hechizo. Estaba tan contento que mientras tanto acompañó a Calcifer en la cancioncilla de la cazuela y habló con la calavera igual que Sophie.

—Vamos a vivir en Market Chipping —le dijo al cráneo—.

Puedo ir a ver a mi Lettie todos los días.

—¿Por eso le dijiste a Howl lo de la tienda? —preguntó Sophie, enhebrando la aguja. A esas alturas ya iba por su octogésimo noveno triángulo.

—Sí —confirmó Michael con alegría—. Lettie me lo contó cuando estábamos preguntándonos cómo haríamos para volver a vernos. Le dije…

Howl lo interrumpió al bajar arrastrándose por las escaleras envuelto en la colcha.

—Esta es definitivamente mi última aparición —graznó—. Olvidaba decir que van a enterrar a la señora Pentstemmon mañana en su finca cerca de Porthaven y necesitaré que este traje esté limpio. —Sacó el traje gris y escarlata de debajo de la colcha y lo dejó caer en el regazo de Sophie—. Estás ocupándote del traje equivocado —le informó—. Este es el que me gusta, pero ahora no tengo fuerzas para lavarlo yo mismo.

—No tienes que ir al funeral, ¿verdad? —le dijo Michael preocupado.

—Ni se me pasaría por la cabeza no asistir —contestó Howl—. Soy el mago que soy gracias a la señora Pentstemmon. Debo presentar mis respetos.

—Pero tu resfriado ha empeorado —insistió Michael.

—Él mismo lo ha empeorado —intervino Sophie— al levantarse y no parar de ir de un lado a otro.

De inmediato, Howl adoptó su expresión más honorable.

—Estaré bien —graznó— siempre y cuando no me exponga a la brisa marina. En la finca de la señora Pentstemmon hace un frío glacial. Los árboles están inclinados por el viento y no hay ningún refugio en varios kilómetros a la redonda.

Sophie sabía muy bien que sólo pretendía que se le compadeciera. Soltó un bufido.

—¿Y qué pasa con la bruja? —inquirió Michael.

Howl tosió con aire lastimero.

—Iré disfrazado, probablemente de otro cadáver —dijo mientras volvía a arrastrarse hacia las escaleras.

—Entonces lo que necesitas es una mortaja, no este traje —replicó Sophie.

Howl subió ignorándola y ella no puso ninguna objeción. Ahora

tenía en las manos el traje encantado y era una oportunidad demasiado buena para desaprovecharla. Cogió las tijeras y lo cortó hasta dejarlo reducido a siete jirones. Eso debería quitarle a Howl las ganas de ponérselo. Acto seguido, se esforzó en terminar los últimos triángulos del traje azul y plateado, la mayoría pequeños fragmentos que correspondían a la parte del cuello. En efecto, ahora estaba muy pequeño. Incluso parecía de una talla demasiado pequeña para el joven paje de la señora Pentstemmon.

—Michael —lo llamó—, date prisa con ese hechizo. Es urgente.

—No tardaré mucho —prometió él.

Media hora después, tachó algunas cosas de su lista y dijo que ya creía estar preparado. Se acercó a Sophie con un cuenco diminuto en cuyo fondo se veía una cantidad muy pequeña de polvos verdes.

—¿Dónde quieres aplicarlo?

—Aquí —dijo Sophie, y cortó los hilos que quedaban.

Apartó al hombre-perro y colocó con cuidado el traje infantil en el suelo. Michel, con el mismo cuidado, inclinó el cuenco y espolvoreó cada centímetro del tejido.

Después, ambos esperaron bastante nerviosos.

Pasó un minuto. Michael suspiró de alivio: el traje había empezado a aumentar de tamaño poco a poco. Contemplaron cómo crecía y crecía, hasta que uno de sus extremos dio contra el hombre-perro y Sophie tuvo que apartarlo más para hacerle sitio.

Al cabo de cinco minutos, ambos estuvieron de acuerdo en que el traje parecía haber llegado a la talla de Howl. Michael lo recogió y sacudió los polvos restantes en la chimenea. Calcifer llameó y rugió. El hombre-perro dio un respingo en sueños.

—¡Cuidado! —protestó Calcifer—. Eso sabía fuerte.

Sophie cogió el traje y lo subió de puntillas por las escaleras. Howl dormía sobre sus almohadas grises, con las arañas muy ocupadas tejiendo nuevas telarañas alrededor. Al dormir, su apariencia era noble y triste. Sophie fue renqueando a dejar el nuevo traje azul y plateado sobre un viejo baúl junto a la ventana, intentando convencerse de que el traje no se había agrandado desde que lo cogió.

—De todos modos, si impide que vayas al funeral, no saldremos perdiendo —murmuró al echar una ojeada por la ventana.

El sol estaba poniéndose en el pulcro jardín. Allí, un hombre corpulento y moreno lanzaba con entusiasmo una pelota roja al sobrino de Howl, Neil, que sujetaba un bate con expresión de sufrida paciencia. Sophie supo que el hombre era el padre de Neil.

—Husmeando de nuevo —dijo Howl de repente a su espalda. Ella se dio la vuelta con culpabilidad y descubrió que en realidad el mago estaba medio dormido. Tal vez hasta creyese que era el día anterior, porque murmuró—: «Enséñame a apartar el aguijonazo de la envidia»…, eso ya forma parte de los años pasados. Adoro Gales, pero allí no me quieren. Megan está llena de envidia porque ella es respetable y yo no. —Entonces se despertó un poco más y preguntó —: ¿Qué estás haciendo?

—Sólo dejarte aquí el traje —farfulló Sophie, y se precipitó a la salida.

Howl debía de haberse vuelto a quedar dormido, pues no reapareció esa noche. Tampoco hubo ningún indicio de que se hubiese despertado cuando Sophie y Michael se levantaron a la mañana siguiente. Ambos tuvieron cuidado de no molestarle. Ninguno creía que ir al funeral de la señora Pentstemmon fuese buena idea. Michael salió sin hacer ruido a las colinas para que el hombre-perro corriera un poco. Sophie fue de puntillas a preparar el desayuno con la esperanza de que Howl se quedara dormido. Cuando Michael regresó, todavía no había ni rastro del mago y el hombre-perro se hallaba hambriento. Sophie y Michael estaban revolviendo en la alacena en busca de cosas que un perro pudiera comer cuando oyeron a Howl bajar despacio por las escaleras.

—Sophie —la llamó su voz con tono acusador.

Estaba sujetando la puerta que daba a las escaleras con un brazo enteramente oculto en el interior de una manga inmensa de color azul y plateado. Sus pies, en el peldaño de abajo del todo, permanecían dentro de la mitad superior de una gigantesca chaqueta azul y plateada. El otro brazo de Howl no llegaba ni a la mitad de la manga opuesta de descomunal tamaño. Sophie notó el contorno de ese brazo, que hacía gestos abultados bajo el enorme volante que era el cuello. Detrás de Howl, las escaleras estaban cubiertas por una estela del traje azul y plateado que llegaba a la habitación.

—¡Madre mía! —exclamó Michael—. Howl, ha sido mi culpa,

fui…

—¿Tu culpa? ¡Tonterías! —masculló él—. Puedo detectar el toque de Sophie a un kilómetro de distancia. Y este traje mide varios kilómetros. Sophie, querida, ¿dónde está mi otro traje?

Sophie se apresuró a sacar los restos del traje gris y escarlata del escobero, donde los había escondido.

Howl los inspeccionó.

—Bueno, al menos queda algo. Ya me esperaba que los trozos fueran demasiado pequeños para verlos. Pásame los siete. —Sophie le tendió el bulto de tela gris y escarlata. Howl, tras rebuscar un poco, consiguió encontrar la mano dentro de los múltiples pliegues de manga azul y plateada y sacarla por un hueco entre dos enormes puntadas. Entonces cogió el bulto—. Ahora —dijo— voy a prepararme para el funeral. Por favor, conteneos los dos de hacer cualquier otra cosa en este rato. Ya veo que Sophie está en plena forma y quiero que esta habitación siga midiendo lo mismo cuando salga.

Se dirigió al baño con gran dignidad, abriéndose paso por el traje azul y plateado. El resto del traje lo seguía, arrastrándose peldaño a peldaño por las escaleras y susurrando al deslizarse por el suelo. Para cuando Howl llegó al baño, la mayor parte de la chaqueta estaba en el suelo de la planta inferior y los pantalones asomaban por las escaleras. Howl cerró a medias la puerta del baño y pareció seguir tirando del traje con las manos. Sophie, Michael y el hombre-perro contemplaron cómo metro tras metro de tejido azul o plateado avanzaba por el suelo, ocasionalmente decorado con algún botón de plata del tamaño de una piedra de molino y varias enormes puntadas regulares más parecidas a sogas. Debía de medir casi un kilómetro.

—Creo que no me salió muy bien el hechizo —comentó Michael cuando el último ribete festoneado hubo desaparecido por la puerta del baño.

—¡Y vaya si te lo ha dejado claro! —dijo Calcifer—. Otro leño, por favor.

Michael se lo pasó y Sophie le puso la comida al perro. Pero ninguno de ellos se atrevió a hacer nada más que quedarse ahí desayunando pan con miel hasta que Howl salió del baño.

Lo hizo dos horas más tarde, envuelto en una nube de vapor con

hechizos aromáticos de hierbaluisa. Iba totalmente de negro. El traje era negro, las botas eran negras y el pelo también lo llevaba negro, del mismo negro azulado que el de la señorita Angorian. De la oreja le colgaba ahora un pendiente de azabache. Sophie se preguntó si el pelo negro sería en honor a la señora Pentstemmon. Estaba de acuerdo con la anciana en que ese color le favorecía, iba mejor con sus acristalados ojos verdes. Pero también se preguntaba, y mucho, cuál de los dos trajes sería en realidad el negro.

Howl se conjuró un pañuelo negro y se sonó la nariz. La ventana vibró. Luego cogió de la mesa una rebanada de pan con miel y le indicó con una seña al hombre-perro que se acercase. El animal pareció indeciso.

—Sólo quiero que te coloques donde te vea bien —graznó Howl. Seguía estando muy resfriado—. Ven aquí, chucho. —Mientras el perro iba con reticencia al centro de la estancia, añadió—: No encontrarás mi otro traje en el baño, doña Fisgona. No vas a volver a poner las manos en mi ropa.

Sophie detuvo su acercamiento sigiloso al baño y observó a Howl dar vueltas alrededor del perro a la vez que se comía el pan con miel y se sonaba la nariz por turnos.

—¿Qué opináis de este disfraz?

Lanzó el pañuelo a Calcifer y empezó a caer de frente sobre las manos y las rodillas. Nada más comenzar a moverse, desapareció. Cuando tocó el suelo, era un setter rojo de pelaje ensortijado, exactamente igual que el hombre-perro.

Este se quedó atónito y se dejó llevar por su instinto: erizó el lomo, bajó las orejas y gruñó. Howl lo imitó… o sintió lo mismo. Los dos perros idénticos dieron vueltas en torno al otro, fulminándose con la mirada, gruñendo, erizándose y preparándose para pelear.

Sophie sujetó la cola del que creía que era el hombre-perro. Michael agarró al que creía que era Howl. Y Howl se apresuró a volver en sí. Sophie se topó con una persona alta vestida de negro ante ella y soltó la parte trasera de la chaqueta del mago. El hombre-perro se sentó en los pies de Michael con una mirada trágica.

—Bien —dijo Howl—. Si puedo engañar a otro perro, puedo engañar a todos los demás. En el funeral nadie va a fijarse en un

perro callejero alzando la pata entre las lápidas. —Fue a la puerta y giró el tirador hasta la mancha azul.

—Espera un momento —lo llamó Sophie—. Si vas a ir al funeral haciéndote pasar por un setter rojo, ¿por qué te has tomado la molestia de vestirte de negro?

Howl levantó la barbilla y compuso una expresión honrada.

—Por respeto a la señora Pentstemmon —contestó—. Le gustaba que uno pensara en todos los detalles.

Y salió a las calles de Porthaven.

Capítulo 16
En el que hay un montón de brujería

Transcurrieron varias horas. El hombre-perro volvía a tener hambre. Michael y Sophie decidieron comer también, así que ella se aproximó a Calcifer con la sartén.

—¿Por qué no podéis tomar pan y queso por una vez? —refunfuñó el demonio.

Aun así, agachó la cabeza. Sophie estaba colocando la sartén sobre las ondeantes llamas verdes cuando la voz ronca de Howl resonó de la nada:

—¡Prepárate, Calcifer! ¡Me ha encontrado!

El demonio se levantó de golpe. La sartén cayó frente a las piernas de Sophie.

—¡Tendrás que esperar! —rugió Calcifer, llameando cegadoramente por la chimenea. Casi al instante se difuminó en una docena de caras azules, como si lo estuvieran sacudiendo con violencia, y se encendió con un zumbido gutural.

—Eso debe de significar que están luchando —susurró Michael.

Sophie se lamió un dedo algo quemado y recogió con la otra mano las tiras de beicon que le habían caído en la falda sin apartar la vista de Calcifer. Estaba agitándose de un lado a otro de la chimenea. Sus caras azules iban del azul oscuro al azul cielo y luego casi al blanco. En un momento dado tenía múltiples ojos naranjas; al siguiente, varias hileras de otros plateados. Nunca se había imaginado nada similar.

Algo los sobrevoló en lo alto con un resplandor y un estruendo que sacudió la estancia. Lo siguió otra cosa con un rugido largo y estridente. Calcifer pasó a un negro azulado y a Sophie le cosquilleó la piel por el fogonazo de la magia.

Michael se lanzó hacia la ventana.

—¡Están bastante cerca!

Sophie fue cojeando también a la ventana. La tormenta de magia parecía haber afectado a la mitad de las cosas del cuarto. A la calavera le castañeaban los dientes con tanta fuerza que brincaba en círculos. Algunos paquetes saltaban por los aires. En los frascos bullían los polvos. Un libro cayó pesadamente de uno de los estantes y se quedó abierto en el suelo, con las páginas agitándose en ambas direcciones. En un extremo de la habitación, todo se llenó de vapor aromatizado proveniente del baño; en el otro, la guitarra de Howl producía notas discordantes. Y Calcifer se agitaba de un lado a otro con más fuerza que nunca.

Michael puso la calavera en el fregadero para que dejase de brincar hacia el suelo al tiempo que abría la ventana y asomaba la cabeza. Pero lo que quiera que estuviese pasando quedaba desesperantemente fuera de su vista. Los de las casas de enfrente estaban en las puertas y las ventanas, señalando a algún punto por encima de ellos. Sophie y Michael fueron corriendo al escobero, de donde cogieron las capas de terciopelo y se las echaron sobre los hombros. A Sophie le tocó la que transformaba al que la llevaba en un hombre de barba roja. Y ahora entendía por qué Calcifer se había reído al verla con la otra: Michael era un caballo. Pero no era momento para risas. Abrió la puerta de par en par y corrió a toda velocidad por la calle, seguida del hombre-perro, que mostraba una calma sorprendente ante la situación. Michael trotaba tras ella con el repiqueteo de unos cascos inexistentes y Calcifer se quedó detrás agitándose y pasando del azul al blanco.

La calle estaba llena de gente mirando arriba. Nadie tenía tiempo para fijarse en detalles como que un caballo saliera de una casa. Sophie y Michael también alzaron la vista, y descubrieron una nube enorme que bullía y se sacudía justo encima de la chimenea. Era negra y rotaba sobre sí misma con brusquedad. Unos destellos blancos que no parecían ser de luz hendían la capa de oscuridad. No obstante, casi a la vez que llegaron Michael y Sophie, el coágulo de magia adoptó la forma de un montón de serpientes neblinosas que luchaban entre sí. Luego se deshizo en dos mitades con un ruido semejante al de una tremenda pelea de gatos. Una parte salió despedida aullando sobre los tejados hacia el mar y la segunda la

siguió gritando.

Algunas personas se retiraron entonces a sus casas. Sophie y Michael se unieron a la multitud más valiente que descendía por las callejuelas en cuesta hacia las dársenas. Una vez allí, todo el mundo pareció pensar que las mejores vistas debían de conseguirse por la curva del espigón. Sophie también fue allí cojeando, aunque no era necesario ir más allá de la caseta del práctico de puerto. Dos nubes se suspendían en el aire, mar adentro, al otro lado del espigón, las dos únicas nubes que manchaban el despejado cielo azul. Eran bastante visibles. También era visible el pequeño borrón de tormenta que rugía sobre el mar entre las nubes, desatando grandes olas con las crestas muy blancas. Un barco desafortunado se había visto en medio de la tormenta y sus mástiles batían adelante y atrás. Chorros de agua lo azotaban por todos los flancos. La tripulación intentaba desesperadamente arriar las velas, pero al menos una se había rasgado en jirones grisáceos que ondeaban.

—¡Es que no pueden tener cuidado con ese barco! —gritó alguien indignado.

Entonces el viento y las olas de la tormenta golpearon el espigón. El agua blanca se encrespó y la valiente multitud que se había adentrado ahí se apiñó al retroceder deprisa junto al muelle, donde los barcos atracados se mecían y rechinaban contra sus amarres. En medio de todo eso resonaron muchos gritos de voces agudas, cantarinas. Sophie asomó la cabeza al viento por el otro lado de la caseta, de donde procedían los gritos, y descubrió que la magia enfurecida no sólo había perturbado al mar y al desdichado barco. Una gran cantidad de mujeres empapadas de aspecto resbaladizo, con melenas ondeantes de un verde cercano al marrón, se arrastraban trepando por las rocas del espigón sin dejar de gritar y extender sus largos brazos mojados hacia más mujeres que gritaban sacudidas por las olas. Todas tenían cola de pez en lugar de piernas.

—¡Maldita sea! —chilló Sophie—. ¡Las sirenas de la maldición!

Eso significaba que ya sólo faltaban por materializarse otras dos cosas imposibles.

Alzó la vista a las dos nubes. Howl estaba arrodillado en la de la izquierda, mucho más grande y cerca de lo que se esperaba. Aún iba de negro. Como de costumbre, estaba mirando por encima de su

hombro a las agitadas sirenas. No parecía observarlas como si recordara que formaban parte de la maldición.

—¡Concéntrate en la bruja! —gritó el caballo al lado de Sophie.

La bruja apareció de improviso sobre la nube de la derecha, envuelta en el remolino de una capa del color de las llamas y una melena roja ondulada, con los brazos en alto para invocar más magia. En lo que tardó Howl en girarse y mirarla, bajó los brazos. La nube de Howl estalló en un chorro de llamas rosadas. El calor procedente de ella barrió el puerto y las piedras del espigón humearon.

—¡No pasa nada! —jadeó el caballo.

Howl estaba en el barco de abajo, sacudido por las olas y ya casi hundido. Ahora era una diminuta figura negra apoyada en el maltrecho palo mayor. Informó a la bruja de que había fallado agitándole la mano con descaro. Ella lo vio nada más alzar la mano. La nube y la bruja se convirtieron al unísono en un pájaro rojo que bajó en picado con fiereza hacia el barco.

Y el barco se desvaneció. Las sirenas entonaron un triste lamento. Donde antes había estado el navío no había más que agua agitándose, pero el pájaro iba demasiado rápido como para detenerse. Se zambulló en el agua con un estruendo.

En el muelle, todo el mundo soltó una ovación.

—¡Sabía que no era un barco de verdad! —exclamó alguien detrás de Sophie.

—Sí, debe de haber sido una ilusión —dijo sabiamente el caballo—. Era demasiado pequeño.

Como prueba de que el barco había estado mucho más cerca de lo que parecía, las olas de la zambullida golpearon el espigón antes de que Michael hubiera terminado de hablar. Una colina verde de agua de unos seis metros se deslizó por un lateral y arrastró a las sirenas vociferantes hasta el puerto, empujando con violencia los barcos atracados hacia un extremo, y alrededor de la caseta del práctico de puerto empezaron a formarse remolinos con ruidos sordos. Un brazo salió del costado del caballo y tiró de Sophie hacia el muelle. Ella ahogó un grito y dio un traspié en el agua grisácea, que le llegaba por las rodillas. El hombre-perro iba saltando junto a ellos, empapado hasta las orejas.

Acababan de llegar al muelle, y los barcos del puerto acababan

de erguirse, cuando se alzó una segunda montaña de agua. De su superficie lisa emergió de repente un monstruo. Era una criatura alargada, negra y con garras, mitad gato, mitad león marino, y echó a correr por el espigón hacia el muelle. Cuando la ola rompió contra la dársena, otra criatura emergió de ella; también era alargada y baja, aunque más escamosa, y se precipitó tras el primer monstruo.

Todo el mundo se percató entonces de que la lucha no había terminado y la gente retrocedió deprisa entre chapoteos contra las casetas y las casas junto al muelle. Sophie se tropezó con una soga y luego con el umbral de una puerta. El brazo volvió a salir del caballo y tiró de ella hacia arriba mientras los dos monstruos pasaban como un rayo junto a ellos en un torbellino de agua salada. Otra ola se arremolinó sobre el espigón y dos monstruos más saltaron de ella. Eran idénticos a los dos primeros, salvo por que el escamoso estaba más cerca del gatuno. Y la siguiente ola trajo otros dos todavía más cercanos.

—¿Qué ocurre? —chilló Sophie mientras el tercer par echaba a correr, sacudiendo de paso algunas rocas de la escollera.

—Son ilusiones —dijo la voz de Michael proveniente del caballo—; al menos, algunos. Ambos intentan engañarse para perseguir al que no es.

—¿Quién es quién? —preguntó Sophie.

—Ni idea —respondió el caballo.

A algunos de los espectadores los monstruos les resultaron demasiado temibles. Muchos se fueron a casa. Otros bajaron de un salto a los barcos que se balanceaban para sacarlos del embarcadero. Sophie y Michael se unieron a los observadores acérrimos que corrían por las calles de Porthaven a la zaga de los monstruos. Primero siguieron el curso de un río de agua salada, luego las huellas húmedas de unas patas enormes y, por último, los boquetes blancos y los arañazos que las garras de las criaturas habían dejado en el empedrado. Estos los condujeron a la parte trasera de la ciudad que se internaba en las marismas, donde Sophie y Michael habían perseguido la estrella fugaz.

Para entonces, las seis criaturas eran puntos negros que rebotaban y se perdían en la distancia. La muchedumbre se dispersó en una línea irregular por la costa y los miró, deseosa de ver más y asustada de lo que podría ver. Al cabo de un rato, nadie veía nada

más que charcas vacías. No pasaba nada. Varias personas estaban ya dándose la vuelta para marcharse cuando, cómo no, todos los demás gritaron:

—¡Mirad!

Una bola de pálido fuego se alzó desganadamente a lo lejos. Debía de ser enorme. El estallido que la siguió sólo llegó a los oídos de los observadores cuando la bola de fuego ya se había convertido en una torre de humo creciente. En la hilera, toda la multitud hizo muecas de dolor por el estruendo y contempló cómo el humo se extendía hasta que se fundió con la niebla de las marismas. Después siguieron observando un rato, pero ya no había más que paz y silencio. El viento mecía la maleza y los pájaros volvieron a atreverse a gorjear.

—Supongo que deben de haberse matado el uno al otro —dijo la gente.

Gradualmente, la muchedumbre se dividió en figuras separadas que se apresuraban a retornar a los trabajos que habían dejado a medias.

Sophie y Michael esperaron hasta el último momento, cuando quedó claro que todo había terminado. Entonces emprendieron despacio la vuelta a Porthaven. Ninguno de los dos tenía ganas de hablar. Sólo el hombre-perro parecía alegre: paseaba a su lado tan juguetón que a Sophie no le cupo duda de que creía que Howl estaba acabado. Se mostraba tan satisfecho que, cuando llegaron a la calle donde se situaba la casa de Howl y que casualmente un gato callejero estaba cruzando, soltó un ladrido alegre y se lanzó tras él. Lo persiguió a la carrera y dando saltos hasta el umbral del castillo, donde el gato se dio la vuelta y lo fulminó con la mirada.

—¡Fuera! —maulló—. ¡Esto es lo último que necesitaba!

El perro dio un paso atrás, avergonzado.

Michael se precipitó hacia la puerta.

—¡Howl! —gritó.

El gato se encogió, volviéndose del tamaño de un gatito, y destiló autocompasión.

—¡Y vosotros dos tenéis unas pintas ridículas! —dijo—. Abrid la puerta. Estoy exhausto.

Sophie abrió y el gato se deslizó dentro. Luego fue hasta la chimenea, donde Calcifer estaba reducido a un minúsculo destello

azul, y, con gran esfuerzo, subió las patas delanteras a la silla. Allí empezó a crecer con bastante lentitud hasta que se transformó en Howl, doblado sobre sí mismo.

—¿Has matado a la bruja? —le preguntó Michael, ansioso, mientras se quitaba la capa y recobraba su verdadera apariencia.

—No —contestó Howl. Se dio la vuelta y se desplomó en la silla, donde permaneció con aspecto de estar ciertamente muy cansado—. ¡Y encima sigo resfriado! —graznó—. Sophie, por amor de Dios, quítate esa horrible barba roja y tráeme la botella de brandy de la alacena…, a menos que ya te lo hayas bebido tú o lo hayas convertido en aguarrás, por supuesto.

Sophie se quitó la capa y fue a buscar el brandy y un vaso. Howl se lo bebió de un trago como si fuera agua. Después se sirvió otro y, en lugar de bebérselo, lo vertió con cuidado sobre Calcifer. El demonio llameó, crepitó y pareció revivir un poco. Entonces Howl se sirvió un tercer vaso y se recostó contra el respaldo, dando pequeños sorbos.

—¡No os quedéis ahí mirándome! —protestó—. No sé quién ha ganado. La bruja es una oponente muy dura. Recurre sobre todo a su demonio del fuego y ella se queda en la retaguardia para librarse del peligro. Pero creo que le hemos dado algo en lo que pensar, ¿eh, Calcifer?

—Es anciano —dijo Calcifer con un débil chisporroteo bajo los leños—. Yo soy más fuerte, pero él sabe cosas que jamás me había planteado. La bruja lo tiene desde hace cientos de años. ¡Y casi me mata! —Hizo algunos ruidos sibilantes, luego se asomó un poco más entre los leños para refunfuñar—: ¡Ya podrías haberme avisado!

—¡Lo hice, viejo impostor! —replicó Howl con cansancio—. Sabes todo lo que sé.

El mago se quedó bebiendo sorbos de brandy mientras Michael sacaba algo de pan y salchichas. La comida los revivió a todos, excepto quizás al hombre-perro, que parecía haberse apagado ahora que Howl había vuelto. Calcifer comenzó a arder con más intensidad y recuperó su apariencia azul.

—¡No podemos seguir así! —exclamó entonces Howl. Se puso en pie con gran esfuerzo—. Deprisa, Michael. La bruja sabe que estamos en Porthaven. Ya no sólo vamos a tener que trasladar el castillo y la entrada de Kingsbury. Tendré que mover a Calcifer a la

casa de la sombrerería.

—¿Moverme a mí? —chisporroteó el demonio. Por la aprensión se volvió de un azul celeste.

—Exacto —dijo Howl—. Puedes elegir entre Market Chipping y la bruja. No te pongas difícil.

—¡Maldición! —se lamentó Calcifer, y se hundió en el fondo de la chimenea.

Capítulo 17

En el que el castillo ambulante deambula hacia una nueva casa

Howl retomó el trabajo con tanto empeño como si acabara de disfrutar de una semana de descanso. Si Sophie no lo hubiera visto librar una extenuante batalla mágica hacía una hora, nunca lo hubiera creído. Él y Michael fueron corriendo de un lado a otro, intercambiando medidas a voces y haciendo marcas extrañas con tiza en los sitios donde antes habían puesto los soportes de metal. Parecieron tener que marcar cada esquina, incluido el patio. El hueco bajo las escaleras de Sophie y el espacio con una forma extraña en el techo del baño les costaron un poco. A Sophie y al hombre-perro los movían de acá para allá, hasta que los apartaron por completo en un lateral para que Michael pudiera gatear por el suelo para trazar ahí una estrella de cinco puntas dentro de un círculo.

Había terminado de hacerlo, y se estaba sacudiendo el polvo y la tiza de las rodillas, cuando Howl entró a toda prisa con la ropa negra llena de manchas de cal. A Sophie y al perro los movieron otra vez para que Howl pudiera arrodillarse e ir inscribiendo símbolos dentro y alrededor tanto de la estrella como del círculo. Ambos se sentaron en las escaleras. El hombre-perro estaba temblando; esa magia no parecía gustarle.

Sophie y Michael se precipitaron al patio, y luego Howl volvió a precipitarse dentro.

—¡Sophie! —gritó—. ¡Rápido! ¿Qué vamos a vender en la tienda?

—Flores —contestó Sophie, acordándose de nuevo de la señora

Fairfax.

—Perfecto —dijo él, y salió deprisa a la puerta con un bote de pintura y un pincel. Metió la punta del pincel en el bote y pintó cuidadosamente de amarillo la mancha azul del tirador. Volvió a hundir el pincel, que esta vez salió morado. Cubrió con ese color la mancha verde. Y la tercera vez que lo hundió, la pintura era naranja y con ella tapó la mancha roja. Howl no tocó la mancha negra. Cuando se giró, el extremo de su manga se coló en la pintura con el pincel—. ¡Maldita sea! —masculló, y la arrastró fuera. La manga ondeante se había vuelto de los colores del arcoíris.

El mago la agitó y volvió a ser negra.

—¿Qué traje es ese en realidad? —preguntó Sophie.

—Lo he olvidado. No me interrumpas, ahora viene lo difícil —respondió Howl mientras devolvía apresuradamente el bote de pintura a la mesa. De allí cogió un pequeño tarro de polvos—. ¡Michael! ¿Dónde está la pala de plata?

Michael vino corriendo del patio con una pala grande y reluciente. El mango era de madera, pero la hoja parecía ser de plata pura.

—¡Todo listo fuera! —anunció.

Howl apoyó la pala contra una de sus rodillas para hacerle un símbolo con la tiza tanto en el mango como en la hoja. Luego esparció encima los polvos rojos del tarro. Con cuidado, aplicó un pellizco de los mismos granos en cada punta de la estrella y dejó el rostro en el centro.

—Apártate, Michael —dijo—. Que no se acerque nadie. ¿Estás preparado, Calcifer?

El demonio emergió de entre los leños como una alargada hebra de llamas azules.

—Tan preparado como me es posible. Sabes que esto podría matarme, ¿no?

—Míralo por el lado bueno —replicó Howl—: podría ser yo el que muriera. Agárrate fuerte. Uno, dos, tres. —Hundió la pala en la chimenea, con mucha firmeza y lentitud, manteniéndola recta y al nivel de la rejilla. Por un segundo, la balanceó ligeramente para colocarla debajo de Calcifer. Luego, con todavía más firmeza y suavidad, la alzó. Sin duda, Michael estaba conteniendo el aliento —. ¡Hecho!

Los leños cayeron hacia los lados. Ya no parecían estar ardiendo. Howl se levantó y se dio la vuelta con Calcifer en la pala.

La estancia se llenó de humo. El hombre-perro lloriqueó y se puso a temblar. Howl empezó a toser; le costaba un poco mantener firme la pala. A Sophie le lloraban los ojos y le costaba ver con claridad, pero, por lo que distinguía, Calcifer no tenía pies ni piernas, justo como le había dicho. Era un rostro azul alargado y puntiagudo que salía de un bulto negro con un leve resplandor. El bulto negro tenía una muesca en la parte frontal, lo que a simple vista sugería que Calcifer estaba arrodillado sobre unas diminutas piernas dobladas. Pero Sophie cayó en la cuenta de que no era así cuando el bulto se agitó un poco, mostrando que por debajo estaba redondeado. Saltaba a la vista que Calcifer se sentía horriblemente inseguro: sus ojos naranjas se hallaban muy abiertos por el miedo y sacaba sin cesar llamas con forma de bracitos lánguidos en ambas direcciones, en un intento inútil por agarrarse a los bordes de la pala.

—¡No tardaré mucho! —soltó Howl con voz ahogada, tratando de sonar tranquilizador. Pero tuvo que cerrar con fuerza la boca y quedarse quieto por un momento para reprimir la tos.

La pala se tambaleó y a Calcifer se lo vio aterrorizado. No obstante, Howl se recobró. Dio un paso largo y cauto dentro del círculo de tiza y, luego, otro al centro de la estrella de cinco puntas. Una vez allí, sin dejar de sujetar la pala nivelada, dio una vuelta despacio, una completa, y Calcifer giró con él, de un azul cielo y con los ojos rebosantes de pánico.

La sensación fue como si la estancia entera diese vueltas con ellos. El hombre-perro se agazapó cerca de Sophie. Michael se tambaleó. Sophie se sintió como si su pequeño fragmento del mundo se hubiera desprendido y estuviera balanceándose y dando tumbos en espiral. No le extrañaba que Calcifer estuviese tan asustado. Todo seguía oscilando y bamboleándose cuando Howl dio los mismos pasos largos y cautos para salir de la estrella y del círculo. Se arrodilló ante la chimenea y, con enorme cuidado, devolvió allí a Calcifer y volvió a apilar los leños a su alrededor. Calcifer despidió unas llamas verdes hacia arriba. Howl se apoyó en la pala y rompió a toser.

La habitación se estremeció y se quedó quieta. Por unos

instantes, mientras el humo seguía flotando por doquier, Sophie captó los contornos del salón que, para su asombro, ahora era el de la casa donde se había criado. Lo reconocía incluso con los suelos desnudos y las paredes sin cuadros. Entonces el cuarto del castillo pareció retorcerse para encajar en el salón, empujando de aquí y tirando de allá, bajando el techo para que se ajustara al suyo con vigas, hasta que los dos salones se combinaron y volvieron a ser el castillo, si bien ahora era tal vez un poco más alto y cuadrado.

—¿Lo has conseguido, Calcifer? —tosió Howl.

—Creo que sí —contestó el demonio, alzándose por la chimenea. No parecía estar peor tras su paseo en la pala—. Aunque convendría que lo comprobaras.

Howl se ayudó de la pala para levantarse y abrió la puerta con la mancha amarilla apuntando hacia abajo. Fuera se divisaba la calle de Market Chipping ante la que Sophie había crecido. Por allí iba gente a la que conocía, dando un paseo por la tarde antes cenar, como muchos acostumbraban a hacer en verano. Howl hizo un gesto de asentimiento a Calcifer, cerró la puerta, giró el tirador para que mostrase la mancha naranja y abrió de nuevo.

Un camino amplio y cubierto de maleza serpenteaba ahora desde la puerta entre grupos de árboles, iluminados por un lateral de un modo pintoresco por la luz del sol poniente. A lo lejos se erigía una majestuosa entrada de piedra decorada con estatuas.

—¿Dónde queda esto? —inquirió Howl.

—Es una mansión deshabitada en un extremo del valle —dijo Calcifer a la defensiva—. Es la casa bonita que me encargaste buscar. Está bastante bien.

—Estoy seguro de que es así —comentó Howl—. Sólo espero que los verdaderos dueños no pongan objeciones. —Cerró la puerta y giró el tirador hacia la mancha morada—. Ahora, al castillo ambulante —añadió, y la abrió otra vez.

Fuera casi era la hora del crepúsculo. Un viento cálido llenó el interior de diversos olores. Sophie vio al pasar un montoncito de hojas oscuras, entre las que destacaban flores grandes de pétalos púrpuras. Se quedaron atrás, meciéndose lentamente, y su lugar lo ocuparon un cúmulo de lirios blancos algo difusos y el destello de la puesta de sol sobre el agua más allá. El olor era tan maravilloso que Sophie, antes de darse cuenta, ya había recorrido la mitad de la

habitación.

—No, tu larga nariz se queda aquí dentro hasta mañana —dijo Howl, y cerró la puerta con un chasquido—. Esa parte queda justo en la linde del Páramo. Bien hecho, Calcifer. Perfecto. Una casa bonita y muchas flores, como te pedí.

Lanzó la pala a un lado y fue a acostarse. Y debía de estar cansado, porque esa noche no sonaron quejidos ni gritos, y casi no se le oyó toser.

Sophie y Michael también estaban cansados. Michael se dejó caer en la silla y se quedó sentado acariciando al hombre-perro con la mirada perdida. Sophie tomó asiento en el taburete, sintiéndose rara. Se habían mudado. Todo parecía igual pero distinto, de una manera bastante confusa. ¿Y por qué estaba el castillo ambulante en la linde del Páramo? ¿Acaso la maldición arrastraba a Howl hacia la bruja? ¿O es que Howl se había escabullido con tanto empeño que había acabado por escurrirse de sí mismo, convertido en lo que la mayoría de la gente denominaría una persona honesta?

Miró a Michael para preguntarle qué opinaba, pero el muchacho estaba dormido, al igual que el hombre-perro. Sophie miró entonces a Calcifer, que titilaba soñoliento entre los leños rosados con los ojos naranjas casi cerrados. Recordó cómo se había mostrado casi por completo blanco, con los ojos blancos, y la mirada inquieta de Calcifer al tambalearse sobre la pala. Le recordaba a algo. Su forma se asemejaba.

—Calcifer —lo llamó—, ¿alguna vez has sido una estrella fugaz?

El demonio abrió un ojo anaranjado y la miró.

—Por supuesto —dijo—. Ya puedo hablar de ello si lo sabes. El contrato me lo permite.

—¿Y Howl te atrapó?

—Hace cinco años —explicó Calcifer—, en las marismas de Porthaven, justo antes de que se instalara allí como Jenkin el hechicero. Me persiguió con sus botas de siete leguas. A mí me aterraba. Y también sentía pavor porque, cuando caes, sabes que vas a morir. Prefería cualquier cosa antes que la muerte. Cuando Howl me ofreció mantenerme con vida del modo en que los humanos siguen vivos, de inmediato propuse firmar un contrato. Ninguno sabíamos en lo que nos estábamos metiendo. Yo me sentía agradecido, y Howl sólo se ofreció porque me compadecía.

—Igual que Michael —musitó Sophie.

—¿Cómo? —farfulló Michael, despertándose—. Sophie, desearía que no estuviésemos justo en la linde del Páramo. No sabía que vendríamos aquí. No me siento a salvo.

—Nadie está a salvo en la casa de un mago —aseveró Calcifer con tono sentido.

A la mañana siguiente, la puerta volvía a encontrarse con la mancha negra apuntando hacia abajo y, para fastidio de Sophie, no se abría a ninguno de los otros paisajes. Quería ver esas flores, ya fuera con o sin bruja. Así que descargó su impaciencia yendo a buscar un cubo de agua y frotando las marcas de tiza hasta quitarlas del suelo.

Howl entró mientras estaba haciéndolo.

—Trabajo, trabajo y más trabajo —dijo, y de una zancada pasó al otro lado sobre Sophie, que seguía frotando.

Su aspecto era un tanto extraño. El traje seguía siendo de un negro tupido, pero se había aclarado el pelo. En contraste con el negro, ahora se veía blanco. Sophie le echó un vistazo y pensó en la maldición. Howl también podía haberlo relacionado, porque recogió la calavera del fregadero y la sujetó con una mano, afligido.

—¡Ay, pobre Yorick! —exclamó—. Ella oyó cantar a las sirenas, de lo que se deduce que algo huele a podrido en Dinamarca [4]. He pillado un resfriado perpetuo, aunque por fortuna soy tremendamente deshonesto. A eso me aferro. —Tosió con aire lastimero, pero su resfriado estaba mejorando y no sonó muy convincente.

Sophie intercambió una mirada con el hombre-perro, que la observaba sentado con la misma tristeza que Howl.

—Deberías volver con Lettie —le murmuró—. ¿Qué pasa? —le preguntó a Howl—. ¿Lo de la señorita Angorian no va bien?

—Va fatal —dijo Howl—. El corazón de Lily Angorian es como una piedra recocida. —Devolvió la calavera al fregadero y llamó a Michael—: ¡Comida! ¡Trabajo! —soltó a gritos.

Después de desayunar, vaciaron el escobero. Luego, Michael y Howl hicieron un agujero en el panel lateral. El polvo salió a raudales por la puerta y sonaron varios golpetazos. Al final, ambos llamaron a voces a Sophie, que se presentó con una escoba y actitud resuelta. Y ahora se había abierto un pasaje donde antes estaba el

panel, que llegaba a los escalones que siempre habían conectado la tienda y la casa. Howl le indicó con un gesto que se acercara a echar una ojeada a la tienda. Estaba vacía y el menor ruido resonaba dentro. El suelo había pasado a ser de baldosas negras y blancas, como el vestíbulo de la señora Pentstemmon, y en los expositores que antes habían presentado sombreros ahora había un jarrón con rosas enceradas y de seda, así como un ramillete de prímulas de terciopelo. Sophie se dio cuenta de que el mago esperaba que expresase su admiración, así que se las apañó para no decir nada.

—Encontré las flores en el taller de detrás —explicó Howl—. Ven a mirar fuera.

Abrió la puerta, donde tintineó la misma campanilla que Sophie llevaba oyendo toda la vida. Ella lo siguió renqueante a la calle, desierta por lo temprano que era. Por fuera, la fachada de la tienda estaba recién pintada de verde y amarillo. En unas letras cursivas sobre el escaparate ponía: H. JENKINS, FLORES FRESCAS A DIARIO.

—Has cambiado de idea sobre los apellidos comunes, ¿eh? —observó Sophie.

—Sólo por motivos de camuflaje. Prefiero Pendragon.

—¿Y de dónde van a venir las flores frescas? No puedes decir eso y luego vender las enceradas de los sombreros.

—Espera y verás —dijo Howl, retornando a la tienda.

La atravesaron hasta el patio que tan familiar le resultaba a ella. Ahora sólo medía la mitad, puesto que el patio del castillo ambulante había ocupado una parte. Sophie miró por encima de las paredes enladrilladas del patio de Howl hacia su antigua casa. La imagen era bastante extraña por la nueva ventana que había brotado allí, la que correspondía al dormitorio de Howl, y sintió todavía más extrañeza al advertir que la ventana de Howl no daba a lo que presenciaba ahora mismo. Por encima de la tienda distinguió la ventana de su antigua habitación. Eso también le suscitó extrañeza, pues ahora no parecía haber ninguna forma de subir ahí.

Mientras cojeaba tras Howl al interior y subía las escaleras hacia el escobero, se percató de que estaba comportándose de un modo muy huraño. Ver así su antigua casa le estaba causando muchos sentimientos encontrados.

—Creo que todo está muy bonito —comentó.

—¿De verdad? —respondió Howl con frialdad. Estaba dolido.

Le encantaba que se valorase lo que hacía, pensó Sophie con un suspiro al verlo dirigirse a la puerta del castillo y girar el tirador hasta la mancha morada. Por otro lado, no creía haber alabado nunca a Howl, no más que Calcifer, y se preguntó por qué debería empezar ahora.

La puerta se abrió. Varios arbustos grandes llenos de flores pasaron suavemente a su lado y el avance se detuvo para que Sophie pudiera bajar junto a ellos. Entre los matorrales, muchos senderos cubiertos de hierba alta y colorida discurrían en todas las direcciones. Howl y Sophie recorrieron el más próximo y el castillo los siguió, levantando algunos pétalos a su paso. Pese a lo alto, negro y deforme que era, con sus peculiares bocanadas de humo manando de alguna que otra torrecilla, el castillo no parecía fuera de lugar allí. Ese sitio era obra de la magia, a Sophie no le cabía duda. Y, en cierto modo, el castillo encajaba.

El aire era cálido y húmedo, y desprendía la fragancia de millares de flores. Sophie estuvo a punto de decir que el aroma le recordaba al que quedaba en el baño después de que Howl se hubiera estado acicalando, pero se mordió la lengua. Aquel paisaje era una verdadera maravilla. Entre los arbustos llenos de flores púrpuras, rojas y blancas, la hierba húmeda estaba sembrada de florecillas: unas rosadas con sólo tres pétalos, pensamientos enormes, floxes silvestres, altramuces de todos los colores, azucenas naranjas, lirios blancos muy altos, iris y una miríada de otras especies. Había enredaderas en las que crecían flores lo bastante grandes para un sombrero, acianos, amapolas y plantas de formas extrañas con hojas de tonalidades todavía más extrañas. Aunque no se parecía demasiado al jardín similar al de la señora Fairfax con el que había fantaseado, Sophie se olvidó de su malhumor y le embargó la alegría.

—¿Lo ves? —musitó Howl. Extendió un brazo y su manga negra interrumpió el festín que se estaban dando cientos de mariposas azules en unas rosas amarillas—. Podemos cortar montones de flores cada mañana y venderlas en Market Chipping cuando todavía tengan gotas de rocío.

Al final del sendero verde, la hierba se volvía blanda y húmeda. De los arbustos brotaban grandes orquídeas. Howl y Sophie llegaron

de pronto a un estanque vaporoso repleto de nenúfares. El castillo viró a un lado para rodearlo y vagó por otro camino bordeado de flores diferentes.

—Si vienes aquí sola, tráete el bastón para tantear el terreno —dijo Howl—. Está lleno de manantiales y ciénagas. Y no vayas más allá de ese punto. —Señaló al sureste, donde el sol despuntaba entre la neblina como un disco de un blanco intenso—. Eso de allí es el Páramo…, muy caluroso, árido e infestado por cierta bruja.

—¿Quién plantó estas flores aquí, justo en la linde del Páramo?

—El mago Suliman empezó a crear esto hace un año. —Howl se giró hacia el castillo—. Creo que pretendía que el Páramo floreciese para aniquilar así a la bruja. Sacó a la superficie manantiales calientes e hizo que se extendieran. Le estaba saliendo muy bien hasta que la bruja lo capturó.

—La señora Pentstemmon lo llamó por otro nombre —comentó Sophie—. Procedía del mismo lugar que tú, ¿verdad?

—Más o menos —contestó Howl—, aunque no llegué a coincidir nunca con él. Unos meses después, vine aquí para tratar de seguir con su trabajo. Parecía una buena idea. Así es como conocí a la bruja: se opuso a ello.

—¿Por qué?

El castillo estaba esperándolos.

—Se considera una flor. —Howl abrió la puerta—. Una orquídea solitaria que ha florecido en el Páramo. Patético, la verdad.

Sophie echó otro vistazo a la multitud de flores mientras seguía a Howl al interior. Allí había rosas a millares.

—¿Y no sabrá la bruja que estás aquí?

—He intentado hacer lo que menos se espera.

—¿Y estás intentando encontrar al príncipe Justin? —le preguntó Sophie.

Pero Howl evitó responder escabulléndose a toda prisa por el escobero mientras llamaba a voces a Michael.

Capítulo 18

En el que reaparecen el espantapájaros y la señorita Angorian

Abrieron la floristería al día siguiente. Como Howl había señalado, no podía haber sido más fácil: lo único que tenían que hacer, mañana tras mañana, era abrir temprano la puerta con la mancha morada apuntando hacia abajo y salir al verdor húmedo y envuelto en la bruma para recoger flores. Pronto se convirtió en una rutina. Sophie salía con el bastón y las tijeras y vagaba pesadamente charlando con el bastón, usándolo para tantear la tierra blanda o para engancharlo en ramilletes elevados de las rosas que elegía. Michael se llevaba un invento de su propia creación del que se sentía muy orgulloso. Era un cubo grande de hojalata lleno de agua que se suspendía en el aire y lo seguía adondequiera que fuese entre los arbustos. El hombre-perro también iba, y se lo pasaba de maravilla corriendo por las veredas húmedas cubiertas de hierba, persiguiendo mariposas o intentando atrapar los pájaros diminutos y coloridos que se alimentaban de las flores. Mientras corría de un lado a otro, Sophie cortaba montones de iris largos, lirios, flores naranjas de helechos o ramilletes de hibiscos azules, y Michael llenaba el balde de orquídeas, rosas, flores de un blanco brillante, otras de un bermellón lustroso y cualquier otra que le llamara la atención. Ese era un momento que todos disfrutaban.

Después, antes de que el calor entre los arbustos se intensificara demasiado, se llevaban las flores de ese día a la tienda y las colocaban en un surtido de jarros y cubos que Howl había sacado del patio. Dos de los cubos eran, en realidad, las botas de siete leguas. Nada evidenciaba más el desinterés absoluto de Howl por Lettie, pensó Sophie mientras las llenaba de matas de gladiolos: ya

ni siquiera le importaba que ella las usara.

Mientras recogían flores, Howl casi siempre se ausentaba. Y el tirador siempre apuntaba a la mancha negra. Normalmente volvía para tomar un desayuno tardío con aspecto distraído, todavía con la ropa negra. Jamás le decía a Sophie cuál de los dos trajes era el negro.

—Estoy de luto por la señora Pentstemmon —le contestaba sin más.

Y si Sophie o Michael le preguntaban por qué siempre estaba fuera a esas horas, él se limitaba a adoptar una expresión agraviada y decía:

—Si quieres hablar con una profesora, tienes que pillarla antes de que empiece el colegio. —Y luego desaparecía en el baño durante las dos próximas horas.

Entretanto, Sophie y Michael se vestían con sus mejores galas y abrían la tienda. Howl insistía en que fuesen elegantes, decía que eso atraería a la clientela. Sophie insistía en que todos llevaran delantales. Y tras los primeros días, cuando los habitantes de Market Chipping se dedicaron a observarlos a través del escaparate y no entraron, la tienda se volvió muy popular. Se rumoreaba que Jenkins vendía flores sin igual. Gente a la que Sophie conocía de toda la vida iba y compraba ramos enteros de flores. Ninguno la reconocía, lo que le hacía sentirse rara. Todos creían que era la anciana madre de Howl, pero ella ya se había hartado de ser la anciana madre de Howl.

—Soy su tía —le dijo a la señora Cesari. Después de eso, pasó a ser conocida como la tía Jenkins.

Cuando Howl llegaba a la tienda, con un delantal negro a juego con su traje, solía encontrarla bastante llena. Y su presencia conseguía que se llenara aún más. Fue entonces cuando Sophie empezó a tener la certeza de que el traje negro era el gris y escarlata encantado. Cualquier mujer a la que Howl atendía acababa llevándose como mínimo el doble de flores de las que había pedido. La mayoría de las ocasiones, Howl lograba con su encanto que comprasen diez veces más. Pronto, Sophie reparó en que muchas mujeres se asomaban y decidían no entrar a la tienda cuando veían a Howl. No podía culparlas: si una sólo busca una rosa para un ojal, no quiere que se la fuerce a comprar tres docenas

de orquídeas. Así que nunca desalentaba a Howl cuando pasaba bastantes horas en el taller al otro lado del patio.

—Estoy levantando defensas contra la bruja, antes de que preguntes —le explicaba—. Para cuando haya terminado, ya no tendrá forma de colarse por ningún sitio.

Con las flores que sobraban a Sophie se le presentaba un inconveniente: no soportaba ver cómo se marchitaban durante la noche. Entonces descubrió que podía mantenerlas bastante frescas si les hablaba. A partir de eso, pasó a hablar con las flores a menudo. Convenció a Michael de que le hiciera un hechizo para alimentar las plantas y experimentó con cubos en el fregadero y con baldes en la alcoba donde antes adornaba sombreros. Así descubrió que podía mantenerlas frescas durante días. Por supuesto, eso hizo que experimentase más. Sacó el hollín del patio y dentro plantó otras nuevas, sin dejar de murmurar. De esa forma creció una rosa azul marino, lo que le complació mucho. Sus capullos eran negros como el carbón, y sus flores se abrían más y más azules hasta que se volvían casi del mismo azul que Calcifer. Sophie estaba tan contenta con ella que sacó raíces de todos los manojos que colgaban de las vigas y experimentó con ellas. Se decía que nunca había sido tan feliz.

Pero no era cierto. Algo iba mal, y no identificaba qué. A veces pensaba que se debía a que nadie de Market Chipping la reconociera. No se atrevía a visitar a Martha por miedo a que ella tampoco la reconociese. Por el mismo motivo, no se atrevía a sacar las flores de las botas de siete leguas para visitar a Lettie. Sencillamente, no soportaba la idea de que cualquiera de sus hermanas la viese como una anciana.

Michael iba a ver a Martha sin cesar con ramos de las flores que cogían de repuesto. A veces Sophie pensaba que eso era lo que le ocurría: Michael estaba muy alegre y ella se quedaba sola en la tienda más y más a menudo. Pero ese no parecía ser el inconveniente. A ella le gustaba vender flores por su cuenta.

A veces el problema parecía ser Calcifer. El demonio estaba aburrido. No tenía nada que hacer, aparte de mantener el castillo deambulando tranquilamente por los senderos cubiertos de hierba y en torno a los diversos lagos y charcas, y asegurarse que llegaran a un nuevo sitio, con flores nuevas, todas las mañanas. Su rostro azul

siempre se asomaba ansioso por la chimenea cuando Sophie y Michael entraban con las flores.

—Quiero ver el exterior —protestaba.

Sophie le llevó hojas sabrosas y con un olor intenso para que las quemara, lo que hizo que la habitación del castillo desprendiera un aroma tan fuerte como el baño, pero Calcifer dijo que lo de verdad deseaba era compañía. Se pasaban el día en la tienda y lo dejaban solo.

Así que Sophie le encargó a Michael que atendiera en la tienda por lo menos una hora todas las mañanas mientras ella iba a hablar con Calcifer. Mientras estaba ocupada, se inventaba adivinanzas para entretener al demonio. Pero él seguía descontento.

—¿Cuándo vas a romper mi contrato con Howl? —le preguntaba cada vez con más frecuencia.

Y Sophie le daba largas:

—Estoy en ello. Ya no falta mucho.

Eso no era demasiado cierto. La verdad es que había dejado de pensar en ello, excepto cuando era necesario. Cuando unió lo que la señora Pentstemmon había dicho con todo lo que Howl y Calcifer habían dicho, descubrió que tenía unas ideas férreas y bastante horribles al respecto. Estaba segura de que romper el contrato supondría el fin tanto de Howl como de Calcifer. Y puede que el mago se lo mereciera, pero ese no era el caso de Calcifer. Dado que Howl parecía estar esforzándose bastante en escabullirse para evitar el resto de la maldición de la bruja, Sophie no quería hacer nada a menos que sirviera de ayuda.

A veces Sophie pensaba que simplemente se debía a la influencia del hombre-perro. Era una criatura triste. El único momento en que se lo veía disfrutar era por las mañanas, cuando corría por las veredas entre los arbustos. Durante el resto del día se arrastraba con abatimiento detrás de Sophie, soltando suspiros profundos. Como ella tampoco podía resolver su situación, se alegró bastante cuando el clima se volvió mucho más caluroso, ya cerca del solsticio de verano, y el hombre-perro se quedó tumbado, jadeante, en las partes ensombrecidas del patio.

Entretanto, las raíces que Sophie había planteado se revelaron bastante interesantes. La de la cebolla se había convertido en una palmera que daba pequeñas nueces con olor a cebolla. Otra germinó

en una especie de girasol rosa. Sólo una crecía despacio. Cuando por fin brotaron dos hojas redondeadas, Sophie apenas podía contener la impaciencia por ver qué saldría de ahí. Al día siguiente todo parecía apuntar a que sería una orquídea: tenía hojas puntiagudas salpicadas de malva y un tallo alargado que crecía por el centro con un capullo grande. Al día siguiente de ese, Sophie dejó las flores frescas en el balde y se precipitó a la alcoba para ver cómo había progresado.

El capullo se había abierto y en su interior destacaba una flor rosa como una orquídea que hubiera pasado por un escurridor. Era plana y se unía al tallo justo por debajo de una punta con forma redonda. Cuatro pétalos brotaban de uno central rosa y más hinchado, con dos apuntando hacia abajo y otros a medio camino que se proyectaban por los laterales. Sophie estaba escrutando la planta cuando una fragancia intensa a flores primaverales le advirtió de que Howl había llegado y se encontraba detrás de ella.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó—. Si esperabas una violeta ultravioleta o un geranio infrarrojo, te ha salido mal, doña Científica Loca.

—A mí me parece un bebé flor aplastado —observó Michael, que había ido a echar un vistazo.

Y era verdad. Howl lanzó a su aprendiz una mirada de alarma y levantó la flor dentro de la maceta. Luego la sacó para ponérsela en la mano, donde separó con cuidado las raíces blancas y filiformes del hollín y de los restos del hechizo fertilizante, hasta que dejó al descubierto la raíz marrón y bifurcada que Sophie había plantado.

—Debería haberlo imaginado —musitó—. Es una raíz de mandrágora. Sophie ataca de nuevo. Tienes mucha destreza, ¿eh, Sophie?

Recolocó la planta con cuidado, se la pasó a ella y se marchó bastante pálido.

De manera que casi toda la maldición se había hecho realidad, pensó Sophie mientras se encaminaba a colocar las flores frescas en el escaparate de la tienda. La raíz de mandrágora había engendrado un bebé. Ya sólo quedaba una cosa más: el viento que impulsaba una mente honesta. Si eso significaba que la mente de Howl tenía que ser honesta, reflexionó, cabía la posibilidad de que la maldición nunca se cumpliera. Howl se lo tenía merecido, se dijo, por ir todas

las mañanas a cortejar a la señorita Angorian en un traje encantado, pero eso no hizo que se sintiera menos alarmada y culpable. Metió un manojo de lirios blancos en una bota de siete leguas. Después se inclinó despacio para exponerla con primor en el escaparate, y en ese momento oyó un clamp, clamp, clamp desde el extremo opuesto de la calle. No eran los cascos de un caballo. Era el sonido de un palo golpeando el empedrado.

El corazón de Sophie se comportó de un modo raro ya antes de que se atreviera a mirar al otro lado del cristal. Ahí, en efecto, venía el espantapájaros, saltando despacio y deliberadamente bajo por el centro de la calle. Los jirones que le ondeaban de los brazos extendidos estaban más cortos y grisáceos, y el nabo de su cara se había marchitado en un semblante de determinación, como si llevara brincando desde que Howl lo expulsó hasta ahora que por fin regresaba.

Sophie no era la única asustada. Las pocas personas que habían salido tan temprano a la calle iban corriendo con todas sus fuerzas en dirección contraria al espantapájaros. Pero él no les prestó atención y siguió saltando.

Sophie ocultó el rostro para esconderse de él.

—¡No estamos aquí! —le dijo en un susurro feroz—. ¡No sabes que estamos aquí! ¡No nos encuentras! ¡Márchate brincando deprisa!

El clamp, clamp, clamp de los saltos se ralentizó a medida que el espantapájaros se aproximaba a la tienda. Sophie quiso llamar a gritos a Howl, pero lo único que parecía ser capaz de hacer era seguir repitiendo: «No estamos aquí. ¡Márchate deprisa!».

Y los saltos ganaron velocidad, tal como ella le había ordenado, y el espantapájaros se fue brincando de la tienda, a través de Market Chipping. Sophie pensó que iba a marearse, pero sólo era porque había estado conteniendo la respiración. Respiró hondo y se quedó temblorosa por el alivio. Si el espantapájaros regresaba, podía volver a echarlo.

Howl había salido cuando Sophie entró en la habitación del castillo.

—Parecía disgustadísimo —dijo Michael.

Ella miró la puerta: la mancha negra apuntaba hacia abajo. «¡No tan disgustado!», pensó.

Michael también salió esa mañana, hacia Cesari, y Sophie permaneció sola en la tienda. Hacía mucho calor. Las flores se marchitaban pese a los hechizos y venían muy pocos clientes. Entre eso, la raíz de mandrágora y el espantapájaros, su estado de ánimo pareció llegar a su punto crítico. Se sentía absolutamente desgraciada.

—Puede que la maldición esté cerniéndose sobre nosotros para alcanzar a Howl —se lamentó a las flores con un suspiro—, pero yo creo que todo esto es por ser la mayor, en serio. ¡Miradme! ¡Salgo a buscar fortuna y acabo justo donde había empezado, y más vieja que las montañas!

En ese momento, el hombre-perro asomó su brillante hocico rojizo por la puerta que daba al patio y lloriqueó. Sophie suspiró. No pasaba ni una hora sin que esa criatura fuera a espiarla.

—Sí, sigo aquí —le espetó—. ¿Dónde esperabas que estuviese?

El perro entró por la puerta, se sentó y estiró las patas rígidamente ante él. Sophie se percató de que intentaba volver a su forma humana. Pobre criatura. Procuró ser amable con él porque su condición era, a fin de cuentas, peor todavía que la suya:

—Inténtalo con más fuerza —le sugirió—. Concéntrate en la espalda. Puedes ser un hombre si quieres.

El perro se estiró e irguió la espalda, y se esforzó más y más. Y cuando Sophie ya pensaba que iba a tener que rendirse o desplomarse de espaldas, se las ingenió para levantarse sobre las patas traseras y lanzarse hacia arriba con la forma de un joven de pelo rojo anaranjado y expresión afligida.

—Envidio… Howl —jadeó—. Lo hace… muy fácil. Yo era… perro del seto… que ayudaste. Le dije a Lettie… te conocía… te cuidaría. Estaba… aquí antes… —Empezó a doblarse de nuevo para transformarse en perro y soltó un aullido de enfado—. ¡Con bruja en tienda! —gimió, y se cayó de bruces sobre las manos mientras le crecía un montón de pelo gris y blanco.

Sophie clavó la vista en el perro grande y lanudo que se hallaba ahora ante ella.

—¡Ibas con la bruja! —exclamó. Ahora lo recordaba: el chico de pelo rojizo que la había mirado con horror—. Entonces sabes quién soy y que estoy hechizada. ¿Lettie también lo sabe?

La cabeza grande y lanuda asintió.

—Y la bruja te llamó Gaston —recordó Sophie—. ¡Oh, amigo mío, sí que te ha puesto las cosas difíciles! ¡Mira que llevar todo ese pelo con el tiempo que hace! Será mejor que vayas a algún rincón fresco.

El perro volvió a asentir y fue arrastrándose con tristeza hacia el patio.

—Pero ¿por qué te envió Lettie? —preguntó Sophie. Ese descubrimiento le había desconcertado e inquietado por completo.

Subió las escaleras y atravesó el escobero para hablar con Calcifer, pero el demonio no fue de gran ayuda.

—No cambia nada cuántas personas sepan que estás hechizada —dijo—. Al perro no le ha servido de mucho, ¿verdad?

—No, pero… —empezó Sophie, y justo entonces la puerta del castillo soltó un chasquido y se abrió.

Sophie y Calcifer miraron allí. El tirador seguía apuntando a la mancha negra y esperaron ver pasar a Howl. Sería difícil decir cuál de los dos se quedó más estupefacto cuando la persona que se coló dentro con bastante cautela resultó ser la señorita Angorian.

Y la señorita Angorian estaba igual de estupefacta.

—¡Oh, le ruego que me disculpe! —dijo—. Creía que tal vez el señor Jenkins estaría aquí.

—Ha salido —replicó con frialdad Sophie, y se preguntó adónde habría ido Howl si no era a ver a la señorita Angorian.

La profesora soltó la puerta, que había estado agarrando por la sorpresa. La dejó entreabierta y se acercó a ella con expresión suplicante. En ese momento, Sophie se dio cuenta de que ella misma se había levantado y atravesado la habitación. Era como si pretendiese cerrarle el paso a la recién llegada.

—Por favor —añadió la señorita Angorian—, no le diga al señor Jenkins que he estado aquí. Para serle sincera, sólo le he seguido la corriente con la esperanza de obtener noticias de mi prometido…, Ben Sullivan, como ya sabe. Estoy convencida de que Ben desapareció en el mismo sitio al que el señor Jenkins no deja de esfumarse. Sólo que Ben jamás regresó.

—Aquí no hay ningún señor Sullivan —masculló Sophie. Y pensó: «¡Ese es el nombre del mago Suliman! ¡No me creo ni una palabra!».

—Oh, eso ya lo sé —dijo la señorita Angorian—. Pero este sitio

parece el adecuado. ¿Le importa si echo algún que otro vistazo para hacerme una idea del tipo de vida que lleva Ben ahora? —Se recolocó la cascada de pelo negro tras una oreja e intentó adentrarse más en la estancia. Sophie no se apartó de su camino, lo que forzó a la profesora a caminar de puntillas e ir con aire implorante a la mesa de trabajo—. ¡Qué pintoresco! —exclamó, mirando las botellas y los frascos—. ¡Qué pueblecito tan pintoresco! —agregó al mirar por la ventana.

—Se llama Market Chipping —dijo Sophie, y se movió alrededor para obligar a la señorita Angorian a retroceder hacia la puerta.

—¿Y adónde llevan esas escaleras? —La profesora señaló los peldaños que quedaban al descubierto por la puerta.

—A la alcoba privada de Howl —contestó ella con firmeza, conduciendo hacia atrás a la mujer.

—¿Y qué hay al otro lado de esa otra puerta abierta? —preguntó la señorita Angorian.

—Una floristería. —«¡Qué entrometida!», pensó.

A esas alturas, a la señorita Angorian no le quedaba más remedio que chocarse con la silla o salir por la puerta. Contempló distraída a Calcifer, frunciendo el ceño, como si no estuviera segura de lo que estaba viendo, y Calcifer se limitó a devolverle la mirada sin pronunciar palabra. Eso hizo que Sophie se sintiera mejor con la manera tan desagradable en que se estaba comportando: sólo quienes entendían a Calcifer eran bienvenidos en casa de Howl.

Pero ahora la señorita Angorian rodeó apresuradamente la silla y se fijó en la guitarra de Howl, apoyada en un rincón. La agarró con un grito ahogado y se dio la vuelta, sujetándola contra su pecho con posesividad.

—¿Dónde han encontrado esto? —exigió saber con voz queda y emotiva—. ¡Ben tenía una guitarra igual que esta! ¡Podría ser la de Ben!

—He oído que Howl la compró el invierno pasado. —Sophie volvió a caminar hacia delante para intentar sacar a la profesora de su rincón y obligarla a pasar por la puerta.

—¡A Ben le ha pasado algo! —exclamó la señorita Angorian, rebosante de emoción—. ¡Él jamás se hubiera separado de su guitarra! ¿Dónde está? Sé que no puede estar muerto. ¡Mi corazón lo sabría si lo estuviera!

Sophie se preguntó si convendría decirle a la profesora que la bruja había capturado al mago Suliman. Echó un vistazo al sitio de la calavera. Por un momento, se planteó agitarla delante de sus narices y decirle que era del mago Suliman. Pero la calavera se hallaba en el fregadero, escondida tras un cubo lleno de helechos y lirios que habían sobrado, y sabía que, si iba allí, la mujer volvería a deslizarse en la habitación. Además, sería cruel.

—¿Puedo llevarme esta guitarra? —dijo la señorita Angorian con voz ronca, abrazándose a ella—. Para que me recuerde a Ben.

La emoción exagerada que desprendía al hablar irritó a Sophie.

—No —replicó—. No hay necesidad de tomárselo tan a la tremenda. Ni siquiera tiene pruebas de que le perteneciera a él.

Se acercó cojeando y agarró la guitarra por el mástil. La profesora la miró fijamente por encima del instrumento con los ojos muy abiertos, angustiados. Sophie tiró, y la señorita Angorian no lo soltó. La guitara produjo unos horribles acordes desafinados. Sophie entonces la arrancó de los brazos de la mujer.

—No sea tonta —la amonestó—. No tiene derecho a meterse en castillos ajenos y llevarse sus guitarras. Ya le he dicho que el señor Sullivan no está aquí. Ahora vuelva a Gales. Vamos. —Y recurrió a la guitarra para empujarla a través de la puerta abierta.

La señorita Angorian retrocedió a la nada hasta que la mitad de su cuerpo hubo desaparecido.

—Es usted muy severa —dijo en tono acusador.

—¡Sí, lo soy! —contestó Sophie, y le cerró la puerta en las narices con un portazo. Luego giró el tirador hacia la mancha naranja para evitar que la señorita Angorian regresara y soltó la guitarra en su rincón con un firme tuang—. ¡Y tú no te atrevas a decirle a Howl que ha estado aquí! —le espetó irracionalmente a Calcifer—. Apuesto a que ha venido a ver a Howl. El resto no era más que una sarta de mentiras. El mago Suliman se instaló aquí hace años. ¡Probablemente vino para huir de esa horrenda voz suya tan intensa!

Calcifer soltó una risita.

—¡Jamás había visto a nadie librarse tan rápido de alguien! —comentó.

Eso hizo que Sophie se sintiera cruel y culpable. A fin de cuentas, ella misma había entrado en el castillo de una manera

similar y había sido el doble de entrometida que la señorita Angorian.

—¡Bah! —masculló. Entró a zancadas en el baño y clavó la vista en la imagen que le devolvían los espejos de su rostro viejo y arrugado. Cogió uno de los paquetes con la etiqueta de PIEL y lo tiró de nuevo a su sitio. Incluso cuando era joven y lozana, dudaba que su cara hubiera aguantado particularmente bien las comparaciones con la de la señorita Angorian—. ¡Bah! —soltó—. ¡Buf! —Desanduvo sus pasos deprisa y cogió los helechos y los lirios del fregadero. Después los llevó, goteantes, a la tienda, donde los embutió con fuerza en un cubo con un hechizo fertilizante—. ¡Sed narcisos! —les ordenó con una voz impaciente, furiosa y ronca—. ¡Sed narcisos en junio, malditas flores!

El hombre-perro asomó la cabeza greñuda por la puerta del patio. Cuando vio de qué humor estaba Sophie, dio vuelta atrás a toda prisa. Y cuando Michael entró alegremente con un enorme pastel, Sophie lo fulminó con la mirada de tal forma que el muchacho al instante se acordó de un hechizo que Howl le había pedido que preparase y salió huyendo por el escobero.

—¡Bah! —refunfuñó Sophie en cuanto se fue, y volvió a inclinarse sobre el cubo—. ¡Sed narcisos! ¡Sed narcisos! —graznó. No le reconfortaba lo más mínimo saber que se estaba comportando de un modo absurdo.

Capítulo 19

En el que Sophie expresa sus sentimientos con herbicida

Howl abrió la puerta de la tienda a última hora de la tarde y entró silbando tranquilamente. Parecía haberse sobrepuesto al impacto de la raíz de mandrágora. Sophie no se sintió ni por asomo mejor al descubrir que, después de todo, no había ido a Gales. Le echó su mirada más feroz.

—¡Por todos los cielos! —exclamó Howl—. ¡Creo que me has convertido en piedra! ¿Qué ocurre?

—¿Qué traje llevas puesto? —se limitó a gruñir ella.

Howl bajó la vista a su indumentaria negra.

—¿Acaso importa?

—¡Sí! —bramó Sophie—. ¡Y no me vengas con esas de que estás de luto! ¿Cuál es en realidad?

Howl se encogió de hombros y sujetó una manga ondeante como si no estuviera seguro de cuál era. La examinó con perplejidad. El negro se extendió hacia abajo, desde su hombro hasta el extremo puntiagudo y colgante. Tanto el hombro como la parte superior de la manga se volvieron marrones, luego grises mientras la oscuridad de la punta cobraba un espesor creciente de tinta, hasta que Howl pasó a estar llevando un traje negro con una manga azul y plateada cuyo extremo parecía haberse mojado de alquitrán.

—Ese —respondió, y dejó que el negro recubriese de nuevo su hombro.

Por algún motivo, eso hizo que Sophie se enfadara todavía más. Soltó un gruñido de ira sin palabras.

—¡Sophie! —dijo Howl con su tono más risueño y suplicante.

El hombre-perro abrió de un empujón la puerta del patio y entró

arrastrando las patas. Nunca dejaba que Howl hablara durante demasiado rato con Sophie.

Howl se fijó en él.

—Ahora tienes un viejo bobtail —observó, como agradecido por la distracción—. Dos perros van a requerir mucha comida.

—Sólo hay un perro —repuso Sophie con tono airado—. Está hechizado.

—¿De verdad? —dijo Howl, y fue disparado hacia el animal con una velocidad que demostraba que se alegraba de apartarse de Sophie. Por supuesto, eso era lo último que el perro quería, y empezó a retroceder. Howl se precipitó hacia él y lo detuvo cogiéndole dos puñados de pelo greñudo antes de que pudiera alcanzar la puerta—. ¡Es cierto! —soltó, y se arrodilló para examinar lo que podía atisbarse de los ojos del perro pastor—. Sophie, ¿qué pretendías al no decirme nada de esto? ¡Este perro es un hombre! ¡Y su estado es lamentable! —Howl se giró apoyado en una rodilla, aún sujetando al animal.

Al ver la furiosa mirada de esos ojos semejantes a canicas, Sophie advirtió que ahora el mago se había enfadado y mucho.

Bien. A ella le apetecía discutir.

—Podrías haberte dado cuenta tú solito —espetó, devolviéndole la mirada furiosa y retándole a hacer lo que le viniera en gana con el cieno verde—. Además, el perro no quería…

Pero Howl estaba demasiado enfadado para escucharla. Se levantó de un salto y fue arrastrando al animal por el suelo de baldosas.

—Y eso habría hecho si no hubiera tenido otras cosas en la cabeza —dijo—. Vamos. Quiero que te pongas delante de Calcifer. —El perro clavó las cuatro patas greñudas en el suelo—. ¡Michael! —gritó.

El alarido tuvo un timbre especial que hizo que Michael viniese a la carrera.

—¿Tú sabías que este perro era en realidad un hombre? —le preguntó Howl mientras él y el muchacho tiraban de la montaña lanuda para subir las escaleras.

—Eso no es así, ¿verdad? —se asombró Michael, estupefacto.

—Entonces te libro de culpa y responsabilizo sólo a Sophie —contestó Howl, que ahora metía al perro en el escobero—. ¡Esta

clase de cosas son siempre obra de Sophie! Pero tú sí lo sabías, ¿eh, Calcifer? —dijo cuando los dos arrastraron al animal frente a la chimenea.

Calcifer retrocedió hasta quedar encogido contra la pared.

—No me lo preguntaste —respondió el demonio.

—¿Acaso tengo que preguntártelo? —dijo Howl—. ¡Vale, debería haberme dado cuenta! ¡Pero me ofendes, Calcifer! En comparación con cómo trata la bruja a su demonio, tu vida es asquerosamente sencilla y todo lo que pido a cambio es que me informes de lo que debo saber. ¡Esta es la segunda vez que me decepcionas! ¡Ahora ayúdame a que esta criatura recobre su verdadera forma de inmediato!

Calcifer se había vuelto de un azul inusualmente pálido.

—De acuerdo —asintió enfurruñado.

El hombre-perro intentó escabullirse, pero Howl le clavó el hombro bajo el pecho y empujó, por lo que no le quedó más remedio que erguirse sobre sus patas traseras. Entre Howl y Michael lo sostuvieron así.

—¿Por qué se resiste esta estúpida criatura? —protestó Howl sin aliento—. Esto también parece ser obra de la Bruja del Páramo, ¿verdad?

—Sí. Y el hechizo tiene varias capas —dijo Calcifer.

—Quitemos la del perro, de todos modos.

Calcifer se elevó rugiendo en un azul intenso. Sophie, que observaba la escena con prudencia desde la puerta del escobero, vio cómo la forma del perro greñudo se desvanecía en la del hombre. Luego se desvaneció otra vez en la del perro, después en la del hombre, que se volvió borrosa y, luego, sólida. Por fin, Howl y Michael revelaron estar sujetando cada uno el brazo de un hombre con el pelo anaranjado y un traje marrón arrugado. A ella no le sorprendió no haberlo reconocido antes; más allá de su expresión inquieta, su rostro estaba casi totalmente desprovisto de personalidad.

—Bien, ¿quién es usted, amigo mío? —le preguntó Howl.

El hombre alzó las manos y se las pasó temblorosas por la cara.

—No…, no estoy seguro.

—El nombre más reciente al que respondió fue Percival —terció Calcifer.

El tipo lo miró como si deseara que el demonio no supiera eso.

—¿Ah, sí?

—Entonces, por ahora lo llamaremos Percival —dijo Howl. Dio la vuelta al antiguo perro y lo sentó en la silla—. Siéntese ahí, tómeselo con calma y cuéntenos lo que recuerda. Por lo que veo, diría que la bruja lo ha tenido en su poder bastante tiempo.

—Sí. —Percival se restregó la cara una vez más—. Me quitó la cabeza. Rec…, recuerdo estar en un estante, mirando el resto de mi cuerpo.

—¡Pero ahora estaría muerto! —protestó Michael, atónito.

—No necesariamente —lo contradijo Howl—. Todavía no has llegado a esa clase de brujería, pero yo mismo podría quitarte la parte del cuerpo que quisiera y dejar que el resto siguiera vivo, si lo hiciera del modo correcto. —Frunció el ceño al fijarse en el antiguo perro—. Aunque no estoy seguro de que la bruja juntara estas partes como debe ser.

Calcifer, que sin duda procuraba demostrar que estaba esforzándose por Howl, intervino:

—Este hombre está incompleto y tiene partes de otro hombre.

Percival pareció alterarse aún más.

—No lo alarmes, Calcifer —dijo Howl—. Ya debe de sentirse bastante mal. ¿Sabe por qué la bruja le quitó la cabeza, amigo mío?

—No. No recuerdo nada.

Sophie sabía que eso no podía ser cierto y soltó un bufido.

A Michael se le ocurrió de pronto una idea muy emocionante. Se inclinó sobre Percival y le preguntó:

—¿Alguna vez ha respondido al nombre de Justin… o su alteza real?

Sophie soltó otro bufido. Ya antes de que Percival contestara supo que eso era ridículo.

—No. La bruja me llamaba Gaston, pero ese no es mi nombre.

—No lo presiones, Michael —lo amonestó Howl—. Y no hagas que Sophie suelte más bufidos. Con el humor del que está, la próxima vez echará abajo el castillo.

Pese a que eso parecía significar que el mago ya no estaba molesto, Sophie se descubrió enfadándose más. Retornó a zancadas a la tienda, donde fue de un lado a otro ruidosamente antes de echar el cierre y recoger las cosas. Después examinó sus narcisos.

Les había pasado algo horrible: se habían convertido en unas cositas marrones que sobresalían de un cubo con un líquido que desprendía el olor más tóxico que había captado nunca.

—¡Oh, maldita sea! —chilló Sophie.

—¿Qué pasa ahora? —inquirió Howl, que en ese momento entraba en la tienda. Se inclinó sobre el cubo y lo olisqueó—. Pareces tener aquí un herbicida bastante eficaz. ¿Qué tal si pruebas a echarlo en la maleza que hay en el camino de la mansión?

—Sí, voy a hacerlo —asintió ella—. ¡Tengo ganas de matar algo!

Deambuló con estrépito hasta dar con una regadera e irrumpió en el castillo con la regadera y el cubo, donde abrió de un tirón la puerta, con la mancha naranja, hacia la mansión.

Percival alzó la vista con inquietud. Le habían dado la guitarra, como se le da a un niño un sonajero, y estaba sentado emitiendo acordes horriblemente desafinados.

—Ve con ella, Percival —le pidió Howl—. Con ese humor es capaz de matar también todos los árboles.

Así que Percival dejó la guitarra y cogió con cuidado el cubo que Sophie llevaba en la mano. Ella salió cojeando a un dorado atardecer de verano en el extremo del valle. Hasta ahora, todos habían estado demasiado ocupados para fijarse demasiado en la mansión. Era mucho más espléndida de lo que Sophie había advertido al principio. Tenía una terraza cubierta de hierbajos, delimitada por estatuas y con escalones que descendían hasta el camino. Cuando Sophie miró atrás con el pretexto de meter prisa a Percival, vio que la casa era muy grande, con más estatuas por el tejado y varias hileras de ventanas Pero estaba muy descuidada. De las ventanas salía verdín, que recorría las paredes descascarilladas. Muchas tenían los cristales rotos, y los postigos que deberían estar cerrados contra la pared se hallaban grises, desportillados y colgando a los lados.

—¡Buf! —masculló Sophie—. Creo que lo mínimo que podría hacer Howl es preocuparse por que este sitio parezca un poco más habitable. ¡Pero no! ¡Está demasiado ocupado paseándose por Gales! ¡No te quedes ahí parado, Percival! Vierte un poco de eso en la regadera y sígueme.

Percival la obedeció sin rechistar. No tenía gracia intimidarle, y Sophie sospechaba que por eso Howl lo había enviado con ella.

Soltó un bufido y descargó su ira en los hierbajos. Fuera lo que fuese lo que había matado los narcisos, era fuerte: la maleza del camino se marchitó nada más tocarla. Igual que la hierba más próxima, hasta que Sophie se calmó un poco.

El atardecer la tranquilizó. De las colinas lejanas soplaba una brisa fresca que levantaba susurros de los majestuosos árboles plantados a ambos lados del camino.

Sophie recorrió un cuarto del sendero regándolo de herbicida a su paso.

—Recuerdas mucho más de lo que dices —le recriminó a Percival mientras él le rellenaba la regadera—. ¿Qué es lo que quería de ti la bruja? ¿Por qué te llevó a la tienda en aquella ocasión?

—Quería averiguar algo sobre Howl.

—¿Howl? Pero tú no lo conocías, ¿verdad?

—No, pero debía de saber algo. Estaba relacionado con la maldición que le echó —explicó Percival—, aunque no tengo ni idea de qué era. Lo consiguió, ¿sabes?, después de que fuéramos a la tienda. Me siento culpable por eso. Intenté evitar que lo descubriera, ya que una maldición es algo maligno, y creo que lo logré al pensar en Lettie. Ella estaba en mi cabeza. No sé de qué la conocía, porque Lettie dijo que nunca me había visto cuando fui a Upper Folding. Pero sabía muy bien quién era…, lo suficiente para que, cuando la bruja me forzó a hablarle de Lettie, le confesara que poseía una sombrerería en Market Chipping. Así que la bruja fue ahí para darnos a ambos una lección. Y allí estabas tú. Se pensó que tú eras Lettie. Yo estaba horrorizado, pues no sabía que Lettie tenía una hermana.

Sophie cogió la regadera y vertió una cantidad más que generosa de herbicida, deseando que la maleza fuera la bruja.

—¿Y te convirtió en perro justo después de eso?

—Nada más salir de la ciudad —asintió Percival—. En cuanto le revelé lo que deseaba, abrió la puerta del carruaje y dijo: «Corre. Te llamaré cuando te necesite». Y corrí, porque notaba una especie de hechizo siguiéndome. Me alcanzó cuando llegué a una granja, y la gente de allí me vio transformarme en perro, se pensó que era un hombre lobo y trató de atarme. Tuve que morder a uno para escapar. Pero no pude deshacerme del palo, y me quedé

enganchado en ese seto cuando intenté atravesarlo.

Sophie regó de herbicida otra curva del camino mientras lo escuchaba.

—¿Y entonces fuiste a casa de la señora Fairfax?

—Sí. Iba buscando a Lettie. Ambas fueron muy amables conmigo —dijo—, a pesar de que no me conocieran de nada. Y el mago Howl no dejaba de visitarnos para cortejar a Lettie. Ella no lo quería, y me pidió que lo mordiera para librarnos de él hasta que de repente Howl empezó a preguntarle por ti y…

Sophie evitó por los pelos rociarse de herbicida los zapatos. Y menos mal, porque la grava comenzó a humear en cuanto el líquido la tocó.

—¿Qué?

—Dijo: «Conozco a una persona llamada Sophie que se parece un poco a usted». Y Lettie contestó: «Esa es mi hermana», sin pararse a pensar —explicó Percival—. Y entonces se preocupó muchísimo, sobre todo porque Howl seguía haciéndole preguntas sobre su hermana. Lettie dijo que más le valdría haberse mordido la lengua. El día que fuisteis allí estaba siendo amable con Howl para averiguar de qué te conocía. Howl le contó que ahora eras una anciana. Y la señora Fairfax dijo que te había visto. Lettie lloraba sin parar, diciendo: «¡A Sophie le ha ocurrido algo horrible! Y lo peor es que seguro que cree que está a salvo de Howl. ¡Sophie es demasiado bondadosa para ver lo despiadado que es Howl!». Y se disgustó tanto que me las apañé para transformarme en un hombre el tiempo suficiente para prometerle que iría contigo y no te quitaría la vista de encima.

Sophie trazó un arco grande y humeante con el herbicida.

—¡Por todos los diablos, Lettie! Es muy amable por su parte y la quiero mucho, de verdad; yo estaba igual de preocupada por ella. ¡Pero no necesito un perro guardián!

—Sí, sí que lo necesitas —objetó Percival—. O lo necesitabas. He llegado demasiado tarde.

Sophie se giró en redondo con el herbicida incluido. Percival tuvo que saltar a la hierba y salir huyendo a todo correr hasta el árbol más cercano, tras el que se escondió. Mientras corría, iba dejando un largo rastro de hierba marrón.

—¡Malditos seáis todos! —gritó Sophie—. ¡Ya estoy harta de

todos vosotros! —Tiró la regadera humeante en medio del camino y fue a zancadas por la maleza hasta la puerta de piedra—. ¡Demasiado tarde! —murmuró entretanto—. ¡Qué tontería! Howl no sólo es despiadado, ¡es insufrible! Además, soy una anciana.

Pero no podía negarse que algo había ido mal desde que el castillo ambulante se trasladó, o tal vez incluso antes. Y parecía estar ligado a su misteriosa incapacidad de ir a ver a cualquiera de sus hermanas.

—¡Y todo lo que le dije al rey era cierto! —continuó.

Iba a alejarse siete leguas por su propio pie para no volver. ¡Ya verían entonces! ¡Qué más daba que la pobre señora Pentstemmon hubiera confiado en ella para evitar que Howl se corrompiera! La propia Sophie era un fracaso. Eso le pasaba por ser la mayor. Y, además, la señora Pentstemmon se había creído que ella era la querida y anciana madre de Howl…, ¿verdad? ¿O no? Inquieta, Sophie reparó en que una mujer cuyo ojo experto podía detectar un hechizo cosido en un traje debía de poder detectar con más facilidad uno causado por la poderosa magia de la bruja.

—Oh, ¡ese endiablado traje gris y escarlata! —rezongó—. ¡Me niego a creer que haya sido yo la engatusada por él! —El problema era que el traje azul y plateado parecía haber surtido el mismo efecto. Cojeó unos cuantos pasos más adelante—. En cualquier caso —añadió con gran alivio—, a Howl no le gusto.

Esa idea tranquilizadora hubiera bastado para que Sophie siguiera caminando toda la noche de no ser por la familiar oleada de inquietud que la sacudió. Sus oídos habían percibido un clamp, clamp, clamp distante. Se volvió con brusquedad bajo el sol poniente. Y allí, en el camino que serpenteaba más allá de la puerta de piedra, se atisbaba una figura de brazos alargados que saltaba y saltaba.

Sophie se remangó el vestido, giró en redondo y echó a correr por donde había venido. El polvo y la grava se levantaban a su paso. Percival estaba quieto, entristecido, en el camino junto al cubo y la regadera. Sophie lo agarró y tiró de él hasta detrás de los árboles más cercanos.

—¿Ocurre algo? —le preguntó él.

—¡Silencio! Es otra vez ese maldito espantapájaros —dijo Sophie sin aliento. Cerró los ojos—. No estamos aquí —musitó—. No nos

encuentras. Márchate. ¡Márchate deprisa, deprisa, deprisa!

—Pero ¿por qué…?

—¡Calla! Aquí no, aquí no, ¡aquí no! —insistió Sophie, desesperada. Abrió un ojo. El espantapájaros, ya casi entre los postes de piedra de la entrada, se había quedado inmóvil, balanceándose con incertidumbre—. Eso es —susurró Sophie—. No estamos aquí. Márchate deprisa. El doble de rápido, el triple de rápido, diez veces más rápido. ¡Márchate!

Y el espantapájaros se giró, titubeante, sobre el palo y emprendió el retroceso por el camino. Al cabo de unos cuantos brincos iniciales, pasó a dar saltos gigantescos, más y más rápidos, justo como Sophie le había ordenado. Ella apenas respiró y no soltó la manga de Percival hasta que el espantapájaros se perdió de vista.

—¿Qué es lo que le pasa? —inquirió Percival—. ¿Por qué no quieres que venga?

Sophie se estremeció. Como el espantapájaros iba por el camino, ahora no se atrevía a marcharse. Recogió la regadera y volvió a la mansión, donde un revoloteo atrajo su atención. Alzó la mirada hacia el edificio. El revoloteó salía de las grandes cortinas blancas que ondeaban en una cristalera abierta más allá de las estatuas en la terraza. Las estatuas ahora eran de una piedra blanca impoluta y había cortinas en la mayor parte de las ventanas, y también cristal. Los postigos estaban debidamente plegados junto a ellas, recién pintados de blanco. No se veía ninguna mancha verde ni desportilladura en la fachada enyesada de la casa, ahora de color crema. La puerta principal era una obra maestra pintada de negro con molduras e incrustaciones de oro, que enmarcaban un león dorado con un anillo en la boca a modo de aldaba.

—¡Bah! —dijo Sophie.

Resistió la tentación de colarse por la cristalera abierta para explorar, porque eso era lo que Howl quería que hiciese. Fue directa a la puerta principal, agarró la aldaba dorada y abrió de golpe la puerta con un estruendo. Howl y Michael se encontraban en la mesa de trabajo, donde desarmaban los preparativos de un hechizo con premura. Una parte de él debía de haber sido para cambiar la mansión, pero el resto, como a ella no le cupo duda, tenía que tratarse de alguna clase de hechizo de escucha. Cuando Sophie irrumpió en el interior, ambas caras se volvieron nerviosamente

hacia ella. Calcifer se zambulló al instante bajo los leños.

—Quédate detrás de mí, Michael —le murmuró el mago.

—¡Fisgón! —vociferó Sophie—. ¡Entrometido!

—¿Qué pasa? —dijo Howl—. ¿Es que también quieres los postigos en negro y dorado?

—Pero qué descaro… —tartamudeó ella—. ¡Eso no es lo único que has oído! Tú…, tú… ¿Desde cuándo sabes que yo estaba…, que estoy…?

—¿Hechizada? —sugirió Howl—. Bueno…

—Yo se lo dije —confesó Michael, echando un vistazo nervioso alrededor de Howl—. Mi Lettie…

—¡Tú! —chilló Sophie.

—La otra Lettie también se fue de la lengua —se apresuró a decir Howl—, eso ya lo sabes. Y la señora Fairfax habló largo y tendido ese día. Hubo un momento en que todo el mundo parecía estar informándome de ello. Incluso Calcifer lo hizo cuando se lo pregunté. Pero ¿de verdad crees que no conozco lo suficiente mi oficio para no reconocer un hechizo poderoso como ese cuando lo veo? He intentado varias veces quitártelo cuando no estabas mirando, aunque nada parece funcionar. Te llevé ante la señora Pentstemmon con la esperanza de que ella pudiera hacer algo, pero evidentemente no pudo. Y llegué a la conclusión de que te gusta disfrazarte.

—¡Disfrazarme! —gritó Sophie.

Howl se echó a reír.

—Debe de ser eso, porque tú misma lo estás haciendo. ¡Qué familia tan rara sois! ¿Tú también te llamas Lettie?

Aquello era demasiado. Justo en ese momento, Percival entró con aire nervioso, cargando con el cubo medio lleno de herbicida. Sophie soltó la regadera, le arrancó el cubo de las manos y se lo lanzó al mago. Howl se agachó y Michael lo esquivó. El herbicida estalló en una cortina de crepitantes llamas verdes que iba del suelo al techo. El cubo aterrizó con un estruendo metálico en el fregadero, donde todas las flores se marchitaron al instante.

—¡Au! —protestó Calcifer bajo los leños—. Eso era fuerte.

Howl recogió con cuidado la calavera bajo los humeantes restos marrones de las flores y la secó en una de sus mangas.

—Por supuesto que era fuerte —dijo—. Sophie nunca hace las

cosas a medias.

La calavera, cuando Howl la restregó, se volvió de un blanco reluciente y en la manga que estaba usando apareció una mancha desvaída de color azul y plateado. Howl dejó el cráneo sobre la mesa y se miró tristemente la manga.

Sophie se planteó salir otra vez del castillo y marcharse por el camino. Pero fuera estaba el espantapájaros, de manera que en su lugar optó por dejarse caer en la silla, donde se quedó sentada con actitud taciturna. «¡No voy a dirigirle la palabra a ninguno de ellos!», pensó.

—Sophie —la llamó Howl—, lo he intentado lo mejor que he podido. ¿No has notado que últimamente no tenías tantos dolores ni molestias? ¿O también te gustaba tenerlos? —Cuando ella no contestó, Howl se rindió y volvió hacia Percival—. Me alegra ver que le queda algo de inteligencia, después de todo. Ya estaba preocupado.

—No recuerdo gran cosa —afirmó él. Pero dejó de comportarse como un pasmarote y fue a coger la guitarra para afinarla. En cuestión de segundos, la tocó de un modo mucho más agradable.

—He ahí mi gran pesar —proclamó Howl con tono lastimero—. Soy un galés negado para la música. ¿Le has contado todo a Sophie? ¿O sabías lo que la bruja pretendía averiguar?

—Quería informarse sobre Gales —dijo Percival.

—Eso suponía —contestó Howl con seriedad—. En fin.

Se metió en el baño, donde desapareció durante las dos siguientes horas. En ese intervalo, Percival tocó una serie de tonadas con la guitarra despacio y pensativamente, como si estuviera impartiéndose lecciones a sí mismo sobre cómo hacerlo, y Michael iba gateando por el suelo para frotarlo con un paño humeante, intentando deshacerse del herbicida. Sophie permaneció sentada en la silla sin pronunciar palabra. Calcifer emergía a menudo bajo los leños y le echaba ojeadas, y luego volvía a esconderse debajo.

Howl salió del baño con el traje de un negro reluciente, el pelo de un blanco brillante y envuelto en una vaharada de vapor con aroma a gencianas.

—Puede que vuelva bastante tarde —le dijo a Michael—. Pasada la medianoche será el solsticio de verano y es posible que la bruja

trame algo. Así que mantén las defensas y recuerda todo lo que te he dicho, por favor.

—De acuerdo —asintió Michael mientras dejaba los restos humeantes del paño en el fregadero.

Howl se giró hacia Percival.

—Creo que sé lo que le ha pasado. Va a ser bastante trabajoso arreglarlo, pero lo intentaré mañana en cuanto regrese. —Fue hacia la puerta y se detuvo con la mano en el tirador—. Sophie, ¿aún no quieres hablar conmigo? —le preguntó con tristeza.

Ella sabía que Howl podría sonar triste hasta en el paraíso si le conviniera. Y acababa de usarla para sacarle información a Percival.

—¡No! —le espetó.

Él suspiró y salió. Entonces Sophie alzó la mirada y vio que el tirador apuntaba a la mancha negra.

«¡Esto ya es el colmo! —pensó—. ¡No me importa si mañana es el solsticio de verano! Me marcho de aquí».

Capítulo 20

En el que Sophie se topa con más dificultades al marcharse del castillo

Llegó el solsticio de verano. Y casi al mismo momento en que lo hacía, Howl entró por la puerta armando tal escándalo que Sophie se levantó disparada en su cuartito, convencida de que la bruja iba pisándole los talones.

—¡Piensan tanto en mí que siempre juegan sin mí! —bramó Howl.

Entonces Sophie se dio cuenta de que sólo estaba intentando cantar la cancioncilla de Calcifer sobre cazuelas y volvió a tumbarse, tras lo cual Howl se derrumbó en la silla y su pie tropezó con el taburete, que salió volando a la otra punta de la habitación. Después intentó subir las escaleras por el escobero y, luego, por el patio. Eso pareció dejarle algo desconcertado. Pero al final descubrió las escaleras, a excepción del peldaño de abajo del todo, con el que tropezó y se cayó de bruces. El castillo entero tembló.

—¿Qué ocurre? —inquirió Sophie, asomando la cabeza por el pasamanos.

—La reunión del club de rugby —contestó Howl, cargado de dignidad—. ¿A que no sabías que yo volaba como un rayo en la posición de ala para mi universidad, doña Nariz?

—Si lo que intentabas era volar, debe de habérsete olvidado la técnica —replicó Sophie.

—Nací con el don de las visiones extrañas, cosas invisibles a la vista, y sólo iba a acostarme cuando me has interrumpido. Sé dónde están todos los años pasados y quién rompió la pezuña del Diablo.

—Vete a la cama, idiota —dijo Calcifer con tono soñoliento—.

Estás borracho.

—¿Quién, yo? —exclamó Howl—. Os aseguro, amigos míos, que estoy completamente *sombrío*. —Se levantó y subió ofendido por las escaleras, tanteando la pared como si creyera que iba a escapársele si dejaba de tocarla. La puerta del dormitorio, por su parte, sí que se le escapó—. ¡Menuda mentira! —comentó mientras se chocaba con la pared—. Mi deslumbrante deshonestidad será mi salvación.

Se chocó varias veces más con la pared, en varios sitios distintos, antes de que descubriera la puerta de su cuarto y entrase por ella con gran estruendo. Sophie lo oyó caerse dentro, de un lado a otro, asegurando que la cama lo esquivaba.

—¡Es insufrible! —masculló, y decidió marcharse de inmediato.

Desafortunadamente, el ruido que Howl había armado despertó a Michael y de paso a Percival, que estaba durmiendo en el suelo de su habitación. Michael bajó las escaleras y dijo que, como ya estaban muy despiertos, para el caso bien podrían salir a recoger las flores para las guirnaldas del solsticio, aprovechando que seguía haciendo fresco. Sophie no lamentó salir al prado florido una vez más. Ahí fuera había una neblina cálida, lechosa, impregnada de aromas y de colores semiescondidos. Sophie anduvo cojeando de un lado a otro, tanteando la tierra blanda con el bastón, y escuchó los trinos y gorjeos de miles de pájaros, sintiéndose muy apesadumbrada. Acarició un lirio, sedoso y húmedo por el rocío, y pasó los dedos por una de las flores púrpuras de pétalos desiguales con estambres salpicados de polen. Volvió la vista al alargado castillo negro que se recortaba sobre la niebla a su espalda y suspiró.

—Lo ha mejorado mucho —comentó Percival mientras colocaba un montón de hibiscos en el balde flotante de Michael.

—¿Quién? —dijo Michael.

—Howl. Al principio aquí sólo había matorrales, y eran bastante pequeños y secos.

—¿Recuerdas haber estado aquí antes? —le preguntó Michael con entusiasmo. No había renunciado ni por asomo a su idea de que Percival podía ser el príncipe Justin.

—Creo que estuve aquí con la bruja —contestó él con incertidumbre.

Llenaron dos cubos más de flores. Sophie se fijó en que, la segunda vez que volvieron, Michael giró el tirador sobre la puerta varias veces. Eso debía de estar relacionado con impedirle la entrada a la bruja. Luego, por supuesto, hubo que preparar las guirnaldas del solsticio, lo que llevó un buen rato. Sophie tenía intención de dejar que Michael y Percival se encargaran de eso, pero Michael estaba demasiado ocupado formulándole al antiguo perro preguntas astutas y Percival acometía la tarea con demasiada lentitud. Ella sabía qué era lo que causaba el entusiasmo de Michael: Percival tenía un algo especial, como si estuviese a la espera de que sucediese algo pronto. Eso le hizo preguntarse hasta qué punto seguía estando dominado por la bruja. Al final, le tocó a ella hacer la mayor parte de las guirnaldas. Cualquier idea que pudo haber albergado sobre quedarse y ayudar a Howl contra la bruja se desvaneció. Howl, que podría haber hecho todas las guirnaldas con una simple floritura de la mano, ahora roncaba con tanta fuerza que se le oía desde la tienda.

Tardaron tanto en preparar las guirnaldas que llegó la hora de abrir la tienda antes de que hubieran terminado. Michael fue a buscarles pan con miel y desayunaron mientras atendían a la primera y gran oleada de clientes. Aunque el solsticio de verano, como tiende a suceder con las festividades, había amanecido nublado y algo frío en Market Chipping, media ciudad entró engalanada con su indumentaria más elegante a comprar flores y guirnaldas para el festival. En la calle se oía el bullicio habitual. Fue tanta la gente que entró que llegó el mediodía antes de que Sophie por fin pudiera escabullirse escaleras arriba y pasar por el escobero. Habían ganado tanto dinero, pensó mientras metía algo de comida y su antigua ropa en un hatillo, que el montón que Michael guardaba bajo la piedra de la chimenea iba a abultar diez veces más.

—¿Has venido a hablar conmigo? —le preguntó Calcifer.

—Un momento —dijo Sophie mientras atravesaba la estancia con el hatillo oculto a la espalda. No quería que el demonio armase un alboroto para protestar por el contrato.

Alargó la mano para descolgar el bastón de la silla y, en ese momento, alguien llamó a la puerta. Sophie se quedó quieta, con el brazo todavía extendido, y miró inquisitivamente a Calcifer.

—Es la puerta de la mansión —dijo este—. De carne y hueso e inofensivo.

Los golpes se repitieron. «¡Esto es lo que pasa siempre que intento marcharme!», pensó ella. Giró el tirador hasta la mancha naranja y abrió la puerta.

Había un carruaje en el camino más allá de las estatuas, tirado por un par de buenos caballos. Sophie lo atisbó a los lados del altísimo criado que había llamado a la puerta.

—La señora Sacheverell Smith visita a los nuevos residentes —anunció.

«¡Qué inoportuno!», pensó. Aquello era consecuencia de la pintura nueva y las cortinas que había puesto Howl.

—No estamos en ca… —empezó, pero la señora Sacheverell Smith apartó al criado y pasó al interior.

—Espéreme en el carruaje, Theobald —le ordenó a este mientras entraba majestuosamente junto a Sophie, plegando su sombrilla.

Era Fanny, y una Fanny de apariencia fabulosamente próspera vestida de seda color crema. Llevaba un sombrero también de seda color crema adornado con rosas del que Sophie se acordaba más que bien. Recordaba lo que le había dicho a ese sombrero mientras lo decoraba: «Tú vas a casarte por dinero». Y estaba bastante claro, a juzgar por su aspecto, que eso había hecho Fanny.

—¡Oh, vaya! —dijo Fanny, echando un vistazo a la estancia—. Debe de tratarse de un error. ¡Estas son las dependencias de los criados!

—Bueno…, eh…, todavía no estamos instalados del todo, señora —dijo Sophie, y se preguntó cómo se sentiría Fanny si supiera que la vieja sombrerería estaba justo al otro lado del escobero.

Fanny se dio la vuelta y la miró boquiabierta.

—¡Sophie! —exclamó—. Oh, cielo santo, niña, ¿qué te ha pasado? ¡Parece que tengas noventa años! ¿Has estado enferma? —Y, para su sorpresa, Fanny lanzó a un lado el sombrero, la sombrilla y sus modales refinados, la envolvió con los brazos y se echó a llorar—. Ay, ¡no sabía qué había sido de ti! —sollozó—. Fui a ver a Martha y escribí a Lettie, pero ninguna lo sabía. Las muy tontas se intercambiaron los sitios, ¿lo sabías? ¡Pero nadie sabía nada de ti! Aún sigue activa la recompensa que ofrecí. ¡Y hete aquí, trabajando de criada, cuando podrías estar viviendo colina arriba,

rodeada de lujos conmigo y el señor Smith!

Sophie descubrió que ella también estaba llorando. Se apresuró a soltar el hatillo y condujo a Fanny hasta la silla. Luego enderezó el taburete y se sentó junto a Fanny, cogiéndole la mano. A esas alturas ya estaban ambas riéndose, aparte de llorando. Se alegraban inmensamente de verse otra vez.

—Es una larga historia —dijo Sophie después de que Fanny le preguntara por sexta vez qué le había sucedido—. Cuando miré el espejo y me vi así, me quedé tan conmocionada que decidí marcharme…

—Demasiado trabajo —farfulló Fanny, desconsolada—. ¡No sabes cuánto me he culpado!

—No, no es eso —respondió Sophie—. Y no debes preocuparte, porque el mago Howl me acogió…

—¡El mago Howl! —chilló Fanny—. ¡Ese hombre perverso! ¿Ha sido él quien te ha hecho esto? ¿Dónde está? ¡Llévame ante él!

Agarró la sombrilla y se levantó con una actitud tan combativa que Sophie tuvo que forzarla a sentarse. No quería ni imaginarse cómo reaccionaría Howl si Fanny lo despertara clavándole la sombrilla.

—¡No, no! —la contradijo—. Howl ha sido muy amable conmigo.

Y eso era cierto, advirtió entonces: Howl demostraba su amabilidad de una forma bastante extraña, pero, teniendo en cuenta todo lo que Sophie había hecho para fastidiarlo, había sido muy bueno con ella.

—¡Pero dicen que come mujeres vivas! —insistió Fanny, todavía forcejeando para ponerse en pie.

Sophie bajó la sombrilla que seguía agitando.

—No es así. Escúchame: ¡no es para nada perverso! —Ante esto sonó un leve ruido sibilante en la chimenea, donde Calcifer las observaba con interés—. ¡No lo es! —repitió tanto para Calcifer como para Fanny—. ¡En todo el tiempo que llevo aquí, no lo he visto hacer ni un solo hechizo malvado! —Lo que, una vez más, era cierto, lo sabía.

—Entonces tendré que creerte —dijo Fanny, relajándose—, aunque estoy segura de que si se ha reformado debe de ser por ti. Tú siempre fuiste hábil, Sophie. Eras capaz de detener las rabietas

de Martha cuando yo no conseguía lo más mínimo con ella. ¡Y siempre dije que era gracias a ti que Lettie se saliera con la suya la mitad de las veces, en lugar de todas! ¡Pero deberías haberme dicho dónde estabas, cariño!

Sophie sabía que debería haberlo hecho. Se había dejado influir por la opinión que Martha tenía de Fanny, cuando ella ya la conocía y debería haber sabido que no era así. Se sintió avergonzada.

Fanny estaba impaciente por contarle cosas del señor Sacheverell Smith. Se lanzó a una crónica larga y llena de entusiasmo sobre cómo había conocido al señor Smith la misma semana que Sophie se marchó. Ella la contempló mientras hablaba. Ser anciana le daba una perspectiva nueva de Fanny: era una mujer que seguía siendo joven y guapa, y la sombrerería le había resultado tan aburrida como a Sophie. Pero había seguido allí y lo había hecho lo mejor que había podido, tanto con la tienda como con las tres niñas, hasta que el señor Hatter murió. Fue entonces cuando de repente le había dado miedo ser justo como era ahora Sophie: vieja, sin razón para serlo y sin haber logrado nada en la vida.

—Y entonces, como tú ya no estabas allí para traspasártela, no parecía haber motivo para no vender la tienda —estaba explicándole Fanny cuando sonaron unos pasos en el escobero.

Michael entró en la habitación.

—Hemos cerrado ya la tienda —anunció—. ¡Y mira quién está aquí!

Iba de la mano de Martha, que ahora estaba más delgada y con la piel más pálida, y su aspecto volvía a ser casi el suyo. Soltó la mano de Michael y se lanzó hacia Sophie, gritando:

—¡Sophie, deberías habérmelo dicho! —Y la rodeó con los brazos.

Luego se arrojó sobre Fanny para abrazarla como si nunca hubiera pensado todas esas cosas sobre ella.

Pero eso no fue todo. Lettie y la señora Fairfax entraron por el escobero detrás de Martha, cargando con una cesta entre ambas, y detrás vino Percival, que parecía más animado de lo que Sophie lo había visto nunca.

—Nos subimos al carruaje en cuanto amaneció —dijo la señora Fairfax— y hemos traído… ¡Dios mío! ¡Pero si es Fanny! —Soltó su

asa de la cesta y fue corriendo a abrazar a Fanny, y Lettie soltó su otra asa y fue corriendo a abrazar a Sophie.

De hecho, hubo tantos abrazos y exclamaciones y chillidos que a Sophie le pareció un milagro que Howl no se hubiera despertado. Pero lo oía roncar incluso entre los gritos. «Tendré que marcharme al atardecer», pensó. Se alegraba demasiado de ver a todo el mundo como para plantearse irse antes.

Lettie tenía mucho afecto a Percival. Mientras Michael llevaba la cesta a la mesa de trabajo y desempaquetaba pollo frío, vino y postres de miel, Lettie se agarró al brazo de Percival con un alarde posesivo que Sophie no llegaba a aprobar, y le instó a que le contara todo lo que recordara. A Percival no pareció molestarle. Lettie estaba tan adorable que Sophie no lo culpaba.

—Cuando vino, no paró de transformarse en un hombre y luego en perros distintos, e insistía en que me conocía —le explicó Lettie a Sophie—. Yo sabía que nunca lo había visto, pero daba igual. —Le dio palmaditas a Percival en el hombro como si siguiera siendo un perro.

—Pero ¿conocías al príncipe Justin? —preguntó Sophie.

—Ah, sí —contestó Lettie a la ligera—. Eso sí, iba disfrazado con un uniforme verde, pero obviamente era él. Se comportaba de un modo muy zalamero y cortés, incluso cuando estaba molesto por lo de los hechizos de búsqueda. Tuve que prepararle dos lotes porque no dejaban de apuntar a que el mago Suliman se hallaba en algún punto entre nosotros y Market Chipping, y él juraba que eso no podía ser cierto. Y mientras los preparaba me interrumpió sin cesar, llamándome «dulce dama» con sarcasmo y preguntándome quién era yo, dónde vivía mi familia y cuántos años tenía. ¡Me pareció una insolencia! Preferiría quedarme antes con el mago Howl, ¡y eso ya es decir!

A esas alturas, todo el mundo iba de un lado a otro, comiendo pollo y bebiendo sorbos de vino. Calcifer parecía sentirse tímido: se había encogido en unos destellos verdes y nadie reparaba en él. Sophie quería presentárselo a Lettie e intentó persuadirle de que saliera.

—¿Ese es de verdad el demonio que está a cargo de la vida de Howl? —inquirió Lettie, mirando los destellos verdes con bastante incredulidad.

Sophie alzó la vista para asegurar a su hermana que Calcifer era real y en ese momento vio a la señorita Angorian junto a la puerta, con aire apocado y titubeante.

—Oh, perdónenme. He venido en un mal momento, ¿verdad? —dijo la profesora—. Sólo quería hablar con Howell.

Sophie se irguió, indecisa sobre qué hacer. Le avergonzaba la forma en que había expulsado antes a la señorita Angorian. Sólo había sido porque sabía que Howl estaba cortejándola. Por otro lado, eso no significaba que tuviera que agradarle.

Michael tomó las riendas saludando a la recién llegada con una sonrisa radiante y una exclamación de bienvenida.

—Howl está dormido en estos momentos —le explicó—. Entre y tómese una copa de vino mientras espera.

—Muy amable —contestó la señorita Angorian.

Pero era evidente que no estaba contenta. Rechazó el vino y deambuló nerviosa de acá para allá, mordisqueando un muslo de pollo. La estancia estaba llena de gente que se conocía muy bien y ella era la extraña. Fanny no ayudó cuando interrumpió su interminable conversación con la señora Fairfax para decir:

—¡Qué ropa tan pintoresca!

Martha tampoco fue de ayuda. Había visto la manera tan admirativa en que Michael había saludado a la señorita Angorian, y ahora se aseguró de que Michael no hablara con nadie que no fuera ella o Sophie. Y Lettie se limitó a ignorarla para sentarse con Percival en las escaleras.

Pronto, la señorita Angorian pareció decidir que ya había tenido suficiente. Sophie la vio en la puerta, tratando de abrirla, y se apresuró a ir a su lado sintiéndose muy culpable. Al fin y al cabo, los sentimientos de la señorita Angorian por Howl debían de ser muy intensos si había ido hasta allí.

—Por favor, no se marche todavía —le pidió—. Iré a despertar a Howl.

—Oh, no, no lo haga —dijo la profesora con una sonrisa nerviosa—. Tengo el día libre y no me importa esperar. Pensaba salir a explorar un poco fuera. El ambiente aquí está bastante cargado con ese extraño fuego verde.

A Sophie esa le pareció la manera perfecta de librarse de la señorita Angorian sin librarse realmente de ella. Le abrió la puerta

con amabilidad. Por algún motivo, quizás a causa de las defensas que Howl le había pedido a Michael que mantuviera, el tirador había girado a la mancha morada. Fuera, el sol resplandecía entre la neblina y los arbustos a la deriva de flores rojas y púrpuras.

—¡Qué preciosidad de rododendros! —exclamó la señorita Angorian con su voz más ronca e intensa—. ¡Debo ir a echar un vistazo! —Llena de entusiasmo, bajó de un salto a la hierba pantanosa.

—¡No vaya al sudeste! —le advirtió Sophie.

El castillo vagaba hacia un lado. La señorita Angorian enterró su hermoso rostro en un manojo de flores blancas.

—No me alejaré mucho —prometió.

—¡Dios mío! —chilló Fanny, que apareció detrás de Sophie—. Pero ¿qué le ha pasado a mi carruaje?

Sophie se lo explicó lo mejor que pudo. Sin embargo, Fanny estaba tan preocupada que tuvo que girar el tirador de la puerta hasta la mancha naranja y abrirla de nuevo para enseñarle el camino de la mansión, ahora bajo un cielo mucho más gris, donde el criado y el cochero de Fanny se hallaban sentados en el techo del carruaje comiendo salchichón y jugando a las cartas. Sólo entonces se creyó Fanny que su carruaje no se lo había llevado nadie como por arte de magia. Sophie estaba intentando explicarle, sin saber demasiado ella misma, cómo una puerta podía conducir a varios lugares diferentes, cuando Calcifer se elevó rugiendo bajo los leños:

—¡Howl! —aulló mientras la chimenea se llenaba de llamas azules—. ¡Howl! ¡Howell Jenkins, la bruja ha encontrado a la familia de tu hermana!

De encima llegaron dos golpes violentos. La puerta del dormitorio de Howl se abrió de golpe y Howl bajó las escaleras a toda velocidad, empujando a Lettie y Percival fuera de su camino. Fanny soltó un débil chillido al verlo. El pelo de Howl parecía un almiar y tenía los ojos muy enrojecidos.

—¡Ha ido directa a mi flanco débil, la condenada! —gritó, apuntando a la habitación con las mangas negras ondeantes—. ¡Temía que lo hiciera! ¡Gracias, Calcifer! —Apartó a Fanny de un empellón y abrió la puerta de par en par.

Sophie lo oyó cerrar de un portazo mientras subía cojeando las escaleras. Sabía que era entrometido por su parte, pero tenía ver

qué sucedía. Al cruzar la habitación de Howl, notó cómo todos la seguían.

—¡Qué cuarto tan sucio! —exclamó Fanny.

Sophie miró por la ventana. En el jardín bien cuidado lloviznaba. El columpio estaba salpicado de gotas, igual que la melena roja y ondulada de la bruja. Permanecía apoyada contra el columpio, alta e imponente con su túnica roja, al tiempo que hacía señas sin cesar. La sobrina de Howl, Mari, avanzaba hacia ella arrastrando los pies sobre la hierba mojada. No parecía querer ir, pero era como si no tuviera elección. Detrás de ella, el sobrino de Howl, Neil, se deslizaba también hacia la bruja con todavía más lentitud, fulminándola con su mirada más feroz. Y la hermana de Howl, Megan, iba detrás de los dos niños. Sophie la vio gesticular con los brazos, y abrir y cerrar la boca. No cabía duda de que estaba cantándole las cuarenta a la bruja, pero eso no evitaba que también saliera arrastrada hacia ella.

Howl apareció de improviso en el césped. No se había molestado en alterarse la ropa. Tampoco se molestó en hacer nada de magia, sino que se lanzó directo hacia la bruja. Ella fue a agarrar a Mari, pero la niña seguía estando demasiado lejos. Howl llegó a su sobrina primero, la lanzó detrás de él y cargó hacia delante. Y la bruja salió corriendo. Corría como un gato perseguido por un perro, a lo largo del césped y hacia la pulcra cerca, con la túnica como una ráfaga llameante y con Howl, el perro a la zaga, a un metro o así detrás y acortando las distancias. La bruja desapareció al saltar la cerca en un borrón rojo. Howl fue tras ella en un borrón negro con mangas ondeantes, y ambos quedaron fuera de la vista, ocultos por la cerca.

—Espero que la atrape —dijo Martha—. La niña está llorando.

Abajo, Megan rodeó con un brazo a Mari y se llevó a ambos críos dentro de la casa. No había forma de saber qué había pasado con Howl y la bruja. Lettie, Percival, Martha y Michael bajaron las escaleras. Fanny y la señora Fairfax se quedaron paralizadas por el asco al ver el estado del dormitorio.

—¡Mira esas arañas! —chilló la señora Fairfax.

—¡Y el polvo de esas cortinas! —añadió Fanny—. Annabel, vi que había algunas escobas en el pasaje del que saliste antes.

—Vamos a cogerlas —dijo su amiga—. Te remangaré ese

vestido, Fanny, y nos pondremos manos a la obra. ¡No puedo soportar la idea de que una habitación esté en semejante estado!

«Oh, ¡pobre Howl! —pensó Sophie—. ¡Con lo que adora esas arañas!». Se quedó rondando por las escaleras, dubitativa sobre cómo podría detener a la señora Fairfax y a Fanny.

—¡Sophie! —la llamó Michael desde abajo—. Vamos a echar una ojeada por la mansión. ¿Quieres venir?

Eso parecía lo ideal para evitar que las dos mujeres se pusieran a limpiar. Sophie llamó a Fanny y bajó renqueando con premura por las escaleras. Lettie y Percival ya estaban abriendo la puerta. Lettie no había estado escuchando cuando Sophie le dio las explicaciones a Fanny y era evidente que Percival tampoco lo entendía. Se habían equivocado y estaban abriendo la puerta con la mancha morada apuntando hacia abajo. Sophie atravesó la habitación para sacarlos de su error.

Entonces el espantapájaros se cernió amenazadoramente sobre las flores.

—¡Cerrad! —gritó Sophie. Ahora entendía lo que había pasado. En realidad, la noche antes había ayudado al espantapájaros ordenándole que fuera diez veces más rápido; se había limitado a ir a toda velocidad hacia la entrada del castillo para tratar de acceder por ahí. Pero la señorita Angorian seguía fuera, y Sophie se preguntó si estaría desmayada entre los matorrales con un susto de muerte—. No, por favor —musitó débilmente.

Nadie la oyó, de todos modos. La cara de Lettie se había puesto del color del vestido de Fanny y estaba abrazándose con fuerza a Martha. Percival estaba quieto contemplando la escena y Michael intentaba coger la calavera, cuyos dientes castañeaban tanto que amenazaba con caerse de la mesa y llevarse consigo una botella de vino. Y la calavera también parecía obrar un extraño efecto en la guitarra, porque había empezado a soltar varios tuangs largos y resonantes: ¡praaaam, pruuuuum!, ¡praaaam, pruuuuum!

Calcifer llameó por la chimenea.

—Ese ser está hablando —le indicó a Sophie—. Dice que no pretende hacernos daño. Creo que es verdad. Está esperando a que le des permiso para entrar.

En efecto, el espantapájaros se había quedado quieto. No estaba tratando de colarse dentro como la otra vez. Y Calcifer debía de

fiarse de él, puesto que había detenido el deambular del castillo. Sophie miró la cara de nabo y los andrajos ondeantes. Ya no le parecía tan aterrador, después de todo. La primera vez que lo vio experimentó cierta camaradería por él. Ahora más bien sospechaba que lo había convertido en una excusa conveniente para no marcharse del castillo porque lo que en el fondo deseaba era quedarse. Y ya no tenía sentido. Iba a tener que irse de todos modos: Howl prefería a la señorita Angorian.

—Por favor, entra —le dijo con una especie de graznido.

«Braaaaaaaam», soltó la guitarra.

El espantapájaros irrumpió en la habitación con un gran brinco lateral. Luego se quedó balanceándose sobre su única pierna como si estuviera buscando algo. El aroma de flores que despedía no disimulaba su propio olor a polvo y nabo podrido.

Los dientes de calavera volvieron a castañear bajo los dedos de Michael. El espantapájaros se giró de buena gana y se dejó caer de lado sobre ella. Michael intentó rescatarla, aunque luego se apresuró a apartarse de su camino. Pues, en cuanto el espantapájaros aterrizó en la mesa, se produjo un chisporroteo de magia poderosa y la calavera se fundió con la cabeza de nabo del espantapájaros. Pareció introducirse en ella y rellenarla. Entonces se dibujó el contorno de una cara bastante hosca en el nabo. El problema era que estaba en la espalda del espantapájaros. Este se revolvió con rigidez, se irguió y dio unos saltitos indecisos, y después giró en redondo su cuerpo, de manera que la parte frontal quedase bajo las facciones hurañas del nabo. Acto seguido, relajó los brazos alargados, que le cayeron por los costados.

—Ahora puedo hablar —dijo con voz algo pastosa.

—Creo que voy a desmayarme —anunció Fanny desde las escaleras.

—Tonterías —replicó la señora Fairfax detrás de su amiga—. Ese ser no es más que un gólem mágico. Tiene que cumplir lo que le mandaron a hacer. Son bastante inofensivos.

No obstante, Lettie parecía al borde del desmayo. Pero el único que se desmayó fue Percival. Se desplomó en el suelo, de un modo bastante inaudible, y se quedó hecho un ovillo como si se hubiera dormido. Pese a su pánico, Lettie fue corriendo hacia él, aunque retrocedió cuando el espantapájaros dio otro brinco y se situó ante

Percival.

—Esta es una de las partes que me enviaron a buscar —dijo con esa voz tan pastosa. Se balanceó en su palo hasta quedar frente a Sophie—. He de darte las gracias. Mi cráneo estaba muy lejos y me quedé sin fuerzas antes de alcanzarlo. Hubiera seguido tumbado en ese seto para siempre de no ser porque al hablarme me infundiste vida. —Se giró hacia la señora Fairfax y Martha—. También os estoy agradecido a vosotras dos.

—¿Quién te envió? ¿Qué es lo que debes hacer? —le preguntó Sophie.

El espantapájaros osciló con indecisión.

—Algo más que esto. Siguen faltando partes.

Todo el mundo esperó, la mayoría demasiado impactados para hablar, mientras el espantapájaros rotaba de un lado a otro, en apariencia pensativo.

—¿Qué parte constituye Percival? —inquirió Sophie.

—Deja que él mismo se reponga —terció Calcifer—. Nadie le ha pedido antes que se expliq… —De repente, enmudeció y se encogió hasta que sólo quedó a la vista una llamita imperceptible.

Michael y Sophie intercambiaron una mirada de alarma.

Entonces salió de la nada una nueva voz. Sonaba amplificaba y amortiguada al mismo tiempo, como si procediera de una caja, pero era inconfundiblemente la de la bruja.

—Michael Fisher —dijo—, informa a tu maestro, Howl, de que ha caído en mi trampa. Tengo a la mujer llamada Lily Angorian en mi fortaleza del Páramo. Infórmale de que sólo la dejaré marchar si él mismo viene a buscarla. ¿Ha quedado claro, Michael Fisher?

El espantapájaros dio una vuelta completa y se dirigió saltando hacia la puerta abierta.

—¡Oh, no! —gritó Michael—. ¡Detenedlo! ¡La bruja ha debido de enviarlo para que ella también pudiese entrar!

Capítulo 21

En el que un contrato concluye ante testigos

Casi todos echaron a correr tras el espantapájaros. Sophie, por su parte, echó a correr en dirección contraria, a través del escobero y hasta la tienda, y cogió el bastón a su paso.

—¡Esto es culpa mía! —murmuró—. ¡Tengo un don especial para que las cosas me salgan mal! Podría haber insistido a la señorita Angorian en que se quedase dentro. Sólo tenía que tratarla con amabilidad, ¡pobrecilla! Puede que Howl me haya perdonado muchas cosas, ¡pero esto no me lo va a perdonar sin más!

En la floristería sacó de un tirón las botas de siete leguas del escaparate y echó al suelo los hibiscos, las rosas y el agua que contenían. Luego abrió la puerta de la tienda y arrastró las botas hasta la acera atestada de gente.

—Perdón —les dijo a los diversos zapatos y mangas ondeantes que se cruzaban en su camino. Alzó la vista al sol, que no era muy visible en el cielo encapotado—. Veamos. Sudeste… Por ahí. Perdón, perdón —repitió mientras hacía algo de hueco para las botas entre los paseantes.

Las dejó en el suelo apuntando en la dirección correcta. Después metió los pies dentro y dio una zancada.

Zas-zas, zas-zas, zas-zas,
zas-zas
,
zas-zas
,
zas-zas
,

zas-zas
. Iba así de rápido, y era todavía más borroso y acelerado con ambas botas que con una. Cada dos trancos atisbaba imágenes rápidas: la mansión al final del valle, resplandeciente entre los árboles, con el carruaje de Fanny en la puerta; helechos en una ladera; un riachuelo desembocando en un valle muy verde; el mismo río fluyendo por un valle mucho más ancho; el mismo valle, tan inmenso que parecía infinito y azul en la distancia, y un montón de torres muy muy lejanas que podrían tratarse de Kingsbury; la llanura que volvía a estrecharse hacia las montañas; una montaña que se inclinaba tan abruptamente bajo su bota que dio un traspié a pesar del bastón, y ese traspié la condujo al borde de un desfiladero envuelto en una neblina azulada y de gran profundidad, en cuyo fondo asomaban copas de árboles, donde tuvo que dar otra zancada para no caerse.

Y aterrizó en un montón de arena amarilla y quebradiza. Hundió en ella el bastón y examinó cuidadosamente lo que la rodeaba. Por detrás de su hombro derecho, a unos cuantos kilómetros de allí, una niebla blanca y vaporosa ocultaba casi por completo las montañas que acababa de atravesar. Bajo la niebla se entreveía una franja de un verde oscuro. Sophie asintió. Aunque no distinguía el castillo ambulante desde esa distancia, estaba segura de que la niebla correspondía a la zona de las flores. Dio otra zancada con cautela. Zas. Hacía un bochorno espantoso. La arena, de un amarillo arcilla, se extendía ahora por todas partes, despidiendo destellos que destacaban entre el calor. Había rocas diseminadas caóticamente. Lo único que parecía crecer allí era algún que otro arbusto en sombríos tonos grisáceos. Las montañas se asemejaban a nubes saliendo por el horizonte.

—Si esto es el Páramo —dijo Sophie, con las arrugas surcadas de sudor—, me compadezco de la bruja por tener que vivir aquí.

Dio otra zancada. El viento que levantó el paso no la refrescó lo más mínimo. Las rocas y los arbustos seguían siendo los mismos, pero la arena se volvió más gris y las montañas parecieron haberse hundido bajo el cielo. Sophie escudriñó la temblorosa luz grisácea de delante, donde creyó vislumbrar algo más alto que las rocas. Dio otra zancada.

Ahora aquello era un horno. Pero había una mole de aspecto

peculiar a unos cuatrocientos metros de allí, situada sobre una ligera elevación en el terreno sembrado de rocas. Era una forma rocambolesca de torrecillas retorcidas que se izaban hasta alcanzar una torre principal con la punta algo ladeada, como un dedo huesudo y entrado en años. Sophie sacó los pies de las botas. Hacía demasiado calor para cargar con algo tan pesado, por lo que emprendió una caminata fatigosa para investigar con su bastón como única ayuda.

La construcción parecía estar compuesta de la arena amarilla y grisácea del Páramo. Al principio se preguntó si sería algún tipo de hormiguero extraño. No obstante, a medida que se aproximaba, vio que era como si algo hubiese fusionado miles de granulosas macetas amarillas en un montón. Sonrió. El castillo ambulante a menudo le había recordado mucho al interior de una chimenea. Este edificio era más bien una colección de chimeneas por la parte exterior. Tenía que ser obra de un demonio.

Al ascender sin resuello por la elevación, supo con certeza que esa era la fortaleza de la bruja. Dos pequeñas figuras anaranjadas habían salido de un espacio oscuro en la base y la esperaban inmóviles. Reconoció a los dos jóvenes pajes de la bruja. Pese a lo acalorada y jadeante que iba, intentó mostrarse cortés con ellos para demostrarles que no tenía nada en su contra.

—Buenas tardes —los saludó.

Ellos se limitaron a lanzarle miradas enfurruñadas. Uno se inclinó y alargó la mano, señalando hacia la oscura arcada deforme entre dos columnas curvas constituidas por chimeneas. Sophie se encogió de hombros y lo siguió al interior. El otro paje caminaba detrás de ella. Y, por supuesto, la entrada se desvaneció tan pronto como la atravesó. Sophie se encogió de hombros nuevamente. Ya se preocuparía de ese problema cuando regresara.

Se recolocó el chal de encaje, se alisó la falda arrugada y continuó adelante. Aquello era un poco como pasar por la puerta del castillo con el tirador girado hacia la mancha negra. Hubo un momento de nada, seguido de una luz tenue. La luz provenía de unas llamas verdosas que ardían y titilaban alrededor, pero tan imprecisas que no emitían calor ni apenas luz. Cuando las buscaba, las llamas nunca estaban en el sitio que miraba, sino a un lado. Pero así era la magia. Sophie volvió a encogerse de hombros y siguió al

paje de un lado a otro entre pilares estrechos con la misma apariencia de chimeneas que el resto del edificio.

Por fin, los pajes la condujeron a una especie de guarida central. O quizá fuera sólo un espacio entre pilares. A esas alturas, Sophie ya estaba confundida. La fortaleza parecía enorme, aunque sospechaba que era una impresión engañosa, igual que en el caso del castillo. La bruja la esperaba allí. Una vez más, ignoraba por qué lo sabía…, pero no podía ser nadie más. La bruja ahora era inmensamente alta y escuálida, y tenía el pelo rubio, recogido con una cuerda en una coleta que le caía sobre un hombro huesudo. Llevaba un vestido blanco. Cuando Sophie fue directa a ella, blandiendo su bastón, la bruja retrocedió.

—¡A mí no se me amenaza! —exclamó, y su voz sonó cansada y frágil.

—Entrégueme a la señorita Angorian y no se le amenazará —replicó Sophie—. Me la llevaré lejos de aquí.

La bruja retrocedió más, gesticulando con ambas manos. Y los dos pajes se diluyeron en unos viscosos amasijos naranjas que se elevaron y salieron disparados hacia Sophie.

—¡Puaj! ¡Fuera! —gritó ella mientras los golpeaba con el bastón.

El bastón no parecía importarles. Lo esquivaron y zigzaguearon, y luego se precipitaron detrás de Sophie.

Ya creía que los había vencido cuando se vio pegada por ellos a un pilar semejante a una chimenea. Al intentar moverse, una sustancia naranja y viscosa rodeó sus tobillos y le tiró del pelo de un modo bastante doloroso.

—¡Casi prefiero el cieno verde! —se quejó Sophie—. Espero que no fueran chicos de verdad.

—Sólo efluvios —dijo la bruja.

—Suélteme —exigió Sophie.

—No. —La bruja se dio la vuelta y pareció aburrirse de ella.

Sophie empezó a temer que, como de costumbre, la hubiera liado. La sustancia pegajosa parecía estar volviéndose más fuerte y flexible con cada segundo que pasaba. Cuando intentó moverse, aplastó de golpe su espalda contra el pilar de cerámica.

—¿Dónde está la señorita Angorian?

—No la encontrará —contestó la bruja—. Esperaremos hasta que venga Howl.

—No va a venir —repuso Sophie—. Es lo bastante sensato como para no hacerlo. Además, su maldición no se ha cumplido.

—Se cumplirá —afirmó la bruja con una leve sonrisa—, ahora que usted ha caído en nuestro engaño y ha venido aquí. A Howl no le quedará más remedio que ser honesto por una vez.

Hizo otro gesto, esta vez en dirección a las llamas tenues, y una especie de trono salió rodando pesadamente entre dos pilares y se detuvo ante la bruja. Había un hombre sentado encima con un uniforme verde y botas altas, relucientes. Al principio Sophie creyó que estaba dormido, con la cabeza escondida en un lateral. Pero entonces la bruja gesticuló de nuevo. El hombre se sentó recto. Y sobre sus hombros no reposaba ninguna cabeza. En ese momento, Sophie se dio cuenta de que estaba contemplando lo que quedaba del príncipe Justin.

—Si yo fuera Fanny —dijo—, amenazaría con desmayarme. ¡Devuélvale de inmediato la cabeza! ¡Así tiene un aspecto horrible!

—Me deshice de ambas cabezas hace meses —replicó la bruja—. Vendí el cráneo del mago Suliman al vender su guitarra. La cabeza del príncipe Justin está dando vueltas por ahí junto con los otros restos. Este cuerpo es una mezcla perfecta del príncipe Justin y el mago Suliman. Está esperando a que se le una la cabeza de Howl para convertirse en nuestro humano perfecto. En cuanto tengamos la cabeza de Howl, tendremos al nuevo rey de Ingary y yo gobernaré como reina.

—¡Está loca! —espetó Sophie—. ¡No tiene derecho a hacer puzles con la gente! Y dudo que la cabeza de Howl haga una sola cosa de lo que usted desee. Se las apañará para escabullirse de alguna manera.

—Howl hará exactamente lo que le ordenemos —aseguró la bruja con una sonrisa astuta, reservada—. Controlaremos a su demonio del fuego.

Entonces Sophie advirtió que estaba muy asustada. Ahora sí que sabía que la había liado.

—¿Dónde está la señorita Angorian? —inquirió, agitando el bastón.

A la bruja eso no le gustó. Retrocedió.

—Estoy muy cansada —protestó—. Entre unos y otros, no dejáis de arruinar mis planes. Primero el mago Suliman no quería

acercarse al Páramo, de manera que tuve que amenazar a la princesa Valeria para que el rey le ordenara venir. Luego, cuando vino, plantó árboles. Y luego el rey se negó durante meses a que el príncipe Justin siguiera a Suliman y, cuando lo siguió, el muy imbécil se fue a alguna parte del norte por algún motivo y tuve que recurrir a mis artes para conducirlo aquí. Howl me ha causado todavía más problemas. En una ocasión se escapó. He tenido que usar una maldición para atraerlo y, mientras estaba fuera averiguando lo suficiente sobre él para lanzar la maldición, llega usted y se interesa por lo que quedaba del cerebro de Suliman para causarme más problemas. Y ahora que la traigo aquí, se dedica a agitar su bastón y discutir. Me he esforzado mucho para que llegue este momento y conmigo no se discute. —Se dio la vuelta y se alejó en la penumbra.

Sophie clavó en la vista en la altísima figura blanca que se movía entre las débiles llamas. «¡Creo que la edad le ha pasado factura! —pensó—. ¡Está loca! ¡Debo soltarme y rescatar a la señorita Angorian de alguna forma!».

Al recordar que la sustancia naranja había evitado su bastón, igual que la bruja, Sophie lo alzó sobre sus hombros y lo estiró por su espalda, agitándolo de un lado a otro allí donde la masa viscosa entraba en contacto con el pilar de cerámica.

—¡Suéltate de ahí! —ordenó—. ¡Suéltame!

Notó un tirón doloroso en el pelo, pero varias hebras naranjas empezaron a deslizarse fuera, hacia los lados. Sophie agitó con más fuerza el bastón.

Había conseguido soltarse más la cabeza y los hombros cuando sonó un estruendo. Las llamas pálidas se estremecieron y el pilar detrás de ella se sacudió. Luego, con un estrépito similar al que provocarían mil juegos de té cayéndose por las escaleras, un trozo de la pared de la fortaleza se quebró. Una luz intensa se filtró por un agujero grande e irregular y una figura entró de un salto por la abertura. Sophie se giró ansiosamente, esperando que fuera Howl. Pero la silueta negra sólo tenía una pierna. Era otra vez el espantapájaros.

La bruja soltó un aullido de rabia y se precipitó hacia él con la coleta rubia ondeando por detrás y los brazos huesudos extendidos hacia delante. El espantapájaros dio un brinco hacia ella. Entonces

sonó otro fuerte estallido y los dos se enzarzaron en una nube de magia, como la que había flotado sobre Porthaven durante la contienda de Howl y la bruja. La nube se sacudía a un lado y a otro, llenando el aire polvoriento de chillidos y explosiones. El pelo de Sophie se encrespó. La nube estaba a sólo unos metros de ella, oscilando en todas las direcciones entre los pilares de cerámica. Y la hendidura de la pared también quedaba muy cerca. Como había supuesto, la fortaleza no era grande. Cada vez que la nube se movía a través de ese hueco, de un blanco cegador, distinguía su interior con las dos figuras luchando en medio. Siguió observando y agitando el bastón a su espalda.

Ya estaba suelta, a excepción de las piernas, cuando de la nube volvió a surgir un grito frente a la luz. Sophie vio a otra persona colarse de un salto por la hendidura de detrás. Esta tenía mangas ondeantes de color negro. Era Howl. Veía su silueta con claridad, de pie, con los brazos cruzados, pendiente de la pelea. Por un momento, pareció ir a dejar que la bruja y el espantapájaros siguieran a lo suyo. Pero entonces sus largas mangas aletearon al alzar los brazos. Entre los alaridos y las explosiones se alzó la voz de Howl, que gritó una palabra larga e incomprensible, seguida de un trueno. Tanto el espantapájaros como la bruja se sacudieron. Los pilares de cerámica se rodearon de broches de sonido, que emitieron eco tras eco, y cada uno de esos ecos se llevaba consigo parte de la nube mágica. Empezó a desvanecerse en volutas, que se arremolinaron en un torbellino nebuloso. Cuando se había convertido en una neblina finísima, la figura alta de la coleta comenzó a tambalearse. La bruja pareció doblarse sobre sí misma, todavía más delgada y blanca. Por fin, cuando la neblina se despejó, cayó al suelo con un pequeño ruido. Mientras el millar de ecos se ahogaba, Howl y el espantapájaros se quedaron pensativos uno frente al otro a ambos lados de un montón de huesos.

«¡Bien!», pensó Sophie. Dio un tajo a lo que le aprisionaba las piernas y caminó hasta la figura descabezada del trono. Estaba poniéndole de los nervios.

—No, amigo mío —le dijo Howl al espantapájaros. Este había saltado justo en medio de los huesos y los estaba empujando de un lado a otro con la pierna—. No, aquí no encontrarás su corazón. Es su demonio del fuego quien lo tiene. Creo que lleva mucho tiempo

controlándola. Una pena. —Mientras Sophie se quitaba el chal y lo colocaba con decoro sobre los hombros sin cabeza del príncipe Justin, Howl comentó—: Creo que el resto de lo que buscabas está por allí. —Se dirigió al trono con el espantapájaros dando saltitos detrás—. ¡Típico de ti! —le soltó a Sophie—. ¡Me parto el lomo para venir aquí y te encuentro recogiendo tan tranquila!

Sophie lo miró. Como se había temido, la fuerte luz solar que se filtraba por la pared rota evidenciaba que Howl no se había molestado en afeitarse ni en peinarse. Aún tenía los ojos enrojecidos y las mangas negras presentaban varios desgarrones. No había mucha diferencia entre el mago y el espantapájaros. «¡Oh, vaya! —pensó—. Debe de querer mucho a la señorita Angorian».

—He venido por la señorita Angorian —le explicó.

—¡Y yo que pensaba que, si lo disponía todo para que tu familia te visitara, por una vez te quedarías quieta! —dijo Howl con indignación—. Pero no…

En ese punto, el espantapájaros se situó frente a Sophie de un salto.

—Me envió el mago Suliman —anunció con voz pastosa—. Yo estaba protegiendo sus arbustos de los pájaros en el Páramo cuando la bruja lo capturó. Me lanzó toda la magia que le quedaba y me ordenó que fuera a rescatarlo. Pero para entonces la bruja lo había despedazado y los pedazos estaban en sitios distintos. Ha sido un cometido arduo. Si no me hubieras devuelto a la vida al hablarme, habría fracasado.

Estaba contestando a las preguntas que Sophie le había planteado antes de que tuvieran que salir a toda prisa.

—Es decir, que cuando el príncipe Justin encargó los hechizos de búsqueda, debían de haber estado apuntándote a ti —concluyó Sophie—. ¿Y por qué?

—A mí o a su cráneo —dijo el espantapájaros—. Entre los dos representamos lo mejor de él.

—¿Y Percival está formado por el mago Suliman y el príncipe Justin? —No estaba segura de que eso fuera a gustarle a Lettie.

El espantapájaros asintió con su cabeza de nabo de facciones hoscas.

—Ambas partes me dijeron que la bruja y su demonio del fuego ya no estaban juntos y que podía derrotar a la bruja al ir por su

cuenta. Te agradezco que acelerases diez veces más mi velocidad inicial.

Howl hizo un gesto con la mano.

—Tráete ese cuerpo al castillo. Os arreglaré allí. Sophie y yo tenemos que regresar antes de que ese demonio del fuego se las ingenie para penetrar mis defensas. —Cogió la delgada muñeca de Sophie—. Vamos. ¿Dónde están esas botas de siete leguas?

Ella no se movió.

—¡Pero la señorita Angorian…!

—¿Es que no lo entiendes? —dijo Howl, tirando de ella—. La señorita Angorian es el demonio del fuego. ¡Si entra en el castillo, Calcifer está acabado y yo también!

Sophie se llevó ambas manos a la boca.

—¡Sabía que la liaría! —exclamó—. Ya ha estado allí dos veces. Pero ella…, él se marchó.

—Oh, Dios —musitó Howl con un quejido—. ¿Tocó algo?

—La guitarra —admitió Sophie.

—Entonces todavía sigue allí. ¡Vamos! —Acercó a Sophie hasta la pared destrozada—. ¡Síguenos con cuidado! —le gritó al espantapájaros—. ¡Voy a tener que levantar algo de viento! No hay tiempo para buscar esas botas —le dijo a Sophie mientras pasaban por entre el borde dentado, bañados por la calurosa luz del sol—. Tú corre. Y no dejes de correr, o no podré moverte.

Sophie se sirvió del bastón para salir e iniciar una carrera renqueante mientras trastabillaba con las piedras. Howl corría a su lado, tirando de ella. El viento se alzó silbando, luego rugiendo, caliente y arenoso, y la arena gris se elevó alrededor en una tormenta que tintineaba al impactar contra la fortaleza de cerámica. Ahora ya no iban corriendo, sino volando hacia delante con zancadas ralentizadas. El suelo pedregoso desfilaba a toda velocidad por debajo. El polvo y la arena rugían en derredor, por encima de sus cabezas y perdiéndose en una estela a su paso. Era una marcha muy ruidosa y nada cómoda, pero estaban saliendo disparados del Páramo.

—¡No es culpa de Calcifer! —chilló Sophie—. Le dije que no os lo contara.

—¡No lo hubiera hecho, de todas formas! —respondió a voces Howl—. Ya sabía yo que él nunca traicionaría a otro demonio del

fuego. Siempre fue mi blanco más débil.

—¡Creía que eso lo era Gales!

—¡No! ¡Dejé caer eso deliberadamente! Sabía que me enfadaría lo suficiente como para detenerla si intentaba hacer algo allí. Tuve que dejarle una vía libre, ¿lo entiendes? Mi única oportunidad de llegar al príncipe Justin era usar la maldición que me había echado para acercarme a ella.

—¡De modo que sí ibas a rescatar al príncipe! —gritó Sophie—. ¿Por qué fingiste salir huyendo? ¿Para engañar a la bruja?

—¡Qué va! —replicó Howl—. Soy un cobarde. ¡La única forma de que yo haga algo así de aterrador es convencerme de que no voy a hacerlo!

«¡Ay, Dios! —pensó Sophie, contemplando el torbellino de arena—. ¡Está siendo honesto! Y esto es viento. ¡La última parte de la maldición se ha cumplido!».

La arena caliente la golpeó rugiendo y la mano de Howl la agarró con más fuerza.

—¡Sigue corriendo! —bramó—. ¡A esta velocidad vas a hacerte daño!

Sophie ahogó un grito y obligó a sus piernas a moverse más rápido. Ahora ya veía con claridad las montañas y una línea verde debajo que correspondía a los arbustos de flores. A pesar de que la arena amarilla seguía arremolinándose en el camino, las montañas parecieron crecer y la línea verde se aproximó a toda prisa hasta que cobró la altura de un seto.

—¡Todos mis flancos eran débiles! —se lamentó Howl—. Yo confiaba en que Suliman siguiera vivo. Por eso, cuando todo lo que parecía quedar de él era Percival, me asusté tanto que tuve que salir y emborracharme. ¡Y luego vas tú y caes en el juego de la bruja!

—¡Soy la hermana mayor! —chilló Sophie—. ¡Soy un fracaso!

—¡Chorradas! —masculló Howl—. ¡Es sólo que nunca te paras a pensar!

Ahora estaba disminuyendo la velocidad. El polvo se acumulaba alrededor en nubes espesas. Sophie sólo sabía que los arbustos estaban cerca porque oía el murmullo de las hojas y los chasquidos que producía el viento al lanzarles la arena. Aterrizaron entre ellos con gran estrépito, todavía a un ritmo tan rápido que Howl tuvo que virar y tirar de Sophie para lanzarse a la carrera a través de un

lago extenso por cuya superficie se deslizaban.

—Y eres demasiado buena —añadió entre el chop-chop del agua y los chasquidos de la arena en los nenúfares—. Confiaba en que estuvieras demasiado celosa para permitir que ese demonio se acercara a la casa.

Alcanzaron al trote la orilla llena de vapor. Los arbustos a ambos lados del sendero verde se agitaron a su paso, soltando pájaros y pétalos en un torbellino a su espalda. El castillo avanzaba deprisa hacia ellos por el sendero, seguido de una estela de humo que el viento levantaba. Howl redujo la marcha lo suficiente para abrir de golpe la puerta y lanzarlos a ambos dentro.

—¡Michael! —gritó.

—¡No fui yo quien dejó entrar al espantapájaros! —contestó Michael con culpabilidad.

Todo parecía estar normal. A Sophie le sorprendió el poco tiempo que en realidad había estado fuera. Alguien había sacado su cama de debajo de las escaleras y Percival estaba ahí tumbado, todavía inconsciente. Lettie, Martha y Michael se hallaban reunidos alrededor. De arriba llegaban las voces de la señora Fairfax y Fanny, sumadas a un frufrú ominoso y varios golpes sordos que sugerían que las arañas de Howl estaban pasando un mal rato.

Howl soltó a Sophie y se lanzó hacia la guitarra. Sin embargo, antes de que pudiera alcanzarla, esta explotó con un largo y melodioso buuum. Las cuerdas saltaron. Una lluvia de astillas cayó sobre el mago, que no pudo más que retroceder con una manga andrajosa cubriéndole el rostro.

Y de pronto la señorita Angorian se encontraba junto a la chimenea, sonriente. Howl no se había equivocado: debía de llevar todo ese tiempo dentro de la guitarra, a la espera del momento adecuado.

—Tu bruja está muerta —le dijo Howl.

—¡Qué lástima! —exclamó la señorita Angorian con bastante indiferencia—. Ahora puedo hacerme un nuevo humano que será mucho mejor. La maldición se ha cumplido. Por fin puedo quedarme con tu corazón. —Y se inclinó hacia la chimenea para sacar a Calcifer de ahí. Calcifer se puso a temblar sobre su puño con aspecto aterrorizado—. Que nadie se mueva —advirtió.

Nadie se atrevió a desoír la orden. Howl era el más inmóvil de todos.

—¡Auxilio! —chilló débilmente Calcifer.

—Nadie puede ayudarte —dijo la señorita Angorian—. Eres tú quien me va a ayudar a controlar a mi nuevo humano. Deja que te lo enseñe. Sólo necesito cerrar más el puño. —La mano que sujetaba a Calcifer apretó hasta que los nudillos dejaron traslucir un amarillo pálido.

Tanto Howl como Calcifer soltaron un alarido. Calcifer se convulsionó por la agonía. La cara de Howl se volvió azulada y el mago se estrelló en el suelo como un árbol viniéndose abajo, donde permaneció inconsciente como Percival. A Sophie ni siquiera le pareció que estuviera respirando.

La señorita Angorian se quedó atónita. Escrutó a Howl.

—Está fingiendo —afirmó.

—¡No, no! —gritó Calcifer, retorciéndose de dolor con forma de espiral—. ¡Su corazón se ha ablandado mucho! ¡Suéltalo!

Sophie alzó el bastón despacio y con suavidad. Esta vez se tomó un instante para pensar antes de actuar.

—Bastón —murmuró—, golpea a la señorita Angorian, pero no hagas daño a nadie más.

Acto seguido, agitó el bastón y asestó el golpe más fuerte que pudo en los nudillos prietos de la mujer.

La señorita Angorian soltó un siseo fuerte, como el que provocaría un leño húmedo al arder, y dejó caer a Calcifer. El pobre salió rodando por el suelo, llameando hacia los lados sobre las baldosas mientras rugía con voz ronca por el pánico. La señorita Angorian alzó un pie con la intención de pisarlo, y a Sophie no le quedó otra que soltar el bastón y lanzarse hacia Calcifer para rescatarlo. Para su sorpresa, el bastón siguió golpeando por su cuenta a la señorita Angorian, una y otra y otra vez. «¡Claro!», pensó. Había llenado de vida a ese bastón; la señora Pentstemmon se lo había dicho.

La señorita Angorian siseó y se tambaleó. Sophie se puso en pie sujetando a Calcifer y descubrió que el bastón seguía apaleando a la señorita Angorian y despidiendo humo por el contacto con ella. En cambio, Calcifer no parecía muy caliente. La conmoción lo había vuelto de un azul blanquecino. Sophie notaba que el bulto oscuro

latía de un modo muy leve entre sus dedos. Lo que estaba sujetando tenía que ser el corazón de Howl. Se lo había cedido a Calcifer como parte del contrato para mantener al demonio con vida. Debía de haberse compadecido de Calcifer, pero, en cualquier caso, ¡qué estupidez más grande!

Fanny y la señora Fairfax bajaron corriendo por las escaleras armadas con escobas. Al verlas, la señorita Angorian pareció asumir que había fallado y se precipitó a la puerta con el bastón de Sophie oscilando por encima, todavía apaleándola.

—¡Detenedla! —gritó Sophie—. ¡No dejéis que se vaya! ¡Vigilad todas las puertas!

Todo el mundo se apresuró a obedecer. La señora Fairfax se plantó delante del escobero con la suya en alto. Fanny se quedó en las escaleras. Lettie fue de un salto a proteger la puerta que daba al patio y Martha se colocó frente a la del baño. Michael echó a correr hacia la puerta del castillo. No obstante, en ese momento Percival saltó de la cama y se lanzó también hacia la puerta. Tenía la cara totalmente blanca y los ojos cerrados, pero corrió todavía más deprisa que Michael. Llegó primero y abrió la puerta.

Con Calcifer así de indefenso, el castillo había dejado de deambular. La señorita Angorian vio los arbustos quietos en la neblina de fuera y se impulsó hacia la puerta con una velocidad sobrehumana. Antes de que la alcanzara, el espantapájaros la bloqueó con el príncipe Justin colgándole de los hombros, todavía cubierto por el chal de encaje de Sophie. Extendió los palos de los brazos hacia la puerta, impidiéndole el paso, y la señorita Angorian retrocedió.

El bastón que la golpeaba ahora estaba ardiendo. Su punta de metal resplandecía y Sophie se percató de que no duraría mucho más. Por fortuna, la señorita Angorian lo aborrecía tanto que agarró a Michael y lo arrastró para interponerlo entre ambos. Al bastón se le había ordenado que no dañara a nadie más, así que se quedó suspendido, llameante. Martha fue corriendo para tratar de apartar a Michael y el bastón también tuvo que evitarla. Una vez más, a Sophie le había salido mal la jugada.

No había tiempo que perder.

—Calcifer —lo llamó—, voy a tener que anular el contrato. ¿Eso te matará?

—Lo haría si lo anulase alguna otra persona —dijo con voz ronca el demonio—. Por eso te pedí a ti que lo hicieras. Vi que infundías vida en las cosas. Fíjate lo que hiciste por el espantapájaros y la calavera.

—¡Entonces, ten mil años más! —contestó Sophie, y al decirlo lo deseó con todas sus fuerzas por si no bastaba con expresarlo en voz alta. Esa posibilidad le había preocupado mucho.

Cogió a Calcifer y lo separó cuidadosamente del bulto negro, igual que separaría un capullo marchito de un tallo. Calcifer dio un giro impreciso y flotó sobre su hombro como una lágrima azul.

—¡Me siento tan ligero! —dijo. Entonces se percató de lo que había ocurrido—. ¡Soy libre! —gritó. Revoloteó hacia la chimenea y subió por ella, perdiéndose de vista—. ¡Soy libre! —se lo oyó soltar con voz amortiguada al salir por la chimenea de la sombrerería.

Sophie se volvió hacia Howl con el bulto negro ya moribundo, sintiéndose dubitativa pese a las prisas. Eso tenía que hacerlo bien y no estaba segura de cómo se hacía.

—Bueno, allá vamos —musitó. Se arrodilló junto a Howl, puso con cuidado el bulto negro en el pecho del mago, en el mismo sitio a la izquierda que le había dolido a ella en sus achaques, y empujó —. Entra —le ordenó—. ¡Entra ahí y ponte a trabajar! —Y empujó y empujó.

El corazón empezó a hundirse y, simultáneamente, a latir con más fuerza. Sophie se concentró en ignorar las llamas y la refriega que entreveía en la puerta y en mantener la presión con firmeza, inalterable. El pelo no dejaba de molestarle. Le caía sobre la cara en mechones rojizos, pero intentó ignorar eso también y siguió empujando.

El corazón entró del todo. Tan pronto como desapareció, Howl se revolvió. Soltó un fuerte quejido y rodó bocabajo.

—¡Diablos! —gimió—. ¡Qué resaca tengo!

—No, te has golpeado la cabeza con el suelo —le explicó Sophie.

Howl se incorporó a duras penas apoyándose en las manos y las rodillas.

—No puedo quedarme —farfulló—. Tengo que rescatar a la insensata de Sophie.

—¡Estoy aquí! —Le sacudió por un hombro—. ¡Pero también la señorita Angorian! ¡Levántate y haz algo! ¡Rápido!

El bastón ya estaba envuelto en llamas. El pelo de Martha había empezado a chisporrotear. Y la señorita Angorian había caído en la cuenta de que el espantapájaros podía quemarse, por lo que estaba maniobrando para sacar al umbral el bastón flotante. «¡Como de costumbre —pensó Sophie—, no me he parado a pensarlo del todo!».

A Howl sólo le hizo falta echar un vistazo para levantarse deprisa. Alargó una mano y pronunció una frase con esas mismas palabras que se ahogaban en estallidos atronadores. Del techo cayeron fragmentos de escayola. Todo se estremeció. Pero el bastón desapareció y Howl dio un paso atrás con un pequeño bulto negro y rígido en la mano. Podría haber sido un trozo de hormigón, de no ser porque su forma era idéntica a la que Sophie acababa de empujar en su pecho. La señorita Angorian soltó un gañido como el del fuego al mojarse y alargó los brazos, suplicante.

—Me temo que no —dijo Howl—. Ya has vivido lo suficiente. A juzgar por esto, también intentabas conseguir un nuevo corazón. Ibas a quedarte con el mío y a dejar morir a Calcifer, ¿no es así?

Sujetó el bulto negro entre ambas palmas y apretó las manos. El antiguo corazón de la bruja se deshizo en arena negra, que pasó a ser hollín y, luego, nada. La señorita Angorian fue desvaneciéndose mientras se desmoronaba. Cuando Howl abrió las manos vacías, del umbral también desapareció la señorita Angorian.

Al mismo tiempo sucedió otra cosa. En el momento en que la señorita Angorian se esfumó, también lo hizo el espantapájaros. Si Sophie se hubiera molestado en mirar, habría visto a dos hombres altos en el umbral, que se sonreían el uno al otro. El de la cara hosca tenía el pelo de un rojo anaranjado. El del uniforme verde tenía facciones más imprecisas y un chal de encaje cubriéndole los hombros. Pero en ese instante Howl se giró hacia Sophie.

—El gris no te favorece —comentó—. Lo pensé la primera vez que te vi.

—Calcifer se ha ido —dijo ella—. Tuve que anular vuestro contrato.

Howl pareció algo triste, aunque contestó:

—Ambos esperábamos que lo hicieras. Ninguno quería acabar como la bruja y la señorita Angorian. ¿Dirías que tu pelo es rojo?

—Cobrizo —replicó Sophie. Howl no parecía haber cambiado

mucho ahora que había recuperado su corazón, excepto tal vez en que el color de sus ojos era más profundo…, más como el de unos ojos que como el de unas canicas—. A diferencia del de algunos, es natural.

—Nunca he entendido por qué la gente valora tanto lo natural —dijo Howl, y ella supo entonces que no había cambiado en absoluto.

Si a Sophie le hubiera quedado alguna atención que prestar a los demás, habría visto cómo el príncipe Justin y el mago Suliman se estrechaban la mano y se daban unas palmadas en la espalda con alegría.

—Será mejor que vuelva con mi regio hermano —comentó el príncipe Justin. Luego se dirigió a Fanny, que le pareció la persona más indicada, y le hizo una profunda reverencia muy cortés—. ¿Estoy hablando con la señora de la casa?

—Eh…, no, la verdad —dijo Fanny mientras trataba de esconder su escoba tras la espalda—. La señora de la casa es Sophie.

—O lo será pronto —apostilló la señora Fairfax, sonriendo con benevolencia.

—Llevo todo este tiempo preguntándome si serías esa adorable joven que conocí el primer día de mayo —le murmuró Howl a Sophie—. ¿Por qué estabas tan asustada entonces?

Si Sophie hubiera estado pendiente, habría visto al mago Suliman ir hasta Lettie. Ahora que había recobrado su verdadero ser, estaba claro que el mago Suliman era como mínimo igual de tenaz que la propia Lettie. Ella pareció ponerse bastante nerviosa mientras Suliman se cernía sobre ella con expresión hosca.

—Parece que el recuerdo suyo que tenía era del príncipe, no mío —dijo.

—No pasa nada —contestó ella con valentía—. Fue un error.

—¡Pero no lo fue! —protestó el mago Suliman—. ¿Me permitiría al menos tenerla de alumna?

Al oír eso, Lettie se puso roja como la grana y dio la impresión de no saber qué responder.

Pero eso apuntaba a ser problema de Lettie, no de Sophie. Ella tenía sus propios problemas.

—Creo que deberíamos vivir felices por siempre jamás —le dijo Howl, y a ella le pareció que hablaba en serio.

Sophie sabía que vivir por siempre jamás con Howl sería muchísimo más ajetreado de lo que sugerían los cuentos, aunque estaba decidida a intentarlo.

—Diría que va a ser espeluznante —añadió el mago.

—Y tú me explotarás —respondió Sophie.

—Y después tu cortarás todos mis trajes para darme una lección.

Si Sophie o Howl hubieran prestado una mínima atención, habrían reparado en que el príncipe Justin, el mago Suliman y la señora Fairfax estaban intentando decirle algo a Howl, y en que Fanny, Martha y Lettie estaban dando tirones a las mangas de Sophie mientras Michael tiraba de la chaqueta de Howl.

—Ese ha sido el uso de palabras de poder más hábil que he visto nunca —aseguraba la señora Fairfax—. Yo no hubiera sabido qué hacer con esa criatura. Como suelo decir…

—Sophie —exclamaba Lettie—, necesito que me aconsejes.

—Mago Howl —lo llamaba el mago Suliman—, he de presentarle mis disculpas por haber tratado de morderle tan a menudo. En circunstancias normales, jamás se me ocurriría hincarle los dientes a un compatriota.

—Sophie, creo que este caballero es un príncipe —musitaba Fanny.

—Señor —decía el príncipe Justin—, creo que debo transmitirle mi agradecimiento por rescatarme de la bruja.

—¡Sophie —chillaba Martha—, el hechizo se ha deshecho! ¿Me oyes?

Pero Sophie y Howl tenían las manos entrelazadas y sonreían, incapaces de parar.

—No me molestéis ahora —replicó Howl—. Todo lo he hecho por dinero.

—¡Mentiroso! —contestó Sophie.

—¡He dicho —gritó Michael— que Calcifer ha vuelto!

Eso sí captó la atención de Howl y de Sophie. Ambos volvieron la vista a la chimenea, donde, en efecto, una cara azul muy familiar titilaba entre los leños.

—No era necesario que volvieras —le dijo Howl.

—No me importa con tal de poder ir y venir cuando me plazca —respondió Calcifer—. Además, está lloviendo en Market Chipping.

Entrevista a Diana Wynne Jones [5]

¿Qué fue lo que le inspiró a escribir *El castillo ambulante*?

Lo primero fue que llevaba mucho tiempo pensando en lo divertido que sería si todos los elementos de los cuentos de hadas —como capas de oscuridad, botas de siete leguas y magos malvados en castillos amenazadores— existieran de verdad. Esto guarda una relación directa con mi yo de ocho años, que siempre anhelaba poder volar. Y no en un avión, sino por mí misma.

Lo segundo fue una visita que hice a un colegio, donde un niño, que estaba sentado en el suelo junto a la mesa donde me encontraba, de pronto se levantó y me preguntó si alguna vez me había planteado escribir sobre un castillo ambulante. «No, nunca —contesté—, pero es una idea espléndida», y le pregunté si le importaría que la usase. «Para nada, adelante», contestó. Pero, si has leído mi nota al comienzo del libro, sabrás qué pasó después.

Transcurrieron un par de años hasta que me puse a escribir el libro, porque tuve que esperar hasta saber cómo era el mago Howl. Empecé a descubrir a Howl casi a la vez que uno de mis hijos comenzó a pasar varias horas en el baño todas las mañanas; yo me enfadaba mucho mucho con él.

¿Dónde estaba cuando lo escribió?

Escribí el libro igual que escribo todo: tendida en el sofá grande de mi sala de estar, entorpeciendo el paso a todo el mundo. Eso tiende a molestar bastante a mi marido.

¿Le pasó algo gracioso mientras lo escribía?

En la novela no paraban de ocurrir cosas inesperadas que siempre hacían que me echara a reír a carcajadas. Me reí sin parar con las botas de siete leguas y, cuando llegué a la parte en que Sophie provoca por accidente que el traje de Howl se vuelva veinte veces más grande que él, me estaba riendo tantísimo que me caí del

sofá. En esa ocasión, mi marido se irritó mucho y soltó: «¡No es posible que estés riéndote así de tus propias ocurrencias!». Y yo contesté sin aliento: «¡Pero sí lo es, sí!», y rodé por el suelo.

Esa parte también le hace gracia a la mayoría de la gente. Cuando el libro se publicó, le dejé un ejemplar a un niño que era vecino de mi profesora de violonchelo. Y ella se despertó en mitad de la noche —al igual que los padres del niño— por un golpe muy fuerte. El niño se había reído tanto que se había caído de la cama mientras leía con una linterna bajo la manta.

¿Hay algún personaje basado en alguien real?

La gente siempre espera que Howl sea real. Hay filas y filas de jovencitas por todo el mundo que quieren casarse con él. Siempre pienso que tendrían una vida un tanto complicada si lo hicieran. Sea como sea, parecen considerarlo bastante glamuroso.

En una ocasión vi a una estrella del tenis que tenía alguno de sus rasgos: un norteamericano llamado Andre Agassi. Tenía una sonrisa dulce y el pelo cuestionablemente rubio, y transmitía un encanto alegre que en realidad ocultaba grandes habilidades. Confesó que odiaba enfadarse y alguna gente lo acusaba de escabullirse de la victoria cuando le tocaba jugar partidos muy importantes, algo muy propio de Howl.

Supongo que también hay un elemento autobiográfico en el hecho de que Sophie sea la mayor de tres hermanas, como es también mi caso. La idea de Sophie surgió cuando descubrí que tenía una alergia muy fuerte a la leche. Casi se me paralizaron las piernas y tuve que caminar con un bastón. Era joven, pero a causa de eso súbitamente me convertí en una anciana.

¿Es real la canción de Calcifer sobre la cazuela?

Hoy día es una canción galesa de rugby y no creo que sea muy popular. Lo cierto es que la cancioncilla trata sobre un ama de casa agobiada que está pasando un mal día. El estribillo dice algo así como: «La pequeña cazuela hierve arriba sobre el fuego, la grande hierve más abajo y el gato ha arañado al pequeño Johnny».

¿Cuál es su parte favorita del libro y por qué?

Me gusta todo el libro, pero supongo que, si tuviera que escoger, me quedaría con esa en la que Howl se pilla un resfriado. Resulta que, cuando estaba escribiendo ese capítulo, mi marido se acatarró

bastante. Y es una de las personas con resfriados más histriónicos que existen. Gime, tose, se sume en el patetismo, hace ruidos extraños, se suena la nariz exactamente igual que un fagot en un túnel, pide bocadillos de beicon a todas horas y acostumbra a presentarse (por lo general llevando batas de otras personas) a la hora que sea para anunciar que se muere del aburrimiento y del abandono. Así que no tuve más que describirlo.

Cuatro años después de crear a Howl, escribió la secuela *El castillo en el aire*. ¿Qué fue lo que le inspiró a hacerlo?

Alguien me regaló *Las mil y una noches* (íntegras, lo que tiene también presencia en mi libro *Las vidas de Christopher Chant*) y me di cuenta de que no había metido muchos tipos de elementos de los cuentos de hadas en *El castillo ambulante*; por ejemplo, faltaban genios y alfombras voladoras. Por supuesto, tuve que escribirlo. Además, quería saber qué pasaba después de que el rey de Ingary invadiera Strangia.

En 2008 nos sorprendió con otra secuela, *La casa de los mil pasillos*. ¿Cómo nació esa?

Llevaba años dando vueltas a esa. Quería ambientar un libro en High Norland y sabía que Howl aparecería disfrazado, pero, por más que lo intentaba, no funcionaba, hasta que se me ocurrió la propia casa de los mil pasillos. E incluso entonces siguió sin funcionar hasta que Charmain llegó a mi cabeza. Naturalmente, tenía que ser ella la que padeciera las peculiaridades de la casa de un mago.

¿Cómo fue retornar al mundo de Howl tras más de una década?

La verdad es que no fue un *retorno*, porque llevaba mucho tiempo pensando en él. Sabía cómo era High Norland mucho antes de escribir *La casa de los mil pasillos*, y por supuesto conocía a su princesa, ya entrada en años, por *El castillo en el aire*, y sabía que había ayudado a su anciano padre a catalogar su biblioteca. Lo que sí me sorprendió fue el lubbock. No conocí a los lubbocks ni a los lubbockins hasta que Charmain se encontró con uno dentro de una flor.

¿Alguno de sus parientes o amistades aparece en ese libro?

Sí; bueno, lo que me inspiró a escribirlo fue una amiga mía que nunca hace la colada. La guarda en bolsas enormes por toda la casa, con frecuencia durante todo un año. Cuando las vacía para intentar lavarla, descubre todo tipo de prendas que ya se le había olvidado que tenía.

Y para mí no cabe duda de que *Waif* es la perrita de mi hijo, *Lily*. Es muy pequeña, absolutamente glotona y todo un encanto.

¿La casa del tío abuelo William y el castillo ambulante de Howl comparten una misma procedencia mágica?

Creo que sí, y es la casa en la que vivo. Es muy alta y estrecha (como el castillo de Howl), pero aun así mis sobrinos y mi sobrina solían perderse dentro. Una de sus peculiaridades es que, si miras por las ventanas de la parte frontal, ves un sitio, pero si lo haces desde la parte trasera, lo que ves es bastante distinto. Otra peculiaridad es que casi todas las ventanas tienen surcos (desde la Segunda Guerra Mundial, cuando el estallido de una bomba las alcanzó) y, si miras por las zonas con surcos, es como si contemplases un mundo desconocido.

Y, por descontado, conduce a sitios mágicos: dos tercios de mis libros se han escrito en esta casa. También tiene mucha personalidad. En estos momentos están intentando pintar la cocina, lo que ha causado picores a la casa y, en señal de protesta, ha apagado todos los radiadores. Hace esa clase de cosas y tienes que seguirle la corriente. Si vienen huéspedes que le desagradan, se vuelve muy grande y fría. Y enseguida se marchan.

Los animales encantados aparecen en muchos de sus libros. ¿Cree que los gatos y los perros son particularmente mágicos?

Mi familia parece aficionada a las mascotas de mucho carácter. La mayor parte de las mías me coaccionan de un modo espantoso. Algunos de nuestros gatos han atravesado paredes, sin duda, y mi perro era tan inteligente que dio pie a un libro sobre él mismo: *Dogsbody*. La perrita de mi hijo, *Lily*, la *Waif* original, es la dueña de su coche. En una ocasión dejaron el coche en una colina y este se deslizó hacia atrás. *Lily* se quedó sentada dentro sin inmutarse, ni siquiera cuando cruzó la calle a rebosar y se chocó con otro coche. Al fin y al cabo, era suyo y sabía que ahí estaba a salvo.

No me imagino una vida sin un gato de carácter tenaz ni un

perro por algún sitio. Mi gata actual, *Dorabella*, es una gata carey bastante gorda y regia (¿sabías que esa raza siempre se compone de hembras y tiene un cromosoma X adicional?) y, si pasa algo peculiar, me echa una mirada de: «No estoy acostumbrada a esto. Deténlo. Ya». Creo que puede ser la reencarnación de la más majestuosa de mis tías.

Como es natural, estos animales aparecen en mis libros: sería difícil apartarlos de ellos. El único gato que no me pertenecía (¡perdón, gatos! Quería decir, claro, el único gato al que yo no le pertenecía) era en el que se inspiraba *Throgmorton*, el gato mágico de *Las vidas de Christopher Chant*. Ese era uno color jengibre que poseía un pub en la esquina de la calle comercial, y solía acechar en un alféizar a la altura de la cintura, desde el que atacaba salvajemente a cualquier perro que asomase el hocico. Cuando no había perros cerca, solía pavonearse cruzando de un lado a otro el paso de cebra más próximo al pub, deteniendo así el tráfico.

¿Esto es lo último que veremos del mago Howl?

Es probable que no. Ahora sé que a Howl le encanta disfrazarse. Llevo años intentando escribir una novela en la que se disfraza de un príncipe muy atractivo para arruinar las maquinaciones de otro mago que intenta aprovecharse de los hijos gemelos de un genio. Tal vez surja más adelante, pero sólo si está lista. Entretanto hay otros libros que exigen ser escritos YA. Acabo de terminar uno, titulado *Cristal embrujado*, que trata sobre un chico perseguido por seres extraños, algunos con antenas. En este también hay un perro, aunque no uno normal. Es un hombre-perro.

¿Cómo se sintió cuando oyó que *El castillo ambulante* iba a convertirse en una película de animación?

Una de las principales emociones que experimento, cada vez que alguno de mis textos se adapta a otro medio, es asombro por la gran cantidad de gente que requiere hacerlo. Las películas, las obras de teatro o los bailes son, en esencia, trabajo en equipo. Esa comprensión va acompañada por la sorpresa de ver cómo se somete cada detalle a una inmensa atención, una especie de «¡si hubiera sabido que iban a tomarse tantas molestias, no lo habría complicado tanto!». Si tengo suerte, a esta culpabilidad la sigue la alegría: se ha creado una obra de arte inspirada en algo mío.

Es un hecho que un libro tiene que alterarse para llevarse a la pantalla o al escenario. Un libro puede ofrecerte el interior de una persona; todos los demás formatos te ofrecen el exterior.

¿Participó de alguna manera en la creación de la película?

Una gente muy seria vino de Japón a hablar conmigo sobre el libro. Estaban muy interesados en saber la ubicación *exacta* de Ingary, de modo que pudieran ir y estudiarla para utilizarla como escenario de la película. Les costó creer lo que les decía de que me la había inventado. Insistían en que los mandase a algún sitio, así que les sugerí Exmoor y algunas ciudades de Essex. Pero no querían ir allí. En su lugar fueron a Cardiff, que no se parece mucho.

¿Le gustó la película?

Me pareció maravillosa. Era muy detallada y singular, y la animación era preciosa. Llevo muchos años adorando el trabajo de Miyazaki, mucho antes de que supiera que iba a adaptar mi novela. Cuando nos conocimos, descubrí que comprendía mis libros de una forma en que nadie más los ha comprendido.

Por supuesto, él añadió sus principales obsesiones a la película. ¡Él siempre tiene que incluir máquinas voladoras! Llenó la historia de máquinas voladoras y escenas de guerra a partir de la idea de que el rey de mi novela estaba planeando una guerra. Miyazaki y yo vivimos de niños la Segunda Guerra Mundial y parecemos haber desarrollado reacciones opuestas a ese respecto. Yo suelo dejar fuera la guerra en sí (todos sabemos lo horribles que son las guerras), mientras que Miyazaki (que se siente igual) prefiere nadar y guardar la ropa, representando tanto las maldades de la guerra como las emocionantes escenas de bombardeos aéreos. Pero la leve molestia que me suscitó esto era mucho más pequeña que la fascinación al saber que muchas personas habían dedicado varios años a dibujar con meticulosidad y pintar cada uno de los fotogramas del largometraje.

¿Qué partes le gustaron especialmente?

Me encantó la sombrerería, pese a que no se la vea mucho. Y la escena del desayuno, cuando cocinan beicon y huevos sobre la cabeza de Calcifer. Pero una de las mejores escenas de la película es cuando Sophie y la Bruja del Páramo están subiendo un tramo inmenso de escaleras de mármol, jadeantes y gritándose insultos la

una a la otra, mientras Sophie va cargando con el perro. Esa escena es como un sueño y una pesadilla, y es muy divertida.

¿Los personajes son como los imaginaba?

Howl es menos melodramático en la película, más parecido a un héroe. Calcifer me pareció fabuloso. No se parecía mucho a como lo había descrito, pero era fabuloso. Y Sophie estaba muy bien hecha, sobre todo según avanzaba la película. Aunque era una anciana, gradualmente pasaba a moverse más y más como una chica joven.

La Bruja del Páramo se basa en parte en la más tremenda de mis tías. Curiosamente, la bruja de la película se parece mucho a ella. ¡Incluso lleva la misma ropa!

¿Y qué opina del castillo?

La primera vez que vi el castillo, pensé: «Este no es el castillo que he creado». Pero me gustaba que tuviera esencia propia y, a menudo, una personalidad bastante amenazadora. Era gracioso y temible, y un tanto vulnerable por cómo se caía a trozos. Mi castillo era alto y estrecho, compuesto de bloques negros. Un poco como el interior de una chimenea. Pero a Miyazaki obviamente le gusta que haya más detalle y lo convirtió en algo surgido de una fantasía.

DIANA WYNNE JONES (Londres, 16 de agosto de 1934 - Bristol, 26 de marzo de 2011). Fue una escritora británica, principalmente de novelas de fantasía para niños y adultos, así como una pequeña cantidad de no ficción. Algunos de sus trabajos más conocidos incluyen las series de *Chrestomanci* y *Moving Castle*
Howl's
.

Nominada al British Fantasy Award por *Minor Arcana* (1996).

Ha escrito más de cuarenta libros desde que publicó profesionalmente por primera vez en 1973, además de sus obras de teatro.

Notas

[1] Esta referencia a *Alicia* es un juego de palabras con el apellido de Sophie: Hatter, «sombrerero». (N. de la T.). < <

[2] Porque Wales, como se llama en inglés la nación de Gales, es también una pieza de construcción náutica y se pronuncia como *whales*, «ballenas». (N. de la T.). <<

[3] En referencia a la de «La bella durmiente» en la variante de Perrault, que maldice a la princesa para que muera. (N. de la T.). <<

[4] Referencia a *Hamlet*. Yorick era el bufón de la corte cuyo cráneo exhumado levanta el príncipe para reflexionar sobre la vida y la muerte. Además, «algo huele a podrido en Dinamarca» es una cita de la obra, un comentario del centinela Marcelo en alusión a la inestabilidad que atraviesa el país. (N. de la T.). < <

[5] Incluida en la edición de HarperCollins, 2009. (N. de la T.). < <